

ALMA B. CROSS

A MÁS DE SIETE MIL KILÓMETROS

A MÁS DE SIETE MIL KILÓMETROS

Alma B. Cross

A MÁS DE SIETE MIL KILÓMETROS

ALMA B. CROSS

Primera edición: septiembre 2023

© Del texto: Alma B. Cross
© Cubierta y contracubierta: Francisco Grindlay
© Corrección: Marta Arribas Sanjuán
© Maquetación y diseño digital: Alma B. Cross

A mi padre, que ya hace tiempo que nos dejó, y que me hubiera gustado tanto que viviera con nosotras, mamá, Mar, Son, Icíar y conmigo, esta aventura mía.

1

Marco

Hacía una hora, aproximadamente, que el avión había despegado y Marco aún no había superado la tristeza y el dolor que sentía. Esperaba que, en las siguientes ocho horas, se le fuera pasando y al llegar a Miami ya se encontrase mejor. El llanto desconsolado de Claudia no había ayudado mucho a superar el momento. Marta, en cambio, se hacía la fuerte y la consolaba ejerciendo de hermana mayor a pesar de que eran mellizas. Al ver sus rostros desencajados, Marco había sentido dudas sobre su decisión, pero Nieves le había abrazado y le había susurrado:

—No te preocupes. Se les pasará pronto. Ya sabes cómo son de dramáticas.

Las palabras de su mujer le habían aliviado momentáneamente. Siempre sabía hacerlo, era una de sus muchas virtudes. Marco sospechaba, desde que le dijo que estaba pensando seriamente aceptar aquel puesto, que a ella no le hacía gracia. Seguramente se había sincerado con sus amigas, pero a él no se lo había dicho. Lo había escuchado atentamente, le había hecho muchas preguntas, algunas tan agudas que tuvo que averiguar las respuestas pues no se las había planteado y, además, le había incitado a escribir una lista de ventajas e inconvenientes. Sin llegar a animarlo a que lo aceptara, en ningún momento se había negado y todo lo que le había demostrado era su apoyo. La verdad es que no se la merecía. Y no estaba seguro de que él hubiera reaccionado igual.

La actitud de Nieves en todo el proceso había sido excepcional, no cabía duda, pero a Marco también le hubiera gustado averiguar sus más profundos pensamientos, saber si su decisión le hacía daño, conocer qué opinión tenía ante la inminente separación que su partida implicaba. Y aunque tenía claro que lo hacía por él, para que se sintiera libre, para que ni ella ni las niñas le impidieran conseguir sus sueños, a veces le entraban ganas de reprochárselo, de criticarle su falta de sinceridad, su poca honradez con sus propios sentimientos. Pero Marco sabía también que Nieves era firme con sus decisiones y si creía que su papel en esta historia, por las razones que fueran, era apoyarlo, lo haría incondicionalmente. Y eso es lo que había

hecho desde que recibió aquel correo de su amigo Pedro.

Marco tenía una sospecha muy cierta de que a Nieves le parecía mal que aceptase el trabajo. No solo mal, sino muy mal. Se la imaginaba diciéndose a sí misma que era una locura, que hubiera estado bien para alguien mucho más joven y sin responsabilidades, que era el capricho del que lo tenía todo y quería seguir probando situaciones nuevas solo por entretenerse. Y quizás se le escapaban otras conjeturas que Nieves hubiera hecho. Todo esto sospechaba Marco antes de aceptar la oferta, pero tomó una decisión previa: si Nieves no quería mostrarle la realidad de sus pensamientos, aceptaría su silencio y decidiría solo pensando en él. Así, ella nunca podría reprocharle nada. Aunque Nieves no era mujer de reproches. Era introvertida, no muy habladora y con un gran mundo interior que solo sacaba a relucir cuando en alguna conversación daba su opinión. Muchas veces había sorprendido a Marco con sus palabras. En esas ocasiones, lo que Nieves decía delante de los demás implicaba pensamientos muy elaborados o conocimientos del asunto del que se hablara que solo se podrían adquirir después de haber leído mucho sobre el tema. Y era curioso que nunca hubiera comentado nada antes. Ella era así y Marco ya se había acostumbrado a su forma de ser. Y la quería por todo el conjunto de cosas. Y por su capacidad de seguir sorprendiéndolo.

Miró por la ventanilla y se maravilló del denso mar de nubes que habían atravesado. Recordó cómo, de pequeños, su hermana y él estaban convencidos de que podrían caminar por ese manto blanco. No les cabía la menor duda. Y se morían de ganas de poder probar. Sus padres siempre les decían que eso sería imposible, por lo que optaban por no decírselo más y juntos se imaginaban cómo estarían de suaves y esponjosas las nubes.

La cámara que mostraba el recorrido del avión indicaba que ya sobrevolaban el Atlántico, y hacía ya un buen trecho que habían abandonado Portugal. Se pasó las manos por el pelo en un gesto que demostraba cierta desesperación. Después, se colocó sus auriculares y puso una *playlist* de música relajante para intentar dormirse un par de horas y así dejar de pensar si lo que estaba haciendo era una buena idea.

La azafata que pasaba por el pasillo para llevar una bebida unas filas más allá se fijó en aquel hombre rubio que apoyaba la cabeza en el respaldo, aunque le venía ligeramente pequeño. Tenía los ojos fuertemente cerrados y unas facciones muy finas.

Sus carnosos labios parecían moverse levemente. Puede que estuviera rezando o cantando para sí mismo la música que parecía oír en sus auriculares inalámbricos. Dejó la bebida y volvió hasta el puesto donde su compañera empezaba a preparar los carritos de comida.

—Asiento 20A, le doy un nueve. De lo mejorcito que nos hemos encontrado últimamente—. Y al ver la cara de fastidio de su amiga, añadió—: No sé por qué te enfadas, siempre te gano. Supera con creces a tu propuesta. ¿10C, decías? Ni un seis le doy comparado con este.

—Voy a verlo —dijo con un mohín de enfado—. No creo que tú hayas podido ver algo y yo no. ¡He repasado todo el avión a conciencia!

—Ve y me dices luego, ya verás.

—¿Ya estáis con eso? —dijo su compañero saliendo del compartimento de uso exclusivo de la tripulación—. Me empezáis a aburrir—. Pero la realidad es que le hacía gracia el juego y el papel que le otorgaban para elegir a la ganadora que, después, sería invitada a una copa por la perdedora y a él, como juez, también.

Poco después, la azafata volvió con paso rápido.

—Tienes razón, creo que ganas, esta vez, no voy a poner peros. El pasajero que está a su lado me ha preguntado que cuándo pasaremos la comida, y el 20A ha abierto los ojos. ¡Está impresionante! ¿Qué edad tendrá? Yo diría que ronda los cuarenta…

Su compañero, con un resoplido de cansancio, consultó la *tablet* y les dijo:

—Le acabas de quitar ocho años de golpe. ¡Si está cerca de los cincuenta! Cumple cuarenta y ocho en unos días, el diez de octubre, para ser exactos.

—¡No lo parece! —exclamaron ellas a la vez.

Aunque en condiciones normales la conversación se habría terminado ahí, sintió un poco de curiosidad ante la sorpresa de sus compañeras al conocer la edad y se fue por el pasillo a juzgar por sí mismo. El pasajero tenía el pelo liso de un rubio oscuro,

que llevaba bastante largo, rozándole los hombros, y pudo comprobar, ya que su compañero de al lado volvió a preguntar por la comida, que sus ojos eran color caramelo, de un marrón tan claro que parecían a juego con su pelo. Llevaba una barba de varios días y las patillas bastante pobladas y largas. Marco miró al individuo que tenía al lado y después lo miró a él con un gesto de solidaridad. El auxiliar de vuelo le devolvió el gesto disimuladamente, con una breve sonrisa.

—En una hora, pasaremos la comida para todo el mundo, pero, si quiere, puede pedir algo de la carta —dijo sacándola del compartimento del respaldo del asiento—. Mire, aquí vienen los precios.

El pasajero tomó la carta y empezó a revisarla con desgana. Marco volvió a inclinar la cabeza en su asiento y cerró los ojos otra vez. Esperaba que no volviera a interrumpir su intento de dormir preguntando por tercera vez cuando podría comer gratis. Puso de nuevo la música y esperó a ver si ahora ya podía relajarse.

Con los ojos fuertemente cerrados, volvió a pensar en Nieves y en cómo llevaría su separación en los próximos meses. Y estos pensamientos le recordaron la conversación que había tenido con su madre meses atrás, cuando su cabeza era un caos de pros y contras.

—Mamá, ¿cómo llevaste tú tantas veces la separación de papá?

Su padre, desde que lo recordaba, pasaba meses y meses fuera de casa. Trabajaba en plataformas petrolíferas y en la que más años estuvo fue en la del Golfo de México. Suficientemente lejos, suficientemente ajeno. Su ausencia durante meses había formado parte de la vida de la familia y solo cuando fueron creciendo, fueron conscientes de la situación especial que vivían. Marco recordaba las múltiples llegadas de su padre. Era una especie de ritual. Se arreglaban e iban a recogerlo al aeropuerto. Cuando eran más pequeños, se agachaba y abría los brazos para recibirlos a los dos a la vez. Marco siempre llegaba antes que su hermana. Su madre les observaba unos pasos más atrás y solo después de que su padre les hubiera colmado de besos y palabras cariñosas, se levantaba y se acercaba a ella a quien besaba de forma apasionada sin importarle las miradas de los demás. A pesar de que les costaba acostumbrarse a tenerlo en casa y que,

durante los primeros días, no dejaba de parecerles un extraño, los niños se adaptaban y le cogían tal cariño que siempre parecía un nuevo sentimiento. Como si cada vez fuera una nueva persona.

—¿Cómo crees que lo llevaba? —preguntó a su vez su madre.

—No sé… yo siempre te veía bien…

—Pues entonces es que no lo hice tan mal… —replicó pensativa ella—. Era muy duro no poder contar nunca con él, estar sola con vosotros, si os caíais u os poníais enfermos, me tenía que desenvolver sola. Muchas veces pensé que mi matrimonio había sido absurdo, que no debería haberme casado…—. Marco la miró sorprendido, pero quería que siguiera —. No lo llevé bien, ni mucho menos… Lo que pasa es que debo admitir que me conquistaba cada vez que volvía, era como si volviéramos a ser novios y, cuando él estaba, se me olvidaban todos los males.

—Lo querías mucho, ¿no, mamá?

Su madre lo miró con una gran carga de nostalgia en sus ojos.

—Supongo que sería eso, sí—. Y no dijo más.

Marco notó que no quería ser más explícita, que callaba cosas y decidió presionarla un poco:

—¿Y entonces? ¿Te compensaba?

Su madre dejó de cortar los tomates para la ensalada y se volvió hacia él:

—Si lo que quieres que te diga es que haces bien en marcharte, te diré que no. Vuestro padre se perdió toda vuestra infancia y adolescencia. Solo se vive una vez y los hijos son únicos y los momentos también. Fueron veinte años de ausencia… ¿a quién le compensa eso? A mí no…

Marco guardó silencio esperando que dijera algo más y como ella había vuelto con los tomates, decidió puntualizar:

—Solo será un año…

—Y en un año alguien se puede cruzar en la vida de Nieves y, entonces, ¿te habrá merecido la pena? ¿Te gustaría perderla?

No. No le gustaría perderla, pero creía que su madre estaba exagerando un poco. No era lo mismo que su caso. Su padre podría pasar seis meses fuera, luego venía un par de meses, quizás tres, y volvía a irse otra larga temporada. Así durante los veinte años que recuerda su madre. Él solo se iría un año. No era igual. Pero prefirió no rebatírselo. Solo instigó un poco más.

—¿Se te cruzó alguien a ti, mamá?

Ella se volvió de nuevo a mirarlo ligeramente contrariada, aunque trataba de no demostrarlo.

—Si así hubiera sido, eso no lo comentaría con mi propio hijo. Venga, pon la mesa, por favor—. Y dio el tema por zanjado. Marco la obedeció y se quedó con varias preguntas en la retaguardia. Su madre tenía muchas historias que no estaba dispuesta a contar.

Esa misma noche llamó a su hermana para contarle la conversación con su madre. Quería saber su opinión y si ella sabía algo más.

—Me dejas muy intrigada —dijo cuando terminó—. Te juro que voy a investigar, buscar cartas o yo qué sé. Lo malo es que siempre está en casa cuando voy, pero… ¿te imaginas? ¿Nuestra madre con un amante? No le pega nada…

—Y papá… no me extrañaría que también hubiera tenido líos, aunque… No estoy muy seguro de que en esas plataformas hubiera mujeres y menos antes. Ahora seguro que sí, pero ¿entonces?

—Yo tampoco lo creo… como no fuera la cocinera o algo así… —dijo Marta—. Pero ¿entonces? ¿Te ha dado su aprobación?

—No. Todo lo contrario. Dice que es una tontería que me vaya…

—¡No es lo mismo! Tú te vas solo un año, ¿no, Marco? O… ¿estás pensando en irte más tiempo?

—No, no, Marta. Solo tengo intención de irme un año.

Quiero probar, siempre lo he querido.

—¿Y si te convence y te quieres quedar más? ¿Renunciarías a todo?

—¡No! Pero no me gusta afirmar cosas categóricamente cuando no sé lo que puede pasar—. Se enfadó un poco Marco—. No es mi intención. Quiero a Nieves y lo sabes, y las niñas… ellas son imprescindibles.

—Pues creo que es en lo que más debes de pensar para decidir si aceptar el puesto o no. Yo te animo a que vivas la experiencia, es algo que siempre has querido hacer, pero debes ponerte límites. Tener muy claro que es algo temporal, algo experimental, pero no para siempre. Eso te dará la seguridad que te falta. El tener un objetivo.

Y Marco había hecho caso a su hermana y había ignorado a su madre. Y dijo que sí. Y allí estaba ahora montado en ese avión. Rumbo a la aventura.

—Señor, ¿puede bajar la bandeja, por favor? Le traemos el almuerzo —dijo amablemente la auxiliar.

Estaba claro que había escogido un mal momento para intentar dormir. Después de comer, probaría de nuevo. También era extraño que se hablara de «almuerzo». El concepto *tiempo* era raro en los aviones, pero tenía cierta lógica. Si habían salido después de las tres de la tarde y llegarían a Miami sobre las siete, lo que la azafata le traía estaba entre la comida americana y la cena española. Así que era difícil denominar qué sería aquello. El señor que tenía al lado parecía concentrarse en todos aquellos paquetitos que traía la bandeja y los abría uno tras otro como si fueran un tesoro. Marco comenzó a comer la pasta boloñesa que únicamente sabía a salsa de tomate, mala y claramente escasa para saciar a un hombre de su tamaño. Siguió, mientras comía, con los cascos puestos para evitar cualquier tipo de conversación que su compañero pudiera comenzar. No le apetecía lo más mínimo hablar con él. Ni con nadie. Quería descansar y mantener en su retina, todo el tiempo que pudiera, las caritas de sus hijas que iban a ser las que, definitivamente, le hicieran mantener los pies en el suelo.

El avión aterrizó, como estaba previsto, un poco antes de las siete de la tarde. No tardó mucho en encontrar a su amiga cuando

salió. Ana le esperaba con una gran sonrisa. A pesar de los años que llevaban sin verse, ella no había cambiado nada. Era una mujer menuda, con un rostro de líneas delicadas en el que destacaban sus definidas y armoniosas cejas. El pelo, castaño claro que llevaba con mechas rubias dándole un aspecto muy natural, lo llevaba corto, despejada la nuca y un gran flequillo que caía de lado, hasta el final del largo. Marco se dirigió a ella y se dieron un gran abrazo.

—¡Qué bueno que el transbordo sea tan largo! Tengo casi veinticuatro horas para que me cuentes —dijo ella al separarse.

—Sí, la verdad. Aunque lamento haberte ocasionado la molestia de venir a por mí…

—¡Anda ya! Tenía muchas ganas de verte. Vamos a casa, estarás cansado. ¿Qué tal el vuelo?

Ana y Marco se habían conocido en la carrera y, en aquel tiempo, habían tenido una relación intermitente y pasional. Cada cierto tiempo, sus caracteres les enfrentaban y lo dejaban por unas razones u otras, pero, luego, siempre volvían a caer, aunque se hubieran hecho la promesa de no intentarlo más. Ya trabajando, en los primeros años del MIR, habían probado a vivir juntos, pero aquello tampoco había ido bien. Lo más increíble de todo era que hubieran conseguido continuar con la relación y el cariño que se tenían y una vez superado que lo suyo no tenía futuro, habían sabido mantener la amistad y el contacto no se había perdido, aunque Ana llevase más de quince años viviendo en Miami. Un poco más tarde, sentados en el jardín de la casa de Ana, que daba directamente a uno de los múltiples canales de la zona, viendo algún que otro barco pasar y con el susurro del agua chocando con el muro, pudieron ponerse al día. Ella había preparado una cena a base de picoteo y ya se habían terminado una botella de vino.

—Y dime, Marco, ¿por qué ahora?

—¿Aceptar el puesto? Siempre he querido hacerlo.

—Por eso te pregunto que por qué ahora y no hace diez o quince años.

Marco se pasó los dedos por el pelo y Ana recordó que, cuando estaban juntos, le encantaba vérselo hacer. Era curioso que aún lo siguiera haciendo.

—Si te digo la verdad, no lo sé —respondió—. Cuando me llamó Pedro, pasé muchos días decidiendo si aceptaba o no, viendo los pros y los contras, pero en todo este tiempo no he pensado por qué ahora precisamente. Y ya que me lo preguntas, creo que es una cuestión de edad. En dos años cumplo cincuenta. Más de media vida. No quiero que, cuando sea mucho mayor, me arrepienta de no haber probado lo que tanto me apetecía.

—Tu mantra… —dijo ella.

—¿A qué te refieres?

—A lo que siempre decías. «Prefiero arrepentirme de algo que he hecho a hacerlo por algo que he dejado de hacer».

Marco le sonrió con cariño. Ella se acordaba aún.

—Exacto, eso es.

—¿Y qué dice Nieves?

—Ya la conoces…

—Sí… —reconoció Ana—. Que, si le parece mal, no te lo dirá. Pero creo que, si fuera inadmisible para ella, te hubiera puesto en la calle sin miramientos. Pedirte algo nunca lo haría… —. Y como él había bajado la cabeza y parecía que reflexionaba sobre sus palabras, le preguntó—: ¿Estáis bien? ¿No ha tenido nada que ver vuestra relación en tu decisión?

—No, no —negó categóricamente—. Estamos bien. Ella es… ella todo lo hace fácil. La voy a echar mucho de menos…

Ana se quedó callada y sintió un poco de envidia de cómo hablaba de Nieves. Comprobó que se le había dulcificado el rostro. Se preguntaba si le pasaría lo mismo cuando hablaba de ella en los tiempos que estuvieron juntos. Alargó el brazo y cogió uno de los pocos nachos que quedaban. La humedad de Miami, a la que ella ya se había acostumbrado, estaba empezando a mojar la camisa de Marco. «Y lo que le queda», pensó.

—¿Y tú? —le preguntó él—. ¿Estás con alguien ahora?

Ana torció el gesto. No le apetecía contestar a eso.

—Ya sabes… Los hombres no queréis quedaros conmigo

mucho tiempo. Algunos me hacen un hijo, pero se marchan igualmente…

—¡Qué forma tienes de contar las cosas! Ni que fueras un monstruo. Doy fe de que no es así —dijo él con una sonrisa y le acarició el brazo a la vez.

—Entonces habría que hablar de por qué lo dejamos, pero, obviamente ¡no te voy a dar la lata con eso!

—¡Nooo! Mejor no hablar de eso.

En ese momento, entró por la puerta Lisa, la hija mayor de Ana. Muy rubia, muy pintada y con la falda muy corta.

—¡Hola! Eres Marco, ¿no? Por fin te conozco —dijo sin asomo de timidez y con un marcado acento americano.

Él se levantó y se acercó para saludarla.

—Sí, soy Marco, y claro que nos conocemos. Te vi en Madrid y apenas pudimos hablar tu madre y yo con tus alaridos y llantos —bromeó.

—Y no creas que ha cambiado mucho eso —apuntó Ana y se rio del gesto de reproche que le hizo su hija.

—¿Y qué edad tendría? ¿Tres o cuatro años? ¿Cómo me voy a acordar? Seguro que mi madre me hizo algo…

—Creo que tenías cinco, así que ya eras mayor, pero seguías berreando —le informó su madre.

—¿Qué edad tienes ahora? —le preguntó Marco.

—Voy a cumplir quince. En breve, me independizaré—y miró a su madre con gesto provocador.

—No dejes que crezcan tus mellizas, Marco —aconsejó Ana —. Quizás tendrías que haber esperado a su adolescencia para quitarte de en medio…

¿Quitarse de en medio? ¿Es eso lo que había hecho Marco? No estaba de acuerdo con eso, pero, a efectos prácticos, es lo que iba a hacer el siguiente año. Pensó que sus mellizas, de apenas nueve años, no le iban a dar la tabarra a Nieves como podrían hacerlo unas adolescentes. Así que se quedó más tranquilo y se

sirvió un poco más de vino.

—¿Trabajas mañana? —le preguntó a Ana.

—No, he pedido el día libre. He pensado que podríamos dar una vuelta con la lancha —y señaló la que estaba amarrada al final del jardín, que se balanceaba en el agua—. Así podrás disfrutar de un pequeño «lujo» que luego, va a ser imposible. Tendremos que levantarnos pronto. A las doce deberíamos estar de vuelta en el aeropuerto.

Lisa, que había estado comiendo los restos de los distintos platos que había sobre la mesa, dio un beso a su madre, se acercó a Marco y le dio otro.

—Me voy a dormir ya. Mucha suerte con tu experiencia. Mándale fotos a mi madre. Quizás algún día haré lo que tú.

—Sí, seguro —rio Ana—. Siempre te has caracterizado por tu espíritu de sacrificio…

—Y tú por tu marcada simpatía. ¡Me voy! ¿Está Tony ya durmiendo?

—¡Antonio! ¡Tu hermano se llama Antonio!

—¿Qué más da? —se la oyó murmurar ya subiendo las escaleras, pero después le gritó—: ¡Y además es Marco Antonio! ¡Con «Marco» delante como tu amigo!

Ana, que la había seguido con la mirada mientras subía, se volvió lentamente a enfrentarse con la cara de Marco que, como esperaba, era de una sincera sorpresa.

—¿Es eso cierto? ¿Le llamaste como yo? —interrogó muy interesado.

Ana intentaba disimular como podía su perturbación.

—Sí, siempre me ha gustado el nombre, pero le llamamos Antonio.

—Era como yo creía que se llamaba, pero no con ‘Marco’ delante…

—Da igual. Vamos a dormir—. Ana cambió de tema radicalmente. No quería dar explicaciones—. Si queremos dar ese

paseo habrá que levantarse pronto, que mañana te espera un día duro.

Y ambos se levantaron, recogieron la mesa y llevaron las cosas a la cocina. Marco se quedaba en el cuarto de invitados que había justo en la planta baja. Ella comenzó a subir las escaleras, pero se paró un momento.

—Marco, has hecho bien. Me das envidia. Si mis circunstancias fueran otras, quizás me iría contigo. Ya me contarás todo. Por favor, no dejes de hacerlo. Buenas noches.

Al tumbarse en la cama, Marco se dio cuenta de lo cansado que estaba. En España eran las seis de la mañana y en el avión poco pudo dormir al final. Puso a cargar el móvil y repasó el mensaje que se intercambió con Nieves cuando llegó. Ella le había escrito:

«Me alegro de que el vuelo haya ido bien. Supongo que ya estás con Ana. Dale recuerdos míos. Y no te preocupes por las niñas. Nada más llegar a casa, ya estaban enfrascadas en sus peleas. Mañana avísame cuando aterrices. Un beso».

Marco dejó el móvil en la mesilla y por primera vez desde que salió de Madrid, se sintió impaciente por llegar y empezar a vivir lo que tantas veces había imaginado. El sueño aplacó de cuajo sus nervios. No tardó ni cinco minutos en quedarse profundamente dormido.

2

Nieves

Cuando dejaron de ver su figura al pasar el control, después de decirle adiós varias veces con la mano e indicarles dónde estaba su padre, porque, desde su altura, les era más difícil localizarlo, cogió a ambas niñas y fueron a buscar el coche. Claudia seguía sollozando, pero era un llanto más flojo e intermitente. Ninguna de las dos notó que a su madre se le llenaban los ojos de lágrimas. Antes no se lo había permitido. Y ahora tampoco quería que las niñas la vieran. Soltó a Marta un segundo, y rápidamente se enjugó la lágrima que no respondió a su contención.

Por la noche, cuando las pequeñas ya se habían acostado, Nieves sacó toda la angustia que llevaba dentro y dejó que las lágrimas rodaran libres por su rostro. Habían sido muchos meses de contenerse, de no demostrar que la idea de separarse de Marco, aunque fuera solo un año, le estaba destrozando por dentro. Ni ella misma podría dar una explicación clara de por qué no le había dicho lo que sentía. Llevaba cuarenta años luchando contra su incapacidad de hablar, de mostrarse, de pedir. Y más después de todo lo que había vivido antes de conocer a Marco. No sabía hasta qué punto su 'defecto' de no poder decir lo que realmente pensaba y sentía se debía a su propia naturaleza o a ciertos acontecimientos que aún marcaban su ser. No lo tenía claro. Si se remontaba a su niñez, al seno de la familia donde se había criado, sinceramente no creía que hubiera influido de forma expresa, sino que el entorno no había favorecido mucho a ser más comunicativa, pero nada demasiado grave. Ser la sexta hija de ocho, en una casa donde el dinero era algo que no abundaba y se conseguía solo a base de mucho trabajo y ciertas humillaciones, no pensaba que le hubiera alterado el carácter. Vivían en un pueblo pequeño, rodeado de campos y montañas plagados de olivos y almendros. Ellos no habían tenido la suerte de la mayoría de sus pocos vecinos. Su padre siempre había trabajado para otros y nunca había podido sentir lo que era tener tierras propias. Algunos de sus hermanos mayores pronto abandonaron la escuela para ayudar a su padre en las tareas de labranza, pero Nieves, una más del montón de bocas que tenían que alimentar, solo había destacado en sus notas. Se le daba bien el colegio. Cada año,

conseguía el diploma que la acreditaba como la mejor estudiante de todo el centro. Sus padres, lejos de alegrarse, se avergonzaban de dejar en mal lugar a los hijos de Ramón, el dueño de las tierras donde su padre trabajaba. En alguna ocasión, su madre incluso la había menospreciado ante la mujer del jefe.

—Es que esta chiquilla no hace más que estudiar. Se esfuerza mucho. No tiene amigas y ¿qué otra cosa puede hacer?

Y no era cierto. Nieves no se esforzaba tanto. Los problemas matemáticos parecían resolverse en su cabeza de forma automática y no necesitaba ni la mitad de las horas que sus compañeros para prepararse un examen de historia. Pero su vida habría sido la previsible, la de sus hermanas mayores si no hubiera sido gracias a la directora del colegio. Ella había entregado, año tras año, los diplomas a Nieves y, como conocía la situación de la familia y las ambiciones de los hermanos, decidió que un talento así, el que tenía esa niña morena, callada y de ojos tristes, no podía desperdiciarse de esa forma. No acudió a los padres de su alumna favorita pues sabía su respuesta. Acudió directamente a Ramón con la certeza de que este le devolvería los favores que tantas veces le había hecho. Y así fue como Ramón decidió que concedería una beca para el niño o niña con mejores resultados. La beca nació ya con un nombre predeterminado. El de Nieves.

Se trasladó a Granada a estudiar medicina, lo que siempre había querido, y no tuvo ningún problema en conseguir la nota de acceso. A sus padres la idea seguía sin convencerlos. Pensaban que, con aquella beca, habían contraído una deuda con Ramón que sería difícil de devolver. Pero eso no achicó a Nieves. Se dedicó en cuerpo y alma a sacar la carrera en el menor tiempo posible. Salía poco y estudiaba mucho. Hizo muy buena amistad con las dos chicas con las que compartía el pequeño piso que habían alquilado al lado de la plaza de toros y que estaba muy cerca de la facultad. Salió con un par de compañeros de clase, pero no fue nada reseñable ni nada para recordar con emoción. Solo recorría los casi sesenta kilómetros que le separaban de su familia los días festivos o en vacaciones y siempre tenía ganas de volver al día siguiente de llegar. Sentía que nada le unía ya a su casa, a su pueblo, a sus padres y hermanos. Los quería, sí, pero no iba a dejar de aprovechar la oportunidad que le habían dado para cambiar de vida, para no tener que agradecer cada día el pan que llegaba a casa, para no depender de nadie.

El destino, sin embargo, no la llevó muy lejos. Apenas unos meses después de terminar la carrera, se presentó a las pruebas del MIR. No había estudiado lo suficiente, era imposible en tan poco tiempo, pero, sin embargo, consiguió superarlo a pesar de no conseguir la especialidad que quería. Podría haber repetido el examen al año siguiente. Era lo que le aconsejaban sus compañeras de piso, pero no quiso. Quería comenzar a trabajar cuanto antes, empezar a ejercer su especialidad de médico de familia. Y en Órgiva, un pueblo de La Alpujarra granadina, empezó por fin su andadura profesional y vivió los momentos más felices que había conocido hasta entonces. Y los que la hicieron más desgraciada.

Nieves, mirando el reloj para saber si Marco podría haber aterrizado ya, seguía con sus recuerdos en la búsqueda de por qué era así, por qué no había sido capaz de decirle que no aceptara aquel puesto. Se preguntó una vez más si no debería de ir a terapia, si así podría vencer esa incapacidad. Algún día tendría que intentarlo.

En aquel centro de salud del pueblo alpujarreño, había conocido a Sergio y ese encuentro había marcado su vida. Aún recordaba cuando lo vio aparecer. No vino solo. Le acompañaban dos chicos más y una chica. Al ver el aspecto de todos, Nieves no dudó en que pertenecían a la comunidad de *hippies* que vivían en uno de los valles. El pelo largo y no muy limpio de los hombres y aún más largo el de ella, las ropas que llevaban, viejas, desteñidas y sin ningún propósito de que combinaran, las sandalias… Hasta aquel momento, solo había oído hablar de ellos. Ni sabía dónde estaban exactamente ni cuántos eran. Sergio se sujetaba el brazo derecho con el izquierdo y llevaba la descolorida camisa empapada de sangre, sobre todo, a la altura del hombro. Rápidamente Nieves le indicó que pasara por una puerta donde estaba la primera consulta.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó directamente mientras calculaba si quitarle la camisa o solo remangársela.

—Un corte —dijo él en un tono grave y bajo.

—Voy a tener que cortar la camisa o ¿puedes quitártela tú?

—No creo…

Cogió unas tijeras grandes y las introdujo en la zona de la

axila, fue subiendo por el hombro para luego bajar por la espalda. Hizo que levantara el brazo para dar el corte final y separar la manga del resto de la camisa. Ese movimiento debió de dolerle por la sangre que seguía saliendo y que comenzaba a dejar un rastro de gotas en el suelo. Sin embargo, el joven no se quejaba, parecía ido. Al bajar la manga por la muñeca, la herida quedó al descubierto. Era un gran corte de unos diez centímetros de largo y dos o tres de ancho. Nie- ves tumbó al paciente y, ayudada por el enfermero que había llegado, limpió la herida. Parecía un corte hecho con algo punzante, pero, aun así, pidió a su compañero que averiguase si no había sido una mordedura de animal. Como sus amigos aseguraban que había sido con un cristal, procedió a cerrarla con puntos de sutura. El paciente seguía sin decir nada y ella ya no dudó de que estaba bajo los efectos de alguna droga. A pesar de su aspecto desaliñado, su larga barba sin cuidar, Nieves comprobó que aquel hombre tenía una belleza griega, de líneas muy rectas y grandes ojos negros.

—¿Puedes andar? —le preguntó al terminar de coserle.

Sin contestar, comenzó a incorporarse.

El enfermero llamó a sus amigos para que lo ayudaran y estos vinieron rápidamente. Uno de los chicos había desaparecido. Sergio se apoyó en la mujer y el otro le cogió por la cintura.

—¡Esperad! —dijo Nieves—. Voy a recetarle un antibiótico para prevenir. ¿Cómo se llama?

—Sergio —contestó la mujer sin mirarle a la cara.

—Tendrá apellidos, ¿no?

—Puede, pero no me los sé.

—¿Y tarjeta sanitaria? —se empezó a impacientar.

—Eso seguro que no…

Nieves soltó un resoplido y se dirigió al armario donde había varias medicinas. Después de rebuscar, sacó una y cortó tres pastillas.

—Es una al día, con comida y solo durante tres días. En una semana debería volver para quitarse los puntos. Decídselo, por favor, cuando esté más… consciente.

Y Sergio, por supuesto, no había vuelto.

El móvil de Nieves emitió un breve pitido sacándola de sus recuerdos. Lo cogió. Era Marco con un «Ya he aterrizado en Miami. Todo bien. ¿Vosotras qué tal?». Nieves le contestó y prefirió seguir indagando en sus recuerdos. Necesitaba entenderse.

No era la primera vez que pensaba en Sergio. De hecho, muchas veces se había acordado de él y siempre le venían oleadas de tristeza. Después de coserle la herida, volvió a verlo unas semanas más tarde, a la salida del centro de salud. Estaba sentado en el suelo a la entrada del bar, con un botellín de cerveza y rodeado de gente, unos sentados como él y otros de pie. Nieves dudó en acercarse. Habían pasado más de veinte días y se preguntaba cómo estaría y si se habría quitado los puntos. Le pudo su obligación como médico. O quizás no fue eso, pero en aquel momento no hubiera podido reparar en qué otra razón la movía a acercarse.

—Hola, ¿cómo estás? —dijo tímida esperando su reacción.

Sergio la miró desde el suelo y frunció el ceño intentando adivinar quién era aquella chica que le saludaba.

—Bien, ¿y tú? —dijo finalmente con una sonrisa.

—Me refiero a cómo tienes la herida.

—¿La herida? —. Sergio seguía con cara desconcertada, pero pronto perdió el interés y le pidió el porro al que tenía más cerca.

De pie, cerca de ellos, la chica que lo había acompañado a la clínica se fijó en Nieves y le dio una ligera patada a Sergio.

—Tío, es la doctora que te cosió la raja.

Le dio una calada al cigarro mientras decía un «ahhh» apenas audible. Luego alzó la vista hacia Nieves y encogiéndose de hombros le respondió al fin:

—Perdona, no me acordaba. La herida bien, está bien. Hace días que no me la veo…

—¿Me dejas que te la mire? —dijo ella mientras se agachaba.

—¿El qué? ¿La herida u otra cosa? —contestó en tono jocoso y mirando a los demás, que rieron con él—. Como quieras. Soy todo tuyo —y se remangó la sudadera mientras se giraba para ponerla a la altura de Nieves.

Ella terminó de subir la manga para verla bien. El aspecto era bastante malo. La suciedad había contribuido a que algunos puntos que aún seguían ahí se infectaran y tuvieran un color entre rojo y negro. Otros se habían despegado y caían a los lados de la herida. Nieves lo miró y se encontró con una cara divertida que parecía retarla. Era como si esperara su regañina, así que ella cambió de inmediato lo que le pensaba decir.

—¿Te los puedo quitar? Es absurdo que sigan aquí. A no ser que quieras mantenerlos como si fueran un tatuaje.

—Te lo he dicho antes: soy todo tuyo.

Nieves entró en el bar, pidió al camarero unas tijeras, que este le dio. Como no tenía alcohol sanitario, salió y le pidió a Sergio un mechero. Puso las hojas de las tijeras bajo la llama y esperó a que se enfriaran. Después cortó los hilos y tiró de ellos para sacar los restos que aún seguían dentro de la piel. Sergio hizo muecas de dolor y pensó que aquello le estaría doliendo mucho menos que cuando lo cosió. Entonces no había dado ninguna señal de dolor. Cuando terminó, se levantó diciendo un neutro «ya está». Entró de nuevo al bar, devolvió las tijeras y se despidió con un breve «adiós». Cuando ya había caminado un par de pasos, oyó a su espalda su voz amodorrada:

—Oye, doctora, ven. De alguna forma te tengo que pagar. Te invito a una cerveza.

Nieves se volvió más por cortesía que por ganas. No le gustaba el ambiente de él y sus amigos. Se sentía fuera de lugar.

—No, gracias, es mi trabajo. No hay nada que pagar.

—Pero me apetece. Venga. Quédate, no te vamos a comer.

Ella dudó. Le esperaba su pisito, con el estilo y el empeño que su casera de ochenta años le había dedicado y donde se ahogaba un poco. Pensó que le vendría bien relacionarse con gente que no fuera de su trabajo, a pesar de ser unos *hippies* que prácticamente ignoraban su presencia. Finalmente aceptó.

—Vale, acepto la invitación.

—Muy bien —dijo él con la misma sonrisa socarrona—, pero tendrás que ir a pedirla dentro y ya, si acaso, pagarla—. Y volvió a soltar una carcajada esperando que los demás rieran con él. Solo la chica y otro hicieron coro de su pobre ocurrencia.

Nieves, con menos ganas de quedarse que antes, entró en el bar y salió con el botellín. Sergio seguía dándole caladas al porro y solo al rato alzó de nuevo la vista y palmeó el suelo indicándole que se sentara a su lado. La incomodidad de la doctora iba en aumento, pero no le quedó más remedio que hacerle caso. La chica de la clínica se sentó sobre el otro joven que estaba al lado de Sergio, que apenas reaccionó al encontrarse de pronto con alguien sentado encima. Debía de estar en otra parte muy lejos de aquel bar en aquel pueblo.

—Soy Miriam —dijo —¿y tú?

—Yo no —contestó Nieves sorprendiéndose a sí misma por la broma espontánea que había hecho. La otra se quedó extrañada y pareció cavilar si la había entendido bien. Sergio sí comprendió rápidamente y soltó una carcajada.

—¡La doctora tiene sentido del humor…! ¿Quién lo diría con lo seria que pareces?

—¿Yo parezco seria? —preguntó a su vez.

—Mucho. Y triste. ¿Qué te preocupa, doctora? —Miriam seguía haciendo esfuerzos para comprender por qué se había reído Sergio.

—No… no me preocupa absolutamente nada —balbuceó—. No sé por qué lo dices si me acabas de conocer.

—¿Pero no me habéis dicho que fue ella quién me cosió? —y miró interrogante a su amiga que se lo confirmó asintiendo.

—Sí, suturé, pero tú no te acordabas de mí.

—Eso le pasa siempre —intervino Miriam—. No se queda con las caras.

—Y menos aquel día que estaría en otro lado. ¿Cómo te hiciste la herida? —preguntó mirándolo directamente.

—No me acuerdo. Cosas que pasan.

Nieves miró a Miriam con cara de interrogación.

—Se peleó. Y el otro sacó la navaja —aclaró quitándole importancia al asunto mientras le pedía una calada a Sergio.

—¿Y eso por qué? —siguió preguntando Nieves.

—Ya te digo, doctora, cosas que pasan —murmuró él queriendo cambiar de tema—. ¿Otra birra?

Nieves siempre creyó que aquel había sido el primer día. La primera vez que cayó en las redes de Sergio como si fuera un pequeño insecto que, al cambiar su ruta habitual, se ve atrapado en la tela de una araña. Ella no era así, no era su mundo, no eran personas que la atrajeran y, visto objetivamente, ese hombre de bromas sin gracia nunca habría sido objeto de su interés. Sin embargo, ocurrió. Fue incapaz de dejar aquel bar hasta pasada la una de la mañana. Era como si un imán muy potente le impidiera levantarse del suelo. Las conversaciones ni las recordaba. Seguramente habían sido tan banales que las había olvidado pronto. Solo pequeños retazos en los que había podido saber cuál era la ubicación aproximada de su comuna, de qué ciudades venían y cuánto tiempo llevaban viviendo en la Alpujarra. Cuando fue consciente de la hora que era y que al día siguiente tendría que levantarse pronto para trabajar, pudo ponerse en pie y, dejando su último botellín en el barril que había en la puerta, se despidió de ellos. Sergio fue rápido y, sin levantarse del suelo, le cogió la mano diciendo:

—Pero… ¿no vienes?

—¿A dónde? —preguntó a su vez, realmente extrañada.

—Pues a casa, conmigo. No entiendo que te interese tanto dónde vivimos y luego no vengas.

Ella esbozó una irónica sonrisa y echó un rápido vistazo a Miriam, que parecía muy atenta a la conversación.

—Claro que no. Me voy a la mía.

—Venga… si lo estás deseando —insistió él.

—¿Deseando? ¿Ir a vuestra casa? —y soltó una irónica

carcajada—. ¿Por qué iba a desearlo?

—Está clarísimo —respondió Sergio con una amplia sonrisa —. Está claro que quieres un buen polvo y es lo que te iba a dar.

Aquellas palabras tuvieron el efecto en Nieves de sofocarla de indignación. Sintió que el calor le subía por el pecho y le llegaba a la barbilla, haciendo que apretara los dientes fuertemente. Su naturaleza le hubiera hecho recriminarle con improperios varios lo que le había dicho de esa forma tan socarrona, como lo hubiera hecho con un hermano pequeño, pero se dio cuenta a tiempo de que, si hubiera dicho lo que quería, habría sido claramente objeto de nuevas burlas por parte de todos y, especialmente, de Sergio. Interior- mente hizo un gran esfuerzo para recomponerse y, con una sacudida, se deshizo de su mano que aún la tenía atrapada.

—¡Qué estupidez! —dijo con una sonrisa que pretendía ser natural—. Anda, échale un poco de agua y jabón a tu herida, que no te va a pasar nada, y recuerda que a tu corte el polvo no le viene nada bien—. Y sin esperar respuesta, dio media vuelta y se alejó con paso rápido en dirección a su casa, mientras le oía reír a sus espaldas.

Su apartamento estaba bastante cerca, era un pueblo pequeño, y, cuando estuvo segura de no estar a su vista, redujo el paso. Colocándose la melena detrás de las orejas pensó que había sido muy tonta por haber pasado la tarde con esa gente que nada aportaba. Se despreció por no haberse ido ante la primera grosería de Sergio. Nieves, al recordar aquel momento, se dio cuenta de que entonces no fue consciente en absoluto de que había sido atrapada por el influjo incontrolable que emanaba Sergio. Una fuerza tan potente que una joven de veinticinco años recién cumplidos iba a nece- sitar algo más de voluntad para no dejarse arrastrar. Aquella Nieves de entonces volvía indignada a casa, más con ella misma que con Sergio, sin saber que ya era tarde, que el hechizo había comenzado y solo el propio Sergio sabía que había lanzado los hilos para atraparla y acercarla a él. Y era muy efectivo. No necesitaba nada más. Ni trabajo, ni coche, ni un aspecto impresionante. Él sabía cómo hacerlo y se había retado a sí mismo a que la doctora sería su siguiente víctima. Solo era cuestión de tiempo. Nieves lo sabía ahora porque luego se lo oyó decir varias veces. Le oyó jactarse de su poder, de su don innato para hacer lo que quisiera con la gente que eligiese. Y porque también lo vio ir a por su siguiente presa.

Cogió el móvil y le echó un vistazo. No había nada nuevo. Era tarde y al día siguiente entraba de guardia. No podía seguir en el sofá más tiempo y menos cuando ni los recuerdos de su infancia ni los de su primer encuentro con Sergio la habían ayudado a saber por qué no le había dicho a Marco que no se fuera. Tenía que seguir investigando. Se había propuesto conocerse del todo, saber qué muros la paraban y por qué no podía derribarlos. Pero eso ya tendría que hacerlo otro día. Se levantó y, después de asomarse al cuarto de las niñas y comprobar que dormían plácidamente, se acostó en su cama que parecía más grande ahora sin Marco. Lo volvió a echar de menos.

3

Marco

Fue salir por la puerta del avión y sentir una bofetada de calor húmedo que casi le impedía respirar, y eso que no estarían a más de treinta grados. Bajó las escaleras mientras observaba a las personas pululando de un lado a otro como si de una calle comercial se tratara en lugar de unas pistas de aterrizaje. Comprendió que tendría que ir andando hasta la terminal. El aeropuerto de Puerto Príncipe no era muy grande y, desde luego, nada moderno. Cuando entró, ya llevaba la camisa empapada por las axilas y, sobre todo, por la espalda. «Supongo que mi cuerpo se adaptará pronto», pensó Marco. Como equipaje llevaba dos mochilas: una, de unas dimensiones tan grandes que había tenido que facturarla en ambos vuelos. En la otra, más pequeña, llevaba el ordenador y todo lo que le era más imprescindible. Cuando la mochila grande llegó por la cinta transportadora, la cogió y salió por la puerta. Tenía ganas de saber si Pedro había podido ir a recogerlo. Nada más atravesar la salida, lo buscó entre el gentío y lo encontró a los pocos segundos. El cabello rojizo de su amigo era tan llamativo que destacaba entre las demás personas. También ayudaba su altura y su delgadez casi extrema. Ambos se dieron un fuerte abrazo con sentidas palmadas en la espalda.

—Gracias por venir —dijo Marco—. No habíamos concretado y no sabía si podrías recogerme.

—En realidad estamos muy cerca. El hospital está a solo cuatro kilómetros. Me he podido escapar fácilmente. ¡Bienvenido! Me alegro mucho de que estés aquí. ¿Qué tal los vuelos?

—Estupendamente. Nada que reseñar.

Los dos amigos se dirigieron a la salida. Pedro le pidió la mochila pequeña, pero Marco no dejó que lo ayudara. En apenas unos minutos alcanzaron el aparcamiento, que no era otra cosa que una explanada donde menos de un centenar de coches se habían distribuido en tres filas de forma no uniforme. Pedro se dirigió hacia un desvencijado Toyota blanco con el logo de la ONG y la palabra «*Ambulance*» pintada en el lateral con letras rojas. Puso en marcha el coche y rápidamente se adentraron en una carretera.

—Como sabes, nuestro hospital está en el barrio de Tabarre, y eso está aquí al lado. No sé si llegué a escribirte en el correo todos los detalles, ya sabes que no tengo buena memoria —se disculpó mientras seguía explicándole—, pero si quieres, te lo digo por si se me olvidó. Tabarre es uno de los barrios más conflictivos de Puerto Príncipe. Tiene como ciento treinta mil habitantes y en el hospital solo tenemos cien camas. Claramente insuficiente, aunque no estamos solos. Hay otros hospitales públicos y de otras asociaciones como la nuestra. El número de pacientes al que atendemos diariamente es imprevisible. La semana pasada hubo un día que recibimos a veinte de golpe, y más de la mitad eran víctimas de heridas de bala o arma blanca.

Marco soltó un largo silbido. Sabía que iba a haber movimiento, pero ahora ya tenía datos reales. Miraba por la ventanilla con curiosidad para mantener luego en su retina esa primera impresión. No estaba siendo demasiado mala. A los lados de la carretera podía ver una interminable serie de construcciones, en su mayoría, naves y comercios y alguna gasolinera. Por todas partes la hierba crecía y había árboles de colores muy vivos. Si se fijaba en alguna calle perpendicular, en muchas se acababa pronto el asfalto y se convertía en una tierra blanquecina con piedras de distintos tamaños. El tráfico era muy intenso y todos los coches que se cruzaban tenían un aspecto muy parecido al de ellos. Había también numerosas motos que zigzagueaban entre los autos.

Pedro seguía detallando la información que consideraba importante para su amigo. Poco tiempo después aparcó delante de un edificio con una forma un tanto extraña.

—Hemos llegado —dijo.

Un muro alto rodeaba la edificación completamente. En algún tiempo había sido blanco, pero ahora se mostraba gris y con algunos desconchones en ciertas zonas. Cada pocos metros, unas pequeñas y rectangulares ventanas, totalmente protegidas por barrotes, se disponían en la parte superior del muro y, entre ventana y ventana, unas gruesas líneas verticales pintadas de un color verde intenso hacían pequeñas sepa- raciones. La puerta de entrada ubicada en la mitad del muro, de dos hojas que permanecían cerradas, era del mismo color verde. Sobre la puerta, una caseta que también tenía el logo de la asociación indicaba el nombre del hospital. Un grupo bastante numeroso de personas esperaban delante. Marco se fijó en una moto que se disponía a

arrancar. En ella estaba el conductor, un chico muy joven y detrás dos mujeres que se cogían de la cintura en cadena. Se percató de que, entre el joven y la primera mujer, se veían los brazos y piernas de un bebé que apenas tendría un año. «¡Son cuatro en la moto!», pensó, pero no quiso decirlo en voz alta para no mostrarse demasiado impresionado ante Pedro. Otra mujer conversaba con ellos y parecía que se despedía. Ella llevaba en su cabeza unos cuantos trapos apilados haciendo una especie de hatillo de unas dimensiones considerables que, inexplicablemente, se sostenían allí imperturbables a los aspavientos de la mujer. Tampoco tenía ni idea de qué podrían ser. Pero lo que más le llamó la atención fue otra cosa. Encima del muro que parecía rodear al hospital, había un tejado que no tendría más de medio metro y, sobre él, una valla de alambre con pinchos que, en círculos interminables, bordeaba todo el edificio. Como si fuera una cárcel. A un lado de la puerta principal, escritos sobre el muro, había varios carteles indicando el horario y la restricción de entrada de acompañantes de los pacientes. Y un poco más allá, pero en letras aún más grandes, un cartel con unos dibujos de una metralleta, una pistola y un cuchillo tachados con una gran equis que, en francés, decía «*Armes interdites*» que inequívocamente prohibían la entrada de armas en el recinto. Al otro lado de la puerta, unos grafitis muy coloridos mostraban imágenes de personajes acudiendo al hospital. En los dibujos, un padre llevaba a su hija en brazos y, en el rostro de la niña, se reflejaba el terror que sentía. En el otro extremo, el dibujo de un joven, con un moño hecho con sus rastas, llevaba, con expresión desesperada, a su amigo que parecía desmayado. Marco pensó que los dibujos, a pesar de ser bonitos, eran demasiado explícitos y era algo innecesario recordar las razones extremas que te pueden llevar a acudir al hospital.

Dejaron el coche bajo un palio donde había otras ambulancias. Un hombre de unos cincuenta años, sin un brazo y con el chaleco de la ONG, se acercó a Pedro. Este le dio una palmada en el hombro y le dijo:

—Mira, Lug, este es mi amigo Marco. Viene a trabajar con nosotros. Él también podrá coger los coches —y después, dirigiéndose a Marco, añadió—: Lug cuida de que nadie nos robe ninguno. Lleva años haciéndolo y aún no se ha atrevido ninguno a enfrentarse a él. Aquí donde lo ves, es una fiera.

El aludido sonrió abiertamente dejando ver más de un hueco en su dentadura.

—*Bienvenue*! —le dijo sin perder la sonrisa.

Cogieron su equipaje y fueron juntos hacia la entrada. Pedro seguía hablando, indicándole todos los detalles. Haciéndose paso entre la gente, abrieron la puerta y se encontraron con un haitiano que custodiaba la entrada y llevaba otro chaleco con el logo. Pedro se lo presentó también.

Pasada la principal, había un angosto túnel con varias puertas a los lados y sobre el que se posaba la caseta que había visto desde fuera. Este desembocaba en un patio bastante grande rodeado por el edificio de dos plantas con diversas puertas con indicativos de las diferentes especialidades que ofrecía el hospital. Este patio era de tierra y tenía algunos trozos de hierba que, sin cuidar, habían crecido de forma libre. En el centro, cubierto con un techo de uralita, que costaba trabajo imaginar que pudiera sobrevivir a una tormenta, se disponían varios bancos de cemento como una pe- queña grada, completamente ocupados por personas. Marco pensó que sería una especie de sala de espera y así se lo confirmó Pedro. El tumulto de personas era muy denso. Sus pieles oscuras, el sonido de sus múltiples conversaciones y la indumentaria de alegres y vivos colores hacía que pareciese más una reunión social y divertida que pacientes del hospital. Ellos atravesaron en línea recta el espacio. De vez en cuando, tenían que hacer paradas, pues algunas personas se les acercaban y saludaban al médico pelirrojo o le hacían una consulta. Él contestaba con paciencia, intentando llegar al otro extremo. Se dirigieron a un túnel idéntico al otro, pero esta vez la puerta verde del fondo estaba cerrada con llave.

—Por aquí llegamos al pabellón donde están nuestros dormitorios, por eso lo tenemos cerrado. Te he hecho una copia de las llaves que he dejado en tu cuarto.

Al otro lado de la puerta, el recinto seguía rodeado por el muro con la alambrada de espinas. Era un espacio muy amplio y sin asfaltar con un edificio alargado de una sola planta al fondo, que tenía un porche donde había algunas sillas esparcidas, como abandonadas después de haber tenido algún tipo de reunión. Había varias puertas blancas y, entre las puertas, una ventana.

—Tu habitación es la cinco y yo estoy en la ocho.

Los números de las habitaciones destacaban en el blanco sucio de las puertas, ya que estaban pintados en el mismo color

verde que predominaba en el hospital. Pedro abrió la habitación que sería de Marco los próximos doce meses.

—Ya puedes tomar posesión de tu mansión —bromeó haciendo una reverencia—. Adelante.

Marco entró con curiosidad y con una ojeada pudo descubrirla completamente. A la izquierda de la puerta, bajo la ventana, había un escritorio con una silla que le recordó a los pupitres que tenían en su clase de EGB. Después la cama en el centro, algo más grande que una individual, con el colchón al descubierto y un juego de sábanas y toallas pulcramente dispuestas encima. Sobre la mesilla de noche, había un llavero con dos llaves. Enfrente de la entrada, había otra puerta y en la pared, a los pies de la cama, un armario de chapa de acero que tenía un aspecto bastante ruinoso. A su lado, colgado con chinchetas en la pared, un póster antiguo de un atardecer en París con la Torre Eiffel iluminada como protagonista. Pedro se había quedado ensimismado mirando la foto.

—Ese será el baño, ¿no? —le preguntó Marco y percibió que su amigo daba un pequeño respingo al haberlo sacado de sus cavilaciones.

—Medio baño —aclaró yendo hacia la puerta y abriéndola para que lo viese—. Las duchas están fuera, pero debes dar gracias de tener un retrete y un lavabo propio. ¡Hasta un flamante espejo!

Efectivamente el habitáculo tenía el inodoro y un lavabo encastrado en un mueble. Sobre él, un espejo no más grande que un folio le permitiría mirarse esquivando las manchas oscuras producidas por el desgaste. A pesar de la estrechez del aseo, estaba muy limpio y con algunos rollos de papel higiénico en una tabla colgada de la pared.

—Bueno, ¿qué te parece? ¿Era cómo te lo esperabas?

—No sé… no había pensado mucho en la habitación. Quizás me imaginaba un dormitorio múltiple con literas, así que esto está mucho mejor.

—Esta habitación antes era de Marc, un francés. Se fue hace tres meses. No lo soportaba más.

Marco notó un tono triste en su amigo y pensó que algo

habría pasado entre ellos. No tenía muy clara la condición sexual de Pedro. Cuando coincidieron en el hospital recién aprobado el MIR, habían trabado una fuerte amistad y habían salido muchas veces por ahí. En esas ocasiones, Marco lo había visto ligar de forma descarada y también tonteaba con muchas compañeras, pero lo cierto es que nunca había conocido a ninguna de sus parejas. Se dio cuenta ahora de que ni siquiera sabía si las había tenido. No pensaba preguntarle nada. Ya surgiría.

—Aquí tienes las llaves, tanto de la puerta del hospital como la de tu habitación. No dejes de echarla siempre. Incluso cuando te vayas a duchar. A pesar de la alambrada, hemos tenido varios robos. Ven, te enseño el resto de las cosas. Deja tu equipaje, pero cierra como te he dicho.

Marco hizo caso a su amigo y este le enseñó ambos pabellones que estaban a los dos extremos del edificio de las habitaciones. Uno de ellos albergaba las duchas, no más de cinco separadas por pequeños y estratégicos muros que cubrirían el cuerpo y poco más y con puertas batientes del mismo tamaño. El otro pabellón era utilizado como comedor. Una mesa grande con bancos, una cocina de seis fuegos, un mostrador donde se apilaban diversos botes de productos y una cafetera, algunos armarios y dos frigoríficos pequeños componían todo el mobiliario.

—Normalmente comemos la comida del hospital, pero aquí te puedes hacer algo si lo prefieres—. Seguía con las explicaciones Pedro.

En ese momento entró un chico a la cocina. Era de piel más negra aún que los haitianos. Llevaba el pijama verde que le señalaba como médico. Al verlos, los saludó.

—*Salut les gars*! —y le extendió la mano a Marco que apretó fuertemente.

—Patrick, es mi amigo Marco, del que te hablé. ¡Vais a ser compañeros de costura! —presentó Pedro hablando en francés.

Marco agradeció en ese momento el interés de sus padres en que sus hijos aprendieran idiomas. Sobre todo su padre, que, en la distancia, no paraba de insistir en que sería una formación esencial en sus vidas y la puerta de acceso a muchas más posibilidades. Cuando les llamaba desde la plataforma en la que

estuviera, les hablaba en francés o en inglés indistintamente. Así su hermana y él habían tenido una infancia y una adolescencia donde las clases particulares eran una constante, así como las estancias en el extranjero. A Marta no se le daba tan bien como a él que, además, tenía buen nivel en alemán y chapurreaba el chino fruto de su interés personal como si de una afición se tratara. De esa forma, no tuvo ningún problema en entablar una conversación con su nuevo compañero.

—Acabo de salir de quirófano y necesito un café doble —contó Patrick mientras se dirigía hacia la cafetera—. Doble fractura de peroné y con solo ocho años. Si no se queda cojo, será un milagro. ¡La rotura se la hizo hace una semana!

Marco aceptó el café que le ofreció y los tres se sentaron a la mesa. Él les iba haciendo preguntas y los dos contestaban amablemente. En total eran aproximadamente cien sanitarios de los que algo menos de la mitad eran personal extranjero. Dentro del hospital vivían unos treinta. El resto se alojaba en un pabellón similar, al otro lado de la carretera, y los demás en sus propias casas. Algunos tenían que hacer varios kilómetros para acudir a su trabajo porque Tabarre no era un barrio muy popular para vivir en él. Después del tremendo terremoto del 2010, el país entero se había sumido en un caos. Además de la pérdida de más de doscientas mil vidas y un tanto igual de heridos, el cólera, que llegó después, había sido devastador. El próximo mes de enero haría diez años del terrible acontecimiento, pero los problemas se habían multiplicado. La violencia, la inestabilidad política y el estado de pobreza absoluta del ochenta por ciento de la población situaban a Haití como uno de los países más vulnerables y desestructurados del planeta. El trabajo que todo esto les suponía era interminable.

Al cabo de un rato, Patrick se levantó y se disculpó diciendo:

—Lo siento, el deber me llama. Esta noche nos vemos. ¡Bienvenido! Y cualquier duda, me preguntas. Para eso estamos—. Y salió por la puerta.

—Yo también debo volver al trabajo —dijo Pedro—. Ya me he escaqueado bastante. Aprovecha para instalarte, mañana ya empezará lo bueno. No sabes la alegría que me da que estés aquí —añadió apretándole el hombro—. Además me gusta hablar en castellano y no somos muchos españoles por aquí.

—Gracias —respondió sinceramente Marco—. Yo también estoy contento de haber venido.

Pedro salió y Marco se levantó, llevó las tazas de los tres al fregadero, las lavó y las dejó en su sitio, y se percató de que no había comido nada desde que, temprano, había desayunado con Ana antes de hacer el recorrido en la lancha. Eran casi las seis de la tarde y el estómago empezaba a rugirle. Buscó en los armarios y encontró una caja de galletas. Se aseguró de que no había un nombre escrito en la misma, cuyo propietario hubiera puesto para desanimar a los intrusos a hacer uso de ellas. No lo tenía. Parecía que ese armario tenía productos que todos podían coger, así que devoró una buena cantidad de galletas y, de postre, una bolsa de patatas fritas. Después volvió a su cuarto. Miró de nuevo la hora y pensó que en España serían poco más de las doce de la noche. No sabía si Nieves estaría de guardia. Sacó de la mochila el aparato de conexión wifi que se había traído y que sabía que iba a ser uno de sus bienes más preciados a pesar de su elevado precio. Comprobó que funcionaba y que proporcionaba una señal suficiente a su móvil y a su portátil. Le escribió rápido un WhatsApp.

«¿Estás despierta? Me gustaría llamarte. Estoy instalándome en mi habitación».

La respuesta se hacía esperar. Quizás Nieves dormía, pero era demasiado temprano para que ya se hubiera adentrado en un profundo sueño. Comenzó a colocar su ropa en el armario. Se había traído pocas cosas y era suficiente el espacio para todo. Pedro le había indicado un cesto que tenía dentro una bolsa en la que tendría que escribir su nombre y meter allí la ropa sucia para llevarla a la lavandería del hospital. Se quitó la camisa y se puso su camiseta imprescindible, la que le había acompañado desde los veinte años, como una especie de talismán que no había dudado en traerse. Era de un azulón llamativo y llevaba impreso, algo cuarteado ya, al «Pájaro loco», un dibujo animado del pasado que sus hijas no conocerían. Su móvil sonó.

«Llámame. Pero con videollamada y me lo enseñas todo».

Marco la llamó inmediatamente conectando la cámara. La conexión tardó, pero al final apareció el rostro de Nieves, que le hablaba tumbada desde la cama del hospital. La habría pillado en un momento de descanso.

—Marco… —dijo con una dulce sonrisa.

—Hola, cariño. ¿Te he despertado?

—No, me acabo de acostar. ¿Dónde estás? Enséñamelo.

Marco cambió el sentido de la cámara y comenzó a recorrer su habitación mientras le hacía graciosos comentarios. Luego, sin dejar de hablarle, cogió una toalla y su neceser y, cerrando con la llave, como le había aconsejado Pedro, salió. Le enseñó el aspecto que tenía el edificio, el muro que lo rodeaba, y pudo comentarle lo de la alambrada que tanto le había llamado la atención. Por último, se dirigió a las duchas.

—Voy a ducharme. ¿Me acompañas?

—¡Vale! —dijo Nieves con una carcajada.

No quiso decirle que realmente le gustaría que estuviera allí, que podría ser muy intenso hacer el amor con ella en aquellas duchas con las prisas y nervios de verse sorprendidos. Que la echaba de menos ya cuando no habían pasado ni cuarenta y ocho horas. No le dijo nada de eso porque no quería meter el dedo en la llaga que sabía que tenía su mujer.

—¿Cuantas duchas hay? —y, al verlas tras la cámara, añadió —: quizás están mejor de lo que me esperaba, pero son pocas para todos los que sois, ¿no?

Marco se fue desnudando mientras le explicaba que eran para unos treinta que dormían dentro del hospital. Buscó donde dejar el móvil y no tuvo otra que dejarlo sobre la batiente puerta, con cuidado de que no cayera. Nieves lo observaba. Había vuelto a cambiar el sentido de la cámara y podía ver su torso y un poco de su mandíbula por la altura desde donde había dejado el móvil.

—No creas que no me he dado cuenta de que llevabas la camiseta del pájaro. ¿Cómo se te ocurre? Te la voy a tener que tirar un día… —dijo risueña.

—¡Por encima de mi cadáver! —protestó él agachándose para que ella pudiera ver un fingido enfado en su rostro.

—A ver… enfoca más abajo —bromeó Nieves.

—¿Cómo de abajo? —. Y Marco cogió el móvil y con el

brazo extendido fue enfocándose desde el cuello descendiendo lentamente.

En ese momento, los ruidos inequívocos de alguien que abría la puerta del pabellón hicieron detener el juego. Como la cabeza sobresalía por encima de los muros, y más por la altura de Marco, pudo ver que entraba una mujer bajita de rasgos orientales. Ella lo miró, dibujó una mecánica sonrisa, lo saludó brevemente, e ignoró después. Entró en la primera ducha sin volverle a dirigirle la mirada. Marco se quedó un poco cortado y miró a Nieves con cara de circunstancias. Con gestos le indicó que había entrado alguien. Ella subió los hombros como entendiendo que la conversación había llegado a su fin. Marco asintió y, vocalizando mucho sin emitir ningún sonido, le dijo que la quería. Luego hizo con el dedo el símbolo de infinito y le lanzó un mudo beso. Ella le sonrió, le devolvió el beso y el símbolo de infinito simultáneamente, le dijo adiós con la mano y colgó. Marco dejó con cuidado el móvil sobre la puerta y comenzó a ducharse.

Sobre las ocho, sintió unos golpes en la puerta y la voz de Pedro que le preguntaba si estaba despierto. Después de la ducha, había vuelto a su habitación, había hecho la cama y se había tumbado un rato. Dormitaba mientras intentaba leer un libro. Le gritó que pasara y su amigo entró con algo verde en los brazos.

—Tu uniforme. Tienes dos juegos. Luego me dices si te están bien, que imagino que sí. Venga, vente al comedor. Estamos ya empezando a cenar.

Le dio las gracias, se levantó, se puso unas chanclas y siguió a su amigo. En la mesa había unas diez o doce personas dando cuenta de la comida. Otras dos o tres estaban de pie trajinando entre la cocina y los muebles. Entre ellos estaba la chica oriental que había entrado en las duchas. De un viejo radiocasete salía una antigua canción de *The Cars*. *Drive* creía que se llamaba. Hacia siglos que no la oía y fue como si volviera a su adolescencia y estuviera con sus amigos fumando sus primeros cigarros mientras la oían en un aparato similar al que había en aquel comedor. Pedro le fue presentando a sus compañeros y Marco les saludó haciendo un grandísimo esfuerzo por retener los nombres. Era algo que le costaba mucho. Se había dado cuenta ya hacía tiempo de que, en esos momentos, cuando había presentaciones, su mente desechaba automáticamente toda la información recibida,

como eludiendo unos datos que no le interesaban lo más mínimo. Pero ahora era distinto. Tendría que convivir y trabajar con ellos y quería recordar los nombres. Había de muchas nacionalidades, pero destacaban los franceses. Los hombres eran clara mayoría. Todos lo saludaron amablemente. Marco se sentó al lado de un médico de unos cincuenta años, con la piel color ébano, con un pañuelo de vivos colores en la cabeza y una barba que empezaba a blanquear. Su nombre era Femi y era de Nigeria, pero se había criado desde muy pequeño en Londres y era más inglés que nigeriano. Estaba en la unidad de quemados. Enfrente de ellos, se sentaba Laura, pediatra, y Rose, también cirujana.

—Como verás —le dijo Femi en inglés y señalando al resto de los comensales—, somos los abuelos del hospital. Pedro, tú y yo. ¿Por qué te ha dado a ti por venir?

—Ja, ja, te podría decir lo mismo, ¿no? ¿Cuánto tiempo llevas? —preguntó a su vez Marco intentando eludir la pregunta.

—En enero haré dos años. ¡Y vine para seis meses! Pero el amor me ha encadenado a este país.

—¡Cómo te gusta poetizarlo todo! —intervino Laura, que estaba pendiente de la conversación, en un inglés con marcado acento italiano.

—¿Es que no es verdad? —increpó Femi con un mohín de desprecio—: Si Didier aceptara venirse conmigo a Londres, me volvería mañana mismo—. Y metiendo el dedo en su vaso de agua, la salpicó con un ligero movimiento. Laura se limpió con la servilleta, riéndose.

Rose que había permanecido callada, con una tímida sonrisa, lo miró y aclaró:

—Femi está loco por el jefe de administración del hospital, un lugareño muy guapo, muy listo y creído. Didier, «quéguapoquesoy», lo llamamos. Ya lo conocerás.

—¡Eh! ¿Tú también? No os permito que os metáis con mi novio —dijo el aludido señalándola con el tenedor del que colgaba un trozo de carne.

—Me parece que antes de irse contigo a Londres, se buscará un sustituto —añadió ahora Pedro riendo, sentado entre Rose y Patrick.

—¡Venga! ¡Sí! ¡Todos contra mí! —. Se tuvo que defender Femi—, pero que sepáis que todo es por envidia, ni más ni menos. Si miráis vuestra pobre vida sexual, no os queda más que meteros conmigo.

Todos rieron, y alguno más que había estado pendiente de la conversación. Los más alejados hablaban entre ellos. Era difícil que pudieran estar atendiendo al resto, la mesa era muy larga. Marco probó el plato que se había servido siguiendo las indicaciones de Pedro y se sintió feliz por un momento. Eso empezaba bien y el ambiente parecía bueno, mejor de lo esperado. Los remordimientos se fueron alejando de su mente, dejando a su paso un bienestar que no había sentido desde que dejó a Nieves y a las niñas en el aeropuerto. Ahora solo deseaba que comenzara mañana para ponerse manos a la obra. Después de hacer como todos, que lavaban sus cacharros y los dejaban escurriendo, como la velada duró un poco más, pudo ir conociendo al resto. Poco a poco fueron saliendo del comedor y, cuando Pedro se levantó, Marco le imitó despidiéndose de los que se quedaban. Había que descansar, que al día siguiente quería estar muy fresco. Se despidió de su amigo y se fue a su habitación dispuesto a dormir profundamente.

A medianoche sintió como si alguien lo empujara. Solía tener el sueño ligero acostumbrado a las guardias que hacía en el hospital, pero aquello hubiera despertado a un muerto. Se incorporó y miró a su alrededor, pero rápidamente comprobó que estaba solo. Sin embargo, la cama seguía zarandeándole de un lado a otro. Intentó pararla con los brazos, pensó que quizás algún animal se había metido dentro y encendió la luz. La bombilla se balanceaba también. Dibujaba un juego de luces y sombras por las paredes. Y el ruido. Un ronroneo indeterminado y que apenas se percibía. A lo lejos oyó el sonido de unos cristales, sería algún objeto rompiéndose al caer. Era la primera vez que vivía algo así y, sin embargo, no lo dudó.

—¡Un terremoto! —exclamó en voz alta sintiendo como el pánico lo paralizaba. A lo lejos, comenzó a oír algunos gritos.

4

Nieves

—¡Reina de las nieves! ¡Despierta! No has oído el busca.

El zarandeo en el brazo más la voz chillona de su compañero despertaron rápidamente a Nieves que, de un salto, se levantó de la cama. Después de hablar con Marco, se había sentido mucho más tranquila. Le gustó ver que quería compartir con ella todo lo que estaba viviendo, el entusiasmo con el que le había enseñado la habitación y lo demás. Sintió su cariño y que también la echaba de menos. Le gustó mucho que hubiera recurrido al infinito, el símbolo que los había acompañado desde que comenzaron juntos. Todo esto la tranquilizó porque era una señal de que estaban unidos en la distancia, y de que no renunciaba a ella, la tenía presente en su aventura. Y esa tranquilidad hizo que cayera en un profundo sueño que no había durado ni una hora. Pero ahora no tenía tiempo para pensar. Siguió a su compañero que, delante de ella, le indicó que acababa de entrar un hombre con parada. El sujeto no tendría más de cuarenta años y no presentaba síntomas de estar bebido ni drogado. Ambos corrieron por el pasillo. Llegaron al box y, tras unas breves comprobaciones, Nieves comenzó con furia las maniobras de reanimación mientras daba a sus compañeros algunas instrucciones. Se fueron turnando, pues la intensidad y ritmo de los ejercicios eran tan fuertes que se necesitaba no bajar la potencia, pero el hombre no reaccionaba. Al cabo de casi una hora, al comprender que no había nada que hacer, tuvieron que declarar la hora de la muerte. Algo así, aunque no fuera ni extraño ni poco habitual, mermaba un poco el ánimo de todos y más si la persona en cuestión era joven. Nieves se colocó el pelo detrás de las orejas y, con expresión de tristeza, preguntó a su residente por la familia. Los dos se dirigieron a la salida para darles la mala noticia.

—¿Los familiares de Carlos López? —dijo su compañero alzando la voz.

Nieves repasaba el informe, intentaba retrasar el encuentro con sus rostros. Los oyó, sin embargo, acercarse a su compañero, y este les indicó que pasaran a un despacho donde estarían en mayor intimidad. Los siguió y, al entrar a la sala, pudo ver de espaldas que eran una pareja que se agarraba fuertemente del brazo.

—¿Ustedes son…? —preguntó mientras bordeaba la mesa.

—Su mujer y mi hermano, el cuñado de Carlos —contestó ella con voz temblorosa.

Nieves alzó la mirada, miró a la mujer y sintió profundamente que aquella cara de angustia que ya tenía iba a tornarse pronto en horror. Después echó un vistazo al hombre que la acompañaba, su hermano creía haber entendido. Él miraba a la mujer, le pasaba el brazo por los hombros y la acercaba a sí mismo. Tenía el pelo muy corto y le clareaba por algunas zonas. Estaba perfectamente afeitado, pero, aun así, Nieves lo reconoció. Parecía magia. Sus recuerdos de la pasada noche lo habían traído de nuevo ante ella, después de tantos años, más de quince si sus cálculos no le fallaban. Aquella belleza griega, aunque estuviera muy cambiado, sin la barba y el pelo largo, era inconfundible. Sergio se presentaba ante ella con muchos años más y un rostro marcado con profundas arrugas. No quiso decirle nada. Esperó a ver si la reconocía. Carraspeó y empezó a hablar.

—Lamento informarles de que Carlos ha fallecido—. Prefería no andarse con rodeos y contar primero el desenlace de lo ocurrido. Estaba convencida de que, si empezara con todo lo que habían hecho para salvarle la vida, durante el relato, crecerían las esperanzas. Cuando era al contrario, cuando se había superado una situación límite, lo hacía al revés—. Hemos estado reanimándole casi una hora, pero sin éxito. Lo siento muchísimo.

La mujer se dejó caer en la silla y comenzó a llorar cubriéndose la cara con las manos. Sergio, (ya no tenía ninguna duda de que era él) se agachó y la abrazó diciendo palabras de consuelo. Ambos se abrazaron y el llanto de ella inundó la sala. Los buscas de ambos médicos comenzaron a sonar.

—Nieves, acaba de llegar otra ambulancia. Accidente de tráfico parece ser.

Al oír su nombre, Sergio levantó la cabeza para mirarla, pero ella ya estaba saliendo, pidiendo a su compañero que les explicara el procedimiento a seguir después para tan funesto desenlace. Apenas la pudo ver, pero fue suficiente. Se quedó un segundo muy sorprendido y molesto consigo mismo por no haberla reconocido. Mientras su hermana le preguntaba angustiada qué iba a ser de su vida, tuvo que centrarse y sacar a la doctora de sus pensamientos.

Unas cuatro horas después, y tras haber atendido a casi media docena de pacientes, Nieves volvió a tumbarse en el camastro esperando que no hubiera nada más urgente hasta salir del turno. Todavía seguía sobrecogida por el encuentro y la curiosa coincidencia de haberlo visto justo después de pensar expresamente en él. Era como si lo hubiera evocado. No tenía ni idea de que tuviera una hermana. En La Alpujarra nunca habían hablado de sus vidas. Lo había vuelto a ver en el hospital, en sus idas y venidas, pero no se había acercado ni le había mirado directamente. Le daba miedo. Aún ahora, después de tanto tiempo, temía su poder de atracción. Le había costado más de un año separarse de él, cortar los hilos que la atrapaban y dejar atrás todo aquello. Nieves recordó su siguiente encuentro. No más de una semana después de la noche del bar, al salir del centro, se encontró con Miriam. La estaba esperando.

—Doctora, tienes que venir. Sergio está muy mal. Él no quiere molestarte, pero creemos que tiene que verlo un médico —dijo de corrido y con una expresión de angustia que la conmovió.

—¿Por qué no lo traéis? ¿Qué le pasa?

—Imposible. No puede moverse. Está muy mal —dijo sin especificar más.

Aquello la desconcertó. No se había planteado lo que hacer ante una situación como aquella. En el tiempo que llevaba, nunca se había visto en otra igual. Entró de nuevo en el sanatorio, cogió el maletín de primeros auxilios, buscó un jersey que tenía allí y se lo puso sobre el que ya llevaba. Después se puso el anorak y lo cerró hasta arriba. Fuera era noche cerrada y el frío de la sierra se calaba en los huesos. No sabía si sería suficiente y, aunque tenía una ligera idea de dónde se asentaban, desconocía si tendrían que caminar mucho. Miriam la esperaba fuera, frotándose las manos y con expresión helada. Comenzó a caminar, mirándola de vez en cuando para asegurarse de que la seguía. Pronto abandonaron el pueblo por la carretera principal que subía a otras poblaciones más pequeñas. Aunque intentó obtener más información para conocer a lo que se enfrentaba, Miriam le contestó con monosílabos, murmurando palabras inconexas que Nieves no entendía. Habían caminado un kilómetro o algo más cuando Miriam dejó la carretera y se adentró en la espesa vegetación que la rodeaba. Era un pequeño sendero que se había formado por el

paso de las personas. Estaba muy oscuro. Nieves encendió el móvil para que la tenue luz le iluminara algo y le pidió a la chica que fuera más despacio. Hubiera agradecido mucho tener la linterna que traen ahora todos los móviles, pero en aquella época el aparato servía para hacer llamadas y poco más. De vez en cuando, tenía que apartar las ramas o esquivar un arbusto. Empezó a oír el sonido inconfundible del agua e imaginó que cerca habría un riachuelo. Habrían caminado unos quinientos metros cuando distinguió entre el follaje unas luces.

—¿Tenéis luz? —le preguntó algo incrédula.

—Sí —contestó Miriam con una sonrisa burlona—. La pillamos de un cable de tensión que pasa cerca. Nos viene estupendamente.

Nieves no podía verle el rostro, pero se la imaginaba riéndose provocativa. Parecía que la preocupación por Sergio se le había pasado rápidamente. Siguieron entre el follaje durante cien metros más hasta llegar a una explanada que estaba al lado del riachuelo.

Pálidas bombillas colgaban de las ramas de los árboles como si fuera una verbena. El cable que las sostenía hacía un círculo por encima de las viviendas. Algunas estaban apagadas, pero la mayoría iluminaban la estancia con una luz romántica y acogedora.

Una vieja construcción, quizás un albergue ya en desuso, con el tejado con pocas tejas y un aspecto ruinoso presidía el resto de los habitáculos. A su alrededor, haciendo un gran círculo, había varias tiendas de campaña que habían conocido épocas mejores y variaban en tamaño y disposición. En el centro, hecho de forma artesanal, unas piedras colocadas unas encima de otras protegían un fuego cuyas llamas sobresalían. Algunas personas estaban cerca intentando coger el calor. Nieves reconoció a dos o tres de ellos del bar. Hacía un frío cortante que helaba la sangre. No sabía cómo podían vivir ahí. Miriam la cogió del brazo y le indicó con la mano el albergue.

—Ahí está. Pasa.

El resto siguió con su charla sin reparar en ellas. Le asombraba la indiferencia que mostraban ante todo lo que pasaba a su alrededor. Nieves se dirigió a la casita y descorrió la cortina

de tela basta y con los coloridos dibujos alpujarreños que había en lugar de puerta. Dentro estaba muy oscuro. Solo una vela iluminaba la estancia. Era una habitación cuadrada con varios colchones tirados por el suelo, sin orden. Miró para atrás, esperando que la siguiera Miriam, pero se dio cuenta de que la había dejado sola. Sus ojos estaban ya acostumbrados a la poca luz, por haber hecho el camino casi en completa oscuridad, así que no tuvo dificultades para localizar a Sergio en uno de los camastros. Estaba sentado con la espalda apoyada en la desconchada pared. En la mano, un cigarro casi consumido que él se negaba a dar por terminado. Le sonrió.

—Has venido —le dijo y sonrió aún más con la seguridad que le daba saberse guapo y atractivo.

—¿Qué te pasa? —dijo ella sentándose a su lado en el suelo y abriendo su maletín.

—¿A mí? ¡Nada! Solo quería verte.

Nieves lo miró de hito en hito. No daba crédito. No podía creer que la hubieran engañado. La preocupación que había visto en el rostro de Miriam cuando la esperaba a la salida de su trabajo parecía tan auténtica que prácticamente no había dudado en acudir. Se maldijo por ser tan ingenua y confiada. La indignación que sentía la hizo enrojecer, pero era imposible que se notara por la oscuridad del ambiente.

—No… no me lo puedo creer —balbuceó—. ¿No estás enfermo? ¿Es todo mentira?

—Una mentira piadosa —le replicó sin perder la sonrisa—. No sabía cómo hacer para que vinieras. Esta ha sido la mejor opción—. Y acercó su mano a la de ella, que retiró rápida y con gesto enfadado.

—¡Eres un imbécil! —increpó—. De hecho, es denunciable. Habéis obligado a que un empleado público, yo, pierda su tiempo en venir hasta aquí. Por nada. ¡Para nada! Y Miriam es tan imbécil como tú. ¿Qué es? ¿Tu perrito faldero a tus órdenes?

—Tienes toda la razón, somos unos impresentables, pero estás aquí que es lo que quería. Me alegro mucho.

Nieves se levantó y sin cortarse en demostrar el enfado, le gritó:

—¡Pues yo no me alegro nada! Me voy ahora mismo. Tengo otras muchas cosas que hacer—. Y cogiendo el maletín dio media vuelta y salió de la casa. Miriam se había acercado al fuego con los otros y, al verla salir, desvió rápidamente la mirada, como si la conversación del que tenía a su lado le interesara mucho. La doctora resopló y, con paso enérgico, tomó el camino de vuelta con determinación. Cuando apenas habría andado unos pasos, encendió el móvil esperando que su luz la ayudara. Una leve llovizna, casi como una bruma, empezó a caer. Nieves seguía maldiciendo a Sergio, a Miriam y a ella misma por partes iguales.

Unos cien metros más allá se dio cuenta de que el riachuelo no se oía por ningún lado. Bastante asustada se paró en seco. No cabía duda de que se había equivocado de camino.

—¡Ahhh! —gritó en mitad de la oscuridad y oyó cómo un ave movía asustada sus alas cambiando, probablemente, de rama —. ¡Hijos de puta! —exclamó después, esta vez en un susurro.

El pelo ya lo tenía empapado y, si no hubiera sido por el abrigo que llevaba, el agua la habría calado. A pesar de que caía en poca cantidad, lo hacía de forma muy constante. Intentó ver si en su móvil había cobertura suficiente para llamar a alguien. A su compañero o a la guardia civil y ya, de paso, denunciar la jugarreta que le habían hecho aquellos dos mamarrachos, pero no tenía ni una rayita de cobertura. Decidió, entonces, volver sobre sus pasos. Al mirar alrededor, no estaba segura de por dónde había venido. Giró y achinó los ojos para intentar ver algo que le resultase familiar. Pronto se dio cuenta de que había dado una vuelta completa sobre sí misma y la poca luz que salía de su móvil no ayudaba gran cosa.

—Tengo que pensar, tengo que pensar… —murmuraba dándose ánimos.

Pero lo cierto es que no sabía qué hacer ni en qué dirección seguir. Se dio cuenta de que ya no estaba solo asustada. Lo que sentía empezaba a ser muy parecido al pánico. Los sonidos de las gotas que se acumulaban en las hojas de los árboles y caían sobre otras, algún animal que se movía y no quería ni imaginarse cuál y el ulular de un búho le hicieron ponerse alerta y en tensión. De pronto, algo se sintió más fuerte. No sabía por dónde venía y empezó a dar vueltas sobre sí misma, preparándose para un posible ataque. Quizás era un jabalí que andaba por allí buscando refugio. Soltó el maletín a sus pies y se agachó buscando una

posición buena para defenderse. No sabía ni de dónde sacaba las fuerzas, se sentía totalmente aterrorizada. En ese momento sintió algo que le oprimió el hombro. Dio un respingo e inmediatamente giró sobre sí misma, gritando con todas sus fuerzas y dando un manotazo a aquello que se había posado sobre ella. Pero no era un jabalí. Ni ningún otro animal del bosque. Con el manotazo, Sergio perdió el equilibrio y cayó de espaldas al suelo. Se incorporó rápido y, aunque no podía verle el rostro, le oyó decir:

—Doctora, está usted muy perdida.

A pesar de todo, Nieves sintió alivio. Un alivio tan grande que casi le entraron ganas de abrazarlo y eso que aún seguía enfadada con él.

Sergio se percató de los sentimientos contradictorios que estaba experimentando Nieves. La había seguido en la distancia nada más salir del campamento. Había visto que se había equivocado de camino y que daba vueltas perdiéndose aún más. Esperó a que su presa estuviera débil para atacar. La oyó gritar y quedarse parada sin saber hacia dónde ir. Él conocía el terreno palmo a palmo. Además, las nubes habían tornado a un color blanco, como si tuvieran detrás una potente bombilla. Seguramente no tardaría en nevar, pero la doctora no se había fijado en la luz que daban ahora.

—Sí, estoy perdida —refunfuñó cuando se calmó un poco—. Gracias a vosotros. Qué poca vergüenza. Acompáñame a la carretera por lo menos.

—Muy perdida —repitió él acercándose lentamente—. La carretera está muy lejos. Has ido en dirección contraria nada más empezar a andar. Estamos mucho más cerca de casa. Ven conmigo y te calientas. Luego te llevo.

Había tal determinación en sus palabras que, aunque pareciera imposible, no quedaba lugar para la réplica. Era como si cada pausa, cada entonación y cada aliento que expulsaba al hablar, y que Nieves percibía por su proximidad, tuvieran un efecto hipnótico que la dejaba sin voluntad. En ese momento, unos débiles copos de nieve comenzaron a caer. Sergio puso la mano con la palma hacia el cielo y sonrió.

—¡Nieva!

Ella por fin distinguió su rostro. Miró hacia el cielo

sorprendida, y lo que le dejaban ver las altas ramas de los árboles era de un blanco tan potente que iluminaba.

—Vamos —dijo Sergio cogiéndola de la mano con determinación.

Nieves cogió el maletín que seguía a sus pies y se dejó guiar sin decir ni una palabra más. No se entendía. No comprendía cómo no le había insistido más en que le acercase a la carretera. Había perdido la noción del tiempo, no sería tan tarde a pesar de que era noche cerrada. En mucho menos tiempo del que había empleado en llegar al punto donde Sergio la había encontrado, llegaron al campamento. El fuego seguía encendido y solo quedaba una pareja delante de él. Nieves no reconoció a la chica, no la había visto antes. Ambos se besaban lentamente, sin emoción ni pasión, como si fuera un baile o un ritual. No dejaron de hacerlo ni cuando llegaron ni cuando Sergio la llevó a la casa de piedra.

En medio de la habitación, alguien había colocado un brasero pequeño que daba luz a la estancia. Parecía que en algún camastro había alguien durmiendo. Solo se veía un bulto grande de mantas y un cartón por encima. Puede que hubiera más de uno. Nieves no lo veía, pero Sergio se movía indiferente a todo, sin intentar ser cuidadoso para no despertar a los otros.

—Te voy a hacer un té para que entres en calor. Sería mejor que te quitaras el abrigo.

Sin poder ni articular palabra ni aceptar ni rechazar el ofrecimiento, se dejó caer sobre el colchón donde antes había encontrado a Sergio, se quitó el abrigo y comenzó a tiritar. El chico puso un cacharro en un hornillo y calentó el agua. Sacó de una caja dos bolsitas de tela. Luego cogió dos tazas, las miró por encima y, con un trapo, las limpió. Colocó una bolsita en cada una, les echó el agua caliente y, con una en cada mano, se sentó a su lado.

—¿Te encuentras mejor? —le dijo dándole una taza.

—Mucho mejor estaría en mi casa —objetó mientras comenzó a beber la infusión. Aquello sabía bien, no era té verde, pero lo parecía. Era como tomar el jugo de la hierba del campo.

—¿Te gusta? —le preguntó ignorando su comentario—. Lo hacemos nosotros mismos. Tenemos un huerto que nos abastece.

Mañana te sentirás mejor y, gracias a eso, no pillarás un buen resfriado. Por la mañana te acompañaré a tu trabajo.

Nieves se volvió a mirarlo bruscamente:

—Habías dicho que me llevabas ahora.

—¿No has visto que ha empezado a nevar? Es mejor que te quedes aquí, doctora—. Y le acarició la mejilla dulcemente. Cuando ella quiso replicarle con el ceño fruncido, él posó un dedo sobre sus labios mandándola callar delicadamente, se acercó más y le susurró al oído—, bebe, luego lo hablamos.

Resignada siguió bebiendo. Aquel líquido la calentaba por dentro, era reconfortante. Había dejado de temblar y empezó a recuperar el calor a pesar del frío que entraba por la cortina. Lo terminó, dejó la taza a sus pies y se echó para atrás buscando la pared. Cerró los ojos. Se dio cuenta de que estaba muy cansada, mucho. Sentía incluso un pequeño mareo, el que, a veces, precede al sueño. Sintió que él se ponía a su lado, apoyó la cabeza en su hombro y puso la mano sobre su muslo. No tenía fuerzas para apartarlo. Aspiraba su olor. Era fuerte, como de animal, como un perro mojado, pero no le producía rechazo, incluso le gustaba. Algo muy extraño. Dejó de tener consciencia poco después. Sus pensamientos se mezclaron con sus sueños y fue incapaz de saber cuáles eran unos y otros. De pronto estaba en su cama y notó que alguien entraba en su habitación. Intentó despertarse, pero su cuerpo no le respondía. Oía voces, alguien hablaba, le decía que estaba ocupando su sitio y ella palpaba la cama y la reconocía, era la suya. Entonces ¿por qué le decía que se quitara? A ratos sentía un frío espantoso, tanto que la hacía tiritar y buscar el calor de las mantas. Un perro yacía a su lado. Se abrazó a él. Este le lamía la cara y ella intentaba apartarse, pero no podía. Seguía sin poder abrir los ojos. Después, un estruendo de cacharros. Seguro que alguien les había dado una patada. Luego, otra vez silencio. Ahora andaba por una llanura llena de nieve. No veía bien. Parecía que había una persona esperándola muy lejos, pero por más que andaba no lograba acercarse. Otra vez silencio. Todo se vuelve oscuro. No ve nada. Solo un negro absoluto. Oye algo. A lo lejos parece que viene un tren. Se está acercando. Cada vez suena más fuerte. Le da miedo que la atropelle. Es imposible verlo. Solo ve la oscuridad. El sonido del tren se hace cada vez más fuerte. Lo tiene casi encima. No sabe si la aplastará. Da un paso hacia delante y otro hacia atrás. No sabe cómo esquivarlo. El sonido es estridente, ya lo tiene delante. Pasa rápido. Oye el

estruendo y nota el aire que provoca a su paso. Ha tenido suerte. No la ha atropellado, pero por muy poco. Ya ha pasado, lo oye alejarse. Cada vez el sonido se hace más tenue hasta que desaparece por completo. Luego silencio absoluto de nuevo y oscuridad. No sabe cuánto tiempo después empieza a oír unos ruidos nuevos. Es agradable y a la vez molesto porque parecen querer despertarla y ella no ha tenido suficiente. Quiere seguir durmiendo. Son pájaros. Lo que oye son pájaros cantando. Debe de ser de día ya.

Nieves consigue abrir un ojo. Luego el otro. Tarda en darse cuenta de que no está en su habitación. Tarda más en ver que está en el cobertizo. Mira el reloj y son las siete y media de la mañana. Tiene que ir a trabajar. Siente algo a su espalda. ¿Será el perro de sus sueños? Pero no. No se había dado cuenta, pero un brazo cae encima de ella a la altura de su cintura. Se vuelve con temor e incomprensión. Es Sergio, claro. Y duerme abrazado a ella. No se lo puede creer. Parece que sigue sumergida en el sueño. No recuerda que aceptara quedarse allí. No recuerda el momento en que se durmió. Mira a su alrededor. Dos de los camastros están ocupados. No sabe cuántos hay ahí. Distingue algunos brazos y una cabeza. Quita el brazo que la rodea bruscamente y se vuelve hacia él y lo zarandea.

—¡Tú! —le dice, no quiere pronunciar ni su nombre—. Llévame a la carretera.

Sergio abre los ojos no sin dificultad. Le sonríe.

—Buenos días, doctora. ¿Ha dormido bien? —pregunta, ignorándola.

Ella se levanta. Alguien le había quitado sus zapatillas y están al lado del colchón. Imagina que ha sido él. Lleva aún sus vaqueros y los dos jerséis. Eso nadie lo ha tocado. Su abrigo está un poco más allá, tirado junto al maletín que alguien ha abierto y revuelto. Se pone las zapatillas y lo vuelve a mirar.

—Aclárame: ¿no me vas a llevar?

—Que sí, doctora, que sí—. Y se incorpora lentamente—. Pero te pido algo a cambio: vuelve otro día.

Nieves resopló con desprecio, pero no dijo que no. Ya se inventaría algo más tarde. Lo que quería es que la llevara cuanto antes a la carretera y, si era necesario, le seguiría la corriente.

Guardó todo lo del maletín que estaba esparcido por ahí y se puso el abrigo. Sergio ya estaba de pie a su lado. Se había puesto una parka de un color indefinido, los zapatos y un pañuelo palestino a modo de bufanda.

—Vamos —dijo cogiéndola de la mano. Nieves se desprendió de su mano con un gesto enérgico, pero sin decir nada.

Al salir, todo estaba cubierto de nieve, una capa fina que no duraría mucho. No había nadie en el campamento y el fuego se habría apagado hacía tiempo. Sergio comenzó a andar sin perder la sonrisa y poniéndose a su lado, aunque ella se hacía la remolona para dejarle pasar primero. No quería que aquello se convirtiera en un paseo amigable. Seguía muy enfadada y sorprendida de que él hubiera conseguido salirse con la suya.

—¿Hasta cuándo te va a durar el enfado? —le preguntó a mitad de camino—. Tampoco ha sido para tanto, doctora. Reconoce que ha sido una noche diferente y que has vivido algo que probablemente nunca hayas hecho: dormir con un grupo de desconocidos y abrazada a un hombre que conoces poco. ¿No es maravilloso?

—No sé si te haces el tonto o que realmente lo eres. Si hubiéramos estado en un hotel de lujo, sobre el mar como esas cabañas que hay en las Maldivas, te aseguro que te daría la razón. Pero dormir donde lo hemos hecho ya te digo que no es un sueño hecho realidad —ironizó.

Él soltó una carcajada y la cogió por el hombro, aunque ella se alejó para impedírselo.

—Tienes gracia, doctora. La tienes. Pero mira, te voy a decir una cosa —y se paró cogiéndola por los hombros y situándose en frente a ella—. La próxima vez vendrás tú sola y no será porque te engañe. Tú vendrás a mí.

La mirada penetrante y el poder de sus palabras, pronunciadas despacio, con la entonación adecuada, producían un efecto en Nieves tan fuerte que era como si no pudiera hacer otra cosa que someterse, ser sumisa. Tardó en responder. Le costaba hacerlo.

—Psss —fue todo lo que pudo decir con un gesto de reproche. Lo apartó y siguió caminando.

—Sí, sí… ya lo verás. El tiempo lo dirá.

Por fin llegaron a la carretera que también estaba cubierta de nieve. Solo se veían las huellas de un coche que habría pasado a primera hora. Nieves se volvió a Sergio.

—Ya puedo volver sola. Adiós—. Y se dio la vuelta sin decir nada más, ni siquiera las gracias.

—No, no —le oyó decirle a sus espaldas—. Ya que me has despertado tan pronto, te acompaño a casa. No te voy a dejar sola.

—¡Ni se te ocurra! —le gritó sin volverse a mirarlo—. Ya nada peor me puede pasar.

Pero oyó que seguía caminando detrás. Sabía que no se lo podía impedir, aunque quisiera y no le apetecía nada que supiera dónde vivía. Sin embargo, tenía el tiempo justo para llegar, darse una ducha e irse a trabajar. No podía entretenerse echándolo. Al llegar, y mientras abría su portal, aprovechó para echarle una mirada fugaz. Estaba allí, a unos diez metros de ella.

—¡Hasta mañana, doctora! Que pases un buen día.

Y Nieves, sin responderle y cerrando tras de sí, se hizo la firme promesa de no volver a acercarse a él nunca más, aunque lo viera por las calles o fuera a su consulta. Promesa que difícilmente pudo cumplir después.

5

Marco

¿Aquel recibimiento sería una señal? ¿El temblor de tierra le decía que ese no era su sitio? ¿Debería volver? Esa interpretación era rebuscada y propia de una persona romántica y, aunque Marco lo era, sin duda era más práctico que otra cosa.

Al oír los gritos, se levantó, se puso unas bermudas que tenía a mano y salió del dormitorio. Pedro y otros compañeros ya lo habían hecho. Su amigo se le acercó.

—Ahora sí que te has estrenado y has entrado de pleno en la vida de aquí. Vamos, parece que los gritos vienen de dentro del hospital.

Todos se dirigieron a la puerta de entrada. Algunos comentaban que el terremoto no había sido demasiado intenso. Al pasar al patio, vieron movimiento en la unidad de quemados. Los sanitarios que estaban de guardia los llamaron.

—Una pared de dentro se ha caído, no es demasiado grave, pero debemos trasladarlos a otro sitio—. Les informó un enfermero nativo.

Femi entró como una exhalación a chequear a sus pacientes. Sobre una cama, ya vacía, había restos de la pared, el trozo más grande de unos cincuenta centímetros.

—¿Dónde está el paciente? —preguntó a la enfermera que estaba de guardia en su unidad.

—Lo hemos llevado a trauma. Ha tenido la mala suerte de que los cascotes le cayeran justo en la pierna con quemaduras. Espero que ya estén con él.

Femi corrió hacia esa unidad. El resto, Marco incluido, comenzaron a revisar a los pacientes más próximos al derrumbamiento, pero ninguno parecía demasiado grave. Pedro empezó a quitar las piedras y a echarlas al patio. Los demás lo imitaron. Habían tenido la suerte de que la pared derrumbada comunicaba la sala donde estaban las camas con un despacho, así

que no había daños personales al otro lado. Pronto oyeron el sonido de una sirena que se acercaba al hospital. Laura y Rose corrieron a recibirla. Marco dudó qué hacer. No le había dado tiempo a saber dónde estaba todo y no sabía si dirigirse a algún sitio donde necesitaran más su ayuda o quedarse limpiando la zona. Pedro intuyó sus dudas y le indicó:

—Vamos a terminar de limpiar esto. Yo creo que los dejamos aquí si conseguimos quitar el polvo. Puede perjudicarlos.

Durante más de una hora estuvieron quitando todos los restos del desprendimiento. Luego limpiaron y barrieron todo y echaron agua con desinfectante. La sala estaba bien y los pacientes se habían calmado. Alguno incluso volvía a dormir. Ya solo quedaba como huella del derrumbamiento un agujero que ocupaba más de la mitad de la pared, pero la zona estaba limpia. Salieron. En el patio se veía bastante movimiento, se oía el llanto de algún bebé y parecía que ya estaba todo en orden. Pedro fue a echar un vistazo a sus pacientes, los oncológicos, y Marco decidió acercarse a los quirófanos por si había alguna operación de urgencia. Patrick y dos más atendían a un paciente. Marco no lo podía ver bien desde fuera por lo que decidió vestirse con la ropa de quirófano que encontró preparada y entrar. Un trozo de madera, una astilla de unos treinta centímetros se le había clavado en un brazo al paciente. Su compañero lo miró y le animó a que se quedara. Le fue explicando los daños y entre ambos consiguieron extraerla, limpiar la zona y eliminar las astillas. Les llevó un buen rato.

Había amanecido ya cuando consiguieron al fin darse un respiro. El personal que no vivía en el hospital fue llegando a sus turnos. Algunos tardaron más de la cuenta, pero en general el terremoto no había causado demasiados daños. Todavía se oían sirenas a lo lejos. Habían llegado varias ambulancias. La mayoría de los heridos presentaba daños leves por caídas o golpes. Abundaban más los ataques de pánico y de corazón.

A media mañana Pedro lo buscó. Una casa se había derrumbado y no encontraban a los habitantes entre los escombros. Quizá no diera tiempo de traerlos al hospital.

—Yo voy para allá—, le informó—. ¿Quieres venir?

Marco no lo dudó. Se fue tras él pensando que la realidad había superado con creces sus expectativas, pero era justo esto lo

que esperaba vivir cuando decidió aceptar el puesto de cooperante. La ambulancia conducida por Pedro recorrió las calles estrechas de la zona más profunda de Tabarre. Shui, la compañera china que había entrado en las duchas el día anterior, los acompañaba. No hablaba mucho y permanecía cabizbaja frotándose las manos con nerviosismo. Pronto llegaron al edificio derruido. La casa, ahora completamente destruida, no debía de haber sido firme, sino, más bien, una construcción hecha con distintos materiales poco consistentes que ahora estaban esparcidos por ahí. Aunque el terremoto no había sido muy fuerte, ya sabían que la intensidad había alcanzado los 6,1 grados y el epicentro estaba a unos sesenta kilómetros de allí, algunas edificaciones no resistían los embates de la tierra. Podrían superar el primero o segundo, pero el siguiente movimiento de tierra era suficiente para desmoronarlo del todo. Las casas vecinas, sin embar- go, permanecían intactas. Los bomberos llevaban ya un rato intentando buscar a los habitantes. Habían oído voces y ruidos, pero no terminaban de localizarlos. Siguiendo las indicaciones de aquellos hombres que les enseñaron cómo debían hacerlo, empezaron a apartar trozos de cascotes. Los bomberos casi habían llegado a la zona donde sospechaban que podrían estar sus desafortunados habitantes. Un perro subía y bajaba por los escombros muy nervioso. Probablemente era de la familia y había escapado de la chabola antes de su derrumbamiento. Les estaba ayudando a localizarlos sin saberlo.

—¡Aquí, aquí! —gritó uno de los bomberos.

El resto acudió inmediatamente andando con cuidado. Un brazo estaba al descubierto. Pedro consiguió llegar a la muñeca y comprobar que tenía pulso.

—¡Vive! —gritó con alegría.

Quitando los cascotes con rapidez, descubrieron que se trataba de una mujer con un camisón de vivos colores, ahora ennegrecido, que entre sus brazos protegía a un bebé de apenas unos meses. Entre todos sacaron al niño. Shui lo bajó con cuidado por la montaña de escombros, con el cuerpecito firmemente apretado a ella. Marco la vio sentarse con el niño en sus rodillas y hacerle el boca a boca y otras maniobras de reanimación. Mientras seguían intentando sacar a la mujer, oyeron, como un triunfo, que el bebé comenzaba a llorar. Al poco la consiguieron liberar y la tendieron para valorar sus heridas y reanimarla. Comenzó a toser y, con mucha dificultad y terror, señaló lo que

había sido su casa. En un murmullo apenas audible la oyeron rogar que sacaran a su hija. Se miraron con desesperación. La cosa no había acabado aún. El perro movía la cola a su dueña y le daba lametones. Pedro la cogió en brazos y la llevó hasta la ambulancia donde siguió examinándola. Shui le acercó el bebé para que viera que estaba bien y se tranquilizara un poco. La mujer sonrió y estiró un brazo para acariciar su cabecita. Pedro le inyectó un calmante y curó las heridas que más urgían. De rodilla para abajo tenía una pierna bastante dañada y con síntomas de aplastamiento. Marco y los otros bomberos seguían buscando.

Dos horas más tarde encontraron a la niña. Tendría unos cuatro años y el pelo con múltiples trenzas con gomas de colores. Marco le puso la mascarilla con oxígeno. Seguía con pulso. Pedro, después de llevar a la mujer y al bebé al hospital, había vuelto para ayudar. Entre ambos la sacaron y la llevaron a la ambulancia. El bombero preguntó a los vecinos si vivía alguien más en la casa. Uno le contestó que faltaba el marido, pero que normalmente pasaba las noches borracho en el bar. No tenían forma de saber si estaba o no bajo todo aquello que había sido una casa. La niña se despertó y comenzó a llorar y a llamar a su madre. Marco la calmó. Le habló suavemente en francés y le dijo que su mamá y su hermanito estaban bien y la esperaban en el hospital.

—¿Y mi papá? —preguntó entonces con voz llorosa.

—¿Estaba en casa? ¿Estaba con vosotros?

—Sí, dormía conmigo.

Marco salió de la ambulancia y gritó a los bomberos.

—¡Seguid buscando al padre, estaba con la niña!

Los dos bomberos que quedaban quitando cascotes retomaron la tarea con más energía que antes. Las fuerzas empezaban a flaquear, pero había otra vida en juego. Cuando comprobaron que la niña estaba bien, la dejaron al cuidado de Shui que se puso a cantarle una dulce canción china. Los dos hombres fueron a ayudar a los bomberos. Una hora más tarde, quizás dos, consiguieron localizar al padre. No daba señales de vida y no le encontraban el pulso. Cuando pudieron sacarlo, notaron que el cuello caía a un lado, de forma incompatible con la vida. Probablemente se lo habría partido al caerle lo que podría

ser la única viga de la construcción. Aun así, creían que habían tenido suerte. Al menos, habían salvado a tres miembros de los cuatro que componían la familia.

Poco después volvieron al hospital. Los tres médicos iban en el asiento de delante. Shui llevaba en brazos a la niña y conseguía hacerle reír con bromas. No quería que se diera cuenta de que su padre yacía sin vida atrás, en una camilla que pronto ocuparían otros cuerpos, quizá con más posibilidades de vivir.

En el hospital la actividad seguía siendo trepidante. Consiguieron localizar a la madre y llevarle a la pequeña. Ambas se abrazaron con emoción. Patrick se les acercó y les comunicó que tenía serias dudas de que pudiera salvar la pierna.

—Pues tenéis que hacer lo posible —les dijo Pedro—. Sin marido y amputada, no sé qué va a ser de esta familia… Después comunicaron a la mujer el fallecimiento de su marido. Comenzó a llorar en silencio y se descubrió el pecho para ofrecérselo al bebé, que empezaba a gemir. Los miró y añadió con un hilo de voz:

—Gracias. Habéis salvado lo más importante que tengo. Os debo la vida.

Estaba ya oscureciendo cuando Marco pudo tomarse una ducha. Toda su ropa estaba cubierta de polvo. Sus piernas estaban completamente marcadas por rasguños y tenía alguna herida algo más profunda. Pedro se lo había advertido, «Olvídate de los pantalones cortos en situaciones así. Tienes las piernas hechas un cuadro». Las de él se habían salvado por llevar el típico pantalón de campaña lleno de bolsillos. Marco tomó nota, ya no le ocurriría más.

Poco antes había comprobado su móvil. Tenía cuatro llamadas perdidas de Nieves, dos de su hermana y otra de su madre. La noticia del terremoto habría llegado a Europa y les habría asustado. En el chat común de la familia, donde estaban los cuatro y antes también había estado Miguel, el exmarido de su hermana, había mensajes nuevos. Estaban desesperadas al no localizar a Marco. Les escribió en cuanto pudo leer todo.

«Estoy bien, no os preocupéis. Hemos tenido mucha movida, pero parece que no ha sido de los terremotos más grandes. Luego os llamo». Y las llamó, una a una, contándoles detalles y las situaciones que había vivido. Consiguió calmarlas a las tres y a

Nieves, además, le había pedido algo:

—No les digas nada a las niñas. No tienen por qué preocuparse de más. Bastante tienen con imaginarse a su padre curando a gente al otro lado del mundo. No deben temer por mí.

—Tranquilo —le había contestado—. No pensaba.

La ducha le había sentado tan bien que se hubiera metido en la cama si no fuera por el hambre que tenía. En algún momento, había tomado una barrita energética que alguien le había dado. Ni siquiera recordaba el momento, pero no había probado nada más.

Se dirigió al comedor y justo en ese momento, una señora de mediana edad, con un turbante en la cabeza y de grandes proporciones, servía la comida entre los vítores y aplausos del resto. Era una deferencia que hacía para agradecerles a todos ellos el esfuerzo que habían hecho. Por lo visto, nunca solía ir en persona a llevarles la cena, sino que mandaba a alguna ayudante o eran los propios sanitarios quienes la recogían. Por eso la jaleaban tanto. Ella sonreía y bromeaba con todos. Había menos sanitarios que el día anterior, quizá se habían acostado ya o habían cenado antes. Se sentó de nuevo al lado de Femi. A pesar del cansancio que se reflejaba en todos los rostros, la conversación era muy fluida. Se iban contando los acontecimientos del día, los pacientes que habían atendido y los casos más dramáticos. Rose, con su marcado acento canadiense, le preguntó más tarde:

—¿Qué te ha parecido tu primer día, Marco?

—Desde luego, mucho más movido de lo que me imaginaba —le contestó sonriendo.

—Es la novatada que le hacemos a los nuevos —siguió Femi —. Les preparamos un temblorcito, nada importante y así se van preparando para lo bueno.

—¿Aún puede ser peor? —le preguntó con cara exageradamente ingenua, siguiéndole la broma.

—Bueno… diferente. Para mañana te aguarda otra sorpresa. Un tiroteo en un mercado. ¿Te apetece?

—¡Femi! —le regañó Laura—. ¡No des ideas!

—Bueno… La verdad es que no es tan improbable. Las cosas están cada vez peor —dijo preocupado Patrick—. Hoy ha llamado Sanela.

Todos lo miraron expectantes. Pedro le animó a que siguiera.

—¿Qué decía? ¿Cómo van las cosas allí?

—Pues en el hospital ha entrado un hombre con un arma, una pistola creo, apuntando a todos para que alguien cosiera una herida sin importancia a su hija, que llevaba con él. Por lo visto ha sido un momento muy tenso.

—Y Sanela estaría de un humor de perros, ¿no? —imaginó Pedro.

—¡Ohhh! ¡Algo superextraño en ella! —ironizó Laura con una mueca de fastidio.

—¿Y ya está? ¿No ha dicho nada más? —insistió Pedro con un poco de fastidio por tener que sacarle con cucharilla la información. De hecho, se sentía un poco dolido de que Sanela no hubiera hablado con él.

—Me ha preguntado que cómo estábamos aquí. Le he ido informando por encima de las cosas que sabía yo, pero seguro que no lo de todas las unidades—. Los miró valorando si creían que debía informarle de más y apuntó—: Ya sabéis que podéis llamarla cuando queráis. No os va a comer. ¡Ah! —Y miró a Marco—, también me ha preguntado si llegó el español nuevo. Le he dicho que estás encantado de haberte estrenado con un terremoto.

—Muy bien —dijo Marco después de una breve pausa—, pero no tengo ni idea de quién habláis. ¿Quién es Sanela?

Pedro lo miró y con cara de disculpas le dijo:

—Es verdad, Marco, perdona. No te he hablado de ella.

—Nadie quiere hablar de ella —interrumpió Femi.

—Es la delegada de Puerto Príncipe, la máxima responsable de la ONG aquí. Lleva cinco años, quizás más en Haití, pero antes estuvo en Gambia, Burundi, Sudán e incluso en Afganistán. Y

algún país se me escapa—, continuó—. Ha dedicado toda su vida a la cooperación.

—¿Es muy mayor? —se interesó Marco.

—No, no lo es. Quizás 40 o 45 años. No sabría decirte. Quizá más o quizá menos —le contestó Rose.

—Si tiene esa edad, parece mayor —comentó Laura.

—Es serbia —le informó Patrick—. Tiene ese carácter duro que te imaginas que tienen los de los Balcanes. Como ves, no es muy popular. Ha debido de…

—¡Pasarlo mal! —dijeron al unísono Pedro, Femi y Laura.

—Siempre lo dices —se quejó esta última—. ¿Por qué la defiendes todas las veces?

—No la defiendo… Intento ponerme en su piel.

—No sé… parece que tienes algo especial con ella… —Laura lo dijo bajando la cabeza y concentrándose en su comida. Marco notó algo. Quizás tristeza o celos. Ya tendría tiempo de irlos conociendo mejor.

La cocinera les había servido unos generosos platos de sopa compuesta de calabaza, otros vegetales y grandes trozos de una carne que debía de ser pollo. Ahora volvía con otra olla repleta.

—¿Quién quiere más? —les preguntó. Todos alzaron sus cucharas.

—Está buenísima —apuntó Marco —¿Qué es?

—Es la sopa *Joumou*. Se pone siempre a primeros de año, el día uno de enero, pero Dodó habrá pensado que hoy debemos celebrar el año nuevo… —le explicó Pedro.

—Eso es —dijo la aludida—. Hemos superado el terremoto de hoy. Es como si empezáramos un año nuevo…

—En peores te habrás visto —apuntó Femi.

—Sí —afirmó ella—, pero entonces no tuve tiempo de prepararla.

A Patrick le fastidiaba volver a sacar el tema, pero no había dicho lo más importante.

—Me ha dicho que vuelve. En tres o cuatro semanas la tenemos aquí de nuevo.

—¡Vaya! —dijo Femi—. Se acabó la paz.

A Marco le entró mucha curiosidad por conocer a la mujer que tanta controversia generaba entre sus compañeros. Era verdad que Pedro no le había hablado de ella. Se dio cuenta de que había venido un poco a ciegas, más preocupado e interesado en lo que iba a vivir que en los detalles de la organización. Eso no lo había hecho bien y se culpaba en silencio.

—Bueno —añadió Pedro cambiando de tema—. Vamos a planificar rápido el día de mañana que estamos todos muy cansados.

—¡Sí! —dijeron los demás.

Y durante un rato fueron coordinándose y priorizando los pacientes que tenían que atender. Patrick y Marco iban a intentar conjuntamente salvar la pierna de la mujer del derrumbamiento. Después le mostraría el resto de los casos de trauma y ya podría empezar a hacerse con sus pacientes si no había otro terremoto que pusiera sus horarios patas arriba. La reunión no duró mucho más. Laura se había quedado dormida con la cabeza sujeta por las manos. Patrick se le acercó cariñosamente y la despertó. Marco les echó un último vistazo al salir del comedor. Le gustaba esta gente. Le apetecía seguir conociéndolos. Pero ya sería otro día. Eran solo las diez de la noche, pero casi no podía ni dar un paso. Entró en su habitación y se derrumbó en la cama como si hubiera perdido el conocimiento. Había sido un día muy duro, pero aún no se imaginaba lo que podrían empeorar las cosas.

6

Nieves

—¿Qué pasó con Sergio, Nieves? —dijo Mercedes ajustándose las gafas y mirándola directamente—. Me has contado lo de aquella noche, cuando «te secuestraron», pero ¿qué pasó después?

Nieves carraspeó. Le costaba contar aquellos recuerdos, no lo había hecho antes con nadie. No con tanto detalle. Llevaba tres citas con la psicóloga y ya tenía que empezar a desembuchar. Lo que más le avergonzaba. Lo que quizás había limitado su voluntad y le impedía ahora ser más natural y expresar lo que realmente sentía.

—Bueno… sí, volví a verlo. Aunque me había prometido no hacerlo. Una noche se presentó en casa. Yo acababa de acostarme, pero no sería demasiado tarde.

Eran las doce de la noche cuando oyó un grito que venía de fuera. «¡Doctoraaa!», llamaban. Y ella supo que era Sergio. ¿Quién iba a ser si no? No pudo evitar alarmarse y se sentó en la cama sin saber qué hacer. Su intención era ignorarlo para ver si se cansaba, pero él seguía gritando, llamándola. Nieves temió por sus vecinos. La dueña de su apartamento vivía en la casa de la esquina, sin ir más lejos. ¿Qué iba a pensar de ella si dejaba que un impresentable despertara a todos sus vecinos? Se asomó al balcón y, en cuanto él la vio, le sonrió y sin bajar ni un poco el tono le gritó:

—¡Por fin, doctora! ¿Me ibas a tener aquí toda la noche?

Ella le puso cara de asco y sin abrir la boca extendió sus brazos en un gesto inequívoco de pregunta.

—¡Estoy enfermo! Tienes que ver mi herida. Déjame pasar.

Nieves movió la cabeza de un lado a otro y subió los hombros con gesto de desprecio. No daba crédito. Esta vez no iba a caer. Se dio media vuelta para salir del balcón, pero Sergio empezó a gritar más fuerte.

—¡Ehhh! ¡Ehhhh! ¡Es una urgencia! ¿No me vas a recibir? ¡¡¡Doctoraaaaaaa!!!

Asustada se volvió y le susurró:

—Pásate mañana por el centro.

—¿Cómo dices? —siguió gritando, poniéndose la mano detrás de la oreja.

—¡Que te pases mañana por el centro! —insistió en un tono algo más alto.

—¡Doctora! ¿Dónde está tu vocación? Se supone que debéis atender a los enfermos. ¡Doctoooraaaaaaaa!

La calle se llenó con sus gritos, a pesar de ser viernes y de que a lo lejos se oía el barullo de la gente en el bar. La placeta donde vivía Nieves era una zona tranquila donde solo había tres o cuatro casas unifamiliares y antiguas y su bloque de tres apartamentos más modernos. Comprendió que esa era su jugada. Iba a estar allí gritando hasta que lo dejara subir. Se metió dentro y echó la cortina sin cerrar la puerta del balcón. El frío entró en la habitación arruinando todo el esfuerzo que había hecho por mantenerla caliente con el calefactor. Él seguía gritando. El bebé de la pareja que vivía en el primero comenzó a llorar. El padre, que era un joven algo tosco, salió a la ventana.

—¿Puedes irte con la serenata a otro lado, gilipollas? ¡Has despertado al niño! —le gritó.

—Pues dile a la doctora que me abra. Será una consulta rápida.

—¡Vete a tu cuadra!

Otro hombre que vivía en la casa de enfrente también gritó a través de la ventana sin dejarse ver:

—Doctora, déjalo que suba y así todos podremos seguir durmiendo.

Sergio seguía con sus «doctoraaaaas» sin bajar el tono. Nieves no sabía qué hacer. Ahora lo pensaba al contarlo en voz alta y seguía sin encontrar una mejor opción. Se dirigió al telefonillo y abrió sin decirle nada. Pegada a la puerta, le oyó

gritar un «¡Bien!», y después cómo abría el portal y comenzaba a subir las escaleras. No tenía pérdida. Al asomarse al balcón, Nieves había dejado ver que vivía en el tercer y último piso y en cada planta solo había una vivienda. Le esperó detrás de la puerta y, cuando ya sintió que estaba al otro lado, abrió sin dejarle llamar. Sergio, que ya tenía la mano preparada para dar unos golpes, la miró y sonrió juntando las manos en una sumisa disculpa.

—Perdón, perdón, perdón —dijo mientras pasaba.

—¿Se puede saber a qué viene todo esto? —preguntó Nieves poniéndole una mano en el hombro impidiendo que siguiera avanzando.

—Necesitaba verte, doctora. Ya era una necesidad.

—¿Y te da igual que yo no tenga ningunas ganas de verte?

—¿Es eso cierto, doctora? —y su voz sonó tan sensual que la hizo dudar—. Seguro que tú me has echado un poco de menos. Pero la verdad es que sí quería saber tu opinión—. Y sin dar opción a réplica, dejó caer el mismo abrigo que se había puesto al acompañarla a su casa aquella vez, y, con rápidos movimientos, se fue quitando los jerséis que llevaba, tirándolos al suelo con despreocupación.

—Pero ¿qué estás haciendo? Yo alucino contigo. ¿A qué viene esto? ¡Para!

—Quiero que me veas la herida que me cosiste…

—¡Pero si de eso hace ya mucho tiempo! Ya la tendrás bien…

Cuando Sergio terminó de quitarse todas las capas, incluso la última, una camiseta de tirantes que no impedía enseñarle a Nieves la herida se giró para que la viera. Tenía un torso fibroso, con los músculos bien definidos y con diversas cicatrices antiguas. Ella no pudo hacer otra cosa que mirarla cuando le puso el brazo a la altura de sus ojos. Se notaba que no había cicatrizado bien. Tenía pinta de que, probablemente, se había arrancado varias veces las costras, por lo que la piel no se había regenerado del todo. Con un tirón, lo acercó a la lámpara del techo para verlo mejor.

—Está bien. Solo que se nota que te la has tocado mucho y no está muy limpia —sentenció finalmente—. Ya te puedes ir.

—Es que ahora viene el segundo favor que te pido. ¿Puedo ducharme en tu baño? Solo será un momento, te lo juro. Hace meses que no me ducho como Dios manda.

Nieves dudó. Aunque no le gustaba nada el estilo de Sergio y se sentía manipulada, negarle una ducha, sabiendo en las condiciones que vivían, le parecía un poco deshumanizado. Pensó que, realmente, podría estar necesitado de un buen baño caliente. Lo miró y con el dedo amenazante, le dijo:

—Solo si me prometes que te largas en cuanto termines.

—Solo si me lo pides tú.

—Te lo estoy pidiendo, ¿qué es lo que no entiendes?

—Cuando salga, me lo pides.

Con un resoplido, se dirigió a un viejo armario que su casera había colocado en el salón y sacó una toalla limpia. Se la tiró bruscamente y le señaló el baño.

—No tardes —le apremió.

Le dio las gracias sonriendo y se metió en el baño sin cerrar la puerta. El apartamento era muy pequeño y todo giraba en torno al salón, desde donde se accedía a las demás habitaciones: baño, cocina y el único dormitorio. Cuando vio que Sergio comenzaba a desnudarse, Nieves decidió irse a la cocina para que no pareciera que lo observaba. Se sentía como un juguete. Sabía que él lo hacía con toda la intención de provocarla, pero no tenía ni idea de cómo pararlo. Empezó a recoger los cacharros que había lavado, quería estar entretenida con otras cosas. Lo oía dando exclamaciones de alegría y, de vez en cuando, un «Gracias, doctora, esto es lo que necesitaba». Cuando ya no le quedó nada más que recoger, decidió irse a su habitación. El salón no era un buen lugar. Lo vería al salir de la ducha. Se metió en su cuarto y entornó la puerta dejando solo unos centímetros de apertura. Se sentó en la cama. Seguía oyendo el agua caer. Pensó que, con todo lo que estaba tardando, era cierto que hacía mucho tiempo que no se duchaba. Estaba inquieta. No se fiaba de él. Al cabo de un rato el agua dejó de correr y le oyó salir.

—¡Ha sido maravilloso! Lo necesitaba. Gracias y gracias —le oía decir desde el baño.

Nieves miró la hora. Ya era la una y pico de la mañana. Al día siguiente no trabajaba. Su compañero estaba de guardia y ella podría descansar. Aunque tampoco estaba tan cansada. Se preguntó a qué podría dedicar el día. La verdad es que se sentía un poco sola en aquel pueblo y echaba de menos a sus compañeras de piso. Esa breve distracción hizo que no advirtiera que Sergio abría la puerta de su dormitorio. Estaba completamente desnudo. Su piel parecía brillar a la luz de la lámpara de su mesilla de noche.

—¿Qué haces? ¿Puedes vestirte? —le increpó enfadada, pero él se sentó a los pies de su cama indiferente a sus quejas y sin aparentar el más mínimo recato.

—Doctora, te quería preguntar una cosa.

—Que te largues. Me lo habías prometido. ¿No era eso lo que me dijiste?

—Solo una pregunta. Estoy terminando de secarme. Me gusta hacerlo así y en tu casa se está caliente. Mucho más que en la mía. ¿Desde cuándo no haces el amor?

Nieves estaba paralizada. Verlo tan cerca, desnudo y con su voz sensual, la dejaba desarmada. Realmente quería que se marchara, no podía tolerar que se aprovechara así de ella, que la engañara y que fuera su marioneta, pero no podía sacar fuerzas suficientes para echarlo. Era como si fuera Mowgli y aquel hombre la estuviera hipnotizando como lo hacía la serpiente Kaa con el niño. De hecho, su pregunta le hizo pararse a pensar desde cuándo no se había acostado con alguien y la realidad es que ni se acordaba de la última vez.

—Tardas mucho en contestar. ¿Cuándo fue? ¿Un mes, seis, un año?

—Sería lo último que hablaría contigo. Vete, por favor —suplicó y notó que su voz salía sin fuerzas de su boca.

—Ya lo sé. Estoy siendo muy descarado. Me estás odiando, lo sé, pero piensa una cosa: ¿por qué no me utilizas? Solo eso. Hacemos el amor y te sentirás mejor. Ese ceño que siempre frunces se te quitará, al menos, unos días. ¡Utilízame! No te

pediré nada. Solo eso.

—Pero… pero ¿qué estás diciendo? ¿Crees que me gustas? ¿Que me acostaría con el primero que se me presente?

—Tú sí me gustas, eso ya lo sabes, pero no hablo de eso. Hablo de una necesidad física, algo totalmente natural que no tiene por qué crear vínculos. Aprovéchate de mí—. Y diciendo esto, se acercó un poco más. Ya no estaba en los pies de la cama, ya casi podrían rozarse.

Nieves comprobó que él estaba excitado y esa visión la removió aún más.

—Olvídate de moralismos, de lo que está bien y lo que está mal. Déjate llevar. Es solo un acto gratificante. Te sentirás mejor. Pruébalo. Utilízame.

—Me habías prometido…—, pero no pudo terminar la frase. Sergio estaba ya muy cerca de ella. Podía sentir su aliento y el olor a su gel de ducha. Él no perdió la oportunidad. Se le acercó y la besó en los labios. Un beso pausado al que Nieves no correspondió, pero tampoco se retiró.

Al ver que permanecía dejándose besar, pero sin apartarse, Sergio siguió adelante. Su presa estaba cediendo. Lo notaba. Se acercó aún más. La cogió delicadamente del cuello y la atrajo hacia él. De sus labios bajó al cuello, y siguió besándola, despacio. Nieves no se entendía, quería negarse, obligarle a salir de su habitación, pero, por más ordenes que le daba a su boca, esta no emitía ni un sonido. Cuando Sergio metió la mano por debajo de la camiseta del pijama y comenzó a acariciarle el pecho, notó que ya estaba realmente excitada y entonces fue cuando decidió hacerle caso. Lo utilizaría. Sería solo un polvo. Y esperaba que fuera bueno. Se quitó la camiseta y empezó a besarlo. Sergio comprendió que había cedido y, como un niño que consigue el permiso que ha estado suplicando durante días, se dedicó sin freno a lo que mejor se le daba hacer: el arte de amar.

Dos horas después, quizás menos, cuando habían caído agotados en un breve sueño, Sergio comenzó otra vez. Nieves se dejó hacer. Aquello había sido muy bueno. Notó que ya no estaba enfadada, se sentía incluso orgullosa de sí misma, de haber aprovechado una ocasión solo en beneficio propio, de haberlo utilizado como él quería. Pensó incluso que podría estar bien.

Usarlo cuando tuviera ganas, pero sin ninguna intención de tener nada más. Sobre las cinco de la mañana notó que se levantaba. Lo miró sin decirle nada. Salió desnudo de su habitación y vio que recogía su ropa, tirada por el salón, y se iba vistiendo. Antes de salir por la puerta, se acercó y, utilizando la misma voz sensual que le había cautivado, le susurró:

—Ya no te molesto más, doctora, no voy a ser una carga. Te lo prometí. Mañana, si quieres, vengo a por ti y te enseño un sitio maravilloso que hay cerca.

Y sin esperar su respuesta oyó cómo abría y cerraba la puerta. Al rato oyó también la del portal y sus pasos alejándose en mitad de la silenciosa noche. Nieves se sonrió y se dispuso a dormir sin poner el despertador a ninguna hora.

Despertó muy tarde, cerca del mediodía. Se acordó de la noche y tuvo dudas. Ya no se sentía tan segura de haberlo utilizado. Le volvían los pensamientos de sentirse manipulada por él. Le molestaba que se hubiera salido con la suya, pero se dio cuenta de que lo que más le molestaba era que se hubiera ido. Le hubiera gustado despertarse a su lado. Era una tremenda contradicción que no lograba comprender. Se levantó y se duchó. El baño dejaba ver que había sido utilizado por Sergio. La toalla que le había dado estaba tirada en el suelo, la alfombrilla apartada a un lado y la cortina descorrida. «¡Hombres!», pensó.

Sobre las tres de la tarde, cuando ya había comido y comprado unas cuantas cosas en el supermercado, se sentó aburrida a ver la sosa película que emitía el mismo canal todos los sábados. El telefonillo sonó y se levantó a cogerlo. No tenía muchos amigos y se dio cuenta de que deseaba que fuera él. Era otra forma de utilizarlo. La ayudaría a pasar el monótono fin de semana que se le presentaba por delante. No se equivocó.

—¿Preparada para la excursión? Hace un día fantástico.

—Bajo —contestó escueta.

Se cambió de ropa en un periquete y, antes de salir, se miró en el espejo durante un buen rato. Se echó colorete y se colocó su corta y lisa melena pasándose los mechones detrás de las orejas. Se dio cuenta de que quería estar mona para él. Y eso le asombraba. Seguía con unos sentimientos que eran nuevos. Cuando bajó, percibió que su aspecto era muy diferente al de ella.

Parecía que llevaba mucho tiempo sin ducharse y sabía que no era así. Era, sin dudarlo, por la ropa que llevaba. Se había puesto varios jerséis, unos encima de otros, como la noche anterior y el último de ellos estaba deshilachado por el bajo y presentaba un agujero de dimensiones considerables a la altura del codo. Llevaba unos pantalones bombachos de rayas rojas y verdes en los que apenas se distinguía ya el colorido. Quizás incluso lo hacía adrede.

—¿Dónde vamos?

—A un sitio mágico, ya verás.

Comenzaron a andar y, por un momento, Nieves pensó que la llevaba a su campamento, pero pasaron de largo el desvío que había tomado con Miriam. Sergio le hablaba, le contaba detalles de su vida en La Alpujarra, el porqué y el cuándo había decidido instalarse allí. Nieves seguía su pausado ritmo en silencio. Lo escuchaba, pero tampoco quería mostrarse muy interesada. Seguía queriendo mantener las distancias. Aún no estaba segura de si había hecho bien en acostarse con él ni de las posibles consecuencias que eso le traería. Pero era ameno con sus relatos. Le exponía su forma y filosofía de vida y hacía largas pausas que ella interpretaba como una manera de no atosigarla. Solo en una ocasión ella abrió la boca para preguntarle:

—¿Y de qué vivís? Supongo que todos comeréis cada día…

—Bueno, como te dije, tenemos un pequeño huerto. Nos encargamos varios de cuidarlo y muchos vecinos son generosos con nosotros y nos dan piezas de carne. En la carnicería, por ejemplo, nos avisan cuando el producto no tiene buena pinta para la venta, pero la verdad es que nos sabe divinamente. Este capitalismo hace que las cosas caduquen pronto para invitarnos a consumir más. Además, de vez en cuando, sustituyo a un pastor. Este se ha enamorado de una chica de Granada y cada vez más a menudo me pide que cuide de sus cabras para poder ir a verla. ¡El dinero que me da nos viene muy bien!

A Nieves no se le escapaba el hecho de que en ningún momento le hubiera preguntado nada sobre su vida. Mostraba una indiferencia absoluta. Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Solo la llamaba «doctora», y nunca le había preguntado por su nombre. Pensó que tampoco estaba tan mal, que así, las consecuencias de acostarse con él, si las hubiera, serían menos importantes. Eran

dos desconocidos, en realidad.

Después de un buen rato caminando por senderos parecidos a donde ellos tenían su campamento, salieron a la carretera y vio con asombro que Sergio se ponía a hacer autostop.

—¡Eh! —protestó—. Yo no quiero hacerlo.

—Tranquila. Nos tiraríamos dos días hasta llegar y seguro que nos coge alguien.

Efectivamente no tardó en parar un camión que los invitó a subir a la parte trasera descubierta, después de que él le dijera su destino. El viaje fue todo lo incómodo que cabía esperar. Nieves se preguntaba cómo volverían, ya que no parecía que estuvieran cerca. Casi una media hora más tarde, Sergio le pidió al conductor que parara y se bajaron.

Luego le indicó el camino y llegaron a una explanada. Había varias personas pululando por ahí para observar el fenómeno y se hacían fotos. En un extremo, rodeada de una abrupta vegetación, el agua caía en cascada y presentaba un color anaranjado. La piedra de la roca estaba teñida del mismo color. Parecía óxido. A ambos lados de la cascada principal, entre el verde de las plantas también se distinguía el anaranjado del agua que caía por diversos sitios. Se formaba un pequeño riachuelo que llamaba mucho la atención por su color. Cerca también había una fuente de cuatro caños y, debajo de cada uno, la piedra aparecía naranja, así como la rejilla donde caía.

—¿Por qué sale así el agua? ¿Se puede beber?

—Tiene mucho hierro así que te puede venir bien si estás falto de él. Yo la he probado. Es un sitio muy visitado. Se llama Fuente Agria y ahí hay una ermita.

—Pensé que me llevabas a un lugar que solo conocerías tú. Por la gente que hay, esto debe de salir en las guías de turismo.

Nieves metió la mano en el riachuelo para ver si manchaba. No lo apreciaba, pero imaginaba que sí. A pesar del buen tiempo, la proximidad con Sierra Nevada y la humedad del agua, la temperatura era muy baja. Se abrochó aún más el abrigo y metió las manos en los bolsillos.

—Ven —le dijo Sergio tomándola del brazo—. Por aquí hay

otro sitio más resguardado.

Siguiendo el curso del riachuelo, había un pequeño puente de piedra, bajo su arco, pasaba el riachuelo. La llevó a la entrada, donde el agua casi rozaba las paredes del arco, pero, aun así, Sergio no se detuvo.

—¡No se puede seguir! Y no me quiero mojar —se quejó ella.

—No te preocupes, pon el pie en esta roca, ya verás.

Sin estar muy segura, lo siguió y dejó que la llevara de la mano. Se disponían a entrar dentro del túnel del puente. Después de la primera roca, pisaron otra más pequeña que se movía, y finalmente una algo más grande que protegía una pequeña hendidura en el lateral de la pared abovedada. Un espacio de no más de un metro, como un pequeño escondite que no supo si formaba parte de la construcción inicial o era debido a un derrumbamiento. Estaba bastante oscuro, y el sonido del agua al pasar aumentaba por el eco que producían las piedras del túnel. Él se volvió hacia ella y, apoyándola en la pared, comenzó a besarla.

—Te voy a dar un poco del calor que te falta.

Nieves nunca había hecho algo así. Y ni siquiera se había planteado que esa era la intención de Sergio al llevarla allí. Oyeron no muy lejos a otros turistas, algunos estaban a pocos metros, justo a la entrada del túnel, pero el recoveco les protegía de sus miradas. Allí, en aquel lugar tan húmedo, con el sonido inagotable del agua que mitigaban sus suspiros y pisando el barro que se formaba por la proximidad del riachuelo, volvieron a hacer el amor. Era tanto el placer que le proporcionaba que ni la incomodidad de la postura, ni los choques sobre la piedra, que recibía en su espalda en cada embestida, la hacían quererse detener. Y él parecía que no se cansaba, que podía seguir mucho más tiempo, una y otra vez, y más…

—Bueno—, interrumpió Mercedes sus pensamientos—. Me voy haciendo una idea. Muy interesante lo que me cuentas. Seguiremos la semana que viene, ¿te parece? Creo que estamos cerca…

—Eh… sí… —apenas alcanzó a contestarle. Se había metido tanto en sus recuerdos que le costaba salir de ellos. Hubiera

preferido seguir. Contarle lo que pasó después, pero comprendió que ya llevaban más de la hora que tenían contratada—. Vuelvo la semana que viene, pero el jueves, ¿vale? El miércoles estaré saliente de guardia y no seré aún persona a esta hora.

Al salir de la consulta, Nieves miró la hora. Había programado una videoconferencia con Marco y con toda la familia, solo quedaba un poco para empezar. Se dirigió a casa de su suegra, donde había dejado a las niñas. Estaba terminando noviembre y el frío se había apoderado de la ciudad. Ya hacía más de un mes que Marco se había ido. Empezaba a acostumbrarse a su ausencia.

Las niñas corrieron a su encuentro cuando Rosario le abrió la puerta. Como siempre, estaba impecable. Era indudable que la belleza de sus hijos era fruto de su aportación. Nieves no había conocido a su suegro, pero se hacía una idea por las fotos que tantas veces había visto. Rosario era una señora con el cabello completamente blanco, pómulos sobresalientes y unos ojos de un azul intenso que habían heredado su hija y su nieta Marta.

—¡Vamos! —apremió a las niñas—. Papá debe de estar a punto de conectarse.

Todas se sentaron a la mesa y Nieves colocó su portátil de forma que pudieran salir por la cámara. Poco después la imagen de Marco salió en la pantalla. Estaba en su habitación y parecía cansado o quizás algo más. ¿Enfadado? Después de los mensajes de saludo y las interrupciones continuas de las niñas, le preguntó:

—¿Estás bien? Pareces un poco enfadado, no sé, como si te preocupara algo.

—Bueno, será el cansancio. Solo eso. ¿Qué tal tú en el hospital?

—Pues ya te imaginas. Empieza el frío y se nos llena de pacientes con gripe. Parece que este año se ha adelantado. Bronquitis, neumonías, ya sabes. Viene fuerte —le contestó Nieves sin dejar de advertir que él había eludido la contestación. Ya le preguntaría cuando hablaran los dos solos.

—Papá —interrumpió Marta—, ¿los Reyes Magos te encontrarán allí? ¿O te traerán los regalos en Madrid si ponemos tu zapato aquí?

—¡No! Yo lo pondré aquí y así los disfruto y no tengo que esperar a volver —le contestó con una tierna sonrisa.

—Yo ya he empezado a escribir mi carta —informó Claudia a su vez—. Y Marta se copia de mis ideas…

—Bueno, eso será que le gusta lo que has elegido, pero sería mejor que os pusierais de acuerdo y así jugáis con más cosas.

Ambas niñas se miraron y pensaron que aquello sería una buena idea. A través de la pantalla, Marco vio que su madre estaba algo seria.

—¿Y tú, mamá?, ¿qué tal estás?

—Bien, estoy bien —contestó en un tono de voz más alto de lo habitual, pensando que era necesario para que la oyera mejor —. Solo que ahora que han hablado las niñas de los Reyes he pensado que la Navidad se nos echa encima y va a ser la primera que no vas a estar… —añadió con melancolía. Nieves se volvió a mirar a su suegra y notó que hacía esfuerzos por no ponerse a llorar. Le cogió la mano y se la apretó.

—Estaremos bien, ya verás. Además, vendrán Marta y los niños. No tendremos tiempo más que de estar todo el día recogiendo el desorden.

—No es cierto, mamá. Hubo unas que las pasé en China y otras en Noruega, ¿no te acuerdas?

—Hace mucho de eso y no tenías a las niñas, es distinto. Pero bueno, ¿tú estás bien? ¿Está mereciendo la pena tu aventura?

—Sí, … creo que sí.

Ambas se echaron una rápida y cómplice mirada. Notaban algo, pero no querían hacérselo ver a ni él ni a las niñas. La conversación siguió unos minutos más y después de colgar, Nieves recogió todo y les dijo a las niñas que se pusieran los abrigos. Cuando salían por la puerta, Rosario la detuvo delicadamente y le preguntó:

—¿Cómo estás tú, Nieves? ¿Lo llevas bien?

—Creo que sí —dudó ella dedicándole una cariñosa sonrisa

—. Hay días mejores y otros peores.

—Ya sabes que estoy aquí. Puedes contar conmigo para lo que quieras. Tengo experiencia en las separaciones largas.

—Ya lo sé y lo haré, no lo dudes. Y tú también, si te sientes sola, me llamas y venimos. Y no te preocupes por las navidades. Son unas puñeteras fechas hechas para recordarnos a los que faltan —dijo bajando el tono para que las niñas no la oyeran—. Si no fuera por ellas, no haría nada especial, te lo juro.

Rosario le sonrió y asintiendo le dijo:

—Tienes razón. Unas puñeteras fiestas. Menos mal que te tengo cerca. Juntas y con Marta lo haremos bien. Seguro —dijo autoconvenciéndose.

Al acostarse aquella noche, Nieves volvió a pensar en todo lo que había hablado con la psicóloga. Se dio cuenta de que, al contárselo, se sentía mejor. No es que fuera gran cosa lo ocurrido, pero notaba que era sano compartir aquellos recuerdos para hacerla sentirse algo más segura. La ayudaba a comprender a aquella joven doctora y solidarizarse con ella. Ahora tenía cada vez más claro que no podía haber actuado de otra forma. Y no había nada que reprocharle, como tantas veces lo había hecho. Se estaba conciliando con su pasado y eso era bueno. Apagó la luz y pensó en Marco. ¿Qué le habría pasado?

7

Marco

Llevaba más de una semana lloviendo diariamente y, sin embargo, la temperatura apenas bajaba de los treinta grados. El agua que caía se agradecía cuando empapaba, era más refrescante que el propio sudor. Había terminado pronto por causas ajenas a su voluntad y había cogido el coche más pequeño del hospital para acercarse a la playa, si aquello podía tener la consideración de 'playa'. Creía que le podría venir bien para despejarse y alejarse del bullicio del hospital, pero estaba resultando muy diferente a la imagen idílica que se había creado en su cabeza. Siguió las indicaciones que le había dado Pedro, quería oler y sentir el mar. Cientos de pequeñas casas se disponían en calles paralelas a la orilla. Cuando pasó por una de las calles estrechas de tierra, las personas se le quedaron mirando con sorpresa, pensando si no estaría haciendo una visita a domicilio. Aunque el coche no era una ambulancia, el logo del hospital y la cruz lo definían como vehículo sanitario. Siguió hasta el final hasta encontrar un puente por el que pasaría al otro lado, esquivando el río tal y como le había indicado Pedro. Al cruzarlo, vio a su derecha más casas. Estas estaban dispuestas sin orden, parecía que no había calles para circular entre ellas, pero a la izquierda ya distinguió el mar. Estaba detrás de una extraña y enorme explanada a la que no le encontraba el sentido. También había una ruinosa cancha de baloncesto. Aparcó allí, sin estar muy seguro de que fuera una buena idea, y atravesó la explanada que terminaba con un muro, frente al mar. La playa era de piedras y había varias barcas en la orilla y otras tantas en el agua, pero nadie parecía querer darse un baño. Se sentó sobre el muro. No era esto lo que había imaginado, no tenía nada que ver. Más que la paz que había ido a buscar se encontraba con desolación y pobreza. Más de lo mismo.

Pronto haría dos meses desde su llegada y había hecho casi más intervenciones que en un año en Madrid. Eso le gustaba, aunque fuera agotador. Pero no era eso lo que le estaba haciendo sentirse mal, replantearse de nuevo si había hecho bien viniendo a Haití. Era su encuentro con Sanela. A pesar de que los comentarios de los demás sobre ella eran negativos, salvo Patrick que no solía criticarla, no había visto la misma inquina de Sanela

hacia el resto como la estaba teniendo con él. Desde el minuto cero. Pedro se la presentó en el comedor en cuanto llegó.

—Mira, Marco. Es Sanela, la superjefa.

Ella le devolvió una mirada de desprecio, seguramente no le gustó la presentación. Marco se le acercó con la mano extendida.

—Hola, soy Marco, tenía ganas de conocerte.

Ella se volvió hacia él y, sin moverse ni un milímetro, miró su mano con la misma cara de asco.

—¿Es esto una fiesta de amigos? Ya sé quién eres. El nuevo… ¿Te lo pasas bien?

Marco retiró la mano, desconcertado, mirando a su amigo que puso los ojos en blanco, en solidaridad.

—Ehhh —alcanzó a decir—. ¿Cómo dices? ¿Bien?

—Sí, si te divierte todo esto.

—No lo calificaría así en absoluto. No entiendo qué me quieres decir —respondió con enojo en su rostro.

—Bueno, imagino que si has venido hasta aquí es porque querías encontrar emociones fuertes. Algo que, seguramente, echas en falta en tu ciudad. Y supongo que te estás divirtiendo.

Marco estaba tan sorprendido de lo que le estaba diciendo que apenas alcanzaba a pensar las palabras para darle una respuesta acorde a lo que sentía. Notó que la rabia le crecía por dentro. No podía entender que aquella mujer, que no lo conocía de nada, pudiera estar prejuzgándolo de esa manera. Pensó en varias respuestas posibles, pero todas eran un poco agresivas y provocarían la confrontación que ella buscaba. Así que reculó y, alzando las cejas y con una sonrisa irónica, contestó:

—Bueno, encantado de conocerte, pero me voy, ya que me aguarda en el quirófano la mejor fiesta de mi vida.

Y dando media vuelta, salió sin esperar ninguna respuesta.

Los siguientes encuentros no habían sido mejores. Cualquier cosa que Marco dijera era suficiente para que ella interviniera y contradijera su comentario o, simplemente, lo ridiculizara con

una sonrisa sarcástica. No entendía nada. Lo había hablado con Pedro cuando ya era evidente que Sanela no le había dado ni una oportunidad de conocerlo.

—Ufff, no se lo tengas muy en cuenta. Ella es así con todo el mundo. Se hace su composición de lugar y ya no hay forma de sacarla de ahí.

—¿Pero no crees de verdad que conmigo se está pasando?

—Puede— le sorprendió—, pero yo creo que se le pasará. Mi consejo es que sigas como lo estás haciendo hasta ahora: ignorándola.

Ese día había entrado por sorpresa cuando estaba cosiendo la incisión en la operación que había realizado con éxito.

—¿También te enseñaron a bordar en la escuela? —dijo examinando la costura de Marco—. Te está quedando muy primoroso, te pondrán un diez, seguro, pero allí. Aquí hay que despejar rápido el quirófano. El siguiente ya está esperando. Déjame a mí terminar y vete mejor a dar clases en el centro cultural para enseñar punto de cruz a las mujeres.

Y con un pequeño empujón lo había retirado y se había puesto en su lugar dejando que el resto del personal se lanzaran miradas incómodas y de compasión hacia él. Marco entendió que a su siguiente paciente lo operaría ella también, así que decidió tomarse el resto de la tarde libre. Y allí estaba, en la playa sin sentir que aquello le estuviera beneficiando como había esperado.

Tan ensimismado estaba pensando en sus cosas que no se dio cuenta de que un grupo de niños se habían acercado a la pista de baloncesto. En un primer momento, creyó que jugaban, ya que los oía cantar y dar saltos alrededor de algo, pero cuando se fijó mejor, vio que varios de ellos estaban rodeando a la única niña que había, mientras esta les chillaba y les daba manotazos para que la dejaran en paz. Afinó el oído y pareció entender que la pequeña les gritaba que no estaba muerto. ¿Quién?, se preguntó Marco, ¿a quién se refería? Como aquello no le estaba gustando y los gritos de la niña se hacían cada vez más desesperados, se levantó y fue a ver qué pasaba. Al acercarse, pudo entender perfectamente lo que decían. Los niños le canturreaban: «*Il est mort*», y ella lo negaba entre gritos y llantos.

—¡Ya está bien! —les gritó en el tono más grave que pudo poner para que se sintieran intimidados—. ¿No os parece que sois muchos para una sola niña? ¡Dejadla en paz ahora mismo!

Quizás por la altura de Marco o el tono que empleó o que claramente se veía que era un extranjero, su intervención fue de lo más efectiva. Todos los niños salieron corriendo, dejando a la pequeña sola. Tendría unos doce años, quizás menos, y en su oscura tez se podían percibir las huellas de haber llorado. Era contradictorio su triste rostro con los alegres colores de su falda y camiseta. Lo miraba tímida y sin saber qué hacer.

—¿Quién es el que dicen que está muerto? —le preguntó Marco de una forma mucho más cariñosa.

—No lo está, no lo está.

—Si tú dices que no lo está, yo te creo. Pero ¿a quién se refieren?

—A mi hermano. No se despierta. Se ha hecho daño en la cabeza —contó la pequeña entre hipidos y lágrimas.

—¿Dónde está? ¿Quieres que lo vea?

—¿Eres un doctor? —le preguntó con un hilo de voz.

—Sí, lo soy y quizás pueda ver por qué no se despierta. ¿Dónde está? —repitió.

—En mi casa. ¿Puedes venir?

—Claro que sí, vamos a ver qué le pasa a tu hermano —le dijo intentando animarla, pero preocupado por lo que se podría encontrar.

Se detuvo un momento en el coche para buscar en el maletero algún botiquín y agradeció que Lug, además de cuidar de los coches, se preocupara de que cada uno estuviera equipado con lo indispensable para una urgencia. La niña lo esperaba a unos metros. Cuando vio que aquel hombre cerraba el coche, dio media vuelta y comenzó a andar rápido. Marco la seguía por el laberinto de casas y chabolas. Como había intuido, por allí era imposible que pudiera pasar un coche. No había calles, solo estrechos pasajes entre las construcciones que no obedecían a ningún orden. Se dio cuenta tarde de que le costaría volver a

donde había aparcado. La niña se metió finalmente en una chabola. Dentro estaba bastante oscuro y miles de objetos hacían que tuvieran que esquivarlos hasta llegar a un colchón en el suelo. Una gallina paseaba a sus anchas por la casa. Marco vio que había un niño tumbado con un trapo en la cabeza manchado de sangre. Se agachó, dio un manotazo para espantar a las moscas que revoloteaban alrededor de la carita del pequeño y, con cuidado, retiró el trapo. La escasa luz de la estancia le impedía verlo bien, pero aquello tenía toda la pinta de ser una brecha bastante grande con sangre seca y nueva, que empezó a brotar lentamente al quitarle el trapo. Abrió el maletín, buscó los guantes y se los puso. Cogió su móvil y encendió la linterna para poderlo ver bien. Con suaves y experimentados movimientos fue palpando y haciéndose una idea de la gravedad de la incisión. Luego le tocó la frente. Estaba ardiendo.

—¿Qué le ha pasado? —le preguntó a la niña que permanecía de pie a su lado.

—Le han dado un golpe. No se portó bien.

—¿Dónde están tus padres?

—Mamá está trabajando y papá se fue muy enfadado después.

—Hay que llevarlo al hospital —murmuró más para sí mismo que para la niña—. ¿Me llevas a mi coche?

—Pero papá se enfadará si no estamos cuando vuelva. Le tengo que preparar la cena…

Marco se dio cuenta de que la niña tenía miedo a su padre, así que prefirió mentirle un poco.

—Yo hablaré con él, pero estaremos de vuelta antes de que llegue. Ya verás.

La pequeña dudó. Aquel hombre no sabía cómo se enfadaba su padre.

—Mira, si te parece, me llevas al coche y te vuelves a preparar la cena. Cuando volvamos tu hermano y yo, no se habrá dado cuenta.

La niña asintió. Marco taponó la herida del niño con gasas,

cerró el botiquín y lo cogió en brazos.

—¿Me llevas tú el botiquín, por favor?

La niña lo cogió y ambos salieron de la chabola con paso rápido. Varias personas que se habían acercado a la entrada curioseaban, haciendo más difícil el paso. La niña los esquivó fácilmente, pero a él le costó más trabajo.

—¿Está muerto? —le preguntó al pasar una mujer más curiosa que preocupada. Él ignoró la pregunta.

Por fin salieron del laberinto de chabolas y Marco vio que la niña se quedó parada mirando a un punto fijo. Después señaló con un dedo a lo lejos y se volvió para decirle:

—Se lo han llevado.

Al principio no la comprendió, pero al alzar la vista y mirar hacia donde le indicaba, entendió lo que pasaba. Su coche no estaba. Había desaparecido.

—¡Mierda! —exclamó.

Se sentó en el suelo con las piernas cruzadas y puso sobre ellas al niño. Buscó su móvil y llamó a Pedro. Se lo cogió al segundo intento.

—No me digas que te has perdido…

—Pedro, tengo a un niño con una herida muy profunda en la cabeza, con más de 40 de fiebre e inconsciente y… me han robado el coche.

—¿Dónde estás?

—Donde me dijiste. Te mando la ubicación en cuanto colguemos. ¿Qué hacemos? ¿Me mandas una ambulancia?

—Ese coche hay que recuperarlo. Mándame la ubicación. Vamos para allá.

Varias personas se habían acercado a ver la escena, pero ni ofrecían ayuda ni le preguntaban nada. Marco le pidió a la niña que le trajera un trapo mojado en agua y, si pudiera ser, algún hielo. Ella corrió hacia el poblado y le trajo lo que le pidió. Según le contó, se lo había dado la vecina, que tenía una nevera. Le puso

el hielo envuelto en el trapo en la frente. Quería tratar de bajarle la fiebre hasta que vinieran. Casi media hora después apareció una moto. Marco reconoció a Lug y a su amigo sentado detrás de él. No sabía que Lug tuviera una moto y menos que se pudiera desenvolver bien con un solo brazo, pero a la vista estaba que podía.

—¿Por qué no habéis traído la ambulancia? —les preguntó Marco cuando el haitiano paró el motor y ya podían oírle.

—Ahora viene. Lug ha querido venir. No permite que nadie le robe sus coches.

El interpelado dejó su moto y, sin pararse a saludar a Marco, se fue hacia las personas que miraban la escena y comenzó a hablar con ellas. Pedro se acercó a ver al niño. Llegó a la misma conclusión que su amigo.

—Hay que llevarlo ya. ¿Desde cuándo está así?

—Desde esta mañana —dijo la hermana.

—¿No tienes ni idea de quién te ha podido robar el coche? —le preguntó a Marco.

—No, pero desde hace un rato me he fijado en aquellos dos chicos que están allí. No los mires. Disimula.

Pedro se colocó de tal forma que pudiera verlos y a la vez que pareciera que seguía hablando con Marco. En un extremo, a unos cien metros, dos chicos jóvenes los observaban. Llevaban gorras bien caladas, gafas de sol y uno tenía un pañuelo que le tapaba la boca. Se levantó y se acercó a Lug, que seguía hablando con los curiosos. Intercambió con él algunas palabras, apartándolo de los demás para que no pudieran oírlos. Este echó un vistazo disimuladamente hacia donde estaban los jóvenes y se dirigió hacia las viviendas sin mediar palabra. En ese momento, llegó la ambulancia a gran velocidad y frenó en seco levantando una nube de polvo, cerca de donde estaban. Apenas había dejado el coche de moverse cuando Sanela salió rápidamente y corrió hacia donde estaban ellos, plantándose delante y sin mirar al accidentado. Solo miraba enfurecida a Marco. Enrojecida por la rabia parecía un toro a punto de embestir.

—¿¡Cómo se te ocurre!? —le gritó —. Para ti perder un coche no será nada, pero para nosotros ¡es esencial!

—Cálmate, Sanela, vamos a llevar al niño —terció Pedro—. Además, fui yo quien le dijo que viniera aquí.

—¡Pues igual de gilipollas entonces!

Marco, que se había puesto de pie con el niño en brazos en cuando llegó la ambulancia, la apartó y se dirigió al coche. Tenía muy claro que lo que importaba era la vida del pequeño, que seguía inconsciente en sus brazos. Abrió la puerta como pudo, entró y tumbó al niño en la camilla. Se volvió a los otros desde dentro y les gritó:

—¿No nos vamos? ¡Venga!

Sanela se había quedado un poco parada, no estaba acostumbrada a la indiferencia que le estaba mostrando el español. Cuando ella se enfadaba, la gente se sentía intimidada y sumisa y nadie solía ignorarla. Se recompuso muy rápidamente y le dijo a Pedro:

—¡Quédate y asegúrate de que Lug consigue el coche! —y de un salto, se metió en la ambulancia y arrancó bruscamente sin asegurarse de que Marco hubiera cerrado la puerta. Este tuvo que hacer equilibrios para cerrarla y lo consiguió cuando ya habían cruzado el puente.

Con la sirena a toda potencia no alcanzaba a oír y entender la mitad de las palabras que gritaba Sanela durante todo el recorrido, pero sabía, por sus gestos y tono, que seguía con los improperios. Tenía que hablar seriamente con ella. No podía permitirle ese avasallamiento. La hermana del pequeño se había quedado junto a Pedro. Sintió mucha pena por ella y por las consecuencias que podría traerle haber dejado que se llevaran a su hermano. Le hubiera gustado montarla en la ambulancia también, pero los gritos de la coordinadora lo habían distraído.

Al llegar al hospital, ambos bajaron la camilla y llevaron al niño directamente a quirófano, sin hablar. Mientras se vestía con ropa de quirófano y los enfermeros preparaban al pequeño, Marco se molestó de que Sanela lo estuviera imitando. Parecía que no lo iba a dejar solo, pero esta vez no se retiraría. Era su paciente y quería intervenirlo él. Después tuvo que admitir que la ayuda de Sanela había sido muy valiosa. Había comprobado que no dudaba nunca en cada movimiento y era muy habilidosa con los instrumentos.

Cuando concluyeron, dejaron al niño en reanimación y salieron sin decirse nada. La operación había ido bien. Tenía una fractura en el cráneo y ahora tocaba esperar y rezar para que la vitalidad infantil hiciera el resto. En ese momento llegó Pedro con la hermana y una mujer que debía de ser su madre. Se acercaron a ellos y Marco les contó lo que necesitaban saber. La mujer mostraba vergüenza además de preocupación. Le indicaron dónde debía dar los datos del niño y dónde esperar para poderlo ver. Cuando madre e hija se marcharon, los tres se quedaron solos.

—¿Habéis podido recuperar el coche? —dijo Marco con preocupación.

—Sí, sí. Lug es un *crack*. Eran aquellos chicos que me indicaste, pero Lug no fue a hablar con ellos. Fue directamente a buscar al que sabía que era el mandamás del poblado. Resulta que eran amigos de la infancia. No tardó en ir a por ellos y obligarles a devolverlo —explicó Pedro—. Estaba realmente preocupado, no sabía cuánto tiempo más podría contenerlos. Los jóvenes se están uniendo y no con muy buenas intenciones. Pueden ir más allá que robar coches…

—Pufff —gruñó Sanela y fue la primera vez que Marco no la vio sarcástica—. Sí, parece que la cosa empeora. Así que debemos ser más prudentes y no hacer estupideces como la de esta tarde —añadió mirándolo fijamente y con expresión seria.

—Sanela, ¿puedo hablar contigo unos minutos? —preguntó Marco ignorando su comentario e indiferente a la mirada asesina que la mujer le lanzó.

—Bueno, yo me voy. Tengo que atender a un paciente —dijo Pedro escurriendo el bulto.

—No tengo mucho tiempo —contestó en un tono hosco—. ¿Qué quieres?

Tomó aire y, sin haberse parado a pensar ni a ordenar sus ideas, se dispuso a soltar todo lo que llevaba dentro.

—No sé si estás acostumbrada a que nadie te replique o a que acaten tus órdenes sin rechistar, pero yo no soy así. YO no te lo voy a consentir. No estoy dispuesto a que me ridiculices otra vez delante de mis compañeros, me desautorices apartándome de mi operación, como esta mañana, o a que me grites como lo has hecho por la tarde. Lo que tengas que decirme me lo dices a mí

solo, en privado y ya lo podremos discutir. Cuando quieras, estaré dispuesto a aguantar tus rapapolvos y, si considero que tienes razón, te aseguro que lo admitiré. Pero en privado. No sé por qué te has creado la idea de mí de que soy un hijo de papá que quiere tener emociones fuertes. ¡No tienes ni puta idea de las razones que me hicieron venir! Así que todo lo que te pido se resume en una palabra: respeto. Lo quieras o no, me voy a quedar unos cuantos meses más, los que me comprometí con la organización, así que en tu mano está que tengamos una convivencia lo más pacífica posible, ya que amistosa será imposible, o que esto se convierta en un campo de batalla porque, como te digo, no te lo voy a consentir y, si te tengo que gritar, desautorizar o ridiculizar, lo haré sin freno cuando vuelvas a atacarme. ¿Entiendes lo que digo?

Sanela había permanecido callada, escuchándolo y haciendo serios esfuerzos para que su cara no transmitiera ni un ápice de la sorpresa que estaba sintiendo. Efectivamente no estaba acostumbrada a que nadie le replicase. Sabía que no era querida, probablemente la odiaban, pero nadie se atrevía a decírselo. Además, había dado en el clavo con lo de hijo de papá, y eso que no lo había comentado con nadie. Él podría haber pensado, simplemente, que no le caía bien por la razón que fuera, pero es que había adivinado sus pensamientos de una forma astuta y certera. Aquel español la estaba descuadrando totalmente.

—Se dice «¿me explico?» —añadió ella en un tono realmente bajo. Marco frunció el ceño.

—¿Cómo? No te he entendido.

—Si le preguntas a una persona «¿entiendes lo que digo?», estás infravalorándola, dando por hecho que es muy posible que la persona en cuestión sea medio lela y pueda costarle entenderte. Hay que decir «¿Me explico?» —aclaró en el mismo tono.

Marco abrió los ojos con expresión asombrada, se pasó la mano por el pelo en un gesto mecánico que no tenía nada de coqueto y miró al cielo suspirando.

—Tienes razón —dijo finalmente—. Rectifico: ¿me he explicado bien? ¿Tienes algo que decirme al respecto?

—No.

Marco dudó. Se lo estaba poniendo muy difícil. ¡Qué

capacidad tenía para sacarlo de quicio!

—No, ¿qué? ¿Que no me explico o que no tienes nada que decirme?

—Lo segundo—. Y al ver la expresión enfadada del médico, con un punto de desesperación, hizo un gran esfuerzo y añadió—: me pensaré tu solicitud y tendrás la respuesta en los próximos días—. Y dándose media vuelta, se fue sin decir nada más.

Marco se quedó desconcertado. Tenía la sospecha de que su última frase encubría una pequeña broma. Algo sarcástica, pero una broma al fin y al cabo y por eso estaba sorprendido. Volvió a atusarse el cabello. Quizás la cosa no había ido tan mal. Lo comprobaría en los siguientes días. Dejó el patio donde habían tenido la conversación y decidió acompañar a la madre y la hija para investigar el verdadero origen de aquel golpe. Por lo pronto, quería ayudarlas como fuera. Quería aportar su granito de arena, sin ser ingenuo y sabiendo que lo más probable era que se cerraran en banda, pero, aun así, lo intentaría. Para eso había venido, iba a seguir intentándolo por encima de todas las «Sanelas» que se le cruzasen.

8

Sanela

Cada vez que veo el horror que día a día vive esta ciudad, me planteo si elegí bien mi destino, mi profesión, mi vida. Llevo años dando tumbos. Y en cada sitio me hago la misma pregunta. Y nunca llego a contestarla. En todos lados me he topado con la miseria, con la brutalidad y con la vergüenza humana. En mayor o menor medida. Parece que es mi sino. Que no entiendo otra forma de vida. Que no podría haber elegido otra cosa a pesar de que ni sé si me gustaría cambiar. Creo que ya estoy quemando todos los cartuchos posibles aquí, creo que toca irme. Pronto hablaré con la organización. Les voy a plantear que me manden a otro país, pero ¿a dónde? Tengo que mirar las vacantes y decidir dónde quiero vivir los próximos años. O dejar de vivir ya. He tenido suficiente.

Nada me ata aquí ni a ningún otro lado. No voy a echar de menos a la gente ni ellos a mí. De todas formas, una vez más, no he logrado conectar con nadie, ni con mis compañeros ni con los que atiendo cada día. Sé que hay algo en mi carácter o, incluso, en mi rostro que les produce rechazo, que hace que quieran pasar el menor tiempo posible conmigo. Y en cierta medida, los entiendo. De mi boca solo salen sonidos bruscos y frases despectivas, aunque todos los días intente controlarme. No lo consigo. Cualquier palabra que digan es suficiente para ponerme en un estado irascible que ni siquiera yo entiendo.

Llevo semanas en el hospital de Martissant y ¿qué he conseguido? Cabrearme más, cabrear al contable y a los médicos que trabajan aquí. Las cuentas no salen. El presupuesto asignado a este centro era el mayor de la zona, se habían calculado los gastos y la aportación última los cubría, pero ahora parece que no llega. Me lo reclaman de la central, también el contable, los sanitarios y parece que nadie se da cuenta de que las cuentas no salen, que no es que yo no quiera darles más, sino que debe de haber una fuga y cuando lo digo, todos salen huyendo. Se fugan, efectivamente.

Decidí volver a Tabarre con todas las cuentas debajo del brazo. Desde aquí voy a seguir investigando y llamaré todos los días al contable y le preguntaré por los movimientos. Realmente

creo que es él el que está haciendo algo indebido. Es posible que lo estén coaccionando. Eso es casi seguro. Le habrán amenazado con, no sé, su mujer o alguno de sus hijos. En el fondo me da lástima, siento lo mal que lo debe de estar pasando. Tengo que conseguir pruebas como sea. Me estoy cansando de todas formas. No me gusta la coordinación, prefiero el campo de batalla. Además, ha sido llegar y encontrarme con otro prototipo de los que más me cargan: el español nuevo. Cumple el perfil de lo que más aborrezco: guapo, seguramente con dinero, y que lo único que le mueve al venir aquí es acumular experiencias para luego contarlo entre sus amigos y hasta, quizás, escribir un libro. Que todos tomen consciencia de su valentía y su compromiso con los más perjudicados. Solo para eso. Fantasmadas. Postureo. No puedo con eso.

Si tengo que ser justa, es cierto que ya me hice esa composición de lugar antes de conocerlo, cuando Pedro me habló de él. Me lo imaginaba tal cual y no le di ni una oportunidad de que fuera de otra forma. Quizás menos guapo, pero es que estoy segura de que no me equivoco. Que él vive esto como el que acude a un nuevo parque de atracciones, a medir si es capaz de aguantar, sin cogerse de la barandilla, todo el recorrido de la montaña rusa más grande. No puedo…

Quizás me pasé con él. Y además me sorprendieron mucho sus palabras. Estuve dándoles vueltas en la cama, intentando ser asertiva, como leí en un libro, y meditando todo lo que me había dicho el español, pero ya lo he dicho antes. Por más que lo intente, no puedo controlarlo, me sale toda la furia que llevo dentro. Y esa furia ya sé de dónde viene. Lo tengo muy claro.

A veces pienso en qué habría sido de mi vida si no hubiera pasado todo lo que viví. Solo tenía doce años. Demasiado pequeña para haber sufrido todo aquello. Demasiado mayor como para olvidarlo. Pienso a menudo en papá. También en mamá, pero menos, pobre, ella era más arisca conmigo. Ahora creo que era su forma de hacerme fuerte. Yo no creo que lo consiguiera. La gente, con la poca que he conseguido entablar una conversación más allá del ‘hola y adiós’, cree que soy muy fuerte. Debe de ser la imagen que doy. Yo no lo considero. Si lo fuera, habría superado todo aquello, no tendría pesadillas cada noche. Pronto cumpliré cuarenta años y me pregunto cuándo terminarán las noches de miedo y terror que se desvanecen cuando consigo despertarme.

Papá era dulce conmigo, me mimaba, me enseñaba cosas. Me defendía siempre ante mamá cuando yo me encaprichaba con algo. Quería que tuviera una vida mejor que la de él. Ahora me pregunto si mi vida lo es. Al menos, no he muerto acribillada a balazos como él. Como mamá. Como los dos. Intentando huir, intentando que aquella absurda guerra no los separase solo por no ser iguales. Por ser de diferentes religiones que ni siquiera practicaban. Yo nunca vi rezar a papá y en casa se comía carne de todo tipo. Mucho, muchísimo más tarde me enteré de que para ser musulmán, se saltaba las normas a la ligera, no las tenía en cuenta. Pero eso no les importaba a ellos, a los que lo separaron de nosotras y le obligaron a enfrentarse a todo aquel que no fuera como él.

Casi habían llegado a casa donde yo los esperaba. ¡Qué mala suerte! Los vi… los esperaba en la ventana. Yo los vi. ¿Cómo se puede olvidar eso? Mamá me había dicho que no me moviera. Iba a buscar a papá y no tardaría nada. Habíamos tenido que cambiar de casa cuando todo aquello comenzó. Papá se quedó en la otra. En la nuestra. Prefería que nos pusiéramos a salvo nosotras. Ya vendría él cuando las cosas se tranquilizaran. Pero los días pasaban y la comunicación era nula. A mamá le dijeron que había un grupo a la entrada de la ciudad. Un pariente suyo había llegado el día anterior y le había dicho que papá estaba allí. No sabía la dirección de nuestra nueva casa. Mamá no se lo había podido decir. Por eso fue a por él. Ella salió muy temprano y ya eran casi las doce de la noche. Yo miraba por la ventana. A un lado y al otro. Pero no llegaban. Oía petardos. Yo creía que eran petardos, era lo que me había dicho mi amiga con la que, a veces, jugaba en la calle. No sonaban muy seguidos. En ocasiones oíamos dos juntos. No había nadie por la calle. Ni un alma. Y entonces los vi a lo lejos. Los reconocí enseguida. Iban andando muy rápido. Mamá tiraba de papá, quizás ya estaba herido. Siempre lo he pensado. No era muy de él ir detrás de mamá. ¿Por qué se fijó en ellos el francotirador? Su aspecto, quizás, lo delataría y eso que no vestía demasiado diferente a los hermanos de mamá, todos serbios. O quizás porque eran los únicos que andaban a aquella hora por la calle. O quizás ni se paró a pensar aquel malnacido. Simplemente los vio, notó su miedo, percibió la urgencia que tenían de atravesar la calle y decidió jugar con ellos al tiro al plato. Pero no eran platos. Eran mis padres.

Yo los vi. Los vi. Y esa imagen se me repite cada noche. Oigo las balas que salían de alguna parte. Ya supe que eran balas y no petardos. Veo cómo mi madre se protegía la cabeza. Veo caer

primero a mi padre y a ella volverse hacia él y caer después. Esa es la imagen que me viene cada noche, justo cuando ya casi caigo dormida y es lo primero que recuerdo del sueño al despertarme. Sus dos cuerpos tirados en la calle. Muy juntos.

Sé que mis gritos se debieron oír por todo el barrio. Los llamaba. Les suplicaba que se levantaran y vinieran a casa. Los gritos alertaron al vecino y a su hermano. No eran muy mayores, quizás en los veinte, pero seguro que eran amigos del que asesinó a mis padres. Por lo que me hicieron. Los dos, a una niña de doce años que lloraba por sus padres aún tirados en la calle.

Llamaron a mi puerta. Yo pensé que sería algún vecino que venía a ayudarme, aunque me resultaba raro porque no habíamos hablado con ninguno desde que vivíamos allí. Quizás era el pariente de mi madre que vivía en el edificio de al lado. Abrí pensando en que me acompañaran para ir con mis padres. El más alto me empujó y caí al suelo. El instinto de supervivencia imagino que funcionó y me avisó de que esos dos no eran la ayuda que esperaba. Me hizo levantarme rápidamente y esquivar al primero, pero no fue suficiente como para hacerlo con el segundo. Me cogió del brazo con fuerza, casi en volandas y me tiró contra el sofá.

—¿A dónde crees que vas? Llevas un rato pegando alaridos. Vamos a hacerte callar rápidamente.

Se empezó a desabrochar el pantalón. Yo sabía poco de aquello, algo me habían enseñado en la escuela, cuando iba a la escuela y ya hacía varios meses que no pisaba ninguna. Ahora lo pienso y hasta me entra la risa pensando en lo ingenua que era. En aquel momento creía que le habían entrado ganas de orinar. Eso pensé a mis doce años. Y creí que esa sería su venganza. Hacer pis en el salón y mancharlo todo. No imaginaba que su intención era otra. Me subió el camisón y aquello me horrorizó. Empecé a removerme con todas las fuerzas y a dar patadas al aire con la esperanza de que alguna lo alcanzara.

—¡Ayúdame! —gritó a su hermano.

Este se acercó y con sus fuertes brazos me colocó ambas manos por encima de mi cabeza. Con su otra mano, me tapó la boca. Yo no podía ver al otro, al que se había bajado los pantalones. Desde mi posición solo veía al alto, al que me sujetaba y miraba de forma lujuriosa a su hermano. Me bajó las

bragas. No, no me las bajó. Me las rasgó a mitad de camino. Me separó las piernas y enseguida noté que me introducía algo ahí abajo, allí donde nunca había pensado que se podía meter nada. Así era de ingenua. Mis gritos salían amortiguados a través de la mano que me tapaba la boca. El dolor era muy agudo, tanto que dudaba si no me estaría metiendo un cuchillo en realidad. En cada empujón el dolor se hacía más fuerte. A pesar de lo que me estaba pasando, yo seguía pensando en mis padres. En que pudieran recuperarse y venir a salvarme. Pronto sentí el temblor de la bestia que tenía encima y un grito de satisfacción. De alguna forma pensé que esa pesadilla había terminado. Sentí entre mis muslos algo húmedo, creí que me había venido la regla (ya lo digo, era muy ingenua). Entonces oí al alto decir:

—¡Mi turno! Toma, sujeta tú.

Ambos se intercambiaron los papeles y aquello volvió a empezar. Dejé de resistirme. Entendí que no tenía nada que hacer. Solo se oía mi llanto y los resoplidos del que tenía encima. De pronto, la puerta de mi casa se abrió de par en par haciendo un fuerte estruendo al chocar con el mueble que teníamos en la entrada. Pensé que sería mi padre, se habría levantado y había venido a socorrerme. ¡Qué estúpida era! Pero no. Era una mujer que llevaba en la mano un palo largo y grueso. Empezó a darles golpes. El que me tenía agarrada me soltó para cubrirse la cabeza y protegerse de los ataques de aquella mujer. Mis gritos se confundieron con los de ella. El otro se abrochó los pantalones y se dio la vuelta para esquivar los palazos. Me sorprendió que ninguno la atacara, que solo se defendieran. Más tarde entendí por qué. La mujer, sin dejar de darles golpes, les gritaba:

—¡Asquerosos! ¡Es una niña! ¡Cerdos! ¡Idos inmediatamente!

Los dos hermanos salieron por la puerta recibiendo algún que otro golpe en la espalda. La mujer, al comprobar que se habían ido, me echó un vistazo, pero no dijo nada. Vi compasión en sus ojos, pero también miedo. Después dio media vuelta y se fue cerrando la puerta.

Me senté en el sofá. Vi que mi ingle y mis muslos estaban llenos de sangre. Me di cuenta de que también había manchado el sofá y me apuré mucho. Me daba vergüenza que mi padre viera aquello. A pesar del dolor, me levanté y fui a la cocina a por un trapo. Me puse a limpiarlo de forma desesperada. No pensaba en nada más. Arrodillada en el suelo froté una y otra vez el sofá y

enjuagué el trapo en un barreño con agua que pronto se tiñó de rojo. No sé ni el tiempo que estuve así. Tenía el camisón empapado de una mezcla de agua y sangre. Me fui a la ducha, dejé que el agua limpiara todo aquello y en la habitación que compartíamos mi madre y yo me cambié de ropa. Estaba retrasando algo sin darme cuenta: volver a mirar por la ventana. Al final lo hice con la esperanza de que mis padres se hubieran levantado y se hubieran protegido en algún lado, pero no. Allí estaban aún. Dos bultos tirados en el suelo. No se habían levantado. Nadie había ido a ayudarlos. Lloré en silencio. Las lágrimas salían sin freno de mis ojos. No podía parar ni era muy consciente de la forma tan desgarradora en la que lloraba. Apoyada mi cabeza sobre mis manos en el marco de la ventana me quedé dormida. Me despertaron unos golpes en la puerta. Eran suaves, como no queriendo que se oyeran en el resto del edificio. Serían las cuatro o las cinco de la mañana, no estaba dispuesta a abrir a nadie a esa hora y más después de lo que me había pasado, pero los golpes insistían. Me acerqué a la puerta todo lo sigilosa que pude y pegué la oreja a la madera para ver si podía oír algo o saber cuántas personas estaban al otro lado.

—Sanela, ábreme, no vengo a hacerte daño —susurró una voz de hombre—. Me ha llamado tu vecina, la madre de esos asquerosos. Sé lo que te han hecho. Vengo a ayudarte.

Quizás fue el tono de voz, quizás que sabía que quedarme en casa era como no hacer nada, quizás la desesperación o todo junto lo que me hizo abrir la puerta. Solo una ranura primero, para poder ver a aquel hombre. Aunque estaba oscuro pude distinguir que llevaba un chaleco con una cruz roja en la solapa. Tenía barba de varios días y el pelo largo.

—Sanela, he venido a ayudarte, de verdad. Déjame pasar. No quiero que nos vean.

Yo tenía mucho miedo y muchas dudas, pero en sus ojos vi preocupación y bondad y, ya lo he dicho muchas veces, a mis doce años era tremendamente infantil e ingenua. Le abrí del todo y lo dejé pasar. Ya no me podría pasar nada más malo y, si así fuera, me daba un poco igual. También lo he dicho. No soy muy valiente.

Aquel hombre se agachó para ponerse a mi altura. Era muy alto. Me cogió las manos.

—Sanela, esa mujer está avergonzada de lo que te han hecho sus hijos, por eso me ha llamado. He venido a por ti. Vamos a recoger lo más importante que tengas.

—Pero mis padres… van a venir, me dijo mi madre que esperara aquí.

—¿Sabes dónde están? —pareció dudar él.

—Sí, están ahí fuera tirados. Parece que están heridos… tengo que ayudarles.

Él dejó caer la cabeza en su pecho. No me soltó de las manos. Pude ver que le costaba trabajo hablar. Estaría pensando en cómo convencerme para que me fuera con él.

—Me llamo Danilo, era amigo de tu madre, puedes confiar en mí. Sanela, tus padres no vendrán. Los han matado esos malnacidos. Me gustaría que vinieras conmigo. Yo te ayudaré. Vamos a coger tu ropa y ¿sabes dónde guardaba tu madre la documentación?

—Pero están ahí fuera aún… —alcancé a decir. En realidad, yo ya lo sabía, sabía que no se iban a levantar, pero me lo estaba negando a mí misma desde hacía un buen rato.

—Vamos a por tus cosas —dijo para que reaccionara y me pusiera en marcha.

Recogimos en una bolsa toda mi ropa y buscó en los cajones la documentación. La encontró después de revolver bastante. El libro de familia y documento de identidad de mi madre y uno caducado ya de mi padre. No me dejó que cogiera la ropa de ella, pero sí me ayudó a quitar las fotos de un álbum y meterlas en un sobre. También cogí una bolsita de tela con un estampado de múltiples colores donde mamá guardaba sus joyas. Bueno… sus joyas… Eran baratijas, unos cuantos anillos, alguna pulsera, dos gargantillas y unos pendientes, muy bonitos, con los que se había casado. Aún lo tengo todo. En la misma bolsa de tela que cogí de aquella casa. Eso y las fotos son lo único que guardo de mis padres. Muy triste.

Danilo me salvó. Me llevó a vivir a su casa. Vivía solo. Fue lo más parecido a un padre que tuve después. Aguantamos juntos el resto de la guerra y, después, seguí con él. Me costeó los estudios. Era médico y quizás por eso o porque siempre pensé que

mis padres se podían haber salvado si alguien hubiera ido a atenderles, seguí sus pasos. Aún recuerdo su cara de orgullo cuando me gradué. Nunca me dijo por qué decidió acogerme y yo tampoco se lo pregunté. Si no quería contármelo, por algo sería. Pero sí me hablaba de mi madre. Pasaron la infancia juntos. Sus familias estaban emparentadas de alguna forma. Yo siempre creí que todo lo hizo porque amaba a mi madre. O quizás no, pero eso ya no importa. No importa nada porque son recuerdos que nunca podré contar a nadie. ¿A quién le iba a interesar? Cuando murió Danilo fue cuando me uní a la ONG. No quería seguir viviendo allí. Nada me ataba a mi país. Como ahora, que tampoco me ata nada ni nadie.

A veces me encuentro perdida y siempre sola. Y, sobre todo, cansada. Aunque haga los propósitos de ser amable y no tan brusca, en el fondo tampoco le encuentro sentido a intentar cambiar. ¿Para qué? ¿En qué me beneficiará hacerlo? ¿Para tener amigos que mitiguen mi soledad? No lo creo. Hace tiempo que perdí toda esperanza. Hace tiempo que dejé de tener ganas de seguir. Creo que va llegando la hora. La hora de dejarlo todo. De dejarme a mí, de abandonarme también como lo hicieron mis padres y Danilo. De dejar de importarme. Creo que será pronto. Falta poco.

9

Nieves

Los villancicos sonaban imparables en la sala donde se reunían los sanitarios y donde tenían los ordenadores. Mamen e Isabel, las enfermeras internistas, se empeñaban en ponerlos todas las navidades, así como de adornar todas las dependencias comunes. Ante las protestas de la mayoría de los compañeros siempre lo justificaban con lo mismo:

—Es solo una vez al año, no seáis aguafiestas.

Nieves ya se había acostumbrado a aquel soniquete y ya ni lo oía. Además, estaba muy concentrada navegando por internet. El caso del paciente de la 205 empezaba a preocuparle. Con tan solo veintiséis años, había llegado al hospital en unas condiciones lamentables, con una insuficiencia respiratoria aguda. El joven les dijo que no había ido antes porque creía que era el típico resfriado de invierno o una fuerte gripe, pero cuando empezó a costarle respirar, decidió acercarse al hospital. Presentaba una importante neumonía bilateral y la saturación de oxígeno era muy baja. En la radiografía del tórax a Nieves le había asustado que sus pulmones podrían haber sido los de un anciano de ochenta años. Todos los resultados habían dado negativo a los distintos virus causantes de las neumonías y no respondía al combinado de antibióticos que le habían suministrado. Era muy raro y desconcertante. Llevaban con él cinco días y hoy habían probado a ponerle oxígeno y corticoides. La doctora seguía buscando algo que le iluminase, ya se había empapado los últimos artículos especializados en neumonías y nada le había parecido similar a lo del paciente.

—¿Qué? ¿Encuentras algo? —le preguntó Carlos en cuanto entró, un internista de su equipo y uno de sus mejores amigos.

—Nada de nada —contestó Nieves—, pero hay algo que estoy intentando recordar… una noticia que oí de pasada… sé que me quedé pensando, pero la he borrado de la mente.

—Pues tendremos que valorar si hacer algo más con este chico… quizás podríamos probar a ponerlo bocabajo… — sugirió Carlos.

—Si te parece, esperamos a mañana. Creo que con los corticoides ha tenido una ligera mejoría.

—Ok, me parece —aceptó su compañero y sentándose en otro ordenador añadió—: voy a ponerme yo también a buscar, pero en artículos en inglés, que ya sé que no es tu fuerte.

—Ohhh, sí por favor —le agradeció Nieves—. Es un rollo estar traduciéndolo con las plataformas. A veces dicen estupideces. Si estuviera Marco, le pediría que me ayudase…

—¿Qué tal le va? —dijo Carlos echándole una rápida mirada y volviendo a fijar la vista en su pantalla.

—Bien… está contento. Ha tenido algún encontronazo con la jefa, pero parece que lo ha manejado bien.

La noche anterior habían hablado durante más de una hora, como si tuvieran una cita en un café, y esas conversaciones le sentaban genial. Aprovechaba que las niñas estaban ya dormidas y le dedicaba el momento solo a él. Le había preguntado cómo iban las cosas con la jefa.

—Pues desde que hablé con ella y le dije lo que te conté, no sabría decirte si la cosa ha mejorado —le contestó—. Quizás me he librado de que me ridiculice, pero sigue siendo brusca. Solo ha habido un momento en el que he sentido que hacíamos algo parecido a un equipo: cuando fuimos a la policía a denunciar al animal que casi mató a su hijo. Cuando le contaba los hechos al policía, ella apoyó mi relato y les dijo que, si no hubiera sido por mí, el niño estaría muerto. Lo han metido en la cárcel, ¿sabes? No será por mucho tiempo, pero quizás se lo piense antes de volverle a poner la mano encima. Sanela me dijo al salir que lo había hecho bien y, viniendo de ella, es todo un cumplido.

—¿Cómo es?

—Pues ya te digo: antipática, maleducada y borde — contestó Marco.

—Digo físicamente —especificó Nieves.

—¡Ah! Bueno, no sé, es alta y no le sobra ni un gramo, pero tampoco parece delgada. Es de complexión fuerte. Lleva gafas y sus facciones son agradables sin poder decir que es guapa. Tiene el pelo teñido de rubio, cosa que no le pega y parece que no se

preocupa demasiado de mantener el tinte porque tiene las raíces de su verdadero color, castaño oscuro. Hace un contraste que no me gusta nada. Pero hablemos de ti, esta tipa no se merece nuestros minutos. ¿En el hospital todo igual?

—Sí, más o menos —contestó—. Carlos y yo estamos un poco preocupados por un chico muy joven con una neumonía severa que no responde al tratamiento. A parte de eso, la UCI está muy movida.

—¿Y con la psicóloga? ¿Qué tal va todo?

A través de la pantalla, Nieves podía ver el interés real que mostraba Marco al preguntarle, pero ella no pudo evitar torcer un poco el gesto. No le apetecía seguir hablando del tema fuera de la habitación donde se sinceraba con Mercedes. Él pareció notar sus pocas ganas de contestar y le sorprendió que, aun así, le insistiera, ya que su marido era sumamente respetuoso con las intimidades de las personas y, sobre todo, con ella:

—Vamos, Nieves, no te estoy pidiendo que me digas lo que habláis en las sesiones, sino si te está ayudando la terapia.

¿La estaba ayudando? Realmente no lo sabía y también dudaba de que así fuera. La última sesión la había dejado muy tocada. Había tenido que contarle, que contarse a sí misma en realidad, el episodio que más la avergonzaba de lo ocurrido en La Alpujarra. O quizás podría hablarse de episodios…

Aquello ocurrió varios meses después de la primera noche en la que se dejó llevar y se acostó con Sergio. Durante ese tiempo lo habían seguido haciendo. Casi siempre en su apartamento, donde el chico aprovechaba para ducharse, y otras, en el campo, por los montes, en lugares con bastante encanto que Sergio le enseñaba. Su relación no había avanzado mucho más en cuanto a confianza y complicidad. Parecía que él llevaba a rajatabla la idea de utilizarse «para pasar el rato o para perderse en los juegos sexuales» donde él era, siendo plenamente consciente, un artista. Nieves se planteaba a menudo por qué seguía con aquello. Empezaba a pensar que no le estaba aportando nada bueno, que debería dejar de hacerlo y dedicarse más a buscar sentimientos compartidos y un futuro factible con alguien. Y cada vez que se hacía el firme propósito de no volverlo a hacer, él la embaucaba

de una forma u otra. No le costaba mucho, tenía que admitirlo. Su voluntad se rendía fácilmente ante su insistencia. Aunque ni lo consideraba entonces, ni se había parado nunca a pensarlo, al preguntarle Mercedes si se había enamorado, Nieves bajó la cabeza y murmuró:

—Supongo que sí. Ahora sé que sí, pero entonces, si me lo hubieras preguntado, lo habría negado categóricamente.

La Nieves de aquel tiempo no podía admitirlo porque Sergio era lo opuesto a su ideal. Soberbio, engreído y egoísta no eran calificativos como para tenerlos en cuenta al buscar a su futura pareja y, sin embargo, no había nadie que pudiera hacerle sombra.

En ocasiones, también se veían en el bar con los demás donde los había podido ir conociendo un poco, aunque no mucho. Ninguno le despertaba demasiado interés. El garito parecía anclado en el tiempo y solían poner canciones españolas antiguas, sobre todo de Triana, grupo al que se aficionó en aquella época, pero que hoy era incapaz de escuchar por los recuerdos que le traían. Aquella noche cuando entró en el bar imaginando que estarían todos, no sonaba Triana, sino *Frío* una canción de un grupo que creía que se llamaba`Alarma´. Era curioso que lo recordara en detalle. Como todavía hacía frío como para estar fuera, todos estaban alrededor de una mesa baja, unos sentados en un banco y otros en taburetes. Parecían muy contentos, brindaban sonoramente y reían. Sergio tenía cogida por los hombros a Miriam y la apretaba fuertemente. Ambos sonreían. Aquella escena removió a Nieves ya que, hasta ese momento, nunca los había visto en actitud cariñosa y eso que había estado con ellos en muchas ocasiones. Al verla, Sergio sonrió y gritó:

—¡Doctora! ¡Qué bien que hayas venido! Estamos de celebración. ¡Pídete la cerveza y vienes!

Nieves se volvió hacia la barra preguntándose muy intrigada qué era lo que podrían estar celebrando. Se percató de que verlos abrazados le estaba molestando mucho, que estaba sintiendo una rabia por dentro que sabía que no era otra cosa que celos. «Soy estúpida, mucho. Sergio no es nada mío, nada», se decía y se repetía como un mantra para ayudar a calmarse. Ya en la mesa y con la cerveza en la mano, seguía diciéndole a su cabeza unos «nada» muy seguidos e infinitos.

—¿A que no te imaginas qué celebramos? —le dijo Sergio.

—Nada —soltó involuntariamente Nieves al decir en voz alta lo que llevaba repitiéndose diez minutos.

—¿Nada? —se extrañó él.

—¿Cómo que ‘nada’? ¡Claro que celebramos algo! —interrumpió Miriam un poco molesta, pero enseguida cambió y propuso: —vente a mi lado, ahora quiero que seamos más amigas — y empujó al chico irlandés que tenía a su lado que se fue voluntariamente al suelo.

Nieves fue sorteando a los demás hasta sentarse al lado de Miriam sin tener otra opción.

—Bueno, ¿qué celebráis?

—¿Que qué celebramos? —dijo Sergio adelantando la cabeza para poder verla ya que Miriam la tapaba desde su ángulo de visión —¡Que Miriam está embarazada!

La aludida dio unas rápidas palmadas y unos pequeños brinquitos en el banco y se volvió a Sergio, dándole un largo beso en la boca. Él la cogió por el cuello y se lo devolvió intensamente. Al parar, volvió a mirar a Nieves.

—¿No es motivo de celebración? Estamos muy muy contentos.

La doctora no podía decir nada, no le salían las palabras. Solo había una pregunta que se había instalado en su mente y no sabía cómo formularla. ¿Sergio era el padre? Por la actitud que tenían parecía evidente, pero nunca le había dado la sensación de que fueran pareja. Precisamente a Miriam se la veía más unida con el irlandés que con ningún otro.

Como todos la miraban expectantes para ver su reacción, no le quedó otra que balbucear un «enhorabuena», momento en que fue aprovechado para volver a brindar y echarse a reír de nuevo.

—¿De cuánto tiempo estás? —le preguntó directamente a Miriam intentando hacerse oír entre las voces de los demás.

—Ufff, no sabría decirte, yo diría que tengo tres faltas, pero no llevo mucho la cuenta, la verdad.

—Pásate mañana por el centro de salud y te haremos el seguimiento.

—Ya veré, no lo veo muy necesario, no sé.

Nieves no insistió. No iba a ser ella la que cambiase su forma de vida y, si quería correr riesgos, que los corriera. Ella sabría. Pero seguía con la pregunta que le quemaba por dentro y no podía dejar de hacérsela como fuera. Aprovechando que los demás no se fijaban en ellas y se estaban encendiendo un nuevo porro, le preguntó:

—¿Y el padre? ¿Quién es?

La chica la miró con los ojos muy abiertos y soltó una sonora carcajada.

—¡Tíos, mirad lo que dice la doctora! Pregunta quién es el padre —y volvió a reírse todavía más fuerte, lo que hizo que los demás se sumaran a su risa, Sergio incluido.

Otra mujer del grupo que parecía algo mayor que el resto intervino para contestarle.

—Esa pregunta tan convencional no va con nosotros. ¡Todos somos su padre y su madre!

Rieron de nuevo sonoramente con algún que otro silbido, y un chico que llevaba el pelo casi hasta la cintura, con rastas de diversos grosores, añadió:

—Yo esta vez no he participado. Hace mucho que no hemos coincidido, ¿verdad, rubia?

—Puede ser —contestó esta—. No llevo la cuenta. —De nuevo, todos estallaron en carcajadas.

Nieves se quedó callada. Sus pensamientos la estaban distrayendo y había dejado de oírlos. Desde luego, era una estúpida. Una cosa era que Sergio y ella no quisieran tener una relación que fuera más allá del sexo y otra muy distinta que se pusiera en evidencia. Estaba claro lo que había sospechado, pero no reconocido: para él, Nieves era una más de muchas. ¿Qué se había creído? ¿Qué podría haber esperado de lo que estaba teniendo con Sergio? Sus sentimientos eran un batiburrillo de frustración, vergüenza e impotencia. Y dolor. También notó que

todo aquello le dolía mucho y no quería seguir imaginándolo acostándose con Miriam o con aquella mujer.

—Yo creo que hay dos que tienen muchas papeletas de ser el padre biológico —oyó decir a Miriam—. Si sale tan rubio como un pollo, sabremos que es tuyo —y posó la mano en el hombro del irlandés, que sonrió bobalicón—, pero si se parece a un griego, será tuyo, Sergio.

—¿Qué más da? —insistió la otra mujer.

—Eso —corroboró Sergio —¿qué más da?

Nieves se levantó, había llegado el momento de irse. Se había terminado la cerveza y no quería seguir siendo un miembro de ese grupo. ¿Qué narices seguía haciendo con ellos? Sabía que a mucha gente del pueblo no les gustaba su amistad con los *hippies*, les hacía desconfiar de ella porque ¿qué necesidad tenía una doctora de juntarse con esa panda de vagos e inmorales? Y hasta ahora le habían dado igual esos posibles comentarios, pero en ese momento era ella misma quien criticaba su relación con esa gente. Se despidió dedicándole a Miriam una forzada sonrisa, le pidió que se cuidara y salió rápidamente por la puerta.

Al doblar la esquina hacia a su casa, sintió unos pasos que corrían rápidos hacia ella. Sabía que era Sergio, aunque le extrañaba que hubiera dejado la fiesta.

—¡Doctora! —le dijo dándole en el hombro—. ¿Por qué te has ido así tan pronto y casi sin despedirte?

—Bueno, estoy cansada —contestó haciendo el ademán de seguir su camino.

—Espera, que ya te conozco un poco. ¿No te has alegrado con la noticia?

—A mí la noticia me da igual. ¿Por qué me tendría que alegrar que nazca un niño en unas condiciones que son totalmente inapropiadas para el pequeño?

—No sé por qué han de serlo. Nosotros vivimos en paz, no hacemos nada malo a nadie y nos llevamos todos muy bien. ¡El bebé tendrá cariño a tope!

—¿Y quiénes serán sus referentes? ¿Tú? ¿Vas a ejercer de

padre?

—Venga, doctora, ¿qué más te da a ti todo eso? No es eso lo que te cabrea, lo sé. Vamos a tu casa y olvidémoslo todo. Hoy tengo muchas ganas de estar contigo —dijo intentando besarla.

Nieves apartó la cabeza y siguió caminando mientras decía:

—Pues calma tus ganas con cualquiera de las de tu grupo. Conmigo no vas a volver a hacerlo. No te quiero ver más.

Sergio tuvo que dar unas zancadas para alcanzarla e impedir que siguiera andando.

—Creo que sé lo que te pasa en realidad. No te mientas. No quieres compartirme…

—¡Qué tontería! —dijo a sabiendas de que había acertado de pleno—. Aparta, me quiero ir a casa. Y vete buscando otro sitio donde ducharte. Quizás tus otras amigas también te ofrezcan una ducha en condiciones en mitad del campo…—ironizó.

—¿Te volverías a acostar conmigo si dejo de hacerlo con las otras? —dijo volviendo a impedirle el paso.

—¿Harías eso? ¿Dejarías a las demás? —preguntó Nieves consciente del error que cometía.

—¿Eso me estás pidiendo? Contéstame solo a eso. No me respondas con preguntas. ¿Me estás pidiendo que solo me acueste contigo?

Y al contestarle en un susurro un tímido «sí», ella ya sabía que se estaba equivocando, que estaba bajo el influjo de aquel hombre que conseguía que desnudara su alma y confesara lo que era imposible admitir ante ella misma, lo que intentaba ocultar. Si seguía interrogándola, podría sacarle todo lo que sentía por él. Sergio, ahora lo sabe, se apiadó de ella y no quiso su confesión, solamente se retiró un poco, sonrió divertido y, moviendo la cabeza, añadió con conmiseración:

—Ay, doctora, doctora… Te dije que me utilizaras, no que te enamoraras de mí. Ese no era el trato. Eso no me lo puedes pedir, ¿lo entiendes?

Nieves lo odió. Notaba que le hablaba como si fuera una

niña pequeña que había hecho algo malo y tenía que reprenderla con cariño. Odiaba su tono de compasión. No se lo debería permitir, pero no sabía qué hacer ni qué decir. Él le acarició la cabeza y aprovechó su silencio para continuar:

—Cuando lo aceptes, cuando quieras volver a cumplir las normas, me buscas. Mientras tanto, no te molestaré más. Ya sabes lo que hay—. Le dio un rápido beso en los labios y se fue sin más, silbando despreocupado.

Se quedó allí parada, viendo cómo se alejaba y sintiéndose la persona más desgraciada del mundo. Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos sin poderlo impedir y un vacío se apoderó de su estómago despertándole unas enormes ganas de vomitar. Se podía decir que Sergio había dado la vuelta a la tortilla. Cuando le había dicho que ya no quería verlo más, él había ¿cortado? con ella. Y parecía que lo hacía de una forma más definitiva y determinante que su pobre intento de dejarlo. Se volvió a su casa sin parar de llorar y la noche la pasó en vela. Aunque se odiaba por sentirse así, no lo podía evitar. La sola idea de no poder volver a acostarse con él le producía un dolor que nunca había experimentado. Durante las dos semanas siguientes anduvo como sonámbula, llorando cada vez que llegaba a casa. Sus compañeros la miraban preocupados y cuando le preguntaban, les contaba que estaba un poco angustiada por un problema familiar. Así dejaban de insistir. No sabía cuándo terminaría la pesadilla de sentirse tan desgraciada y deprimida. Echaba de menos tremendamente sus abrazos, sus besos, su olor. A veces creía oír sus pasos en la calle y se asomaba rápidamente al balcón con la esperanza de que fuera él, pero al ver que era otra persona o, incluso, nadie y todo había sido producto de su imaginación, las lágrimas y la tristeza volvían de forma desesperada. No entendía cómo él no sentía nada por ella. En la cama daba otra impresión, y por eso era muy probable que ella misma lo hubiera malinterpretado. Solo le había pedido que se quedara con ella en exclusiva, no era tan grave, se decía una y otra vez. Demostraba que Sergio le importaba, que quería tenerlo en su vida y él había salido huyendo. ¿Qué otra cosa podría significar su indiferencia, que no la buscase? Tenía que admitir que él no sentía nada por ella, que simplemente se había divertido, que no la echaría de menos, tenía otras opciones. Nieves no. No tenía a nadie con quién calmar ese vacío, ese dolor. Sufría tremendamente y se sentía muy sola. Había probado a llamar a sus amigas, pero no se había atrevido a contarles nada porque, si empezaba, sabía que tendría que hablarles de Sergio y se avergonzaba de lo que pudieran pensar.

Aquel sábado, aquel vergonzoso sábado, se cumplían tres semanas desde su separación. Aburrida y frustrada por no salir a disfrutar del maravilloso día de primavera, abrió una botella de vino y se la fue bebiendo, mientras veía estúpidos programas de cotilleos. Uno de los comentaristas decía que, si la montaña no va a Mahoma, Mahoma irá a la montaña y, aunque Nieves no sabía a quién se refería, imaginó que se lo estaban diciendo a ella. Sin tener en cuenta que ya casi se había acabado la botella ni de que estaba perdiendo su dignidad, se levantó y salió de casa dispuesta a llegar al campamento de Sergio. Los días ya eran más largos, pero eran casi las siete de la tarde y pronto oscurecería, así que apretó el paso y fue caminando por la carretera todo lo rápido que la borrachera le permitía hasta llegar al desvío. Siguiendo el sonido del riachuelo, no tardó en llegar a la explanada donde vivían. Se los encontró sentados alrededor de un fuego donde, en el centro y cerca de la hoguera, la mujer mayor canturreaba una canción. Sergio la vio, alzó la mano en silencio y le indicó que se sentara a su lado. Nieves obedeció sumisa, sin capacidad de hacer otra cosa. Sería ridículo negarse ahora que ya había llegado hasta allí. Tomó asiento a su lado y se le acercó al oído para susurrar:

—¿Qué hacéis?

Él la miró con sorpresa e hizo como si fuera un perro olisqueando a un nuevo amigo.

—¡Doctora! —dijo en tono de asombro—. ¿Te has bebido todas las reservas del bar?

Ella torció el gesto y le dio un pellizco en el brazo.

—¿Que qué hacéis? —insistió.

—Bueno, Maica cree que así, con esta ceremonia, vamos a hacer que el bebé de Miriam venga sano y salvo a este mundo. Chorradas, pero estamos a gusto.

Nieves volvió a mirar a aquella mujer que seguía canturreando cerca del fuego. Tenía una voz muy bonita que forzaba a entonar en un tono monótono. Algunos se habían tomado de las manos y tenían los ojos cerrados. Se iban pasando el cigarro de unos a otros. Miriam también le dio una calada a pesar de su embarazo. Aquello, desde luego, ayudaría mucho más a que todo saliera bien que los cánticos de la mujer, pensó Nieves irónicamente. Sergio apoyó la cabeza en su hombro y le susurró:

—Te lo dije, doctora. Volverías tú sola a mi casa, sin que nadie te forzara. Y aquí estás. Me has hecho feliz.

Nieves retiró el hombro bruscamente sin poder disimular su rabia porque, aunque le costara reconocerlo, tenía razón. Había ido buscándolo porque no podía pasar un día más sin verlo. Le quitó de las manos el porro, que ya había llegado hasta él, y le dio dos profundas caladas. Sergio le sonrió y dijo en tono socarrón:

—Muy bien, doctora, hay que relajarse.

Lo que después ocurrió ese día aún le costaba recordarlo y no solo por la vergüenza que sentía al hacerlo, sino porque las imágenes que tenía eran confusas y no estaba muy segura de si eran solo producto de su imaginación. De alguna manera que no recordaba, fueron a uno de los catres de la casa de piedra y allí empezaron a besarse. Sergio la desnudó, o eso imaginaba, porque lo que sí sabía es que estaba completamente desnuda. Tenía los ojos fuertemente cerrados, la habitación le daba vueltas y, si los abría, le daba miedo que la sensación le revolviera el estómago. Notaba que Sergio la penetraba despacio y la besaba en el cuello y en los labios. Ella se dejaba hacer y, a pesar del mareo, disfrutaba del momento perdiendo la noción del tiempo. En un momento, se sentó a su lado, cerca de su cabeza y siguió besándola sin pausa, acariciándole el pecho. Ella lo cogió del cuello y enredó los dedos en su melena sin dejar que se apartara. Sintió que la tocaba por abajo, y luego, que volvía a hacer el amor con ella, casi sin descanso. El placer que sentía era intenso, le hacía jadear, pero seguía besándolo y mesándole el pelo. Cuando bajó la mano por su espalda hasta llegar más abajo de su cintura, se dio cuenta de que lo tenía a su izquierda y tardó mucho en comprender que él no podía ser el que tenía encima, porque Sergio estaba justo a su lado. Con mucha dificultad, dejó de besarlo para mirar lo que estaba pasando. El chico de las rastas estaba sobre ella y empujaba fuerte, pero sin dañarla. Volvió la mirada hacia Sergio, sus ojos lo interrogaban, pero este la volvió a besar, susurrando «Chisssss, todo va bien, disfruta». Después todo fue aún más confuso. En algún momento, oyó que el de las rastas gritó de placer y luego le dijo a alguien que había terminado, pero aquello siguió. Le vino otra imagen besándose con Miriam, ¿o era la otra mujer? Después oyó a Sergio decir que la dejaran descansar y notó que la acariciaba suavemente, y le hacía dibujos por la cara y el pecho con el dedo. Aquello fue tan reconfortante que después cayó en un profundo sueño.

Cuando despertó y miró a su alrededor fue apenas consciente de lo que había pasado. Tenía a Sergio fuertemente abrazado y, por el suelo y en otros catres, estaban los demás, ni sabría decir cuántos eran. Todos dormían. El dolor de cabeza que sintió le hizo darse cuenta de que aquello no había sido solo un sueño. Le entraron unas tremendas ganas de llorar, pero tenía que recuperar su ropa e irse inmediatamente de allí. Mientras recogía las prendas, algunas aplastadas bajo brazos o piernas, se preguntaba con cuántos de ellos se había acostado. Esperaba que no hubiera sido más que con Sergio, pero la escena de las rastas cayendo sobre su pecho le decía que no solo había sido con él. ¿Cómo podía haber ocurrido aquello? ¿Cómo se había dejado llevar? Sabía que no podía reprochárselo a nadie, había ido por voluntad propia, un poco bebida, o quizás mucho, eso sí, pero fue consciente de lo que hacía, de que se metía ella sola en la boca del lobo. Ellos no habían hecho más de lo que estaban acostumbrados a hacer y la habían admitido en su grupo sin hacer distinciones. No recordaba absolutamente nada violento, solo placer y el mareo, hasta que se quedó dormida. Desistió de encontrar sus bragas y se vistió con lo que pudo encontrar. La brisa fresca de la mañana la golpeó en la cara cuando salió y agradeció dejar el ambiente denso de la casa. Se colocó con ambas manos el pelo detrás de las orejas, comenzó a andar con paso ligero y empezó a llorar quedamente y muy avergonzada. Pensó en sus padres y sintió mucha más vergüenza. No quería ni imaginarse lo que podrían pensar de ella si se enteraban de aquello. Probablemente la rechazarían de por vida, aunque sabía que nunca se iban a enterar.

—¿Crees que eso fue lo que hace que hoy no puedas pedir a los demás lo que quieres? ¿Lo que te impide sincerarte? —le había preguntado Mercedes en ese momento de la historia.

—No sé… —había balbuceado ella—. Solo sé que me sentí peor que en toda mi vida, que quería morirme y que creí que no tenía ninguna personalidad, que podría ser objeto de cualquiera porque yo iba a ser incapaz de detenerles e imponer mi voluntad.

—¿Y fue entonces cuando decidiste volver a presentarte al MIR y dejar todo aquello?

—No exactamente —había contestado—. Fue un poco después, cuando Miriam vino al centro de salud y me contó lo que me hizo despertar y huir de allí para siempre.

Y ahora, cuando Marco le pregunta, piensa que alguna vez tendrá que contarle todo aquello, y que Mercedes debe de estar ayudándola porque siente que se ha reconciliado con su pasado, ha logrado comprenderse y perdonarse y se siente fuerte para compartirlo con él y asumir su improbable rechazo. Pero tiene que esperar a cuando estén de nuevo juntos. Contárselo a través de la videollamada no la convence. Necesita tenerlo cerca, ver sus ojos y percibir sus gestos y movimientos. Así que finalmente le sonríe y le dice:

—Sí, me está ayudando. Y mucho. Ya lo hablaremos cuando estés en casa—. Marco le sonríe con duda y ella añade—: Te lo prometo.

10

Marco

Desde luego, las cosas con Sanela iban mejor. Quizá le estaba dando una oportunidad y no se había quedado anclada en sus suposiciones e ideas preconcebidas. El detonante no había sido exactamente en la comisaría de policía, donde había notado una ligera mejoría. El cambio más radical había sido en Nochevieja. Esa noche Marco tenía guardia y, aunque su habitación estaba a unos escasos metros de las camas del hospital, en las guardias todos los médicos solían quedarse en un cuartito donde apenas cabía una cama que estaba entre dos salas donde reposaban los hospitalizados. Tenían un básico *walkie-talkie* que funcionaba como busca y les permitiría permanecer en su cuarto y acudir en un par de minutos ante una urgencia, pero aun así prefería quedarse en esa sala a dormir.

Sobre las seis de la tarde había hecho una interrupción para conectarse con España mediante una videollamada. Allí, en la casa de su madre, estaban todos: su hermana con sus tres hijos, Nieves con las mellizas y su madre. Sintió mucha nostalgia al ver el buen ambiente que tenían y las risas y bromas que se hacían durante la conversación. Había presenciado, desde la pantalla de su portátil, cómo se tomaban las uvas, cómo Diego, el pequeño de su hermana, y sus hijas competían por terminar antes que ninguno, y se había asombrado al ver el gran estirón que habían dado sus dos sobrinos mayores. A pesar de que Álvaro estaba metido casi de lleno en la adolescencia, participaba con entusiasmo y hacía bromas a sus hermanos pequeños y a sus primas. A su madre se la veía feliz.

Después de las uvas y los brindis, había hablado un poco con cada una. Marta estaba espléndida.

—Hermanita, te veo estupenda. ¿Tanto bien te está haciendo vivir en el gris Londres?

—¡Sí! Londres es fantástico, estoy feliz. Cada vez me gusta más. Fíjate que estamos pensando en prolongar la estancia un año o dos más, si se puede. Ya lo he hablado con el *boss*. Ya te diré. Los niños están de acuerdo.

—¿No me digas? —le preguntó sorprendido Marco—. Siempre pensé que te costaría adaptarte. ¿Y con Miguel hay novedades?

—No, todo bien. Es el padre de mis hijos y parece que estamos mejor ahora que antes —y bajando el tono para que no la oyeran los demás, añadió—: Parece que se ha echado una novia… Eso me han dicho los niños.

—¡Vaya! Pues bien, ¿no? ¿Cómo te sienta a ti eso?

—Bien, bien. Eso es un indicador de que lo nuestro estaba acabado. Si es que en realidad me alegro de que esté con alguien.

—¿Y tú? ¿No estás con nadie?

Marta torció un poco el gesto, pero, sin dejar de sonreír, esquivó la respuesta diciendo:

—¡Ay, hermanito! Hace mucho que no podemos hablar tranquilamente como antes… Ojalá vengas a Londres otra vez cuando termines eso.

Marco supo que había alguien, pero que no iba a hablar del tema hasta que no estuvieran juntos en persona. Luego estuvo con Nieves y las niñas, sobre todo con estas últimas, pero no habían profundizado mucho en nada y tampoco había querido retenerlas demasiado para que siguieran disfrutando de la reunión familiar.

Esa noche había ido al comedor para cenar rápidamente y celebrar con los demás el Fin de Año. Dodó les había dejado preparada la sopa *Joumou* que, como era Nochevieja, ahora sí tenía sentido. Al no estar ni la cocinera ni el resto del personal, se la servían ellos mismos. Las continuas bromas y carcajadas consiguieron mitigar un poco la pena que sentía de no estar con su familia en esos momentos. Sin separarse del *walkie-talkie*, se había quedado hasta las doce para poder brindar antes de seguir con su guardia. Habían repartido una bebida que era una crema de coco, leche y ron y solo la había utilizado para brindar y mojarse los labios. El comedor se había convertido en una discoteca casera donde la música sonaba más fuerte de lo habitual y habían quitado algunas bombillas para darle un ambiente más festivo. Sus compañeros bailaban y se tiraban serpentinas. Patrick y Laura lo hacían muy juntos, y a un ritmo lento, aunque la canción no lo era. Sanela estaba sentada en una esquina de la mesa mirando indiferente cómo se divertían los demás. Marco

decidió irse a la zona del hospital y Femi, al verlo, salió detrás de él.

—Te acompaño —le dijo—. Quiero echar un vistazo a un paciente. ¿Cómo estás?

—Bueno… la verdad que hoy no es un día que me guste especialmente, ni las Navidades en general, pero pasarlas sin mi familia me revuelve un poco.

—Ya, suele pasar. Sobre todo, las primeras veces. Piensa que te quedan muchas más que celebrar con ellos y que en unos años estarás hasta las narices de los preparativos y las reuniones. Aunque sea fácil decirlo, aprovecha todas las experiencias que estás viviendo aquí que luego las echarás de menos. No permitas que esa angustia predomine en tus días o terminarás como Marc, el francés que ocupaba tu habitación. No llegó ni al año y el tiempo que estuvo aquí se le veía cabizbajo y haciéndolo todo como si fuera una penitencia. Ni el amor de Pedro fue suficiente para retenerlo—, intentó animarlo Femi.

—¿De Pedro? —preguntó extrañado Marco para que le confirmara lo que había sido, hasta ahora, solo una sospecha. Habían llegado al centro de la explanada del hospital, justo donde estaba la curiosa sala de espera en el exterior, con techo de uralita y bancos en escalera.

—¿No te ha dicho nada? —le preguntó a su vez Femi—. Creía que tendríais confianza como para eso. Si me esperas un momento, voy un segundo a ver a mi paciente y vuelvo.

Y sin esperar respuesta, se dirigió a la sala de quemados. Marco miró el cielo y se maravilló del espectáculo de estrellas que se veía esa noche. Había llovido durante todo el día, pero ahora se había despejado del todo y el ambiente era muy puro, aunque húmedo. A lo lejos se oían petardos y algún que otro fuego artificial. Tomó asiento en uno de los bancos, comprobó por enésima vez que el *walkie-talkie* estaba encendido y podía recibir señal y se dispuso a esperar a Femi. Le agradaba mucho, era un tipo animoso, siempre dispuesto a hacer bromas, pero al que también le gustaba profundizar y crear vínculos que fueran más allá de las risas banales. En varias ocasiones se habían sentado en el porche del módulo de las habitaciones y se habían ido contando retazos de sus vidas. La confianza entre ellos había ido creciendo poco a poco y ya lo podía considerar amigo. No tardó

en llegar.

—No sé yo si este paciente se va a recuperar… —dijo preocupado, sentándose a su lado—. Sigue con fiebre y ya no sé de dónde viene.

—¿Quieres que le eche un vistazo? Por eso de tener dos opiniones…

—Vale, pero después. ¿De verdad que Pedro no te ha contado nada de Marc? —recuperó el tema Femi.

—Pues la verdad es que no… Cuando me enseñó la habitación hizo una mención y sí noté algo extraño, pero lo cierto es que no sabía que fuera homosexual.

—Porque no lo es —dijo rotundo Femi—. Y de eso te aseguro que yo sé un rato. A Pedro le pasó algo que raramente podría imaginarse. Se enamoró de una persona y resultó que esa persona era de su mismo sexo. No sé si me explico. Probablemente no le había pasado antes, no lo sé, no me conozco su vida y quizás no le vuelva a pasar, pero en el francés encontró algo que le hizo olvidar quién era o quién había sido antes de conocerlo… Lo malo es que le duró poco. Marc se volvió a su casa y Pedro se quedó desolado. He intentado varías veces hablar con él, pero no se ha mostrado muy receptivo…

—¿Quién no ha sido receptivo? —dijo una voz femenina a sus espaldas sobresaltándolos a ambos. Volvieron la mirada al unísono para descubrir la figura inconfundible de Sanela que se les acercaba. Se miraron cómplices y Femi le echó una mirada de fastidio que probablemente ella intuyó. Aun así, tomó asiento junto a ellos, en un escalón un poco más abajo. El londinense gesticuló como diciéndole a Marco que era muy poco corriente que la jefa buscase la compañía de los demás.

—Hablábamos de Pedro y de su desengaño amoroso —contestó desganado Femi. No le apetecía contarle las intimidades de su compañero.

—¡Ah, ya…! —murmuró con actitud indiferente—. El francés era mucho francés—. Y sacó del bolsillo un paquete de cigarros, se encendió uno y, antes de guardarlo, se lo ofreció a los dos hombres—. ¿Queréis?

Marco miró a su amigo y se percató de que tenía una

expresión de asombro, se había quedado paralizado. Le dio suavemente con el codo para que reaccionara. Este parpadeó dos veces:

—Sanela, de verdad, no dejas de sorprenderme. O sea, ¿que sabes lo de la relación de Pedro con Marc y no sabes que yo no fumo?

—Te he incluido en la pregunta por cortesía, pero en realidad se lo decía al español y ¿tan raro es que yo sepa lo de esos dos?

—Pues te aseguro que lo es. Fueron muy discretos. La mayoría no tiene ni idea. Por eso me asombra que lo sepas tú que nunca hablas con nadie.

—No hace falta hablar para conocer a la gente —replicó Sanela—. No suelo equivocarme.

—Te voy a aceptar el cigarro. Hace siglos que no fumo, pero esta noche me apetece —intervino Marco alargando la mano y cogiendo un pitillo—. Y creo que te equivocas. Sí hace falta hablar para conocer a los demás.

Sanela se volvió para mirarlo a la cara desde su posición del escalón inferior. Alzó la ceja y le preguntó sarcástica:

—¿Quieres ponerme a prueba? —. Y antes de darle opción a que le contestase, giró la cabeza de nuevo, dándoles la espalda—: Tú eres un niño bien, con pocos hermanos o ninguno. Tendrás hijos, pocos también, uno o dos, y no muy mayores porque tardaste en decidirte a tener descendencia. Tu padre, probablemente, viajó mucho, estuvo ausente de vuestras vidas y eso ha sido lo que te ha llevado a probar a irte fuera e intentar entender por qué eligió un trabajo que le alejaba de la familia. Dime si me equivoco mucho —terminó mientras daba una profunda calada al cigarro.

Ahora fue el turno de Marco de quedarse paralizado y con los ojos muy abiertos. Femi lo miró y movió la cabeza mientras soltaba una carcajada.

—¡Ja, ja, ja, Sanela!, creo que no te has equivocado por la expresión de Marco.

Esta volvió a mirarlo y, al ver el asombro que aún tenía

Marco, torció la mitad de la boca hacia arriba en un gesto que sería lo más parecido a una sonrisa que nunca le había visto Femi.

—¿Qué edad tienen tus hijos? —preguntó para sacarlo del estado de aturdimiento.

—Hijas… —balbuceó Marco—. Tengo dos niñas mellizas de nueve años. Hoy estaban entusiasmadas celebrando la Nochevieja con sus primos y me hubiera encantado estar allí… —añadió melancólico, pero luego reaccionó y le preguntó —¿Cómo has podido saberlo?

Sanela tardó en responder. Marco se preguntó si habría truco, si habría hablado con Pedro. Estaba realmente sorprendido.

—¿Y hermanos? —preguntó ella sin responderle.

—Una hermana, mi melliza. Sí, has acertado de pleno en muchas cosas y me gustaría saber cómo lo haces.

—Práctica —dijo secamente y sin dar más pie a seguir la conversación—. Pero yo he venido a veros por otra cosa. Me gustaría pediros un favor.

Marco y Femi volvieron a echarse una mirada. El primero la conocía menos, pero el inglés no daba crédito a ese acercamiento de Sanela. Ella, de nuevo indiferente a sus miradas y silencios, siguió:

—He descubierto que el contable de Martissant se está llevando el dinero de la organización y estoy casi segura de que lo están extorsionando. Necesitaba las pruebas y ya las tengo. Iba a ir a hablar con él, pero lleva dos días sin ir al hospital y no ha avisado. He pensado pasarme por su casa mañana y me gustaría que me acompañarais. Antes de contestarme, quiero deciros que no os sintáis obligados, que podéis decirme que no tranquilamente y ya buscaré a alguien, pero he pensado en vosotros porque sois grandes y quizás podáis imponer más respeto. Podéis pensarlo tranquilamente.

—¿Por qué mañana? —dijo Femi—. Es fiesta…

—Precisamente por eso. Porque probablemente esté en casa… —contestó ella.

—Yo me apunto —dijo entonces Marco—, pero hay una

condición: que me digas el proceso que te ha llevado a afinar tanto conmigo.

Sanela volvió a hacer la mueca de antes. Probablemente era su forma de sonreír.

—Si te portas bien, te lo diré. Veremos mañana.

—¿Y cómo me recompensarás a mí si voy? —apuntó Femi.

—Me lo pensaré, pero lo he dicho antes. No estáis obligados y yo tampoco a recompensaros —dijo sacando a la brusca Sanela a la que estaban acostumbrados.

En ese momento el *walkie-talkie* de Marco emitió un rugido y después se oyó una voz que, entrecortada, le pedía que se acercase a la cama 107. Este se levantó de un salto y se despidió de los dos:

—Mañana nos vemos. Buenas noches y feliz año.

Sobre las once de la mañana salieron los tres del hospital con uno de los conductores nativos. Iban en el cuatro por cuatro con el que Pedro había ido a recoger a Marco. Este les dijo que los hubiera acompañado de buen grado si no fuera por la tremenda resaca que tenía. De hecho, su aspecto lo corroboraba. El de Marco no era mucho mejor. Entre unas cosas y otras, apenas había dormido tres horas y solo había tenido tiempo de darse una ducha rápida. Tenía el pelo ya muy largo, una melena indomable que aún no se había secado del todo. Llevaba días queriendo buscar dónde cortársela y ya, de paso, retocarse las patillas, pero nunca encontraba el momento. Se imaginó la mirada de reproche de su madre si lo viera con ese aspecto tan desaliñado, pero quizás le venía bien para la misión que les había encomendado Sanela.

Atravesando casi toda la ciudad, pasaron por el hospital de Martissant, cuyo aspecto era muy similar al de Tabarre. Alejándose de las calles principales, el coche empezó a recorrer otras más estrechas y algunas sin asfaltar. El conductor parecía saber bien el camino y no dudaba entre el laberinto de calles. En dos ocasiones tuvo que desviarse y tomar caminos alternativos porque, por donde intentaban pasar, estaba ocupado por curiosos desfiles con grupitos de personas que festejaban el día de la

independencia, según le explicó Femi, con banderas y cintas de colores, bailando al son de unos cuantos con instrumentos que hacían las veces de bandas.

Sanela iba en el asiento del acompañante y, de vez en cuando, bajaba el parasol y se examinaba la cara. Cuando Marco bajó la ventanilla, le dijo en un tono seco que la subiera sin darle explicaciones. Él obedeció. Quedaban unos doscientos metros para llegar a su destino, según dijo ella, y al doblar una esquina, al otro lado, se encontraron con un muro de sacos que impedía que el coche pudiera avanzar. El conductor soltó una maldición y frenó en seco.

—Han puesto una barricada—explicó confirmando lo que todos estaban viendo.

—¿Qué significa eso? —dijo asustado Femi.

—Pues que vamos a tener que pelear para llegar a la casa del contable —dijo secamente Sanela bajándose del coche—. ¡Quedaos ahí! —añadió de forma imperativa.

Dejó su puerta abierta y se acercó lentamente hacia la barricada e, inmediatamente, varios hombres aparecieron de la nada. Aunque tenían el rostro prácticamente oculto por pañuelos que les tapaban la nariz y la boca, se notaba que eran muy jóvenes.

—¡Hola! —les dijo amigablemente—. ¿Qué ha pasado?

—No se puede pasar —gritó el más alto sin contestarle y dando un paso al frente para colocarse justo delante de Sanela.

—¿No? ¿Por qué?

Femi y Marco notaron que se estaba haciendo la inocente, que intentaba ser cordial y el tono era mucho más suave del que solía emplear.

—Porque lo decimos nosotros. Solo entran quienes queramos, y previo pago —contestó el de antes. Otros dos se habían acercado y se colocaron uno a cada lado. Uno mantenía los brazos cruzados en clara actitud intimidante.

—¿Pagar? No sé si os dais cuenta, pero somos médicos —y se volvió a señalar el coche—. ¿Veis la cruz?

—Da igual lo que seáis. Por aquí no se pasa si no pagáis.

—Vamos a atender a una persona enferma —mintió Sanela —. Y no vamos a cobrarle por hacerlo. ¿Vamos a pagaros a vosotros por ayudar?

El más alto le dio un empujón en el hombro, lo que hizo que la mujer perdiera un poco el equilibrio. Reponiéndose rápidamente añadió toscamente:

—¿Es que no entiendes lo que digo?

En el coche todos oyeron lo que decían y, al ver cómo la empujaba, Marco se desabrochó el cinturón y salió del coche a pesar de que Femi le pidió que esperase. En dos zancadas se colocó delante de Sanela en actitud amenazante.

—¡Ni se te ocurra volverla a tocar! —le dijo al chico.

En décimas de segundos ocurrieron tres cosas: los tres jóvenes que estaban junto a Sanela dieron un paso en dirección a Marco, dispuestos a enfrentarse a él, otros que estaban cerca de la barricada se acercaron a dar soporte a sus amigos y el español sintió un fuerte tirón del pelo que le hizo retroceder un par de metros. Sanela aprovechó ese desplazamiento para ponerse en medio de Marco y los rebeldes.

—¡Esperad! —gritó—, ¿acaso sabéis a quién vamos a ver? ¿No será a tu madre? —preguntó señalando al alto —¿o a tu hermana? —y señaló a otro —¿o será a tu abuela? ¿No os dais cuenta de que nosotros somos los que ayudamos? En algún momento podéis necesitarnos y ¿qué pasaría si vuestra madre, hermana o abuela muere porque otros como vosotros nos habéis impedido el paso? ¡¿No os dais cuenta?!

El grupo de jóvenes se detuvo al oírla. Parecía que recapacitaban. Uno de ellos se acercó al alto y le susurró:

—Tiene razón. A ellos no. Eso tenemos que hacerlo con los funcionarios y los comerciantes.

—Y con la policía —apuntó otro.

Marco observaba la escena mientras se llevaba la mano a la cabeza, molesto. El tirón que le había dado Sanela había sido tan potente que le dolía la piel como si le hubieran quemado.

Además, sentía vergüenza, una vez más lo había ridiculizado, a pesar de que se daba cuenta de que sus palabras habían sido más efectivas que comenzar una pelea que, de seguro, los sanitarios habrían tenido todas las de perder. Femi y el conductor también habían salido del coche y se mantenían prudentes cerca de él.

El alto bajó la cabeza, dio una patada al suelo levantando una nube de polvo y miró a Sanela.

—Pasad por esta vez, pero sin el coche. El resto lo tenéis que hacer andando.

La coordinadora no lo dudó dos veces. Se dio media vuelta, cogió firmemente a Marco del brazo y lo llevó casi a rastras a la parte de atrás del coche para sacar los maletines sanitarios. Desde esa posición, a resguardo de las miradas de los demás, el español le lanzó una mirada de odio a su jefa. Esta se la sostuvo durante un minuto, para después encogerse de hombros y añadir:

—Si lo piensas, ha sido lo mejor. Para compensarte, si quieres, esta noche te corto el pelo. Se me da muy bien—. Y cogiendo uno de los maletines, se dirigió hacia la barricada dando órdenes—: español, coge el otro maletín; Femi, ven con nosotros y tú, Georges, quédate en el coche.

Todos los hombres obedecieron sumisos, aunque Marco tardó en reaccionar y tuvo que tragar saliva para calmar su rabia. Estaba estupefacto por la salida que había tenido Sanela sobre cortarle el pelo. La encontraba tan fuera de contexto que creyó que pudiera tener un doble sentido. Pasaron por una esquina de la barricada donde varias personas se habían acercado a curiosear. La calle comenzaba a inclinarse en una gran cuesta. En poco llegaron a la casa del contable. Sanela golpeó con fuerza la puerta y tuvieron que esperar varios minutos hasta que por fin se abrió unos diez centímetros. El rostro de una mujer se entreveía con cara preocupada.

—¿Qué quieren? —dijo en un susurro.

—Venimos a ver a Baptiste —contestó firme Sanela.

—No está…

—Pues déjenos entrar y lo esperaremos. No podemos quedarnos en la calle. Hemos dicho a los de la barricada que veníamos a atender a un paciente, así que, por favor, déjenos

pasar.

La mujer dudó unos segundos, pero después abrió la puerta y se retiró para que entraran.

—Pues quizás sí tengan que atender a alguien… —dijo con su mismo tono susurrante—. Vengan por aquí.

Los llevó a una habitación donde un hombre dormitaba en la cama. Al acercarse, los médicos observaron que estaba mal herido. Tenía un ojo tan hinchado que no podía abrirlo y los labios rajados por varios sitios.

—Es él —dijo Sanela a sus compañeros mientras se inclinaba para destaparlo y examinarlo mejor—. ¿Qué ha pasado? —preguntó a la mujer.

Ella comenzó a sollozar y con la misma voz queda le contestó:

—Ayúdelo, por favor, él es bueno, no quería hacerlo, pero ellos lo obligaron. Mi propio hijo está con ellos… Le amenazaban y, cuando se negó, le hicieron esto. Lleva dos días sin poderse mover.

Los médicos estuvieron un rato examinándolo. Tenía varias costillas rotas, golpes y cortes por todo el cuerpo y, aunque estaba consciente, no había dicho nada desde que habían llegado. Estaba claro que le habían dado una gran paliza. Sanela se acercó a sus compañeros.

—Tenemos que llevarlo al hospital, pero no sé cómo lo vamos a hacer sin llamar la atención ni cómo trasladarlo hasta el coche…

—Femi y yo podemos cargar con él. Quizá podamos cubrirlo con una sábana o algo así… —aportó Marco.

—Lo que me preocupa es que, si le han hecho esto, cualquier intervención que hagamos puede perjudicarles más…—dijo preocupado Femi.

—Eso es verdad. No van a poder volver a dormir tranquilos aquí. Tenemos que pensar… —y decidida, se dirigió a la mujer—. Mire, creo que debería de recoger sus cosas, las más necesarias e importantes, y acompañarnos al hospital. Allí se pueden quedar

en una habitación hasta que encuentren otra cosa en otro barrio o en otra ciudad. ¿Qué le parece?

La mujer volvió a dudar, era algo a lo que ya había estado dándole vueltas: abandonar Puerto Príncipe e irse al lugar donde nació, Jérémie, una ciudad a unos 300 kilómetros de la capital, a la que tardarían unas diez horas o más en autobús. Quizás era lo que les tocaba hacer ya. Ni siquiera se lo diría a su hijo, ahora que se había unido a aquella banda de extorsionadores, y que era incapaz de anteponer a sus padres ante esa gentuza. Se acercó a su marido, se agachó a su lado, le acarició la cara y le susurró unas palabras que los otros no fueron capaces de oír. Él también murmuró algo. Se levantó y les dijo a los sanitarios:

—Iremos con ustedes. Solo déjenme recoger unas cuantas cosas.

Marco pensó en la difícil situación a la que se enfrentaba aquella pareja. ¿Qué recoger en solo unos minutos y qué dejar atrás para siempre? La vio meter ropa en una bolsa grande, tanto de él como de ella, algunas fotos y lo que deberían ser sus documentos. Luego levantó una baldosa de debajo de un mueble de la cocina y extrajo una pequeña caja de madera donde seguramente tendría sus ahorros. Se puso varias prendas encima, no podía seguir metiendo más cosas en la bolsa. Seleccionó otras para su marido y comenzó a vestirlo. Él se dejó hacer no sin dificultad. Sanela la ayudó. Después echó un vistazo a su alrededor.

—Ya está, podemos irnos.

Entre Femi y Marco vendaron la cabeza al hombre, como si la tuviera quemada, con la única intención de preservar su intimidad en la medida de lo posible. La mujer se colocó la bolsa en la cabeza y el español volvió a maravillarse de esa capacidad y equilibrio que poseían. Cargaron al hombre entre los dos. Juntaron sus brazos haciendo una especie de «silla de la reina» y Sanela ayudó a colocar los brazos del contable entre los hombros de sus compañeros. Así salieron a la calle. La jefa iba detrás y sujetaba la espalda del herido. Su mujer echó un último vistazo a su vivienda y cerró la puerta con la llave. Cuando llegaron a la barricada, aceleraron el paso como les había advertido Sanela, para que no se fijaran demasiado en ellos y vieran la urgencia de trasladarlo al hospital. El grupo de jóvenes se hicieron a un lado, dejándoles pasar y mirándolos con curiosidad. La coordinadora,

sin dejar de caminar, les gritó:

—¡Gracias! ¡Gracias a vuestra concesión estamos salvando una vida!

Al llegar al hospital, los dos médicos trasladaron al contable a urgencias, donde terminarían de cuidar sus heridas y le harían radiografías para valorar el daño interno. Sanela llevó a la mujer a una de las habitaciones de los sanitarios que estaba fuera del hospital y que sabía que estaba libre.

—Aquí podéis quedaros el tiempo que haga falta hasta que Baptiste se recupere del todo.

—Sí, dijo ella. Volveremos a Jérémie, de donde nunca debimos irnos—. Y luego, cogiéndola de las manos, acto que incomodó realmente a Sanela, añadió—: No sé cómo agradecerle todo. Si tuviera el dinero, se lo devolvería con intereses, pero no lo tenemos.

—Ahora lo que importa es que se recupere —dijo más brusca de lo que en realidad quería, retirando las manos—. Cuando se haya instalado, puede ir a ver a su marido.

Y diciendo esto, la dejó en la habitación.

Al volver al hospital, Marco la estaba esperando. Seguía con el ceño fruncido, continuaba enfadado con ella. Aún le dolía un poco el cuero cabelludo. Había admitido internamente que la estrategia de Sanela había sido mejor opción que enfrentarse a aquellos jóvenes, pero una vez más se sentía humillado y creía que la mujer debía de disculparse ante él. Al verla llegar, con el pelo alborotado y con expresión preocupada, pensó que quizás era mejor abordarlo en otro momento. Habían pasado por una situación difícil, la tónica habitual de ese país y obligarla además a que se disculpara quizás era un poco injusto. Se paró delante de él y se le quedó mirando expectante. Marco cambió su discurso, todo lo que había estado pensando.

—¿Ya… ya la has dejado? —balbuceó.

—Sí y está agradecida y no, no lo voy a hacer.

—¿El qué? —preguntó sorprendido. Aquella mujer no dejaba de desconcertarlo.

—No me voy a disculpar. Como comprenderás, no iba a dejar que esos animales te hicieran papilla. Te recuerdo que tienes dos preciosas hijas a las que anoche echabas mucho de menos. No podemos permitir que se queden sin padre, ¿no?

Marco se quedó mudo y se alegró de no haberle soltado todo lo que se había preparado. Otra vez había adivinado su intención sin emitir ninguna palabra. Parecía tener un sexto sentido más desarrollado del que solían tener ya de por sí las mujeres. Sin saber qué contestar, optó por la ironía.

—¿Ahora vas de buena samaritana y cuidas de tu gente?

—Eso lo he hecho siempre, no me conoces lo suficiente. ¡Vamos! —dijo sin expresión en su rostro y cogiéndolo por el codo, indicando que no tenía otra opción.

—¿A dónde? —volvió a preguntar Marco incómodo por la rudeza de sus gestos.

—A cortar ese pelo para que no pueda nadie volver a tirarte de él.

Mientras la seguía desganado, se sintió como un niño pequeño al que su madre hubiera reprendido y le llevara al cuarto oscuro. Cualquiera de las cosas que se le ocurrieron para replicarle le parecían inmediatamente insulsas e infantiles y no quería ridiculizarse más ante ella. Llegaron al porche de sus habitaciones y ella le ordenó que esperase mientras iba a por las tijeras. Marco cogió una silla y colocó otra para apoyar los pies. Las pocas horas de sueño y las emociones del día cayeron sobre él. Cerró los ojos y decidió que al fin y al cabo llevaba días buscando el momento de irse a cortar la melena y Sanela parecía tan segura que probablemente lo haría bien. Y, si no, tampoco le importaba tanto.

Poco después, sintió que alguien le pulverizaba el pelo y abrió los ojos porque no la había oído llegar.

—¿Qué largo quieres?

—El suficiente para que no puedas volver a tirarme del pelo nunca más —gruñó con determinación.

—Vale —dijo ella en un tono neutro.

Marco volvió a cerrar los ojos cuando ella comenzó a peinar su cabello ya completamente húmedo. No había cosa que le gustase más que le tocaran el pelo y acariciasen la cabeza. De hecho, solía comprar el servicio a sus hijas con pequeñas compensaciones para que dejasen sus juegos e hicieran de peluqueras. Sanela pasaba el peine de forma tan sorprendentemente delicada que tuvo que volverse para asegurarse de que era ella. Le giró la cabeza con las manos y le reprendió:

—Si te vuelves a girar, luego no me digas que te he hecho trasquilones. Empiezo a cortar ya.

Marco cerró de nuevo los ojos y se dejó llevar por el placer que le producía aquello, pero también pensó en la extraña situación. Ahí estaba ahora, a miles de kilómetros de su casa, en un país extraño dejándose masajear la cabeza por la persona que más le había alterado desde que llegó. Notaba el sonido que las tijeras hacían al cortar y lo percibía como una nana, sentía que, si seguía aquello un poco más, terminaría roncando estrepitosamente. Sanela pasaba la mano por su cabeza y cogía las puntas que luego recortaba. Cuando parecía que había terminado, comenzó a mover los dedos entre su pelo, una y otra vez. Luego los bajó por su nuca y Marco notó que se detenía más de lo necesario. Hubiera querido volverse a mirarla o preguntarle si había terminado ya, pero era tan placentero que no quería que acabase. Con suaves movimientos, siguió tocándole la nuca y el principio de los hombros. No hablaron. Luego se le acercó, sintió su aliento muy cerca y sopló para eliminar los pelos que habían quedado. Marco sintió un escalofrío. Apenas fue consciente de que aquello no estaba siendo necesario. Probablemente un soplo no los eliminaría. Sintió de nuevo otro escalofrío al notar que volvía a pasar delicadamente los dedos por su nuca. Empezaba a no dudar de que aquello estaba siendo una caricia. Necesitaba mirarla a la cara para poder ver su expresión.

—¡Vaya! —era la voz inconfundible de Pedro que le hablaba en castellano—. Has quedado hecho un querubín — añadió mientras le retiraba los pies y tomaba asiento en la silla—. Tienes buena mano, Sanela —le dijo cambiando al inglés.

—Ve a ver si te gusta, español —la oyó decir a su espalda. Marco se levantó, se llevó la mano a la nuca comprobando que había sido un buen rapado, luego alzó la vista, le echó una rápida ojeada y pudo observar que ella bajaba la mirada para no

encontrarse con la suya, aunque no supo percibir si había rubor, vergüenza o indiferencia. Entró en su habitación y se dirigió al baño para mirarse en el espejo. Se lo había dejado más corto como hacía tiempo no lo llevaba, pero no estaba mal y le había dejado el flequillo algo más largo. Luego se miró el reflejo de sus ojos en el espejo y se preguntó, sin abrir la boca y con miedo: «¿Qué había sido eso?».

11

Sanela

No me gustan los niños, no me producen el efecto que veo en los ojos de los demás. Me parecen irritantes, insulsos y, si me apuras, tontos y torpes. Me fastidió ver cómo se enternecía el español al hablar de sus hijas. Menos mal que no le dejé seguir y le pregunté por sus hermanos, aunque me daba igual la respuesta. Realmente me daba lo mismo su familia, si tuviera o no hijos, o hermanos, o una esposa triste esperándolo. Sé que resulto prepotente y es lo que estaba haciendo con él cuando le resumí su vida. Sentirme como una diosa, el ojo que todo lo ve y todo lo sabe y noté que lo había impresionado y eso me alegró la noche. Ya sé que es una tontería, pero en cosas insulsas como esas es en lo que se basa mi entretenimiento de vida. Me gusta jugar con la gente y no lo hago en muchas ocasiones. Lo demás me da bastante igual. Me he dado cuenta de que muchas veces actúo por inercia, hago lo que hay que hacer, el trabajo que me toca, sin pensar demasiado en ello ni en lo que puedan sentir los demás. Por eso, esos momentos en los que juego con los demás son mi mayor diversión y no quería, bajo ningún concepto, que el español se pusiera tierno y me hablara más de sus hijas.

Danilo lo sabía. ¿Cómo no iba a saber que yo odiaba a los niños? Él me ayudó a deshacerme de aquel proyecto de niño que habían dejado en mí los hermanos que me violaron. Es increíble cómo funciona el cuerpo. Solo tenía doce años y llevaba unos pocos meses con la regla, pero ahí estaba la máquina recién estrenada, preparada, preparadísima, para engendrar el producto para el que había sido creada. Hizo perfectamente su trabajo. Danilo era un buen padre y fue él quien decidió tocar el tema. Yo había notado que no me había venido el periodo, pero pensaba que sería por el disgusto de perder a mis padres. Algo había leído sobre eso, que la menstruación puede acompasarse cuando varias mujeres viven juntas o retirarse ante algún disgusto, pero mi cabeza no estaba para pensar en eso. Además, si lo hubiera imaginado, nunca podría haberlo hablado con él, antes me habría muerto de vergüenza.

Recuerdo que aquel día me dijo de pasada que iba a comprar y que si necesitaba algo. Yo le dije que patatas, me

acuerdo de eso. Entonces se volvió, se sentó en la silla de la cocina del apartamento y me preguntó directo:

—¿No necesitas compresas? ¿Cuándo fue la última vez que tuviste la regla?

Sé que mi cara se puso de todos los colores porque sentí un sopor que me subió hasta el cráneo. Solo alcancé a responder en un susurro.

—Antes…

—¿Antes de qué? —insistió él.

—Antes de lo de mis padres…

Danilo se levantó y me dijo que me pusiera los zapatos, que teníamos que ir a un sitio y que me contaría por el camino. En su coche me explicó que íbamos a su hospital, donde una amiga suya me iba a hacer una pequeña revisión para ver si todo estaba bien. Yo protesté, pero él alzó un poco la voz para decir:

—¡Lo teníamos que haber hecho antes! Mucho antes.

Al llegar, su amiga me hizo hacer pis en un bote y luego me puso un artilugio sobre la tripa que había impregnado en algo frío y viscoso que mandaba imágenes en blanco y negro a una pantalla enorme conectada a su teclado. Después me dejó sola, indicándome que me limpiara con unos papeles. Al rato entraron los dos. La cara de Danilo era de tal preocupación que lo primero que pensé fue que su amiga había visto que tenía algo malo y me estaba muriendo. En las manos llevaba una especie de termómetro.

—¿Sabes qué es esto? —me preguntó.

—¿Un termómetro? —le interrogué a su vez.

Me hizo que me sentara en la camilla y se sentó a mi lado. Su amiga presenciaba toda la escena sin quitarnos ojo, lo cual me incomodaba bastante. Siempre he agradecido que Danilo no me mintiera, que, a pesar de mi corta edad y mi inocencia, prefiriese contarme la verdad. No recuerdo bien cómo me lo dijo, pero sus sospechas se habían confirmado. Esos asquerosos me habían dejado preñada.

—Sanela, esto es muy importante. Podemos deshacernos de… si tú quieres, ahora mismo, o seguir adelante con el embarazo y en unos meses tendrás un niño. Yo te ayudaré sea cual sea tu decisión.

Recuerdo oírlo, darme esa opción, pero también recuerdo que yo no era muy consciente. En aquel momento lo sentí como si me hablara de un grano en la cara que me afease y que sería mejor quitar. Así lo estaba interpretando, aunque él no se había pronunciado ni a favor ni en contra.

—¿Qué harías tú? —le pregunté.

—Sabes que yo te voy a decir siempre la verdad y ahora también. Yo no tendría ninguna duda de que abortaría —y al ver que yo esa palabra no la entendía, aclaró—: Me desharía de él, dejaría de estar embarazada. Eres solo una niña aún, te queda mucho por vivir y no te puede atar ahora un hijo de aquellos indeseables. Pero es tu decisión.

Y fue entonces cuando tuve claro que los niños no me gustaban. O quizás fue por eso por lo que les cogí manía, pero entonces no fui consciente. Ni siquiera podría imaginar las molestias del embarazo o lo que podría ser el parto. Solo pensé en lo que haría con un niño pequeño, qué atractivo tendría cuidarlo y qué incordio sería cargar con él si volvía a la escuela y encontrara a mis amigas de juegos. Así que no lo dudé, y menos cuando era algo en lo que Danilo estaba de acuerdo.

—Me lo quiero quitar —dije convencida—. No lo quiero tener ahí dentro.

—¿Segura? —dijo la amiga con una voz amable—. Nadie te obliga a hacer una cosa u otra. ¿Estás segura?

Yo miré de nuevo a Danilo, que seguía con mi mano entre las suyas y vi su apoyo y comprensión y contesté un tajante «sí». Probablemente si hubiera sabido antes cuál era el procedimiento y que después iba a encontrarme como una mierda, habría dudado un poco más, pero por suerte no lo hice. Nunca me he arrepentido y nunca he querido tener un hijo. Estaría completamente loca si lo hubiera hecho. Y por eso los niños no me gustan ni me atraen. Y mucho menos, que un padre embelesado por sus hijas me hablara de ellas.

Cuando nos subimos en el coche para ir a la casa del

contable, el español parecía que había sido atropellado por una máquina apisonadora. Estaba demacrado, imaginé que aquel paciente por el que le avisaron le habría tenido toda la noche en danza. Las ojeras se le señalaban profundamente y en ese momento aparentaba más edad incluso de la que tenía. Pero, aun así, estaba jodidamente guapo. Bajé el parasol del coche para, en el espejo, disimular que se me había metido algo en el ojo, cuando lo que quería era echarle un vistazo. Miraba con interés todo lo que veía al pasar. A veces, incluso, le preguntaba o comentaba algo a Femi.

Cuando nos encontramos con aquella barricada no vi miedo en sus ojos. En los del inglés sí, quizás ya se imaginaba lo que era aquello, pero desde luego, lo que yo no me imaginaba es que saliese a defenderme de aquella manera. No lo puedo negar, aquello me gustó mucho. Era el primer gesto de preocupación por mi persona que alguien tenía en mucho tiempo. «No te vayas a ablandar», me dije rápida. No era propio de mí, pero el caso es que me vino a la mente su cara de la noche anterior hablando de sus hijas, y sentí… no sé decirlo… como si no pudiera privarle de volverlas a ver. El muy estúpido no se imaginaba lo que podrían ser capaces de hacer aquellos hombres. Eran muy jóvenes, pero ya sabemos cuál es el comportamiento humano cuando uno se siente observado y animado por otros. Lo que una persona es capaz de hacer y los demás de imitar. Siempre me ha sorprendido cuando lo he presenciado. Seguramente el que se anima a pegar una última patada a un hombre prácticamente muerto por haber sido duramente apaleado, en el silencio de su cama, se planteará cómo fue capaz de hacer aquello, de dejarse llevar por el fervor de los demás. Espero realmente que se lo pregunten… En fin, son cosas que pienso y que en ese momento se me pasaron por la cabeza y me dio miedo que se produjera una acción en cadena que solo podría terminar mal. Muy mal. Por eso lo agarré del pelo como único asidero para hacerle retroceder y sentí que le humillaba ante los demás, pero fue lo que se me ocurrió para impedir que le pegasen. Y resultó efectivo. Al final, sí.

No soy una persona cursi ni romántica, me avergonzaría serlo y me río de la gente que lo es, pero debo confesar que me perturbó el olor que aquel tirón dejó en mi mano. Olía a él y era un olor intenso que me encantaba. Es increíble que, en esos momentos de tensión, mi mente, la de verdad, la más interna y que no obedece mecánicamente a las tareas que hay que realizar, navegue por otros lados. Siento como si me desdoblo, hay una parte de mí que está viviendo lo que está pasando en ese

momento y otra… otra que está donde a mí me gusta estar. En mi mundo interior. A pesar de que estaba manteniendo la conversación con los rebeldes, me llevé la mano a la nariz y aspiré su aroma. Luego, al cogerlo del brazo, lo pude volver a sentir. Me conozco. Sé lo que significaba todo aquello. Lo he sentido antes, aunque no en muchas ocasiones.

Sabía que estaría enfadado conmigo, probablemente me odiaba como los demás lo hacen pero mi 'yo' profundo no mostró la indiferencia que solía aparentar mi 'yo' que muestro a los demás. Quería remediar su enfado y por eso no le dejé increparme y se me ocurrió lo de cortarle el pelo. Cuando lo vi sentado en la silla, de espaldas a mí, tuve que contener las ganas imperiosas de acariciar aquella cabeza, aquella espalda tan ancha, de meter la mano por dentro de su camiseta y acariciar todo aquello. Me centré en el corte de pelo y noté que le gustaba cómo le tocaba el cráneo. Me dejé llevar un poco. Bueno, un poco más de la cuenta. Me agaché a soplar aquellos inexistentes pelos que yo ya había tirado al suelo y pude olerlo mejor. Aspiré profundamente y disimulé soplando. Sé que lo hice más lentamente de la cuenta, me hubiera quedado así horas. A veces pienso en por qué no podemos hacer lo que nos viene en gana. Me hubiera encantado posar mis labios sobre su cuello. Si él me hubiera rechazado, vale, tampoco me habría muerto de pena ni nada de eso. Simplemente intentaría pensar en otra cosa o aliviarme de alguna forma. Me da rabia comedirme y no hacer lo que quiero en cada momento. Pero parece que eso es lo que hay que hacer al seguir ciertas normas sociales y ya he dicho que me lo tengo todo aprendido y lo hago mecánicamente. Por eso no me dejo llevar, aunque sea otra cosa más de esta vida que me parece desechable.

Yo creo que tengo más de animal que de humano, porque esto que estoy contando no lo relaciono con el amor, solo con el instinto. Un sentimiento que es algo más selectivo que el animal, pero instinto, al fin y al cabo. No sabría explicar por qué él y no, por ejemplo, Pedro, a pesar de su dudosa identidad sexual, o Patrick, que es tremendamente atractivo, o François o Jean-Paul o cualquiera de los demás. Sé que mis hormonas se han puesto en marcha y me dirigen a él. Y no me voy a cortar. Solo si me rechaza, tendré que pensar en otro objetivo para calmar mi necesidad. Y no me será tampoco muy difícil encontrarlo. No me molestan los rechazos, son parte del juego. Ni me ofenden, ni me entristecen, ni muero por el desamor, porque sé que no hay amor por ningún lado. Eso no va conmigo.

Sé que no voy a poder parar, me conozco. Intentaré convencerlo de que no voy a meterme en su matrimonio, si es que lo tiene, eso no me quedó muy claro, aunque imagino que sí. Le diré que no tengo la intención de quedarme con él. Solo eso. Ayudarle a combatir sus días de soledad. Eso le diré porque no es mi intención ayudarle, sino otra absolutamente egoísta.

Soy perfectamente consciente de lo patética que soy porque algo así, el objetivo que me he puesto con Marco hace que nazca en mí una pequeña ilusión, que olvide mis ganas de desaparecer. Y eso, en alguien que ha perdido toda esperanza como yo, es algo motivador, algo que me distrae y que hace que me apetezca despertarme cada mañana. Y me agarro a eso para darle tiempo al tiempo que me queda. Quizás sea la última vez antes de… Bueno, la última vez que me pase, el último objetivo, la última ilusión. Después, creo que ya estaré totalmente preparada. Ya veremos…

12

Nieves

Nieves corría por los pasillos con el móvil firmemente sujeto en las manos, esquivando al personal y pacientes que se le cruzaban. Al doblar una esquina se dio de bruces con Mamen que, aturdida, se repuso del choque cogiéndola por los brazos.

—¡Ah, Nieves! Te estaba buscando, quería que… —. La doctora la interrumpió, escapándose de ella mientras le gritaba:

—¡Luego te busco, ahora no puedo!

Siguió su camino hasta llegar a la sala de reuniones donde creía que estaría Carlos. Entró como una exhalación.

—¡Carlos! ¡Carlos! —le gritó al verlo tranquilamente sentado a la mesa con un café a punto de terminar.

—¡Eh! ¡Me vas a borrar el nombre! ¿Qué te pasa?

—¡Mira!

Nieves le mostró su móvil donde había capturado la portada de un periódico nacional, *El País*, y tenía una foto grande del rey de España abrazando a un señor. El titular era: *«El Rey alerta en Jerusalén contra los discursos del odio»*.

—¿Qué me quieres decir? —dijo después de leer—. ¿A mí qué me importa lo que haga el rey? —. Después echó un vistazo a la portada buscando más información. A la izquierda de esa noticia, se hablaba del pacto para subir el salario mínimo.

—¡Que no, hombre! —se impacientó ella—, lee aquí abajo —. Le señaló con el dedo un artículo más pequeño, pero que el diario había puesto en la portada.

—«China cierra el transporte a Wuhan para frenar el virus» —leyó en voz alta el internista.

—¡Eso! —le premió Nieves, y cogiendo otra portada, esta vez de *El Mundo* —y aquí: *«En Wuhan, la zona cero del brote de gripe»* —le leyó mientras iba pasando a otras portadas—. *«China*

cierra la ciudad donde se originó el nuevo coronavirus mortal», *«Europa alza controles frente al avance del virus chino»*. ¿Te das cuenta? —terminó triunfal.

Todos los periódicos habían dedicado apenas un pequeño espacio para la noticia, lo cual no parecía muy importante. Carlos seguía sin saber lo que le quería decir su amiga.

—¿Qué me quieres decir con todo eso? ¡Está ocurriendo en China! Tienen una altísima contaminación y comen cosas asquerosas. ¿Qué tiene que ver con nosotros?

—Carlos, ¿no te acuerdas del chico que vino en diciembre y que no encontrábamos la razón de su neumonía? —dijo empezando a perder la paciencia—. ¿No crees que podría estar relacionado?

—¿Acaso estuvo el chico en China? —le preguntó a su vez incrédulo—. Venga, Nieves, no te hagas pajas mentales.

Esta notó en su tono un asomo de duda y aprovechó para insistir.

—No lo sé, no sé si estuvo o no, pero podríamos preguntarle. Voy a buscar su ficha y lo llamo.

—¿No es un poco exagerado? El chico se puso bien al final…

—Y ahora tenemos a un paciente en la UCI con el mismo cuadro.

—¡Joder! ¡Pero si tiene casi 90 años! Ya sabemos lo que la gripe hace a los ancianos…

—¿Pero y si sí? Dime, ¿qué haríamos si llegase ese virus aquí? ¿Cuál sería el protocolo? ¿No deberíamos de avisar a alguien?

—¡Espera, espera! Creo que te estás precipitando mucho. Se me está ocurriendo una cosa —afirmó incorporándose, y poniéndose frente a un ordenador—. Voy a escribirle a un amigo. Se fue a China por amor y trabaja allí en un hospital, aunque no sé dónde… mira que enamorarse así… —murmuró al final. Nieves le golpeó en el brazo, regañándolo, pero suspiró algo más tranquila cuando vio que su amigo se ponía en marcha. Ella encendió otro ordenador y buscó la ficha del joven. No tardó en

localizarla y, sin decirle nada a su compañero, marcó el número desde su móvil.

Carlos oyó su conversación y meneó la cabeza, despectivo, sin disimular su desacuerdo, aunque sabía que Nieves no era una persona impulsiva y le había despertado la duda. Cuando colgó, se volvió a mirarla, interrogándola. Observó que su amiga tenía la mirada perdida.

—No ha estado nunca en China —dijo después de un rato—. De hecho, le ha sorprendido muchísimo mi llamada y me ha preguntado por qué, y no he sabido qué contestarle. Me he inventado que estábamos haciendo un estudio…

—Bueno… yo he localizado el correo de mi amigo y le estoy mandando un mensaje.

El teléfono de Nieves comenzó a vibrar y lo cogió rápidamente. Carlos siguió la conversación sin mucho interés, mientras continuaba redactando el correo. Cuando colgó, la expresión de su amiga era inquietante.

—¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

—Era el chico al que acabo de llamar. Me ha dicho que se había acordado de que su novio recibió a unos clientes chinos en su trabajo a finales de noviembre y él ingresó en diciembre…

Carlos calló. Podría ser simplemente una casualidad, pero, incluso así, era algo que no deberían desestimar, sino dejarlo en una lista como datos para tener en cuenta. Abrió un nuevo documento de Word y decidió escribir notas sobre el tema. Apuntó cuidadosamente las fechas, los síntomas, el tratamiento que le habían dado y el detalle de los chinos del novio del chico. Nieves lo observaba y le apretó el hombro en señal de aprobación.

—Voy a preguntarle a mi amigo si sabe cuáles son las pruebas para detectar el coronavirus ese y, si te parece, podríamos hacérselas al vejete.

Días después de aquel veintitrés de enero, Carlos recibió la respuesta de su amigo. No vivía demasiado lejos de la provincia de Hubei, donde estaba la ciudad de Wuhan y donde se había

originado el virus. Le contó que habían construido un hospital para los infectados en apenas unos días y que había gente aislada en pabellones deportivos bajo la supervisión médica. En su ciudad, ya estaban tomando medidas y casi la mitad de los médicos de su hospital se habían desplazado a Wuhan para echar una mano. Estaba bastante preocupado por el tema. Le explicó que estaban haciendo pruebas de ácido nucleico para comprobar los contagios, pero la información llegaba tarde para su paciente. Esa misma mañana había fallecido y se llevaría a la tumba la posibilidad de que ese virus fuera la causa de su muerte.

A Nieves se le pasó por la cabeza hacerle la autopsia, pero lo desestimó al saber que no tendría justificación ante la administración del hospital. Después, como una declaración de intenciones, ambos decidieron que al siguiente paciente que ingresara con síntomas parecidos, le harían la prueba y todo el personal utilizaría mascarillas para atenderle. Como en su unidad no disponían de ellas, fue de extranjis a los quirófanos y cogió un paquete que guardó en su taquilla cuando no la veía nadie. También estuvieron más atentos a las noticias, aunque la prensa no le dedicaba demasiada atención. Leían todo lo que se publicaba sobre lo que estaba pasando en China, pero su referente primero era el amigo de Carlos, que seguía mandando datos de lo que estaban viviendo allí. Les preocupó que insinuara en uno de sus correos que las autoridades no estaban dejando que se informara mucho y que, a partir de ahora, escribiría en clave esperando que le entendieran. Su compañero siguió apuntando notas en su documento y se alegró de la intuición de Nieves, porque cada vez veía más probable que aquello llegase a España. Cuando el treinta y uno de enero leyeron que habían declarado el primer caso en España, en una isla de Canarias, aunque justificaban que era importado y que la infección por este coronavirus cursaba mayoritariamente de forma leve, ambos se miraron a la cara y soltaron un largo suspiro.

—Carlos… tenemos que estar preparados. Esto nos va a caer encima. Ya verás.

Su compañero ya no se atrevió a desmentirla, solo se levantó y, saliendo por la puerta, añadió:

—Voy a robar más mascarillas.

Al salir del hospital, le mandó un mensaje a Marco. Sabía que no le vendría muy bien hablar cuando llegara a casa, pero las

niñas le habían pedido que llamara a su padre. Sentadas en el sofá, con el ordenador sobre varios cojines en la mesa del centro, habían podido hablar con él. Marco no tenía mucho tiempo, estaba aprovechando la hora de comer para hablar con ellas. Claudia llevaba la voz cantante en la conversación.

—Papá —le dijo—. ¿Cuándo vienes? Te estoy haciendo muchos dibujos y ya se me acaban las hojas de la libreta.

—¿Por qué no me los envías? —le contestó con una sonrisa —. Así podré verlos y colgarlos en mi habitación.

—Vale, pero ¿cuándo vuelves?

—Eso —añadió su melliza —¿cuándo vuelves?

Marco tenía la expresión tensa. No era fácil contestarles y más cuando aún no tenían demasiado clara la noción del tiempo, pero tampoco eran tan pequeñas como para jugar con eso.

—Para vuestro cumpleaños espero estar de vuelta, ya veréis.

Claudia miró a su madre abriendo mucho los ojos.

—Mamá, eso es dentro de mucho, ¿no? Ya habremos ido a la playa y vuelto…

—Sí, ya lo sabíais. Papá va a estar fuera un año, se os va a pasar muy rápido, ya veréis.

—Y las Navidades próximas estaremos todos juntos. ¿Queréis que nos vayamos a esquiar?

—¡Sí! —gritaron las dos entusiasmadas.

Después de un rato más de conversación, Nieves les pidió que se fueran a duchar y, estando a solas, le contó todo lo que le estaba preocupando sobre el virus chino.

—¿Tenéis alguna noticia o conocimiento sobre el tema? —le preguntó.

—No, la verdad es que no. De hecho, creo que la organización no ha informado sobre ello, pero ahora que lo dices, se lo comentaré a Sanela por si ella sabe algo. Espero que no sea tan fácil que traspase las fronteras. No creo que los haitianos viajen a menudo a China… —concluyó pensando en la pobreza

que veía diariamente.

—Bueno, solo te lo comento para que lo tengáis en cuenta. ¿Por lo demás? ¿Qué tal estás?

—Mmmm, bien, estoy bien, cada día mejor, quizás, pero sigo echándoos mucho de menos. No creía que fuera a ser tan duro en ese sentido. ¿Sabes? Me digo mil veces al cabo del día «esto se lo tengo que contar a Nieves», pero luego ni hay tiempo ni quiero acaparar la conversación con el poco que disponemos por los horarios tan distintos. ¿Y tú? ¿Me echas de menos?

—Todos los días y a todas horas —respondió ella con una sonrisa cariñosa—. Pero no nos pongamos ñoños que eso no nos hace bien.

—De acuerdo, pero sabes que te quiero, ¿no?

—Sí, y yo.

—Y que te agradezco mucho que no te opusieras a esta experiencia, ¿verdad?

—No tienes nada que agradecerme. No te llevo de una correa al cuello, ¿no? Eres libre de hacerlo… —respondió con un mohín de enfado. Nunca le había gustado que le agradecieran actos que ella consideraba que era lo que había que hacer y nada más.

—Ya —insistió Marco—. Sé que también puede ser duro para ti, así que yo quiero agradecértelo. Me tengo que ir ya— añadió sin dejar que se opusiera—. Y te quiero infinito, lo sabes —. Terminó mandándole un beso a través de la pantalla. Ella hizo otro tanto.

Durante las siguientes semanas, tuvieron mucha actividad en la UCI. Se fueron conociendo más casos en el resto de España, pero parecían algo aislados y sin mucha repercusión. Sin embargo, en Italia, el virus avanzaba rápidamente, y se sorprendían de que en España las autoridades no dijeran nada al respecto. Aquella mañana, cuando Nieves conducía hacia el hospital después de dejar a las niñas en el colegio, recibió una llamada de Carlos. Puso el manos libres.

—Tenemos uno —dijo escuetamente su compañero, pero bastó para que ella le entendiera.

—Dime más.

—Ingresó al poco de irte tú, con una saturación de oxígeno muy baja y, al hacerle las pruebas, vimos una insuficiencia respiratoria aguda e infiltrados pulmonares bilaterales. Me puse la mascarilla y obligué al resto del personal de la UCI a ponérsela. Muchos protestaban, ¡increíble! La prueba que le hemos hecho es negativa, no hay patología conocida.

Nieves escuchó atenta y tuvo que hacer un esfuerzo para fijarse en la conducción. Si no había patología conocida significaba que no sabían la causa de la neumonía, que era justo lo que provocaba el virus chino, gracias a los correos del amigo de Carlos.

—Habrá que hacerle la prueba del coronavirus, la PCR…— acertó a decir.

—Se la acabamos de hacer, tenemos que esperar a los resultados, pero hemos tenido que intubarlo. Lo tienes aquí…

«Aquí» era la UCI, el lugar de trabajo habitual de Carlos y Nieves. Él ya se iba a casa, y ella se quedaría expuesta a ese posible virus. Y eso, aunque llevara semanas pensándolo, la asustó. Entró en el hospital. Directamente se fue a su casilla, cogió dos mascarillas y se las puso. Se vistió con el pijama y se recogió como pudo el pelo en una cola. Lo llevaba bastante corto y era difícil de hacer. Se cruzó con Carlos, que le contó más detalles del paciente, y se acercó a examinarlo. Tenía que admitir que, al ver a aquel hombre intubado y sedado, sintió reparo en acercarse. Eso nunca se lo confesaría a nadie. No era por ella, sino por sus hijas. Le daba miedo poderles trasmitir el virus. El ventilador que tenía conectado hacia su función y emitía el sonido acompasado que ya conocía bien. Le volvió a tomar la saturación y aumentó el ritmo de las respiraciones en dos unidades más. Decidió cambiar al paciente de lugar ya que se encontraba en mitad de la sala, y con ayuda de dos celadores, a los que les proporcionó mascarillas, lo arrinconó en una esquina, aunque pensando en estar más pendiente de él. A media mañana llegaron los resultados y con sorpresa recibieron la noticia del positivo. Pese a que sabía que estaría durmiendo, mandó un mensaje a Carlos, muy escueto: «Positivo». Ya lo leería cuando se despertara. El resto del día fue de locos. Tuvo que hablar en varias ocasiones con las autoridades médicas, que le fueron indicando las pautas que tenían que seguir. Decidieron trasladar de nuevo al paciente a una habitación

que dejaban para casos muy graves y que estaba dentro de la UCI, pero aislada con cristales. Hicieron una lista de todas las personas que se habían acercado al enfermo, incluidos Carlos y Nieves y solicitaron pruebas para todos. También hablaron con la familia que esperaba fuera. Realmente no sabían qué hacer con ellos. Lo más lógico era que se sometieran a la prueba también, pero mucho dudaban de que se lo autorizaran. Cuando Nieves les preguntó si el paciente había viajado fuera, le confirmaron que sí, que había estado en Italia en una convención. Les insistió para que se fueran a casa y que procuraran no salir en un tiempo. Les pidió el teléfono y los animó a que llamaran si se encontraban mal. Nieves notó la angustia en los ojos de aquella mujer y de su hijo. No se sintió con fuerzas de mentir y decirles que todo saldría bien, que era lo que ellos ansiaban oír, porque no sabía lo que podría ocurrir. Era mucho el desconocimiento que tenían de todo.

Carlos volvió al hospital para hacerse la prueba con los demás. Se le notaba cansado, había pasado toda la noche pendiente del paciente nuevo. Decidieron quedarse en el hospital hasta saber los resultados. Nieves llamó a Rosario y le explicó la situación en líneas generales. Le pidió que se ocupara de las niñas y que durmieran esa noche en su casa porque no sabría a qué hora podría llegar. Su suegra, tan dispuesta a ayudar, no puso ningún inconveniente, probablemente se alegraba de tenerlas.

Sobre las nueve de la noche, cuando seguían aún esperando, Nieves recibió una llamada de su amiga Begoña, su querida compañera de piso de Granada con la que, desde que se había trasladado a vivir a Madrid, había vuelto a retomar el contacto. A pesar de las horas, acababa de terminar de trabajar, y le preguntó si estaba aún en el hospital, ya que estaba cerca. Decidieron cenar juntas en el *burguer* al lado del centro. Nieves la estaba esperando en la calle y, cuando apareció, se dieron un gran abrazo y dos sonoros besos.

—¡Ay, hija! Tenía muchas ganas de verte. Hacía mucho tiempo que no quedábamos y, ya que salgo de una reunión aquí al lado, te he llamado. Me alegro mucho de que estés aquí. ¿Otra vez de guardia?

—No exactamente. Vamos, no tengo mucho tiempo y quiero que me cuentes —le indicó Nieves tomándola del brazo y dirigiéndose al restaurante—. ¿Qué tal estáis todos?

—Bien, sin novedades. Alicia ya está en segundo de piano y

mañana tenemos un concierto. ¡Su primer solo! —afirmó con orgullo sobre su única hija.

Nieves percibió que su amiga jadeaba un poco, pero lo achacó a que había llegado con paso rápido. Tomaron asiento y se pidieron unas hamburguesas. Ambas las devoraron rápidamente sin parar de hablar.

—¿Cómo llevas la separación? —le preguntó ya con el postre.

—Bueno… la llevo. Hay días que con tanto trabajo se me olvida un poco, pero lo echo mucho de menos.

—Debe de ser duro, sí… —. Begoña carraspeó, tosió y continuó—. Llámame más a menudo, podemos hacer planes con las niñas, se llevan muy bien—. Volvió a toser y se llevó la mano al pecho y, ante la mirada inquisidora de su amiga, la tranquilizó diciendo—: No me mires así, llevo unos días constipada y hablo mucho y muy rápido y me ahogo un poco.

Quizás por el paciente positivo que tenían en el hospital, Nieves prestó más atención a los síntomas de su amiga, que, de no haber sido por eso, probablemente lo habría pasado por alto. Le cogió la muñeca para tomarle el pulso y después le puso la mano en la frente.

—Tienes fiebre, Begoña, vamos arriba y te examino.

—¡Nooo! ¡No exageres! Estoy bien. Todos los inviernos me pongo mala, es lo normal. Además, tengo que volver ya a casa. Es tarde y no voy a poder ver despierta a Alicia. Nos llamamos el finde, ¿vale? Y hacemos algo.

Nieves no insistió, eran pocas décimas lo que parecía tener su amiga y realmente hacía mucho frío. Se despidieron con un abrazo y subió al hospital deseando que los resultados hubieran llegado ya y así poderse ir a casa. El paciente parecía mejorar y, en breve, quizás al día siguiente, podrían quitarle la intubación.

—¿De dónde vienes? —le preguntó Carlos al verla entrar por la puerta de la sala.

—De cenar con mi amiga. Es tan maja… —y reparó en que la miraba con los ojos muy abiertos—. ¿Qué pasa? ¿Por qué me miras así?

—¿Te vas a cenar con una amiga sin saber si eres positivo o no?

Nieves se quedó paralizada. Carlos tenía toda la razón. Cuando la llamó, le dio tanta alegría que pensó que así se le pasarían las horas de espera de forma más rápida, y no cayó, ni por un momento, en que era una imprudencia. Se dejó caer sobre la silla y colocándose los mechones que le salían de la coleta detrás de las orejas, se lamentó:

—Tienes razón, Carlos. No sé cómo no he caído antes. Parezco novata…

—Bueno, no te preocupes demasiado, seguro que somos negativos. Hemos sido prudentes —intentó consolarla.

Pero ella siguió maldiciéndose interiormente y reprochándose su imprudencia. Solo cerca de las doce de la noche, cuando llegaron los resultados y todos eran negativos, pudo respirar tranquila. Cuando llegó a casa, sintió la soledad como una bofetada. Aunque a esa hora sus hijas estaban en general más que dormidas, saber que estaban en su habitación era reconfortante y hoy sentía su ausencia más que nunca. No iba a ser fácil dormir, a pesar del cansancio de la tensión acumulada del día. No dejaba de darle vueltas a una cosa: pronto ella misma podría convertirse en un foco de infección. La responsabilidad de proteger a sus hijas era una prioridad en su día a día y ahora estaba convencida de que podría ponerlas en riesgo. Cogió el teléfono y llamó a Marco. Tardó en contestar.

—¿Qué pasa, Nieves? ¿No es muy tarde allí? Deben de ser… a ver… casi las dos de la mañana —dijo con voz asustada. De fondo, podía oír voces y risas de sus compañeros.

—¿Dónde estás? ¿Te interrumpo?

—No, no. Estamos en el porche, varios de nosotros, pero me meto en mi cuarto. Dime. Me tienes preocupado.

Nieves le contó el positivo de su hospital y todo lo demás. Él escuchaba atento y notaba que asimilaba preocupado lo que le iba contando.

—Pero te llamo para consultarte algo. No sé si es una exageración, pero creo que quizás debería mandar a las niñas a vivir con tu madre. Puede que una semana o dos. A lo sumo un

mes, para cuando esto empiece a calmarse. Me da miedo infectarlas. ¿Qué te parece?

—Pues…—, Marco dudó—. Por un lado, puede ser lo más prudente, pero por otro, me da cosa que te quedes tan sola. ¿Tan grave ves el asunto?

—Tengo la intuición de que nos va a pasar como en Italia y creo que no estamos preparados ni se lo están tomando todo lo serio que deberían, pero es solo una intuición. Por eso te digo que quizás solo unos días hasta ver cómo evoluciona la cosa.

—No creo que mi madre ponga inconveniente, todo lo contrario. Sí, quizás lo puedas hacer mientras vais viendo cómo evoluciona todo.

Así que, al día siguiente, Nieves llamó a su suegra y le contó la situación detalladamente. Rosario estuvo totalmente de acuerdo y la animó a que ella se quedara también en su casa. Le dijo que podría dormir en el cuarto de servicio, al lado de la cocina, y no tendrían mucho contacto, pero a Nieves no le pareció acertada su propuesta. Habló con las niñas, que se quedaron encantadas con la posibilidad de vivir en la enorme casa de la abuela durante unas semanas, aunque no fueron muy consciente de que no verían a su madre en ese tiempo. Ayudada por su asistenta, Nancy, hizo las maletas de las niñas, metió sus libros del colegio y algún juguete, y la mandó a casa de Rosario en un taxi. Le pidió que esos días fuera a casa de su suegra en lugar de a la suya, y que se ocupara de las niñas como lo hacía habitualmente.

Una semana más tarde, ya comenzando marzo, empezó a sentirse mal. Tenía un fuerte dolor de cabeza y moqueaba continuamente. El paciente cero de su hospital mejoraba cada día, aunque continuaba aislado. Habían conseguido unos trajes EPI y se reían y hacían fotos cada vez que tenían que ponérselos. Parecían astronautas. Begoña la llamó, notó que Nieves tenía la voz nasal típica del resfriado y le confesó con angustia:

—¡Nieves te llamo porque he dado positivo! Y ahora te noto resfriada. Deberías hacerte la prueba.

Nada más colgar, se dirigió al laboratorio. Llevaba las dos mascarillas quirúrgicas y había conseguido también unos guantes. Estaba realmente preocupada. Ella nunca solía ponerse mala.

Begoña le había dicho que se encontraba mucho mejor a pesar del positivo, y que toda la familia se había aislado en su casa. Doce horas más tarde tenía el resultado. Esta vez Nieves dio positivo.

13

Marco

Cuando Marco colgó el teléfono, después de decidir junto con Nieves que las niñas se fueran un tiempo a casa de su madre, se acordó de que aún no le había preguntado a Sanela si la central la había avisado sobre el virus chino. Era lógico el olvido: los acontecimientos que ocurrían en Haití le ocupaban todos sus pensamientos. La situación empeoraba día a día y consideraba que era más grave que el virus que estaba preocupando a su mujer. El presidente del país se veía amenazado y sus salidas e intervenciones eran cada vez menores. La barricada que encontraron aquel día no había sido la excepción. Pronto se enteraron de que muchas más se habían instalado en distintos barrios, empleando o sacos de arena o neumáticos que ardían e, incluso, a veces, construían un muro por la noche que impedía el acceso. También les habían llegado rumores de que habían bloqueado varias entradas de la ciudad. Todo esto desembocaba en más problemas porque las bandas se enfrentaban entre ellas, intentando ganar territorios, lo que suponía para el hospital muchos ingresos por heridas de balas o arma blanca. En lo que llevaban de año, se habían registrado más de doscientos ingresos por estos motivos y muchos de ellos habían tenido un desenlace fatal. La situación se tornaba caótica por minutos.

No había querido comentarle nada de esto a su familia porque sabía que era una preocupación extra a la que ya sentían por su destino y esperaba que las noticias de Haití no se hicieran muy virales en España. La semana anterior, la organización decidió cerrar un centro sanitario que había sido creado después del gran terremoto del 2010, porque se encontraba justo en la confluencia de dos barrios enfrentados. Habían recibido ataques importantes y se hacía cada vez más difícil entrar o salir del centro. De hecho, uno de los sanitarios había sido herido por un francotirador y lo ha- bían trasladado a su hospital. Patrick y él estuvieron más de cuatro horas extrayendo las balas y limpiando la zona. Este compañero había tenido suerte después de todo.

Además, por si todo esto no fuera suficiente, los altercados estaban suponiendo huidas de muchos haitianos que abandonaban sus viviendas por la imposibilidad de vivir

tranquilos y por la violencia de sus calles. En ocasiones eran acogidos en casas de familiares o se instalaban de cualquier forma cerca de la comisaría de policía o de los propios hospitales. El contable y su mujer ya hacía más de un mes que se habían ido de la ciudad y Sanela utilizaba esa habitación libre para familiares de los sanitarios que también habían tenido que huir. Además, empezaban a escasear los suministros, algunos barrios no recibían agua corriente, lo que hacía que las bandas se hicieran más numerosas y violentas para intentar conseguir el suministro para su gente. Habían convocado varias manifestaciones que siempre terminaban con cientos de heridos y algún fallecido y, ante este descontrol y caos, las violaciones a mujeres y los abusos a menores aumentaban cada día.

En este contexto, un virus como del que le hablaba Nieves le parecía algo casi insignificante y un problema que afectaría en mayor o menor medida a los países desarrollados que se enfrentarían a unas cuantas bajas laborales por enfermedad. Marco no sabía cuánto se estaba equivocando en su percepción.

Salió de la habitación con el propósito de buscar a Sanela y preguntarle sobre el coronavirus. No era consciente de que estaba encantado de haber hallado una excusa para acercarse a ella de alguna forma exclusiva. A pesar del horror, el ambiente con sus compañeros era muy bueno y gracias a Femi siempre encontraban motivos para bromear y reír. Habían hecho una reunión improvisada en el porche y los botellines de cerveza se acumulaban en el suelo. Cuando salió, recuperó el suyo, que había dejado a medias, y se bebió lo que le quedaba de un trago. Pedro lo miró:

—¿Todo bien?

—Sí, ya os contaré, pero ahora querría hablar con Sanela. ¿Alguien sabe dónde está?

—En su habitación no está. Vengo de allí y estaba la luz apagada —dijo Rose que dormía justo al lado de ella.

—Quizá esté en el despacho al lado de los quemados— apuntó Patrick—. Le he oído decir que tenía mucho papeleo. Mira allí.

—¿Cenamos ya? —preguntó Femi—. Con tanta cerveza y el estómago vacío estoy ya que no me sostengo.

Se levantó y varios lo imitaron. Marco les dijo que enseguida volvía y que le dejaran algo, a lo que le contestaron que no pensaban. Riéndose entró en el recinto hospitalario y se fue directamente a la unidad de quemados. Saludó a la enfermera que estaba de guardia y dormitaba sentada en una silla muy cerca de las camas de los ingresados. Esta le indicó dónde estaba el despacho y que, efectivamente, Sanela se encontraba allí. La puerta estaba cerrada y consideró prudente llamar con los nudillos sin hacer ruido para no despertar a los demás. No obtuvo respuesta y eso que la luz salía por las rendijas. Volvió a intentarlo con la misma suerte. Decidió abrir despacio la puerta y asomar la cabeza. Sanela estaba delante del portátil muy concentrada, había muchos papeles en la mesa y tenía los auriculares puestos, lo que le había impedido oír los golpes. Movía la cabeza al ritmo de la música que estuviera oyendo. Abrió completamente la puerta, lo que llamó la atención de la coordinadora. Se quitó los auriculares y le alzó las cejas en señal de pregunta.

—He llamado y no me has oído —dijo Marco.

—Pasa y cierra, no vamos a molestar a los pacientes y no te quedes ahí como un pasmarote.

Marco obedeció molesto. Se preguntó por qué se había aventurado a ir a verla con lo desagradable que era siempre. Sanela dejó los cascos sobre la mesa donde la música seguía sonando y perfectamente audible. Los tendría a todo volumen. Reconoció la canción de Génesis, “*Mama*” y le preguntó:

—¿Te gusta Génesis? Esa canción es buenísima.

—Me gusta la música en general, me aísla. Ahora has venido a perturbar mi momento y no creo que quieras hablar de mis gustos musicales. ¿Qué quieres?

«¿Por qué eres siempre tan desagradable?», estuvo a punto de decirle, pero se cortó en el último momento, más que por prudencia, por miedo a su respuesta.

—Mi mujer es médico también y me ha llamado para advertirme de que en España están llegando casos del coronavirus, ese que tienen en China desde finales del año pasado. ¿Sabes algo? ¿Te han dicho algo desde la central?

—Así que tienes mujer…

—Ehhh, sí, claro… —apenas pudo contestar ante una nueva y extraña salida de la jefa.

Esta apagó la música desde el móvil.

—No tan claro. No todo el mundo debe tener marido o mujer, ¿o sí?

Marco no quería seguir por ahí, así que, en un tono más seco, se acercó poniendo los codos en la mesa.

—¿Me vas a contestar? Quiero saber si te han informado.

—Pues sí, lo han hecho —dijo ella recostándose en la silla, alejándose un poco de él —y, de hecho, es a lo que me estaba dedicando. Estoy preparando un protocolo y describiendo los síntomas. No parece que sea algo exclusivo de China o Europa. Puede llegar a ser una pandemia, me dicen. No sé qué pensar…

—¡Fiuuu! —silbó—. Aquí podría ser el caos, lo que nos faltaba.

—Me estoy cansando… —dijo Sanela mirando al techo, comentario que sorprendió a Marco porque parecía una pequeña confesión, un pensamiento interno de los que nunca compartía. Se quedó callado esperando a que dijera algo más, pero no fue así. Era muy difícil llegar a ella.

—¿Por qué? ¿Tienes mucho trabajo? En realidad, no sé bien cuáles son las atribuciones de tu puesto.

—Vigilaros para que no hagáis ninguna tontería —respondió rápida, pero luego pareció que recapacitaba y, con la mirada de nuevo en el techo, recitó—: Representación de la ONG en Haití y coordinación con otros miembros del Movimiento, financiadores (OTC de AECID, ECHO, UE etc...), autoridades locales, agencias internacionales, instituciones varias, oenegés locales e internacionales; responsable del monitoreo, informes y justificación, en tiempo y forma, conforme a las normativas de los donantes y al Manual de justificación de la organización, de los proyectos actualmente en marcha en Haití; responsable de la rendición de cuentas de los proyectos comunitarios ante personas beneficiarias y donantes; gestión, definición, actualización y cumplimientos del Plan de Seguridad; revisión y actualización de la aplicación de Cooperación Internacional de la organización, tanto a nivel técnico como económi…

—¡Para, para, para! Ya me hago idea. La reina y señora de todo —ironizó Marco, pero estaba asombrado de la memoria casi fotográfica que tenía aquella mujer, estaba seguro de que estaba diciendo una a una, y letra por letra, todas las funciones que su puesto conllevaba.

—Podría seguir…

—Pero no lo hagas. Ya me he hecho una idea. Y con respecto al virus, ¿qué estás organizando? ¿Cuál va a ser el protocolo?

Sanela se incorporó, cogió un pequeño taco de folios que tenía en la mesa y se los lanzó bruscamente.

—Míralo tú mismo.

Marco adelantó la mano rápidamente para cogerlos antes de que se cayeran por todos lados y su dedo chocó frontalmente con el filo de las hojas, provocándole al instante una herida que rápidamente comenzó a sangrar.

—¡Ah! Me he cortado.

Pronto la sangre había salpicado los folios y corría por toda la mano. Manteniéndola apartada de su cuerpo y de las hojas, buscaba en el despacho algo para cortar la hemorragia, pero no había nada. Con la otra mano, hurgó en los bolsillos del pantalón, por si tenía algún pañuelo, sin percatarse de que Sanela se había levantado y acercado a él, bordeando la mesa, y le cogía con delicadeza la mano. Él la miró a los ojos sorprendido, y ella, sin dejar de mirarlo, se llevó la mano a la cara y acercó sus labios al dedo herido y comenzó a chupar y succionar de forma sensual. Detuvo todo intento de buscar algo para presionar la raja, perplejo. Ella seguía mirándolo y solo apartaba la vista para comprobar que la hemorragia estaba parando. Después siguió pasando la lengua por donde la sangre había caído, deteniéndose un buen rato en la palma de su mano. Cuando creyó que aquello estaba ya limpio, se sacó un pañuelo de tela del bolsillo y lo anudó fuerte alrededor del dedo.

—Ya está —susurró.

Marco no podía dejar de mirarla. Aquello había sido muy extraño y más viniendo de ella. Además, le sorprendía que no hubiera ni un ápice de vergüenza en su rostro, sino que seguía

impasible como era su tónica habitual. No podía articular palabra. Los minutos pasaban y ninguno decía nada. Sentía que aquello había sido muy sensual, a pesar de la sangre y de que le había alterado hasta el punto de que su corazón bombeaba con fuerza. No sabía si darle las gracias o reprenderla por hacerlo, pero ninguna de las dos opciones le convencía. Finalmente alcanzó a decir:

—No debías de haber hecho eso… —que era una frase un tanto ambigua en la que no quedaba claro si le manifestaba su reparo o le agradecía el gesto. Ni él mismo sabía cómo se sentía.

—¿Por qué no? —le contestó en un tono pausado y nada agresivo como el que solía emplear—. La saliva es el mejor remedio ante pequeñas heridas. Lo hacíamos de niños, ¿o tú no?

—Pero… lo podía haber hecho yo…

Sanela se inclinó, acercando su cara muy cerca de la de él, y añadió:

—Pero lo he hecho yo.

La tenía tan cerca que Marco creyó que le iba a besar, y en décimas de segundo, sus sentimientos fluyeron alocados entre las ganas de que aquello ocurriera y el miedo a que pasara. Sanela se retiró, volviendo a su posición erguida, y torció la boca de medio lado. Marco ya tenía claro que era su forma de sonreír y que esa sonrisa se la provocaba él mismo. De alguna forma, Sanela había sido capaz de ver que él se había quedado con ganas de recibir aquel supuesto beso.

—Levántate —dijo en tono neutro totalmente carente de emociones—. Vamos a repartir estos papeles ahora que estarán todos en el comedor, y si no los has arruinado con tu sangre.

Se levantó sin mediar palabra y la siguió para salir del despacho. Ella llevaba las hojas y con el reverso de la manga iba limpiando las gotas de sangre que habían caído. Salieron de la unidad y recorrieron la explanada en silencio. La cabeza de Marco era como una bomba a punto de estallar. Empezaba a comprender que estaban ocurriendo cosas inesperadas en sus sentimientos y no daba crédito. En ningún momento anterior se había planteado, ni por asomo, que aquella mujer lo pudiera atraer, pero tenía que admitir que habría recibido con ganas su beso. Habría sido como cruzar una frontera prohibida, como traspasar el muro que

parecía que la envolvía y poder descubrir lo que había dentro de él. Y sentía que aquello, descubrir a la verdadera Sanela, ahora le creaba un interés que jamás pensaba que hubiera podido tener. ¿Debería decirle algo a pesar de todo, debería indicarle que no tenía ninguna intención de que pasara algo entre ellos? Sin embargo, se sentía muy nervioso. Aún no se le había calmado el corazón y temía que lo que pudiera decir en ese estado no sería lo adecuado. Tenía que pensarlo tranquilamente, en su cuarto. Lo dejaría pasar de momento. La veía caminar a su lado, ligeramente adelantada y hubiera pagado por saber lo que pensaba. Quizás aquello era totalmente insignificante para ella, quizás era algo común en su país, o quizás también estaba nerviosa, pero, desde luego, no lo aparentaba. De reojo intentaba verle el rostro, pero lo poco que se vislumbraba a la luz de las farolas del recinto no trasmitía ninguna de las posibilidades. Se la veía tranquila, con la mirada al frente y en su mundo.

Cuando llegaron al comedor, la mayoría había terminado de comer y limpiaban los cacharros por turnos. Al verlos entrar, Femi se fijó en el rostro completamente pálido de su amigo e imaginó que habrían discutido. Intentando averiguar un poco más, le hizo una señal con la mano para que se fijara en él:

—Te hemos dejado algo de comida. No mucha, pero algo. Y a ti también, Sanela.

Marco se le acercó y se dejó caer en la silla de al lado.

—Creo… creo que no tengo hambre —balbuceó.

Femi lo miró con sorpresa y se dio cuenta de que tenía la mirada perdida. Él apoyó los brazos sobre la mesa y entrelazó sus manos. El londinense vio el pañuelo en su dedo y se lo señaló, susurrándole:

—No me digas que habéis llegado a las manos —bromeó.

Marco iba a responderle cuando Sanela comenzó a hablar en tono fuerte:

—Escuchadme un momento todos—. Esperó unos segundos para comprobar que había captado su atención, y continuó—: No sé si sabréis que hay un virus que está azotando de forma inesperada a China —e instintivamente miró a Shui que asintió con un ligero movimiento de cabeza—. Ya se han detectado varios casos en Europa y algunos sin importancia en EE. UU. y el

resto del mundo, por lo que la organización me ha pedido que establezcamos un protocolo de actuación donde os he escrito brevemente los síntomas que provoca el virus. Es altamente contagioso, así que leedlo cuidadosamente y estad prevenidos. No os digo aquello de «¿alguna pregunta?», porque no tendría ninguna respuesta que daros. Si recibís algún paciente con alguno de los síntomas que he resumido en el papel, informadme inmediatamente. ¿Hay algo de comer? —dijo pasando directamente de un tema al otro.

Mucho más tarde, Marco daba vueltas en la cama sin poder dormir. Se había dado cuenta de que aquello podía ser el comienzo de algo que no debería ocurrir bajo ningún concepto. Y no hablaba de ella, de Sanela, porque tenía serias dudas de que tener algo con él fuera su intención. Era muy probable que lo estuviera interpretando mal. Se estaba preocupando por sí mismo, por lo que estaba sintiendo, por esa excitación que le había provocado cuando ella puso sus labios en su mano, y porque ya no sentía que fuera solo su jefa malhumorada y antipática, sino que empezaba a ver en ella cualidades en las que antes no se había fijado y que le atraían. Y quería borrar esa nueva forma de mirarla, de considerarla, pero no podía. De hecho, no estaba durmiendo por ello. Se decía a sí mismo que era demasiado pronto para opinar o tomar decisiones, pero eso no lo consolaba. Aquello no debía de llegar a más, tendría que impedirlo de alguna forma, no solo por él, también por Nieves. Sobre todo, por ella.

Desde que se habían casado no le había sido infiel y no le había costado demasiado esfuerzo. Ella lo llenaba y no necesitaba más. Por supuesto que se había encontrado con más de una oportunidad de hacerlo, en el trabajo, por ejemplo. Algunas compañeras no habían tenido reparos en insinuarse o, incluso, proponérselo abiertamente, aunque solo había ocurrido en una ocasión. Antes de casarse, cuando la cosa no era demasiado seria y no sentía ese deber moral, sí se había acostado con otras. Algo esporádico y que estaba seguro de que no habría llegado más lejos. Como con Ana, su amiga, con la que, en algunos de sus encuentros, se había dejado llevar y habían recordado viejos tiempos en la cama. Hacía ya mucho que no se acostaba con nadie que no fuera Nieves y no lo echaba de menos. Por eso eran aún más extrañas las imágenes que comenzaban a aparecer en su mente. Rememoraba la escena y después de decir aquel «pero lo he hecho yo», imaginaba que se acercaba y lo besaba y el solo pensamiento lo excitaba y le entraban más ganas de que se produjera de verdad. Eso no podría ser. Tendría que buscar la

forma de contenerse. O de contenerla si se diera el hipotético caso.

Pensó en su padre. ¿Le habría sido infiel a su madre? ¿Cómo se habría sentido si lo hubiera sido? ¿Lo sospecharía su madre? Ella le había contado que la conquistaba cada vez que volvía. Quizás eso significase que estaba molesta porque se lo imaginaba, pero que luego él la compensaba de alguna manera. O simplemente significaba que lo amaba. Lo que sí tenía claro era que su padre se llevó su secreto a la tumba, porque, aunque sabía que a él nunca se lo iba a contar, como su hijo que era, cuando se jubiló, la relación entre los dos era normal y tanto a su padre como a su madre se les veía felices. Salían juntos a dar paseos, viajaban, y habían mantenido la complicidad hasta que falleció, dejando sola a su madre una vez más, en un viaje sin retorno. Recordó una de las conversaciones que tuvo con su padre cuando acababa de aprobar el MIR y a punto de comenzar a trabajar. Su padre tenía la virtud de no extenderse demasiado cuando hablaba, iba al grano, decía lo esencial y sus palabras nunca parecían consejos, sino una charla entre amigos.

—Marco —le dijo—, así como ya sabes distinguir lo que está bien y lo que no, también deberías tener muy claro lo que de verdad importa. Y no solo porque ahora vas a empezar a trabajar, sino para todo en general. En el ámbito laboral, quizás te encuentres con jefes ineptos o compañeros canallas, pero lo importante es que hagas bien tu trabajo, que salves vidas o que consigas mejorarlas. Así que un mal jefe no puede hacer que falles en «lo que de verdad importa». ¿Me sigues? Es parecido al amor y a la familia. Eso es lo que de verdad importa y lo que tienes que conservar y cuidar. O con los amigos, los de verdad. No empieces batallas que no merezcan la pena. Un amigo te podrá fallar en algo, pero si en lo esencial siempre está ahí, olvídate de que erró en lo que era menos relevante. Podrás hacer todas las cosas que quieras sin que eso afecte a lo importante.

Aunque eran palabras que evidenciaban lo que ya sabía y a las que, en aquel momento, no dio más importancia, ahora venían a él con una nueva perspectiva. Estaba completamente seguro de que lo importante de su vida era su familia y eso lo iba a proteger con todas sus fuerzas. Su familia era intocable. Y no haría nada que la perjudicara. Si se mantenía segura, si nada pudiese dañarla, él podría dedicar un tiempo a lo que no era primordial, a lo secundario. Y quizás, Sanela, era una de esas '*cosas*' que, de verdad, no importaban.

14

Sanela

A veces me canso de estar siempre a la gresca con todo el mundo, aunque sé que es el papel que hace muchos años decidí interpretar porque de esta forma sé que me protejo. Ni me interrumpen, ni me contradicen, ni, mucho menos, me aconsejan. Pero cansa, te aseguro que cansa. Es como estar sujeta por una cuerda y saber que no puedes ir más lejos de lo que te permite el largo. A veces, por la posición del palo que hay en el otro extremo o porque quitas una vuelta enredada, puedes avanzar un paso más lejos, quizás dos, y la sensación de libertad te golpea en la cara, pero… pero es absolutamente engañosa y vuelves a darte cuenta de que estás atado. Y sabes que es imposible deshacer el nudo.

En alguna ocasión, muy rara vez, cuando sueño, y no son las pesadillas habituales, me aparezco riendo. No una pequeña risa, sino a carcajadas. Y disfruto del momento, me siento tan a gusto que no quiero despertar. No recuerdo haber vivido despierta esa sensación. Es triste. Otra cosa más.

Con Marco me relajé, eso lo sé, y no por lo que le hice, no por chupar la sangre que emanaba de su herida. Eso fue una provocación, o, mejor dicho, una prueba a la que lo sometí para valorar su nivel de resistencia. Le faltaba poco, no estaba aún dispuesto, pero por muy poco. Eso lo sé, no me preguntes cómo, pero lo sé. Cuando me relajé fue hablándole de las funciones de mi trabajo y cuando le dije que estaba harta. Él no se daría cuenta, quizás pensó que era un comentario normal entre amigos, no sé, pero ni se imagina lo excepcional que es en mi mundo que yo le comente a alguien cómo me siento con algo. Con el trabajo, en este caso. Y que, por supuesto, no es mi amigo. Nadie lo es.

Hay otra cosa que me tiene preocupada, mucho más que el virus ese, y es una de las funciones que se me encomendaron, esa en la que se habla de la gestión, definición, actualización y cumplimientos del Plan de Seguridad. Me temo que no voy a ser capaz de garantizar la seguridad de mi gente tal y como están las cosas. Me siento superada por la situación y sin nadie con quien compartir estos miedos. Ni mucho menos. Y a los hechos me remito: lo que ocurrió poco después me hizo replantearme ya no mi traslado, sino directamente presentar mi dimisión. Y aún sigo

dándole vueltas al asunto, pero se dan dos circunstancias: no sé a qué me dedicaría si dejo esto, lo cual, tampoco me importa demasiado, y, además, el problema no sería a qué me dedicaría, sino, dónde viviría y de qué; y el otro, que los de la central no me van a dejar. Y no por ser yo alguien especial y tremendamente competente, no. No me dejarán porque no será fácil encontrar un sustituto, casi imposible tal y como están las cosas.

Teníamos que recoger el material del centro que habíamos tenido que cerrar. Pronto entrarían en él y ni podíamos permitirnos el lujo de perder los aparatos, ni podríamos ayudar a que nuestro material se convirtiera en un objeto más de luchas entre bandas por hacerse con él y comercializar después. Sé que habían tomado la precaución de cerrarlo con llaves, pero solo era cuestión de tiempo que derribaran las puertas y se hicieran con todo. Y mi dilema era, ¿a quién llevaba? ¿Podría garantizar la seguridad de los que se ofrecieran? Sabía que no y me resistía a hacerlo, pero no quedaba otro remedio. Por supuesto que primero pensé en la policía, les llamé y les pedí que nos acompañaran a recoger el material, que nos custodiaran en el proceso, pero siempre me decían que estaban ocupados y lo posponían, por lo que deduje que no iban a mover un dedo por nosotros, unos extranjeros. Tampoco querrían pronunciarse con las bandas, que algunos serían incluso sus familiares, y solo intervendrían en casos de necesidad absoluta y siempre por su gente. Lo hablé con la central, no se podían creer que la policía no ayudara, me dijeron que lo intentarían desde arriba, pero ellos tampoco parecía que obtuvieran el éxito esperado y los días pasaban y no me quedó más remedio que hacerlo nosotros mismos. Si hubiera podido ir sola, lo hubiera hecho sin dudar, pero era imposible. Se necesitaba fuerza para cargar con las máquinas y más de una persona para hacerlo todo en el menor tiempo posible. Así que lo propuse una noche, uno o dos días después de eso que pasó con el español. Fui clara, dije que podría ser peligroso y que me acompañaran solo los que estuvieran dispuestos a afrontar el riesgo. El estúpido de Marco fue el primero en ofrecerse, no sé si para demostrarme su valentía o porque es tonto directamente. Para este tipo de cometidos es mejor que vayan personas solteras, sin demasiadas responsabilidades y había muchas más opciones, así que no lo entendí, pero me cuidé mucho de contradecirlo, no quería que nadie se pensara que me importaba más que el resto. Femi se apuntó también, y yo creo que sintió que debía acompañar a Marco, ya que juntos habían ido a lo del contable. Jean-Paul y Shui completaron la lista.

Al día siguiente, aprovechando la hora de la comida, cuando la mayoría estaría en sus casas, nos fuimos en la furgoneta más grande que tenemos. La conducía Junior, otro de los conductores y el que más antigüedad tenía en el hospital. Cuando llegamos, parecía todo despejado, pero por prudencia nos mantuvimos más de un cuarto de hora sin salir del auto, para ver si se producían algunos movimientos que queríamos evitar. A Shui le encargué que se ocupara de recoger todas las medicinas que encontrase, pues era muy fácil traficar con ellas. El resto de material para las curas, que lo dejara donde estaba. Lo que más urgía eran dos camillas, el equipo audiométrico, la cabina, y otros aparatos más pequeños como el espirómetro, el equipo de control de visión, los de reanimación cardiopulmonar básica y otros varios. Había hecho una lista por orden de prioridad y teníamos que empezar a cargar en ese orden. En caso de que pudiéramos seguir, ya meteríamos todo lo que nos cupiera, que, aunque la furgoneta era muy grande, tenía un límite. Salimos todos y mirando siempre alrededor, nos metimos rápidamente en el centro. Shui, que llevaba una bolsa enorme, fue inmediatamente a los armarios que tenían las medicinas y empezó a cogerlas sin reparar en elegir, incluyendo las que había en una nevera. El resto empezamos con la lista, donde lo primero era la cabina. Pesaba mucho y necesitábamos más de dos personas. En el tercer viaje, cuando nos quedaba más o menos la mitad del trabajo, en el momento en que terminábamos de meter varias bolsas con aparatos menores, oímos el primer disparo. Shui estaba dentro del furgón intentando hacer un *tetris* para que todo encajara. Los cuatro restantes estábamos fuera, cargando. El disparo nos alertó a todos que, instintivamente, nos encogimos y protegimos con las puertas del furgón. Hubo una pequeña confusión porque unos decían que el tiro venía de una dirección y otros de la opuesta, pero el siguiente nos sacó de dudas, cuando se empotró en una de las puertas, la que teníamos a nuestra izquierda, que se cerró con el impacto, chocando con nosotros. La pudimos parar.

Mentalmente valoré si seguir con la mudanza o terminarla ahí y no tuve duda de que ya habíamos hecho lo suficiente, habíamos recuperado lo principal del material. Todos gritaron, oí que decían «cuidado», «agáchate», «¿qué hacemos?», y mucho más. Me pareció oír de fondo la voz de Junior que gritaba algo que no alcancé a entender. Les grité que se callaran, empleé toda mi fuerza para hacerme oír, aun a riesgo de que les molestaran mis formas. Efectivamente Junior seguía hablando, pero no le entendíamos. Le dije a gritos que lo repitiese, que no lo oíamos y

entonces provoqué la decisión de la que me arrepentiré toda la vida. Él se había mantenido todo el tiempo al lado de la furgoneta, vigilando, mientras nosotros íbamos y veníamos. Se acercó para decirnos lo que quisiera decir y, cuando ya vimos sus pies por debajo de la puerta, sonó otro tiro que le alcanzó de pleno, en la cabeza. Eso lo vimos después, ya que en ese momento solo supimos que le habían dado, porque su cuerpo apareció por debajo de la puerta al caer.

Jean-Paul y Femi se quedaron paralizados y este último emitió un grito que aún mantengo en mis tímpanos. Marco, que era el que más cerca estaba, vio horrorizado al hombre y, acto seguido, se miró el pantalón a la altura de la espinilla, salpicado de sangre. Yo le toqué en el hombro para que me dejara examinar el daño, pero me apartó bruscamente gritando que no era su sangre. Se tiró al suelo para intentar coger el cuerpo del conductor, yo les dije a los otros que vigilaran por si por el otro lado venía alguien. Consiguió alcanzar la pierna de Junior y tiró con fuerza. Cuando lo tuve a mi alcance, le ayudé a tirar y pudimos deslizarlo hasta tenerlo con nosotros, detrás de la puerta. En ese momento nos dispararon de nuevo y una de las balas debió de rebotar con el filo de la puerta y alcanzó a Femi en el brazo. Gritó, pero al ver que me iba hacia él, me quitó la idea, diciéndome que era solo un rasguño. El español miró a su amigo para comprobar que estaba bien, y este alzó el dedo hacia arriba, aunque su rostro expresaba el dolor que sentía. Le tomó el pulso a Junior y vio que aún tenía, aunque con el daño que le había producido el disparo, pocas esperanzas nos despertaba. Entre los tres lo subimos al furgón donde Shui lo arrastró al interior. Luego ayudamos a Femi, que se apretaba el brazo con la otra mano. Todos estaban muy asustados y he de reconocer que yo también. Estaba totalmente hundida por haberlo provocado, me sentía muy culpable. No quería que nadie más resultara herido.

«¡Vámonos!», les espeté, e inmediatamente Marco se dispuso a dirigirse a la parte delantera para poder conducir. Supongo que ni lo pensó, que solo tenía la intención de sacarnos de allí, pero no se le ocurrió mejor cosa que ir por el lado del conductor, el más cercano para alcanzar el volante, justo por donde habían disparado a Junior. Todo ocurrió muy rápido. Me di cuenta de la dirección que tomaba, y, con todas mis fuerzas, le agarré la pierna haciéndolo caer todo lo largo que era. Acto seguido se oyeron varios disparos más y, como un acto reflejo, me tumbé sobre él, aunque mi cuerpo no consiguiera taparlo por completo. Con mis brazos, me cubrí la cabeza. Aquello me recordó a mis

padres, ¿cómo no?

Ahora lo pienso y me doy cuenta de que el instinto de supervivencia es mucho más fuerte que cualquier toma de decisiones que hayas acordado previamente. Si yo ya había decidido no seguir, ¿qué mejor forma de hacerlo entonces? Pero yo no puedo controlar el instinto, nadie puede.

Oí que Marco me gritaba que qué hacía y yo le llamé «estúpido» de malas formas. «Por el otro lado», creo que le grité. A pesar de que seguían los tiros, era difícil apuntar a ras del suelo desde la distancia desde la que disparaban, así que nos libramos por poco. Sin quitarme de encima, comenzó a reptar para atrás, para intentar levantarnos al amparo de las puertas que nos estaban salvando la vida. Nos pusimos de pie ayudados por Jean-Paul y le oí decir que tenía razón, e incluso me dio las gracias, cosa que me pareció todo un detalle.

Como siempre me pasa, yo estaba en dos sitios a la vez. En ambos, la angustia por Junior estaba presente, eso no me abandonó en ninguna de las dos Sanelas, pero la de dentro, por muy banal que parezca, estaba recreándose en la proximidad del cuerpo de Marco, de nuevo en su olor, me hubiera quedado así mucho más tiempo. Por el contrario, la Sanela del exterior quería irse de allí lo antes posible, poner a salvo a su gente. Decidimos que el español fuera por el otro lado, entrara por la puerta del acompañante y cogiera entonces el volante. Como no sabía el camino de vuelta al hospital, decidí acompañarlo. Antes, les indiqué a Femi y Jean-Paul que desde dentro de la furgoneta cerrasen las puertas, cuando ya nos hubiéramos ido. Contamos hasta tres y empezamos toda la operación. Marco comenzó a andar y me cogió la mano, apretando con fuerza para que no me separase del furgón. Nada de eso era necesario, pero me dejé llevar. Lo más difícil era sobrepasar la puerta derecha, pues era cuando más expuestos estaríamos. Con decisión, le vi pararse un segundo y dar después dos zancadas tan grandes y rápidas que me vi literalmente arrastrada y a punto de perder el equilibrio, pero su brazo era tan firme que lo hu- biera impedido. Llegamos a la puerta de delante, que abrió, y me pidió que, al subir, nos agacháramos. Quise conducir yo, a lo que se negó con rotundidad. Pensé que ya hablaría con él sobre su insumisión, porque en las batallas, yo era la que mandaba y no podía permitir que no me obedecieran. Con el furgón cerrado y sin posibilidad de mandarlo atrás, accedí a su orden, resignada.

Subió totalmente agachado, sin soltarme la mano, y tiró de mí para que me subiera a su lado. Cuando me vio más o menos segura, y a los pies del asiento del acompañante, me soltó la mano y cerró la puerta asegurándose de echar el cerrojo. Luego reptó hasta el otro asiento, y, tumbado como podía, arrancó por fin la furgoneta mientras oímos nuevos disparos. «¡No salgas!», me gritó, «Cuando nos alejemos, me dices». Aún no sé bien por qué le hice caso. Quizá para no dañar su orgullo y que se sintiera fuerte… casi no me reconozco actuando así, la verdad… Salió con tanta velocidad que por un momento temí que pudiera volcar, pero Junior había tomado la precaución de, al llegar, dejarla en la dirección de la salida. Pensé en los tumbos que estarían dando los demás dentro del furgón y esperé que no se estuvieran haciendo demasiado daño. En cincuenta metros ya estábamos en una calle mucho menos expuestos. Salí de mi escondrijo, me senté en el asiento y empecé a indicarle. De reojo lo miré. Tenía varias manchas de sangre por la cara, probablemente por haberse llevado las manos después de haber rescatado a Junior. El pelo volvía a estar un poco largo, no mucho, pero lo llevaba cubierto de polvo. Su expresión era de preocupación máxima, no me atreví a decirle nada más que no fueran las indicaciones del camino. Imaginé que no habría vivido muchas situaciones de este tipo y estaría asimilándola. Sentí pena, incluso estuve a punto de cogerle de la mano con la que manejaba las marchas, pero, por supuesto, me contuve.

Al llegar al hospital, aparcamos de cualquier forma delante de la entrada y ambos nos bajamos para abrir las puertas a los demás. Todos estaban en el suelo sentados, probablemente habría sido imposible aguantar el equilibrio de pie. Shui tenía la cabeza de Junior en su regazo. Nos miró con pena. Había fallecido. Marco, apoyado con un brazo en la furgoneta, dejó caer la cabeza al pecho exclamando un «joder» en su idioma. Yo también me quedé callada. Perder a uno de los tuyos era no cumplir con tus obligaciones, era no dar la talla para el puesto que ocupabas, era fracasar una vez más. Fue entonces cuando pensé en dimitir.

A Junior lo llevamos directamente al depósito de cadáveres y a Femi lo acompañó Shui a la enfermería. Pedro, Rose y otros se acercaron. Les informé de la operación y del fallecimiento del compañero. Pedro se acercó a Marco, le dio un fuerte abrazo, que este agradeció y correspondió con la misma intensidad. Me pareció un gesto muy humano y bonito, pero al mismo tiempo me volvía a sorprender de mí misma. No pensaba que aún tuviera la capacidad de apreciar lo bueno de las personas. El español tenía

los ojos húmedos, si seguían, se iba a echar a llorar y yo no quería presenciar la escena. Dije, brusca, como siempre, que me ayudaran a vaciar el furgón. Se unieron varias manos para hacerlo en el menor tiempo posible. Finalmente habíamos recuperado mucho material, aunque dábamos por perdido al resto, que, sin duda, se quedarían los que nos habían disparado.

Cuando terminamos, me dirigí a mi despacho o, más bien, a aquella sala que había hecho mía, y me dispuse a llamar a la central para informarles de lo acontecido. Se tomaron la noticia con preocupación. Aunque planteé la idea de presentar mi dimisión, aquel hombre, que ya me conocía bien, no me dejó continuar y cortó dándome el pésame y felicitándome por haber recuperado buena parte del material.

Mucho después, tras ducharme, picotear algo y estar un rato en mi habitación, decidí salir a que me diera el fresco, que era un decir, porque la temperatura no refrescaba ni un poco. Necesitaba fumar un cigarro. Las emociones del día me tenían alterada también a mí. Me encontré a Femi y Marco sentados en el porche. Se estaban haciendo muy amigos. Ambos estaban cabizbajos. Sería la tónica general durante unos días. Perder a un compañero es de las peores cosas que te pueden ocurrir. Decírselo a su familia es aún peor, y eso ya me había tocado a mí. Me pregunté si el día en el que yo faltara alguien sentiría el mismo dolor que ahora veía en sus ojos. Imagino que no. No me he hecho querer.

Cogí una silla y me senté con ellos. El inglés llevaba el brazo vendado, le pregunté qué tal estaba. Me contestó que bien, que no había sido nada, que, comparado con el pobre Junior, lo suyo era una tontería. Vi pesar en su mirada, tristeza. Marco estaba igual. Apenas había saludado, estaba derrumbado. Los tres nos quedamos callados. No suelo ser considerada con los demás, ya he dicho varias veces que me da igual todo, pero en ese momento pensé que ya habrían tenido suficiente y que preferirían estar a solas, así que me levanté dispuesta a irme. Oí al español, que me preguntó:

—¿Dónde vas? ¿No te quedas un rato con nosotros?

—Creo que preferís estar mejor solos a que yo os incomode —le respondí, y acto seguido me maldije por ser tan tonta y dar una respuesta tan parecida a una queja o a una reclamación de cariño, que no necesitaba en absoluto.

—No, quédate. Tú también debes de estar machacada. Dame un cigarro, por favor —me pidió Marco.

Me acerqué, se lo puse en la boca y lo encendí. Luego volví a sentarme en la silla y encendí el mío. Realmente estábamos agotados y no teníamos ganas de hablar. De pronto, oímos unos pasos que se aproximaban apurados. Después, a la luz de las farolas, pudimos ver que el que venía acelerado y con mucha preocupación era Didier, el administrador, la razón por la que Femi aún seguía en Haití. Normalmente era muy altivo y un poco chulo, sabedor de lo guapo que era, pero esta vez traía el rostro descompuesto.

—¡Femi! Me acabo de enterar y he venido inmediatamente, ¿cómo estás?

El aludido torció el gesto simulando un dolor que probablemente no sentía y le contestó que le molestaba mucho. Yo me reí interiormente, era una respuesta muy distinta de la que me había dado a mí. Se estaba dejando querer y aprovechaba el interés del otro en su propio beneficio. Marco me miró y sonrió con complicidad. Yo le devolví el gesto o eso intenté. Aquellos dos se cruzaron varias frases más en un tono bastante acaramelado, que me repugnó. Finalmente, Didier le aconsejó que descansara y le acompañó a su habitación. Femi se prestó sin oponer resistencia. Marco y yo nos volvimos a mirar, ambos sabíamos a qué llamaban descansar. Él me sostuvo la mirada y yo le correspondí. Estuvimos varios minutos mirándonos en silencio y entonces comprendí lo que él quizás aún no sabía. Entendí perfectamente que sería esa noche, que él tampoco opondría resistencia. Ya no.

15

Nieves

Nieves miraba por la ventana y aún no daba crédito a todo lo que estaba pasando. El paseo de la Castellana, una de las calles más transitadas de Madrid que dividía la ciudad en dos, aparecía desolado. Solo cada cierto tiempo pasaba al- gún taxi. El gobierno había decidido confinar a la población por el aumento de casos del coronavirus y era un hecho sin precedentes, o, al menos, que ninguno recordaba. No podía dejar de mirar y de asombrarse. De vez en cuando, alguien pasaba caminando, pero lo hacía con prisas.

Llevaba casi quince días de cuarentena tras haber dado positivo. La escena le seguía sorprendiendo como el primer día de encierro y le atraía hasta el punto de que pasaba horas mirando por la ventana o saliendo a la terraza. Lo había pasado mal, pero no por la enfermedad, que, al fin y al cabo, solo se había manifestado en un pequeño constipado y dos días con décimas. Había tenido suerte. Lo que le había hecho sentirse fatal era la soledad. Echaba muchísimo de menos a sus hijas, con las que hablaba diariamente, pero se alegraba, por otro lado, de haberlas mandado a casa de su suegra, aunque ya dudaba mucho de que fuera solo para un par de semanas, aquello se podría alargar mucho más. Rosario estaba encantada de tenerlas, incluso ella sola, sin asistentas que fueran a ayudarla, y con las niñas sin colegio. Nieves la entendía porque imaginaba que, absolutamente sola, hubiera sido muy duro, como también lo estarían miles de ancianos esos días. Además, si daba negativo en la próxima prueba, volvería al trabajo y no tendría con quién dejarlas. Sus jornadas se podrían alargar mucho más de la cuenta. Carlos le había contado que el hospital se había convertido en un auténtico campo de batalla. Los ingresos se habían desbordado, tenían la UCI completa desde hacía días y la habían tenido que ampliar usando la mitad de los quirófanos. Las operaciones rutinarias se habían suspendido. Casi todos los días caía un compañero infectado, no había trajes EPI para todos y tenían que confeccionarlos manualmente, en ocasiones con bolsas improvisadas.

Ese día había ido en su coche al hospital a primera hora

para hacerse de nuevo la prueba y aún esperaba los resultados. Había sido una experiencia extrañísima recorrer las calles vacías. Incluso algunas que habitualmente eran muy concurridas, estaban desiertas. Solo se había cruzado con uno o dos coches. En el hospital ya era otra cosa, el movimiento era constante. No se había acercado a la UCI, solo al laboratorio, para hacerse la prueba y salir cuanto antes. Y ahora miraba las horas pasar esperando una llamada que no llegaba. Le había pedido a Carlos que se enterase de su resultado y la llamara inmediatamente. La situación, esa espera, le resultaba familiar. Le recordaba a otra espera igual de mala o, quizás peor, en aquel pueblo de La Alpujarra.

Después de aquella noche terrible, Nieves lo había pasado muy mal. Fatal, en realidad. Poco a poco recordaba más escenas y no se reconocía en aquella mujer entregada al placer. Ella no era así, no sabía cómo había ocurrido. Mucha culpa la tuvo el vino y, más, la marihuana, que al final no fueron solo dos caladas. De nuevo, se encerraba en casa cuando salía de trabajar y no había vuelto a ver a nadie del grupo, ni Sergio había acudido a su casa, lo cual era un alivio. Ya no tenía ningunas ganas de verlo, a pesar de que era consciente de cómo la atraía.

Una mañana, cerca del mediodía, apareció Miriam en el centro de salud. Al verla entrar, su primera intención fue que la atendiera su compañero, pero este estaba ocupado con una señora que no paraba de hablar. Ella estaba libre y sin excusa ante las administrativas que daban cita. Miriam corrió hacia ella y le dio un efusivo abrazo, lo cual extrañó a Nieves porque nunca la había visto tan cariñosa.

—¡Qué bien que te encuentro! —le dijo—. Vengo por la revisión de la que me hablaste. Sé que todo va a salir bien, pero quizás haya algo que me tenga que tomar en mi estado.

—Bueno, en tu estado siempre mandan ácido fólico y, si lo necesitas, hierro, pero habrá que hacer primero una analítica—le explicó Nieves mientras pasaban a su consulta y le pedía que tomara asiento.

—Nooooo… me refiero a lo otro.

—¿Qué otro? —preguntó con extrañeza, no tenía ni idea de

a qué se refería.

—¿No te lo he dicho? —la joven dudó y pareció que, de pronto, tenía reparo en hablar de aquel asunto. La doctora esperaba impaciente. No sabía por dónde le iba a salir y estaba deseando que se fuera y no tener más contacto con ellos. Hasta se avergonzaba de sí misma al mirarla, temía que pudiera decir algún comentario de aquella noche. Miriam era una chica claramente inmadura y no parecía demasiado inteligente. Podría tratarse de cualquier cosa.

—Bueno… la verdad es que creía que te lo había contado, por eso de que eres médico, aunque ahora que lo pienso, no lo sabe mucha gente—. Volvió a quedarse en silencio y después de un rato, continuó—. ¿Sabes por qué soy feliz aquí con mi grupo?

—No, no lo sé —se empezaba a desesperar Nieves.

—Pues porque nunca me han rechazado ni cuestionado, cosa que siempre me había pasado en mi familia y en mi ciudad. Soy de Pamplona, ¿sabes?, y me vine buscando una vida mejor. Y es lo que tengo ahora. Ellos me aceptan y no ponen ningún reparo, aunque les haya dicho que estoy enferma.

—¿Enferma? Se te ve rebosante de salud. ¿Cómo que enferma?

—Yo… yo se lo he dicho, y ellos me han aceptado. Es verdad que… bueno… que nunca me han preguntado de qué estoy enferma… Suelo ir a Lanjarón a por mis medicinas y así no pueden verme…

Nieves estaba muy intrigada y las vueltas que estaba dando le empezaban a poner nerviosa. Lanjarón era el primer pueblo a la entrada de La Alpujarra granadina y estaba a unos nueve kilómetros. ¿Qué medicinas podría encontrar en ese pueblo que no tuvieran en Órgiva? Hacer el camino a pie era un poco duro. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue que tuviera alguna enfermedad mental y que algún médico de allí se lo estuviera controlando.

—Venga, Miriam, dime qué es lo que tienes. Te recuerdo que soy médico y, si tienes miedo de que se enteren los demás, por mí no lo sabrán.

—Bueno, vale. Te lo diré a ti. Hace dos años me detectaron

sida y desde entonces, me tengo que medicar. Al principio lo pasé muy mal, mis amigos me rechazaron, y fue cuando… —se interrumpió al ver la cara de Nieves. Había estado hablando con la mirada fija en sus manos sobre la falda y cuando la alzó para ver si la estaba escuchando, se encontró con una mujer paralizada, con expresión de horror—. ¿Ves? —le reprochó con un mohín de enfado—. Esa es justo la cara que ponían mis amigos y no quiero verla nunca más. Creía que eras médico y distinta—. Y se levantó haciendo el ademán de irse.

Nieves, con un rápido movimiento, la agarró de la mano y la obligó a sentarse. La joven cayó bruscamente sobre la silla.

—Pero ¿qué haces? ¿No ves que estoy embarazada? Me has hecho daño —protestó.

La doctora casi no podía articular palabra. Aquello no es que la hubiera sorprendido. Aquello la estaba horrorizando. Sus ideas fluían a tal velocidad por su mente que necesitaba calmarse y digerir que ella también podría estar contagiada. ¡Esta chica parecía estúpida! No, no lo parecía. ¡Lo era! ¿Cómo explicarle la irresponsabilidad que estaba haciendo día a día? ¿Con cuántos de ellos se habría acostado? ¿Cuántos tendrían el virus? Y lo peor de todo: ¿lo tendría ella también? Tomó aire y aunque le temblaban las manos, se detuvo en utilizar las palabras adecuadas para intentárselo explicar.

—Yo no te estoy rechazando. Estoy alucinando con tu inconsciencia. ¿¡No te das cuenta de que has podido contagiarlos a todos!? —dijo sin poder dejar de elevar el tono en la última palabra.

—¿Contagiarlos? ¿Por qué? Nunca compartimos jeringas porque la mayoría no las utilizamos. Solo dos…

—¡Pero es que hay otras formas de contagio! ¿No las sabes? —gritó Nieves empezando a comprender que aquella chica podría tener algún tipo de retraso.

—Bueno, sí… con el sexo duro, pero el nuestro no lo es. El nuestro es tántrico —dijo esbozando una sonrisa orgullosa.

«Tú eres tonta», pensó Nieves poniendo los ojos en blanco, pero decidió no seguir por ahí, regañándola no iba a conseguir ningún efecto, solo su huida y que no la volviese a ver.

—A ver, Miriam, no solo es con el sexo duro… Has podido contagiar a todos —«¡Y a mí también! ¡A mí!», volvió a pensar nerviosa—. Vamos a hacerte una analítica y les tendrás que decir que vengan a hacérsela y nunca, ¡nunca más! te acuestes con ellos sin condón. ¿Me entiendes?

—¡No les voy a decir nada! ¿Quieres que me rechacen?

La doctora se levantó enfurecida, aunque intentaba disimular. Abrió la puerta y le dijo a la administrativa que avisaran a la ATS de que iba a sacarle sangre a una paciente. Luego volvió a entrar y le dijo:

—Vamos a hacer la analítica, Miriam, y a revisarlo todo, pero hay que decirles a los demás que tienen que venir.

—¡Te he dicho que no!

—Les podemos decir que tienes otra cosa, hepatitis o algo así, y que hay que verlos.

Miriam parecía que lo valoraba. Eso de la hepatitis le parecía un nombre bonito y no tan mal sonante como el sida.

—Vale. Eso le diremos. Bueno, puedes venir tú y se lo dices directamente. Hace mucho que no vienes…

«Y menos que voy a ir», se dijo Nieves. En ese momento llegó su compañera y comenzó a preparar a Miriam para extraerle la muestra. La doctora no lo pensó:

—Ahora me sacas a mí también, por favor, quiero hacerme una analítica, que hace mucho que no me la hago.

Ella misma lo enviaría al laboratorio y señaló los valores que tenían que analizar. En los suyos, adornó la prueba del VIH con otras, para no pedir solo la que realmente le interesaba. Antes de que se marchara, le había insistido a Miriam de la importancia de que todos se hicieran las pruebas. Suavizando las palabras, parecía que había conseguido convencerla.

Aquella tarde, cuando terminó de trabajar, decidió darse un paseo. Las horas se le habían hecho eternas y no veía el momento de salir. No paraba de pensar en la posibilidad de que ella estuviera infectada, no había podido dedicar sus pensamientos a otra cosa. Estaba tan asustada que solo era capaz de tener ideas

tremendistas. Pensaba que su carrera terminaría en ese momento si daba positivo y que no tendría más opción que volver a casa de sus padres y dejar que ellos la cuidaran y mantuvieran. También podría morirse, era otra posibilidad, y se imaginó el deterioro que sufriría y el desenlace. Su sentimiento principal era de pavor. Recorrió las calles sin rumbo, sin ni siquiera darse cuenta de que alguien la saludaba. Sabía que las pruebas no llegarían hasta después de quince días, quizá más, y no quería ni imaginarse cómo iba a pasar todos esos días, horas, minutos, si su cabeza seguía funcionando como lo estaba haciendo desde que Miriam le habló de su enfermedad. Se pellizcó en el brazo. Debía de hacer algo para detener todo aquello, pero iba a ser muy difícil. Se dio cuenta de que su preocupación de hacía solo unas horas, el hecho de haber participado en aquella… ¿orgía?, había pasado a un plano secundario. Ahora ya solo había algo que de verdad importaba, su salud, y era su prioridad y su angustia hasta conocer los resultados.

Al volver una esquina vio a lo lejos, casi al final de la calle, la figura inconfundible de Sergio. No estaba solo. Parecía estar desplegando todos sus encantos ante una chica. Nieves no la había visto antes, pero al estar justo delante del instituto, supuso que sería una profesora, quizás recién incorporada, por eso no la conocía. Se paró detrás de una furgoneta para espiarlos un rato a través de los cristales. Tenía que reconocer que aquello le estaba molestando. Aunque no los oía, podía imaginarse perfectamente el tono, las palabras y los gestos que estaría poniendo Sergio al hablarle. Ella parecía tímida, permanecía casi todo el rato sin abrir la boca y seguía, sin pestañear, lo que le contaba el joven, fuera lo que fuese. Después de un rato de charla, el chico la cogió de la mano con naturalidad y pareció que quería llevarla a algún lugar. Sintiéndose muy ridícula, los siguió. Después de recorrer unas cuantas calles, ya no tuvo duda de que la llevaba al bar. Un poco antes de llegar, Sergio, con un rápido movimiento, se puso frente a la chica. Probablemente quería convencerla de algo, y ella se resistía intentando esquivarlo. En uno de sus giros, el joven la cogió de la mano y se hincó de rodillas delante de ella, en actitud suplicante. Ella echó la cabeza para atrás y Nieves pudo oír su carcajada. Él reaccionó rápido. Se levantó, la cogió con delicadeza la cabeza y le dio un apasionado beso. La joven hizo amago de apartarlo, se notó por sus movimientos, pero rápidamente dejó de oponer resistencia y correspondió al beso. La doctora lo vio claro: acababa de caer en sus redes.

Al verlos, por extraño que pareciera, dejó de tener celos. Fue

como un jarro de agua fría sobre la cara para despertarte de un profundo sueño. Desagradable, pero efectivo. Se vio a sí misma reflejada en aquella mujer y se sintió tan vulgar, tan tonta, tan vulnerable, que solo pudo compadecerse de «la nueva» por la posibilidad de que cayera, como ella misma, en el influjo de Sergio. Creyó, incluso, que debería intentar salvarla, hablar con ella, advertirla, pero desechó la idea rápidamente. La joven tendría su edad, incluso un par de años mayor y ella no era quién para aconsejar a nadie y menos a una desconocida.

En ese momento, como una bombilla que se enciende en medio de pensamientos ciegos, tuvo una especie de revelación: debería irse de allí, renunciar a su plaza y volverse a preparar el MIR, pero, sobre todo, irse de allí. Había estado perdiendo el tiempo, las consultas habituales que tenía no le habían aportado demasiados conocimientos y no soportaba estar bajo la influencia de nadie. Incluso cuando esa influencia estuviera soportada por una atracción muy grande. Dio media vuelta dejando a aquellos dos yéndose al bar e intentó reflexionar más sobre la nueva idea. Ser internista era la especialidad que más le había atraído en la carrera y creía que tenían razón sus compañeras de piso cuando le habían insistido en que volviera a prepararse el examen. Begoña era la que más se lo había dicho y seguía haciéndolo cada vez que hablaba con ella.

Decidió ir a su casa para llamar a un compañero que se había ido a Oviedo a prepararse el examen. Quería conocer cuánto le costaría la estancia y la academia allí y si podría mantenerse esos meses de estudios con lo que había ahorrado. Sería duro, pero tenía que intentarlo y alejarse de allí definitivamente. Volvería a empezar de nuevo, en otra ciudad, fuera de su comunidad, de la que nunca había salido. A medida que lo valoraba y hacía cuentas, más convencida estaba. Ya solo quedaba conocer la prueba, el resultado que podría echar al traste todos sus nuevos planes.

Los siguientes días los recordaba angustiosos, se intentaba distraer con sus pacientes, pero no era suficiente. Todos los días revisaba el correo que llegaba a la clínica con la esperanza de que ya estuvieran los resultados. Mientras, escribió su carta de renuncia y lo comunicó a sus compañeros. Se dio cuenta de que nunca había estado tan segura como con esa decisión.

A pesar de que había perdido la esperanza, sobre el tercer o cuarto día llegaron un par de amigos de Miriam y Sergio. Su

despreocupación era absoluta, hacían bromas continuamente y no eran conscientes del riesgo que estaban corriendo con sus prácticas. Temía el momento en que llegara él, no quería que le volviera a engatusar, ni quería despedirse. Solo quería romper con todo aquello. Pero Sergio no acudió al centro.

Miriam volvió a aparecer por ahí unos días más tarde. Quería saber si ya estaban sus análisis y si habría forma de ver si el bebé estaba bien.

—Tendrías que pedir cita con el ginecólogo. Aquí viene solo dos veces a la semana. ¿Te parece? —le preguntó Nieves.

—La verdad es que me gustaría que solo me vieras tú — se quejó la joven.

—Yo no soy ginecóloga y, además, dejo el centro en breve, me voy de aquí.

—¿¡Cómo!? —preguntó abriendo mucho los ojos—. ¿Cómo te vas a ir? ¡Yo quería que me ayudaras tú con todo esto! Eso no se hace, me parece fatal. Creía que éramos amigas… —protestó. Se notaba que realmente lo sentía, pues los ojos se le llenaron de lágrimas que intentó controlar. Lo primero que pensó decirle Nieves fue que no eran, ni por asomo, amigas, pero se controló porque en su naturaleza no estaba el hacer daño a nadie, y más cuando era tan fácil evitarlo. Dedujo que la sensibilidad extrema que tenía sería producto del embarazo porque no creía que esa chica le hubiera podido coger tanto cariño como parecía. No habían tenido demasiado contacto. Se apiadó de ella y le cogió del brazo diciendo:

—Lo siento, Miriam. Tengo que continuar mis estudios y aquí no puedo. Termino a finales de mes. Pero con el ginecólogo estarás mucho mejor atendida. Luego continuó para cambiar de tema:

—Han venido algunos de tus amigos. ¿Sabes si va a venir el resto?

—Creo que vendrán más, pero no estoy segura. Se ríen de mí cuando les digo que tienen que venir a que les vean la celulitis…

—¿¿La celulitis?? ¿Eso les has dicho? —exclamó Nieves sin saber si reír o llorar.

—Es lo que me dijiste.

—¡No! ¡Te dije hepatitis! He-pa-ti-tis. Te lo voy a apuntar en un papel y se lo enseñas a todos.

—Bueno, da igual… yo sabía que terminaba en «itis».

—No, no lo da—. Cogió un papel y escribió la palabra en letras grandes.

Debió de ser efectivo porque al día siguiente acudió un grupo mucho más numeroso. Fueron pasando de uno en uno y el resto esperó fuera. La enfermera no daba abasto y Nieves le echó una mano avisando al siguiente. En una de esas salidas vio a Sergio que hablaba con uno de los que ya había pasado.

—¡Doctora! —la llamó en cuanto la vio—. Quería hablar contigo —dijo acercándose a ella.

—Ahora no puedo —intentó esquivarlo.

—Solo será un momento —suplicó de tal forma que era difícil negarse.

—Dime rápido.

El joven la cogió delicadamente del brazo y la llevó a una esquina.

—Te he echado de menos, no has vuelto a venir… —y al ver que la doctora ponía los ojos en blanco y resoplaba, añadió—: Lo digo en serio.

—Tú has estado muy ocupado, no creo que me hayas echado de menos —dijo Nieves y enseguida se arrepintió.

—¿Muy ocupado? No sé por qué lo dices, no más que siempre. Me ha dicho Miriam que te vas, ¿es cierto? —preguntó cambiando de tema.

—Sí, lo es. Ya he acabado mi etapa aquí.

Sergio bajó la cabeza con pesar. Parecía que no fingía.

—No sabes cómo lo siento. ¿Puedo hacer algo para que cambies de idea? —preguntó volviendo a alzar el rostro y mirándola fijamente.

—Vamos, Sergio. Acaba de una vez con la farsa. ¿A ti qué más te doy yo? No tenemos nada, no somos nada. Encontrarás sustituta rápidamente—, ironizó sin querer entrar directamente en detalles.

—Claro que tenemos. Una conexión especial. Cada individuo es único y no tiene por qué ser exclusivo. Todos podemos aprovechar lo que nos damos mutuamente. Nadie sustituye a nadie. Quédate, por favor —insistió e intentó acariciarle la cara.

Nieves se retiró bruscamente con enfado.

—No entiendo a qué viene esta pantomima y no tengo más tiempo que perder. ¿Vas a hacerte la prueba?

—¿De la supuesta hepatitis? Los dos sabemos que no es eso. Miriam tiene sida…

—¿Y tú lo sabías? —le preguntó asombrada.

—No, pero me lo acabas de confirmar. Solo lo sospechaba.

Nieves se maldijo. Había caído como una principiante en su trampa.

—Pues si lo sospechabas, eres más despreciable de lo que imaginaba. También sabrás el riesgo que estáis corriendo y en el que me has puesto a mí, ¿no? —dijo muy enfadada, pero en un tono bajo para que no los oyeran los otros.

—La naturaleza es sabia. Nos protegerá, ya verás. No quiero que te vayas. Quédate… —volvió a suplicar agarrándola del brazo.

—No encuentro ninguna razón para quedarme —añadió volviendo a deshacerse de su mano.

—La libertad, la naturaleza, nosotros… hay muchas razones. Nunca vas a volver a disfrutar del placer por el puro placer, de las sensaciones sin preocupaciones, de vivir los momentos… Eso no lo vas a encontrar si te vas. Todo estará hilado con un montón de preocupaciones (hijos, gastos, familia, posición…). Aquí no hay nada más que placer y disfrute de momentos. Y tú me importas. Desde el primer día. Me importas.

Nieves sabía que tenía que irse de allí, sabía que era débil y

que, si seguía oyéndolo, podría hacerle cambiar de idea. De hecho, su proximidad ya la estaba trastocando. Podía olerle de nuevo, ese olor animal que la atraía de una manera salvaje cada vez que lo tenía cerca. Dio un paso para atrás porque sabía que podría volver a caer. Llevó sus pensamientos a su plan, a Oviedo, donde ya la esperaba una habitación en el piso que su amigo había dejado, en la especialidad que quería hacer y en su empeño de no dejarse embaucar por él ni por nadie. Tenía que irse de ahí. Era ahora o nunca.

—No mientas —murmuró—. No intentes engañarme. No te importo nada. Ni tú a mí. Ni siquiera sabes cómo me llamo—. Y armándose de valor volvió a desprenderse de su mano que, de nuevo, la tenía cogida por el brazo y se dio media vuelta hacia la clínica. Justo cuando entraba oyó una voz a su espalda.

—Te llamas Nieves, doctora. Nieves. La reina de las nieves.

El móvil sonó alejándola de sus recuerdos, de aquellos últimos días en La Alpujarra. No pudo evitar dar un pequeño brinco. Metió rápidamente la mano en los pantalones y lo cogió nerviosa. En la pantalla aparecía el nombre de Carlos. Por fin estarían los resultados.

—¡Nieves, estás limpia! ¡Ha salido negativo! —exclamó su amigo con alegría. Se le notaba encantado de poderle dar la noticia. Ella respiró hondo, expulsando el aire lentamente en un larguísimo suspiro.

—Menos mal… —dijo con emoción—. Se acabó esto—. Miró la hora y añadió—: Ya es tarde para ir hoy, ¿no? Mañana me incorporo. Quizás puedas tomarte unos días libres tú. Has trabajado como loco.

—Pues no sé si podré, pero no me vendría mal, no. Me alegro mucho de que vuelvas.

—Y yo también. Muchas gracias por enterarte del resultado y llamarme. Gracias de verdad. Mañana nos vemos.

—Vale, mañana vuelves al campo de batalla—. Y, antes de colgar, añadió: —¡Ah! Una cosa más. Esta tarde ha ingresado un covid, un hombre que está bastante grave. Antes de sedarlo para intubarlo, no paraba de repetir que quería que le atendiera la

doctora Nieves y nadie más. De hecho, se resistía a que siguiéramos, a pesar de que apenas tenía fuerzas ni para hablar.

—¿Preguntaba por mí? ¿Y no era ninguno de mis amigos? —preguntó extrañada. Carlos los conocía a todos y no tenía otra familia en Madrid—. ¿Cómo se llama? ¿Te acuerdas?

—Perdona, con las prisas de venir a avisarte del negativo, no he cogido sus datos… Es un hombre de unos cuarenta y cinco, quizás más, delgado y… ¿cómo se llamaba? —intentó recordar—. Era un nombre con ge… Gerardo… no… ¡Sergio! Sí, se llamaba Sergio, pero no recuerdo los apellidos. ¿Te suena?

Nieves enmudeció. ¿Sería posible…? Claro que sería posible, no conocía a otro Sergio. Debía de haberla reconocido cuando murió su cuñado. No podría ser otro. Sin apenas poder hablar por la impresión, balbuceó:

—Sí, creo que sí sé quién es…. Mañana lo veo. Gracias, Carlos, hasta mañana, descansa.

Y Nieves se quedó un largo rato mirando cómo la luz de móvil se apagaba lentamente. Remover el pasado no le estaba yendo todo lo bien que creía. Parecía que tenía el don de convertir el pasado en presente. Y no podía permitir que aquello ocurriera. Bajo ningún concepto.

16

Marco

Para: anitausa@gmail.com
De: mta1971@gmail.com
Asunto: Re: Da señales de vida de una vez
24.04.2020

Hola, Ana:

Tienes toda la razón. Te debo una respuesta desde hace siglos, perdona. Es que realmente no he parado. Ya te conté lo del terremoto y después han sido unos días muy intensos. Hasta tuvimos un tiroteo en el que, desgraciadamente, murió un compañero, uno de los conductores del hospital. Como lo oyes. Sabía que esto iba a ser duro, pero no tanto. Por lo demás… bueno, no quiero escribirlo, me gustaría hablarlo contigo directamente. No me siento muy bien últimamente, creo que estoy traicionando todo lo que de verdad me importa. Ya hablaremos, quizás a la vuelta o no sé cuándo. Perdona, no me estoy haciendo el enigmático, es que no quiero poner por escrito ciertas cosas.

¿Tú qué tal? ¿Tus hijos?

¿Cómo va el tema del covid ahí? Nieves se infectó y ha tenido que pasar unos días de cuarentena, pero ya está bien. Menos mal que llevó a las niñas a casa de mi madre. Como sabes, en España hay un confinamiento duro. Aquí estamos muy alerta por posibles casos, pero la gente es muy desconfiada. Creemos que debe de haber casos, pero aún no nos han llegado al hospital.

Daría algo por tener una charla en ese jardín tuyo tan acogedor con el sonido del agua como melodía. Ojalá podamos hacerlo pronto.

Un beso enorme y, de nuevo, disculpa la tardanza.

Cuando terminó de escribir el correo para Ana, Marco se quedó un buen rato mirando la pantalla. Le hubiera encantado confesarle sus miedos, lo que había pasado, desahogarse de alguna forma y así no sentir en sus hombros el tremendo peso de la culpa. Creía que, al hablarlo, se descargaría un poco y Ana era la única que podría ayudarlo en un tema así. Sabría qué decirle. Ya había pasado antes.

Aún se estremecía al recordar las escenas de aquella noche. Después de que Femi y su novio se retiraran a su habitación, se quedaron solos Sanela y él en medio de un silencio incómodo. Sobre todo, para él porque ella le sostenía la mirada y no parecía estar a disgusto. Marco pensó en posibles temas que sacar, pero ninguno lo convencía. Entonces ella se levantó despacio, se acercó y lo cogió de la mano mientras decía murmurando:

—Venga, vamos.

Aunque por su naturaleza le hubiera gustado preguntar, poner todas las palabras encima de la mesa, aclarando aquel gesto, se mantuvo callado porque en el fondo no tenía dudas de su intención. Sus dudas venían de dentro, de si estaba seguro del paso que iba a dar. Sabía que no habría vuelta atrás si cruzaba la barrera. Se levantó y, sin soltarse de su mano, dejó que le indicase. Sanela se dirigió a su habitación y se apartó ligeramente para que él la abriera. Marco lo hizo y se dio cuenta de que le temblaban las manos al manipular las llaves. La dejó pasar y por unos segundos se quedó en la puerta sin llegar a entrar. Ella debió notar sus dudas por su manera de reaccionar.

—Esto es entre tú y yo. Nadie tiene por qué enterarse ni debe significar nada.

Aquellas palabras le habían dado el empujón que le faltaba. Pasó y cerró la puerta. No se veía con fuerzas suficientes como para tomar ninguna iniciativa, así que mantuvo una postura pasiva. No habían encendido la luz, la habitación estaba en penumbra, solo iluminada por la farola del patio cuya luz se colaba por las rendijas de la persiana. La vio quitarse la camiseta y dejar al descubierto su pecho, libre del sujetador. Ella no se andaba con rodeos, no se había entretenido en preámbulos de

ningún tipo, pero verla así desnuda fue suficiente para despertar su deseo y olvidarse de todo lo demás. Acercó su mano al pecho derecho y comenzó a acariciarlo mientras hundía su boca en su cuello. Fue subiendo hasta encontrar sus labios que le correspondieron ansiosos. A pesar de la habitual rudeza, Sanela lo besaba de forma apasionada, pero a la vez, con una delicadeza que no esperaba. Se fueron desnudando sin prisa, pero sin pausa, besándose y acariciándose, descubriéndose poco a poco. Había mucha inocencia en cada gesto, como jóvenes explorándose por primera vez. Ella lo miraba entre beso y beso, comprobando que estaba bien, que era libre para parar si aquello lo estaba agobiando, o así lo interpretaba Marco, que volvía a besarla para trasmitirle su intención de seguir, pero, sobre todo, para apartar su mirada, que le podría poner los pies en la tierra. Cuando le quitó la última prenda, la tumbó en la cama y pudo observar el tatuaje que le recorría la pierna derecha desde la cintura hasta el tobillo. No pudo detenerse en los detalles, pero no era algo que pasara desapercibido. Parecían varias historias, símbolos determinados que tendrían un significado importante. Sanela no dejó que siguiera observándola, lo atrajo hacia sí y besándolo con mayor pasión le murmuró:

—Luego te dejo verlo.

Al recordar la escena, Marco se sentía culpable de no haber tenido ni un solo pensamiento hacia Nieves, ni un solo remordimiento. A esas alturas la excitación era tan grande que su instinto animal lo llevaba a terminar aquello que ambos habían empezado. Y su instinto más humano necesitaba satisfacerla completamente, no decepcionarla y que desapareciera la Sanela que conocía, que se mantuviera la que tenía ahora delante: una mujer desinhibida y cariñosa como nunca la había visto. Al terminar, se echó al lado en la cama, y bocarriba miró al techo dejando que su cuerpo se calmara. Ella se giró sobre su costado izquierdo y se quedó observándolo, mientras se sujetaba la cabeza con la mano. No mostraba ningún pudor por su desnudez, ni intentaba taparse con las sábanas. De pronto, una inquietud sacudió a Marco. Sanela tendría cuarenta años, quizás menos, y no habían utilizado ninguna protección. Se giró también para quedar frente a ella.

—Sanela, yo… —comenzó a decir, pero se cortó sin saber cómo seguir.

—Dime.

—Yo… esto… ¿Tomas anticonceptivos? Es que…

—¡Ah, eso! No tenía claro si me ibas a soltar el rollo de que quieres a tu mujer y bla, bla, bla o que si tomaba anticonceptivos —dijo volviendo la Sanela brusca. Luego añadió—: ¿No quieres más hijos, Marco?

—Venga, Sanela, no me jodas… —protestó él. Mencionar a su mujer era un golpe bajo que no quería sentir en esos momentos —. No se trata de eso.

—Bueno, no me pidas que no haga lo que ya acabamos de hacer… —dijo con la mueca que utilizaba para sonreír. Sin embargo, pareció que se apiadaba de él y agregó—: Tranquilo, tengo la ligadura de trompas desde hace años.

Marco la miró con sorpresa y sin pararse a pensar, le preguntó:

—¿Sí? ¿Siempre has tenido claro que no quieres hijos? Sanela dejó escapar un infinito suspiro, con una mueca de fastidio, y soltó un escueto «sí» que no daba lugar a mantener la conversación en ese sentido. Aunque la luz era escasa, Marco podía ver su rostro y su expresión contrariada. Aquello debía tener una historia detrás que le gustaría conocer, pero respetó su silencio y con el dedo acarició su tatuaje, comenzando desde su cintura.

—¿Y esto? —le preguntó—. ¿Esto también lo tenías claro o te lo hiciste poco a poco?

—Lo tuve claro y me lo hicieron de una vez, aunque tardamos tres días en completarlo.

—Y tampoco me vas a decir lo que significa, ¿no?

—Vas muy rápido, español, ya habrá tiempo—. Y acercó su cuerpo al de Marco y le cogió por la nuca para besarlo. Este la rodeó con sus brazos y la giró para tumbarla sobre él como tantas veces había hecho con Nieves, y tan distinto parecía con Sanela.

Un poco más tarde, después de descansar un rato, la oyó vestirse recuperando su ropa esparcida por la habitación. Antes de salir, se volvió hacia él, lo besó y murmuró un enigmático «gracias» que dejó a Marco sumergido en un mar de cavilaciones. Gracias, ¿por qué? En aquello habían participado los dos en la

misma medida. Si ella le daba las gracias, ¿también tendría que dárselas él? No consideraba que hubiera sido un acto de bondad, nunca lo calificaría así. Aquello había pasado y ya está. Quizás era algo planificado por ella y en cierto modo se sintió manipulado. ¿Por eso le daba las gracias? ¿Por haber accedido a sus intenciones?

Marco le dio muchas vueltas al asunto. No tenía muy claro cuándo había ocurrido la conversión, cuándo había comenzado a mirarla de otra forma. Sospechaba que fue aquella vez en su despacho, cuando le curó la herida a base de saliva o quizá había sido antes, solo un poco antes. Ahora se daba cuenta de que siempre la buscaba, quería su compañía y aceptaba cualquier operación que implicara estar a su lado, a pesar de que a veces lo enervara. Recordó el enfoque que le había dado a las palabras de su padre. Aquello no podría suponer ningún dolor a lo que de verdad importaba, su familia. Y recurría una y otra vez a estos pensamientos para calmarse a sí mismo y encontrar cierta paz, porque esa vez no sería la única. Esa vez solo había sido la primera.

No se podía decir que hubieran comenzado una relación de pareja. No había besos furtivos durante el día, no había complicidad ni miradas enamoradas. Su relación era prácticamente la misma que tenían, con los habituales comportamientos insoportables de ella. Pero algunas noches, no demasiado a menudo, un chasquido parecía sonar dentro de su cabeza y acudía a ella. Y entonces volvían a los besos, a las caricias y a hacer el amor de una forma calmada y consciente. Volvían a aquellos momentos íntimos en los que no existían nada más que ellos dos. En esos encuentros, siempre procuraban que no los viera nadie, hacerlo cuando todos dormían y no podían descubrirlos ni entrando ni saliendo de las habitaciones. Solo una vez habían corrido un riesgo mayor. Fue una noche en la que ella se coló en el cuarto donde Marco pasaba su guardia. Había entrado cerca de las tres de la mañana. El sonido de la puerta al abrirse lo había despertado rápidamente. Sanela le indicó con gestos que se calmara y le puso un dedo en los labios para que no hablara. Se levantó de la cama y, de pie y sin apenas desnudarse, lo habían hecho en silencio, intentando hacer el menor ruido posible y de una forma muy apasionada y excitante.

Marco pensaba a menudo en cortar con aquello. Sobre todo, cuando hablaba con Nieves. Ella podía notar algo, aunque él ponía todo su empeño en mostrarse natural. Estaba pasando

momentos muy complicados, primero con su cuarentena y luego con su vuelta al trabajo, y él procuraba escucharla y atenderla como necesitaba. Y cuando ella le preguntaba por sus días allí, intentaba contarle detalles sin importancia, intervenciones que había hecho más o menos complicadas, pero evitaba hablar de sus compañeros y de su tiempo fuera del trabajo. Era muy probable que, con lo lista que era, notara que había algo más. Por eso debería parar, ponerse un límite. Eso es lo que le hubiera gustado hablar con Ana. Que lo ayudara a poner el freno. Aún quedaban varios meses hasta que volviera a España y no podía dejar que aquello se convirtiera en una relación, no podía dejar que sus sentimientos se revolvieran y pudieran trastocar lo que tenía con su mujer. Necesitaba compartirlo con alguien, pero no encontraba el candidato o candidata para hacerlo.

Hacía poco había tenido una conversación más profunda con Pedro y había estado tentado de hablarlo. Fue durante una noche de porche, así lo llamaban cuando se reunían delante de las habitaciones y dejaban que el alcohol corriera por sus venas. Su amigo había bebido más de la cuenta y quizás por eso se sentía más desinhibido.

—Es curioso que aún me estremezco cuando entro en tu habitación —le había confesado cuando solo quedaron ellos dos —. Todo en ella me recuerda a Marc.

Marco esperó a que continuase, pero Pedro parecía sumergido en sus pensamientos.

—No fue solo un compañero, ¿no? —le preguntó ayudándole a que desembuchara. Era justo lo que hubiera necesitado hacer él mismo.

—No, Marco, no. No fue solo un compañero. Me enamoré de él hasta las trancas. ¿Te lo puedes creer? Nunca había sentido eso por un hombre, tú ya lo sabes, pero es que ni me lo parecía. Era demasiado… femenino… no sé. Solo sabía que era hombre porque tenía aquello entre las piernas… ya ves. Ni me reconozco a mí mismo. Tú sabes que siempre había salido con mujeres.

—La verdad es que nunca he estado al tanto de tu vida amorosa, Pedro. No me acuerdo de haberte visto con ninguna pareja.

—Porque no me duraban más de unos cuantos asaltos. Debía

de hacer las cosas muy mal cuando no conseguía que permanecieran a mi lado. Menos Marc, que él sí me aceptó y me hizo sentir que tenía que protegerlo y cuidarlo, y me llenaba. ¡Ufff, cómo me llenaba! Aunque se terminó yendo también—. Suspiró y continuó después de una breve pausa—. No sé si mi destino será estar siempre solo. No sé si me volveré a enganchar a alguien, ni sé si ese alguien será hombre o mujer… Nunca me hubiera imaginado estar con un hombre, ni siquiera sabía cómo, pero aquello surgió con una naturalidad que aún me sorprende. Aunque se fuera, tengo mucho que agradecerle a Marc. Me hizo conocer lo que es en realidad el amor, por muy cursi que suene, lo que es anteponer a alguien, ante todo, incluso ante ti mismo. Y saber lo que es, la felicidad que te traspasa cada uno de tus poros, aunque sea solo una vez en tu vida, es suficiente. Ahora ya puedo relajarme, me da igual si no encuentro a nadie en el futuro. Solo quiero una cosa más: tener un hijo. Es mi próxima empresa y ya he empezado con las gestiones para ello.

—¿Gestiones?

—Sí, he contratado un vientre de alquiler —dijo con brillo en los ojos y con una pizca de timidez. Confesarle eso a Marco le avergonzaba un poco—. Le di muchas vueltas, no me parecía muy ético hacerlo en este país y aprovecharme de sus condiciones, pero esta mujer se ofreció, casi me lo suplicó. Dodó me debió de oír cuando le pregunté a Didier si conocía a alguna mujer que estuviera dispuesta. Al día siguiente, Dodó me presentó a esta chica. Tiene ya cinco hijos, y me dijo que, por un precio que a mí me pareció irrisorio, lo haría encantada y le solucionaría la vida a su familia.

—¿Y cómo…? ¿Dónde…?

—Ana no te lo ha contado, ¿no? Es toda una profesional—sonrió con cariño—. ¿Recuerdas esa semana que me fui de vacaciones? Quizás no te acuerdes, fue al poco de llegar tú. Viajé a Miami con la candidata y Ana lo organizó todo en su clínica. ¡Está ya de cuatro meses y medio! Dentro de poco tendré a mi hijo. Es un niño, ¿sabes? Y me muero de curiosidad de cómo será. La donante también es de raza negra.

—Me dejas sorprendido, Pedro, no me había imaginado que todo esto te estuviera pasando. Y ¡enhorabuena!

—Ya lo supongo. Las cosas aquí son distintas. Hay

sentimientos que florecen como nuevos. Pero también hay que poner un freno, un final a todo esto. Cuando nazca mi bebé, me iré de aquí. Tener un objetivo me anima cada día, es como si encontrara la razón para vivir. Y no me arrepiento de lo que he vivido. Ya no. Gracias a Marc.

Marco agradeció sus palabras, parecía que se las dirigía directamente a él, aunque no fuera así y sintió esa necesidad de confesarle, de contarle la situación en que se encontraba, pero decidió que no era el momento, que aquel era el turno de Pedro y dejó que aquella noche siguiera siendo suya.

El teléfono sonó. Era una videollamada entrante de Nieves. Antes de cogerlo, tosió ligeramente y forzó una relajación en su rostro, quitando el ceño fruncido que había tenido todo ese tiempo de reflexión.

—Hola, cariño —le dijo su mujer cuando la conexión se produjo—. ¿Te pillo mal?

—¿Mal? No, qué va. Ahí es muy tarde y veo que estás en casa. ¿No puedes dormir?

—Bueno… sí, me está costando un poco coger el sueño. Echo mucho de menos a las niñas. Hoy he ido a casa de tu madre al salir del trabajo y nos hemos visto por la terraza. ¿Te imaginas? Hablando a gritos y lanzándonos besos, pero sin poder tocarnos. Es todo tan extraño….

—Sí, no me lo puedo imaginar. Aquí no hay confinamiento y las calles rebosan de gente. ¿Por eso me llamabas? ¿Querías desahogarte?

—No, no. Necesitaba decirte algo.

Marco se inquietó. Nieves era de pocas palabras y le costaba hablar de sus cosas. ¿Qué necesitaba decirle?

—Dime, te escucho —dijo con cierto temor.

—Verás… no te he contado. Tenemos a un paciente que conozco. Es… bueno, alguien que fue importante para mí en la época de La Alpujarra…

—Nunca me has hablado mucho de eso —apuntó Marco disimulando un suspiro cuando vio que la conversación iba por

otros derroteros.

—Ya —corroboró Nieves—. Es algo que te debo y como te dije hace tiempo, lo pienso hacer cuando vuelvas. Pero ahora… necesito decirte… en fin, sabes que esto me cuesta… —Marco observó que efectivamente le estaba costando arrancar. Se frotaba las manos, nerviosa, y evitaba mirarlo directamente a la cámara. Le sonrió animándola a seguir. Por fin, correspondiéndole a su sonrisa, continuó: —Ver a esa persona me está removiendo, me está trayendo recuerdos que creía que estaban enterrados y por eso me ha surgido la necesidad de hablar contigo y decirte..., decirte que en cierto sentido conocerte ha sido lo mejor que me ha pasado. Me ayudaste a salir de una apatía enorme en la que había caído, me sacaste de un agujero y, sobre todo, me has dado a nuestras hijas. Me diste una esperanza que me faltaba. Te quiero mucho, Marco. Y…

Él aprovechó su pausa para reflexionar. No es que Nieves dijera aquello todos los días, pero sí se lo había dicho antes. No entendía a qué venía ahora y tuvo la certeza de que ella había notado algo. Quizás supiese todo por esa intuición que tenían las mujeres, o quizás fuera solo casualidad, pero sus palabras, lejos de aliviarle y hacerle sentir bien, le habían levantado la costra dejando al aire sus sentimientos de culpa y de remordimientos.

—Nieves, ya lo sé. Me estás asustando. Esto ya me lo has dicho antes… ¿qué pasa? —preguntó inseguro y con miedo a su respuesta.

—Es que no he terminado. Solo quiero decirte que te necesito, que vuelvas, Marco, cuando sea, cuando pensaste, antes o después, pero que vuelvas, que vuelvas… —repitió en un susurro. Y bajando de nuevo la mirada, añadió tan bajo, que Marco no la oyó —que vuelvas a mí, a nosotras...

Se la quedó mirando. Notó que tenía los ojos húmedos, que para ella suponía un gran esfuerzo decirle aquello, pero lo que le decía le hacía daño, un dolor inesperado creado por la culpa. Nieves se estaba abriendo, le estaba rogando lo que nunca le había pedido y necesitaba una respuesta, no podía fallarle.

—Volveré, Nieves—, dijo finalmente mirándola a través de la pantalla e intentando darle todo el convencimiento con sus palabras—. No dudes, lo haré. Yo también os quiero, sois mi familia, mis pilares, parte de mí. Volveré.

Y estaba siendo sincero, era lo que quería y lo que estaba dispuesto a hacer, eso no lo dudaba. Solo que aquella conversación le estaba sentando muy mal, se sentía culpable y, como le había dicho a Ana, sentía que la estaba traicionando en todos los aspectos, aunque ella nunca lo supiera. Sin embargo, parecía que había algo más detrás, pero no podía adentrarse en intentar averiguarlo porque podría remover otras cosas y, de alguna forma, delatarse. Así que dejaron ahí la conversación, después de una despedida cariñosa, y siguió sumergido en el mar de dudas que le atormentaba.

Unos días más tarde, halló el consuelo que buscaba en Femi. Fue cuando se dirigían a realizar la campaña de prevención del covid que había propuesto Sanela. Se habían unido varias ONG y se habían repartido la ciudad para proporcionar mascarillas, gel hidroalcohólico y difundir los hábitos que debería mantener la población. Iban en un viejo Land Rover cuyos asientos traseros se distribuían a lo largo y se disponían enfrentados. Sanela iba de copiloto y atrás, además de Femi y de él mismo, había tres compañeros más. Marco no se había dado cuenta de que tenía la miraba perdida en la melena de la coordinadora. Debía llevar tanto tiempo que llamó la atención del inglés. De pronto, sintió un toque en el pie y se volvió para mirar quién era. Se encontró con la mirada inquisidora de su amigo, que levantó las cejas y ladeó la cabeza en dirección a Sanela. Marco subió los hombros como indicándole que no entendía a qué se estaba refiriendo Femi. Este sonrió irónico y le vocalizó sin emitir sonido. «¿Qué hay entre vosotros?», pudo entender Marco a la primera, pero esperó a que Femi dijera algo más. No era esa conversación muda la que hubiera deseado mantener, pero, sin embargo, notó que el simple hecho de compartir con alguien un trocito de su historia le ayudaba a relajarse un poco. Finalmente suspiró, dejó caer la cabeza y, con los codos apoyados en las piernas, se llevó ambas manos al pelo y se mantuvo así durante unos minutos. Luego alzó la mirada y se encontró con el rostro de Femi, que no le había quitado ojo y seguía con un gesto de interrogación, esperando su respuesta. Marco simplemente movió la cabeza asintiendo. El londinense se echó hacia atrás apoyando la espalda en el coche, dejándose caer ligeramente en el asiento y, sin dejar de mirarlo, asintió a su vez mientras apretaba los labios. Al bajarse del coche, lo cogió por el brazo y le susurró:

—Si quieres contarme, aquí estoy. Tómatelo con calma, que esto no te atormente.

Y esa noche Marco lo había buscado en su guardia, había acudido a su pabellón y le había instado a salir a hablar.

—¿Desde cuándo? —le preguntó sin preámbulos sentándose a su lado.

—No sé… desde hace unas semanas, un mes quizás.

—¿Cómo estás tú? Porque he de decirte que lo sospechaba desde hace tiempo, pero solo te he preguntado porque he visto la cara de desesperación que tienes últimamente. Nunca te hubiera preguntado si te viese bien, pero no lo pareces. ¿Cómo estás? —repitió.

Marco volvió a soltar un largo y profundo suspiro.

—Tienes razón, no lo llevo bien. No soy así. No soy una persona frívola a la que le dé igual estar poniéndole los cuernos a su pareja. Para mí no es fácil. Pero… pero cuando estamos juntos, es como si no existiese nada más, como si estuviéramos solos. Se me olvida todo el resto. Y cuando no estoy con ella, cae sobre mí el peso de la culpa, los remordimientos y me quedo hecho polvo. Me propongo cortar por lo sano, pero caigo una y otra vez. Y no le puedo echar la culpa a ella. Yo también la busco. No sé qué hacer—. Volvió a hundir la cabeza entre sus dedos, mesándose el pelo.

—Ya veo… No sé si quieres saber mi opinión, tengo claro que probablemente ya hayas pensado en todo lo que yo te pueda decir, por lo que no creo que te sirva de ayuda.

—Prueba a ver —dijo Marco animándole a que continuara.

—La cuestión es fácil de decir, pero difícil de vivir en primera persona. Es tan simple como tener claro qué es lo que quieres. Si sabes a ciencia cierta que vas a volver con tu mujer y tu familia, ya tienes la mitad de tus dudas resueltas—dijo mirándolo, alzando las cejas esperando su respuesta. Marco asintió y le contestó:

—Eso lo tengo claro. Quiero mucho a mi mujer, me complementa totalmente y mis hijas… ellas son irremplazables.

—Si es así, lo que no puedes hacer es enamorarte. Así de fácil y así de difícil. En mi caso, yo lo tengo más cómodo. No tengo a nadie esperándome en Londres, así que me permito el lujo

de enamorarme del engreído de Didier. No pierdo nada. Me dejo llevar. Y si me da el carpetazo, volveré a casa. ¿Dolorido? Sí, sin dudarlo, pero quizás no demasiado. Será la señal de que esta experiencia ha llegado a su fin. Yo lo tengo fácil, ya te digo. En tu caso es distinto. Esa culpa que te atormenta se puede suavizar si evitas enamorarte de ella, si quitas hierro al asunto y lo vives como un ejercicio para descargar tensión, un desahogo físico y poco más.

—¿Y cómo se hace eso? ¿Cómo distinguir la atracción sexual de lo otro? No creo estar enamorado de ella, ciertamente, me sigue enervando y le veo muchas cosas en su personalidad que no van conmigo. Pero ¿podré seguir así si continuamos acostándonos? Ya sabes… el roce hace el cariño… eso se dice en mi país.

—Yo no sé cómo se hace eso, quizás tengas que recurrir a las señales. Eso de que te dé un vuelco el corazón o sentir mariposas en el estómago, ya sabes lo que se dice. Pero quizás una forma de empezar es quitarle importancia, no dejar que te atormente, vivirlo de forma más natural. La culpa que sientes te bloquea, te borra tu objetivo, te hace dudar. Si dejas los remordimientos de lado, si asumes lo que estás haciendo, si lo aceptas, quizás no desenfocas tu objetivo, lo tienes más presente, no dudas. Y no te comas el coco pensando en el daño que le estás haciendo a tu mujer. Si ella no se entera, ¿dónde está el daño?

Marco se quedó en silencio masticando las palabras de Femi.

—Sí, es eso —añadió su amigo reflexionando sobre sus propios pensamientos—. Es aceptar el hecho de que le estás siendo infiel a tu mujer. Asumirlo y respetarte a ti mismo y a tu decisión. Cuando te vayas, dejarás atrás todo esto. Será como si no hubiera pasado. Y Sanela no te va a pedir nada. Nunca.

Volvieron a quedarse callados. El español estaba absorbiendo sus consejos, le parecían unas buenas herramientas para luchar con lo que lo atormentaba cada día. Sería difícil, pero no imposible. Empezaría por ahí. A dejar de reprocharse su actitud, a dejar que acostarse con Sanela formase parte de la experiencia en Haití, y que todo aquello se quedase ahí y no viajara con él a la vuelta.

—Lo que más me sorprende de todo esto es ella.

—¿Ella? ¿Sanela? ¿Y eso? —preguntó Marco intrigado.

—Porque no suele repetir. Ella sí que tiene claro lo que hace. Cubre una necesidad física. Busca al tío que pueda calmarla y se despacha y hasta la siguiente. Alguna vez puede que haya repetido, pero ¿un mes? Nunca. La debes estar dejando muy plena, Marco, ¡Vaya toro!

—No te cachondees, Femi, no tiene gracia. ¿Eso cómo lo sabes tú? ¿Cómo sabes que no repite?

—Porque soy muy observador, aquí donde me ves. No se me suele pasar ni una. Y no es que lo note en ella. Es tan aséptica que es imposible saber lo que piensa. Lo noto en el que ha caído. Y cómo la rondan cuando ella ya los ha desechado. Pero contigo parece distinto, si lleváis un mes, es que está batiendo su propio récord—. Al observar que su amigo volvía a fruncir el ceño en un gesto de preocupación, añadió: —Pero por ella no te preocupes. Ya te lo he dicho. No te va a pedir nada y cuando le digas que «adiós» lo aceptará sin rencores ni venganzas. Estoy completamente seguro. Solo piensa en ti y en tu parte.

Marco se levantó. No quería ni acaparar a su amigo ni prolongar más la conversación para no resultar pesado. Femi le había dado claves, medidas de actuación que le ayudarían a llevar la situación de la forma más aceptable para su consciencia. Apretó su hombro, le dio unas 'gracias' cargadas de sinceridad y se despidió.

Cuando iba a entrar en su habitación, se quedó parado antes de abrir, reflexionando unos segundos. Después dio media vuelta para ir a la segunda fila de los pabellones. Allí estaba el dormitorio de Sanela. Su luz encendida fue como una llamada, y se dirigió hacia ella diciéndose a sí mismo que iba a hacerle caso a su naturaleza, dejando aparcado el corazón. Cuando estuvo frente a su puerta, dio unos suaves golpes. Menos de un minuto después, Sanela abrió y le dejó pasar con su mueca de sonrisa.

—¡Qué bien que hayas venido! Estaba pensando en ir a verte.

Le rodeó con sus brazos el cuello y le dio un beso profundo, abriendo la boca después, dejando que sus lenguas se encontraran. Marco se dejó llevar con pasión y esta vez no pensaba arrepentirse al terminar. Esta vez, lo mantendría en el

álbum de sus recuerdos de Haití, de donde no iba a dejarlo salir.

17

Sanela

Estoy empezando a preocuparme. No soy yo, no me reconozco. Esto no me había pasado antes. Y me da miedo, mucho miedo. No quiero necesitar nada y, mucho menos, a nadie. No quiero necesitarlo, pero ahí estoy, sin pasar página y volviendo a recurrir a él para calmar mis necesidades.

Si las circunstancias fueran distintas, me dejaría llevar, pero sé, no tengo ninguna duda, que esto no llevará a nada. Ni por su parte ni por la mía. Marco no va a dejar a su familia, se lo veo en los ojos, en los remordimientos que siente, en que le molesta si yo nombro a su mujer. Y yo… yo hace años que me propuse pasar por esta vida en solitario, no querer a nadie, estar solo conmigo misma. Y no me voy a fallar. Voy a seguir así lo que me quede. Ya lo sé, dirás que es un trauma por haber perdido a mis seres queridos, uno tras otro, sin excepciones. Y todos muy jóvenes, porque Danilo también lo era cuando se fue. Y lo será, el trauma digo, pero me da igual, eso no va a cambiar. No quiero a Marco en mi vida, no lo quiero. Por eso me preocupa ir más allá de lo que tenemos, no encontrar las fuerzas de cambiarlo por otro, que no me apetezca el sexo si no es con él. Eso es completamente nuevo para mí. Pienso y le doy mil vueltas para descubrir cuál es la diferencia, qué le hace distinto a los demás y se me ocurre una cosa en la que no quiero creer, no quiero considerar. Veo cariño en sus caricias, en su mirada, en sus besos y me perturba, me hace salir de mi zona de *confort*, esa que creé y establecí para mí, aunque no debería llamarla *confort*, porque no es eso lo que siento. Veo que no busca solo el sexo, que le mueve algo más, que quiere conocerme, que me cuida, me protege, intenta satisfacerme por encima de su propio placer y eso me debilita y no quiero. Por eso, cuando no estamos enredados en su habitación o en la mía, procuro mostrarme como soy, ruda y antipática, para guardar de alguna forma la distancia, para que no se acerque demasiado y, sobre todo, no acercarme yo.

He visto que ya no es solo una cosa de nosotros dos. He visto que hablaba con Femi y no tengo duda de que la conversación iba de lo nuestro, aunque no los pude oír. Por sus gestos, por su desesperación, por cómo se lleva las manos al cabello cuando está

agobiado, sé que se estaba confesando. Eligió un buen receptor, eso sí. Confío en Femi, me cae bien, pero me da rabia que alguien más sepa lo nuestro, que ya no sea solo algo entre nosotros dos. Me hubiera gustado mucho saber cómo se lo decía y a la conclusión a la que llegaban. Yo había ido a su habitación, buscándolo una vez más, es así, y al ver que no estaba, lo busqué por el hospital y allí los vi a los dos. Ellos no me vieron, pero yo estuve un buen rato observándolos. Estoy segura de que lo nuestro ya se ha convertido en algo de tres. Espero que Femi supiera atarlo en corto y que al español no se le ocurra decírselo a nadie más, como a su mujer, por ejemplo. Y dirás que por qué me importa si siempre me jacto de que no me importa nada, pero es que duele, me molesta que se sepa, y que su mujer, en la distancia, pueda tener la fuerza de detenerlo y quedarme sin la opción de Marco, sin volver a sentirlo, a olerlo y a abrazarlo. ¿Ves? Todo esto me preocupa. Esos sentimientos... Cuando vi que se levantaba, corrí a mi habitación cruzando los dedos para que apareciera. Y así fue. Me alegré tanto que tuve que hacer verdaderos esfuerzos para disimular, pero en la intimidad del sexo es difícil seguir guardando las apariencias. Sobre todo, con él. Cuando se va, ya estoy buscando la forma de que vuelva, de provocar un nuevo encuentro. Me preocupa. Mucho.

Cuando me llamó la Cruz Roja y me contó que estaban organizándose varias ONG para informar a la población de lo que era el covid, lo primero que pensé fue en que tendría más tiempo para estar con él. Me avergüenza decirlo, pero es así. Esos trayectos en coche y luego ver cómo hablaba con la gente, cómo les explicaba lo que tenían que hacer y la dedicación que le ponía, me alegró el día. La verdad es que está siendo un poco complicado llegar a la población. Si ya es difícil conseguir atravesar las barricadas que hay por toda la ciudad, intentar que nos escuchen es aún peor. Llegamos a la zona que nos hemos asignado, montamos un pequeño *stand* para que les llame la atención, con mascarillas (las que tenemos, que no son muchas) y algunos pequeños botes de gel hidroalcohólico y esperamos a que se acerquen los curiosos. Cuando vienen, les vamos contando que hay un virus y que pronto puede llegar aquí, que deberían dejar de saludarse con un choque de manos o besos, que usen las mascarillas que repartimos cuando vayan en el autobús o al mercado, que se laven mucho las manos, lo cual es un poco polémico ya que algunas zonas se han quedado sin agua corriente. Marco le pone tal entusiasmo al contarlo que trasmite mucho a la gente, consigue que le presten más atención que al resto. Una de

las veces, cuando llevábamos un par de horas y se nos había acabado todo el material, él empezó a hacer demostraciones de cómo convertir un pañuelo en una mascarilla, que, aunque no creo que sea muy efectivo, algo puede ayudar. Tenía que forzarme por desviar la vista porque me quedaba embobada mirándolo y no lo podía consentir y, mucho menos, que alguien se diera cuenta. Miraba sus manos cuando manipulaba el pañuelo y me venían imágenes de esas mismas manos recorriendo mi cuerpo y mi corazón se aceleraba como si fuera una quinceañera. No puedo seguir con esto…

Cuando ya nos íbamos, se le acercó una señora, bastante mayor, y le dijo que si podía acompañarla a echar un vistazo a su marido. Por supuesto, me fui con él. Subíamos por la calle siguiendo a aquella mujer y su lento caminar nos hacía ir muy despacio. Fortuitamente me rozó la mano con la suya y me pidió perdón, pero luego hizo el ademán de cogérmela y yo la aparté rápidamente. ¿Qué pretendía? ¿Que fuéramos cogidos de la mano? ¿Cómo se le ocurre? No sé si la señora vio los movimientos o simplemente fue casualidad, pero le preguntó señalándome con el dedo:

—¿Es tu mujer?

Él soltó una carcajada, como si de un chiste se tratara, y le contestó rápidamente:

—¡No! Somos compañeros. ¿Por qué lo piensa?

—No sé, hijo… —respondió dudosa—. Me pareció que había algo, os miráis mucho, pero yo ya soy mayor. Serán tonterías de viejas.

Marco me miró de reojo y bajó la mirada concentrándose en sus pies. Supongo que aquello le habría removido y le había traído los remordimientos de nuevo. Me fastidió tanto por ponerlo en esa situación en la que le puede llevar a cortar por lo sano como en la parte que me tocaba. La señora me había incluido en aquello de mirarnos mucho.

Llegamos a la casa y, antes de entrar, nos pusimos las mascarillas. Vimos que la anciana vivía con un montón de gente. Por allí había chiquillos por todos lados y varios adultos. Nos explicó que eran su hijo y su hija junto con sus parejas y nietos. Su marido estaba en la cama. El español pronto me comunicó que

tenía fiebre y, al auscultarlo con el fonendo, que tenía el pecho bastante cargado. Nos miramos y pensamos que podría ser el virus, así que informamos a la mujer de que deberíamos trasladarlo al hospital para hacerle unas pruebas. Su hija intervino rápidamente:

—Mi padre no se va a ningún sitio.

—¿Por qué? —le dije. No me apetecía insistirle y entrar en una disputa en la que sabía que yo tendría todas las de perder. Simplemente quería saber las razones de su oposición. Eso, quizás, nos aclarase por qué no había venido antes ningún caso al hospital.

—Lo del virus es una patraña, un invento más del gobierno para cargarse a los viejos. Si os lo lleváis, ya no volverá, tenéis órdenes de matarlos con pastillas allí. Me lo ha dicho mi vecina que trabaja limpiando un hospital.

Ante tales argumentos, yo directamente tiré la toalla, no pensaba tratar de convencerla. Sin embargo, oí que el español, en su correcto francés, respondió:

—Creo que tu vecina solo pretende asustaros. Probablemente tenga algo contra ti. Los hospitales están para salvar vidas, no para matar a nadie, tengan la edad que tengan, pero si tu padre tiene el virus, es posible que os contagie a todos. Para algunos, el efecto es muy grave y, si os toca y enfermáis, pensad en quién cuidará de vuestros hijos.

—Dele algo para que mejore, pero aquí. Mi padre no se va.

Marco debió de comprender que no había alternativa y pasó a contarles los cuidados para la prevención. Debían cerrar su cuarto y, al alimentarlo y asearlo, ponerse algo en la boca. También tenían que lavarse bien las manos al entrar y, sobre todo, al salir. Esa alternativa pareció convencer a la hija que asintió. Después, el español sacó un blíster de Paracetamol y les indicó la posología. Se comprometió a pasar a verlos unos días más tarde e insistió en que llevaran a la anciana a dormir a otra habitación. Incluso les ayudó a elegir el mejor sitio. Al irnos, aquella familia confiaba plenamente en Marco y hasta hubiera sido posible que nos dejaran llevárnoslo, pero decidimos volver en un par de días. Marco señaló en su móvil el sitio exacto de la vivienda y bajamos la calle en silencio. Me iba a quitar la

mascarilla, pero rápidamente me cogió del brazo por el codo y me pidió que me esperara.

—Aún nos queda algún bote en el coche. Antes de quitarte nada y poder tocar tu cara con las manos, nos echamos el gel que hay y nos las dejamos un buen rato —añadió.

A eso me refiero cuando digo que me protege y me cuida. No recuerdo la última vez que alguien lo había hecho por mí.

Dos días después, sin olvidar su compromiso, quería volver a ver al anciano y yo me ofrecí a acompañarlo. Al aparcar el coche, cuando me quitaba el cinturón, me dio un beso en los labios, pillándome desprevenida.

—¿Qué haces? ¿Qué crees? ¿Que somos pareja? —dije todo lo enfadada que pude demostrar. Él titubeó.

—No… Claro que no, pero he querido darte un beso. ¿No puedo? Te los doy cada vez que estamos juntos.

—No, no puedes —repliqué—. Eres absurdo. ¡Entre nosotros hay solo sexo! Así que no vuelvas a hacerlo. Si lo haces, se acabará todo.

—¿Es una amenaza? —y luego susurró algo tan bajo, que supe que no quería que lo oyera, pero lo entendí—: Quizá fuera lo mejor.

Entonces permanecí callada, hice como si no lo hubiera oído. No quería ponerle la excusa fácil para dejarlo y, sobre todo, porque no estaba aún preparada para perderlo. Ojalá tuviera a alguien con el que poder confesarme, que me aconsejara, que me ayudara. Una amiga, de esas que no he tenido nunca.

—Tómatelo como quieras, pero no lo vuelvas a hacer.

Y me odié una vez más porque mi reacción no se correspondía en absoluto con mis sentimientos, porque aquel beso me había encantado en realidad y me había sentido querida y deseada. Y no. No puedo dejar que esto siga ocurriendo. No.

Salimos del coche en dirección a la casa del sospechoso de covid. Lo que nos encontramos fue la premonición de todo lo que ocurriría después. El anciano había fallecido solo unas horas antes, pero su mujer no estaba con él. Estaba tumbada en el sofá

con bastante fiebre y le costaba respirar. El marido de la hija también estaba enfermo. Nosotros llevábamos mascarilla y Marco me dio unos guantes. Luego se dirigió a la llorosa hija.

—Lo más probable es que tu padre haya fallecido por el virus y parece que tu madre y tu marido también se han contagiado. ¿Sigues negándote a llevarlos al hospital?

Permaneció unos minutos callada.

—Si van a morir, mejor que sea en su casa, ¿no? —sollozó.

—No tienen por qué morir. Tu marido es joven y sería más fácil que no os contagiarais el resto si están en el hospital.

Yo pensé que estaba perdiendo el tiempo. Si se negaba, ¿para qué insistir? Pero para mi sorpresa cambió de idea.

—Pero voy con ellos, y así vigilo que no les dais la dosis de la muerte.

—No —contestó tajante Marco—. A vosotros no os queda otra que quedaros aquí encerrados, sin salir para nada. No podéis contagiar a más gente.

—¡Pero tendremos que enterrar a mi padre! Comprar comida…

—Vamos a arreglar eso, podemos mandar un servicio para que entierren a tu padre donde digáis —y me miró pidiéndome la aprobación. Yo asentí—. También os traeremos alimentos, pero bajo ningún concepto, podéis salir. ¿De acuerdo? —. Me volvió a mirar y esta vez puse cara de disgusto. Se estaba pasando en amabilidad. Nunca habíamos llevado alimentos a nadie y podría volverse en nuestra contra.

De pronto su hermano tomó la palabra.

—De acuerdo. Vamos a hacer lo que decís. Decidnos qué más podemos hacer.

Su hermana quiso protestar, pero la interrumpió:

—Ya te hemos hecho caso y ya ves el resultado. He estado leyendo noticias de Europa y están haciendo lo que propone el doctor. No quiero que nos pase nada más a ninguno.

Yo miré a ambos pidiendo la orden para que vinieran las ambulancias. El hombre asintió y ella permaneció con la mirada baja. Su cuñada se le acercó y la estrechó por el hombro.

—Quizás no tendríamos que haber hecho caso a los rumores. Tiene razón Joseph, vamos a probar lo que nos dicen.

Al ver vía libre, cogí mi móvil y llamé al hospital para que mandaran dos ambulancias, la grande, para recoger a los dos enfermos y la pequeña para el anciano. Insistí en que se pusieran mascarillas y guantes y en que viniera solo un camillero porque entre los tres nos bastaríamos para subir a los pacientes. Después llamé a Pedro para que habilitaran dos habitaciones aisladas del resto, aunque tuvieran que utilizar los cuartos donde dormían en las guardias. Una hora después, volvimos al coche cuando las ambulancias arrancaban. Marco me pidió que condujera yo y, nada más sentarse, cogió su teléfono y marcó un número. Al rato una voz femenina contestó. Podía oírla a través del altavoz del móvil, pero no entendía nada. Tampoco sé castellano, solo unas cuantas frases. Me pareció muy dulce, seguro que sería su mujer. El tono en el que se hablaban me sorprendió. A pesar de no entenderles, noté que se hablaban con cariño, con cierta complicidad y que la cara de Marco se dulcificaba a medida que la conversación avanzaba. No fui consciente de que mi humor comenzó a cambiar radicalmente. Sentía una furia que crecía a medida que aquello se prolongaba. Me entraron ganas de tirarle de un manotazo el teléfono. No entendía que no se hubiera aguantado las ganas de hablar con su mujer y no se esperase a estar solos. Cuando incluso soltó una carcajada, me oí decir un seco «cuelga». Él se volvió a mirarme con cara de extrañeza, probablemente no me entendió, menos mal, y solo me indicó con la mano que esperara. Aquello me enfadó aún más y di un volantazo al girar en una curva que tuvo que agarrarse en el salpicadero. Aun así, siguió en el mismo tono. Entonces no supe lo que me pasaba, el origen de mi rabia, pero esa noche, reflexionando en la cama, comprendí que lo que estaba sintiendo eran celos y eso… Eso era aún más nuevo para mí. Eso era algo que nunca había sentido. Cuando colgó, sin notar nada de lo que yo estaba sintiendo, me aclaró:

—He llamado a mi mujer porque está en la UCI de su hospital, es intensivista, y están viendo a cientos de pacientes covid. Me ha dado instrucciones de lo que debemos hacer.

Yo permanecí callada, pendiente de la conducción. Me

alegré de que no me hubiera oído antes, pero estaba lo suficientemente impresionada con mi propio comportamiento que no me salían las palabras.

—El hermano y el cuñado deben de ser el foco de la infección —continuó reflexionando en voz alta—. Ambos trabajan en el aeropuerto, están en contacto con los pilotos, azafatas y los viajeros. Quizás el hermano es asintomático y se lo ha trasmitido al resto.

Yo seguí sin abrir la boca, pero me resultaba asombroso que tuviera tanta información. ¿En qué momento habían hablado y les preguntó por su trabajo? Estaba claro que sabía llegar a las personas mucho mejor que yo. Cuando estábamos llegando al hospital, me preguntó:

—¿Te pasa algo? ¿Sigues molesta por el beso?

Pensé en lo tontos que son los hombres, en que claramente son el sexo débil, aunque se diga lo contrario. Supe a ciencia cierta que si hubiera venido una compañera se habría dado cuenta de todo. No le dije nada y aparcando me volvió a preguntar:

—¿No me vas a contestar? No lo haré más si tanto te molesta. Dime qué te pasa.

—¡Nada! —contesté saliendo del coche—. No me pasa absolutamente nada y recuerda: Lo nuestro es solo sexo.

Di un portazo y salí a paso tan rápido como pude en dirección al hospital, sin esperarlo ni saber si me seguía. Al cerrar la puerta de la entrada, le eché un disimulado vistazo y vi que continuaba de pie, junto al coche, mesándose los cabellos. Cogí mi teléfono y llamé de nuevo a Pedro para saber dónde habían llevado a los pacientes. Me propuse no dedicarle ni un solo pensamiento más en todo el día, pero, por supuesto, me fallé. Una vez más. Y me desprecié como nunca lo había hecho. Esto tiene que acabar ya.

18

Nieves

—Vamos a hacerlo, pero ya. No se nos puede ir…

Carlos miró extrañado a su compañera. La súplica que había emitido no era su actitud habitual cuando un paciente estaba grave. Solía ser mucho más fría y actuar sin cargas sentimentales, pero con aquel hombre se estaba comportando de forma diferente. Aunque le había contado que era un conocido de su primer destino, no había que ser muy perspicaz para darse cuenta de que había algo más. Sin embargo, asintió y comenzaron los preparativos. El ventilador que tenía conectado Sergio era insuficiente y no le estaba proporcionando la oxigenación necesaria. Nieves quería que comenzaran con la maniobra de poner al paciente decúbito prono, es decir, boca abajo durante al menos dieciséis horas, para luego volverlo a poner boca arriba y así durante unos días y comprobar si conseguían que sus pulmones se llenaran completamente. Carlos fue a avisar a un celador y a un auxiliar para que les ayudaran. Entre los dos no podían hacerlo. Ambos iban vestidos con los trajes de protección, mascarillas y unas pantallas transparentes que les estaban confeccionando la madre de Isabel, una de las enfermeras de su unidad, y su grupo de amigas. Les estaban haciendo un gran servicio. Cuando volvieron los tres, se encontró a Nieves en la misma posición. Seguía de pie al lado del paciente mirándolo fijamente. Resopló disgustado al verla completamente ausente. Aunque Sergio era bastante delgado, se necesitaban al menos cuatro personas para girarlo. Además, había que poner especial cuidado en que el tubo que tenía en la garganta no se moviera ni un milímetro en la maniobra, ya que podría tener unas consecuencias fatales. Carlos decidió ocuparse de eso y dejó que su compañera ayudase a los fornidos chicos que los habían acompañado. Aquella operación les llevaba solo unos minutos, pero conllevaba un gran esfuerzo físico. Cuando terminaron, Nieves comprobó todos los indicadores de la máquina que tenía conectada y susurró más para sí misma que para el resto:

—A ver si así mejora…

Carlos la cogió del brazo y, con esa voz algo distorsionada que le producían las dos mascarillas y la pantalla, le insistió:

—Venga, vamos a tomar un café, tenemos que hablar.

Al salir de la UCI tenían que quitarse los trajes y las pantallas, lavarse por todos lados y uno a otro se echaban un aerosol desinfectante. Los trajes los dejaban en ese cuartito y los auxiliares se ocupaban de desinfectarlos como buenamente podían. Todo este protocolo les impedía la improvisación, poder ir de un lado a otro, salir un momento de la UCI y volver enseguida. Era una situación tan nueva, incómoda y asfixiante, que mermaba el ánimo de todo el personal. Aun así, no podían ni detenerse a pensarlo.

Con el café, sentados en su sala, sabiendo que solo disponían de unos minutos, Carlos fue directo:

—¿Quién es?

—¿Qué? —contestó Nieves con expresión despistada.

—No te hagas la tonta. Dime quién es el tal Sergio. Desde que llegaste, no te has separado de su cama y le estás dedicando mucha más atención que al resto.

Nieves bajó la mirada abrochándose y desabrochándose uno de los botones del pijama. Esperó paciente durante unos minutos, pero luego miró su reloj y la apremió:

—No tenemos mucho tiempo —dijo cariñosamente.

—¿Sabes? Ese hombre… Sergio… hubo un tiempo en que me dominaba, hacía conmigo lo que quería, me quitaba la voluntad —respondió finalmente —. Y ahora tengo su vida en mis manos, ahora depende totalmente de nosotros… Simplemente estoy… no sé cómo decirlo… impresionada por toda esta situación. No solo por él, sino por lo que está pasando en el país, en el mundo y la paradoja de volver a encontrarme con él y esta vez tenerlo en mis manos, bajo mi voluntad.

—Eso no es exactamente así… —replicó su compañero.

—¿Cómo? Claro que es así.

—No. Está en tus manos, pero no bajo tu voluntad. Si quisieras terminar con él, por lo que haya pasado entre vosotros, nunca lo ibas a hacer.

—¡Por supuesto que no iba a matarlo! —exclamó escandalizada—. ¡Qué cosas dices!

—Digo que técnicamente lo que estás diciendo no es correcto.

—Tú siempre tan purista —y le sonrió, algo que agradeció sinceramente su amigo. Parecía que volvía a la realidad de alguna forma. Nieves continuó—: Creo que sabes a lo que me refiero. Estoy… bueno, estamos tomando decisiones por él, controlando cada bocanada de aire que entra en su cuerpo, el ritmo de su respiración… estamos ayudándole a que viva. No sé, son cosas que se me pasan por la cabeza. Has preguntado y me estoy sincerando.

Carlos tomó aire y lanzó un profundo suspiro.

—Pero sabes que se nos puede ir, ¿no? A pesar de todos nuestros esfuerzos. Este bicho hace lo que quiere según el organismo. Debes estar preparada.

Nieves lo miró con expresión asombrada y volvió a bajar la cabeza. ¿Qué pasaría si muriese? ¿Lo sentiría como una pérdida importante? Durante todo ese tiempo no había sabido nada de él, había desaparecido de su vida y no lo había echado de menos. Su recuerdo se había hecho más presente a raíz de sus sesiones con Mercedes, ahora interrumpidas por la pandemia, y el encuentro que habían tenido en el hospital cuando lo de su cuñado. Poco más sabía de él. Su hermana llamaba de vez en cuando para hablar con los médicos y Nieves solía ocuparse cuando le decían que era un familiar de Sergio. En dos ocasiones también había llamado un chico diciendo que era su hijo. Por la voz, debía de ser muy joven. Se preguntaba si sería el resultado del embarazo de Miriam, pero cualquier conjetura era una tontería. No sabía nada de él. También pensó que, aunque su amigo había bromeado con la idea de matarlo, no le guardaba tanto rencor. Tampoco tenía tanto que reprocharle. Se había aprovechado de su inocencia y había utilizado su poder de convicción para llevarla a su terreno, para seducirla y conseguir de ella lo que no habría hecho en condiciones normales, pero más se reprochaba a sí misma no haber tenido las agallas de decir que no, de parar todo aquello. Hoy, con el paso de los años, minimizaba la gravedad que le dio al asunto entonces. Ya no lo veía con la misma óptica. Incluso podría tener algo que agradecerle. La vida de Nieves había sido muy poco emocionante hasta que lo conoció. Se había

centrado tanto en sus estudios que no había conocido nada más allá de su pequeño mundo. Por eso, le agradecía lo nuevo que le había enseñado Sergio, aunque se hubiera visto forzada en algunas ocasiones.

Cuando lo miraba tumbado en su cama, tan vulnerable y débil, pensaba en el estropicio que hacía el tiempo con las personas. Había envejecido mucho, las arrugas le hacían surcos en el rostro, no era tan mayor como para eso. Seguramente los días en la montaña, cuando trabajaba de pastor, y todo lo que se podía haber tomado en aquella época, habían acelerado el proceso. Tampoco sabía nada de sus hábitos actuales, si seguía con los porros y demás sustancias. El pelo le comenzaba a escasear y su piel tenía un aspecto amarillento, aunque aquello podría ser por la enfermedad y los días hospitalizado. ¿A qué se dedicaría ahora? ¿Qué le habría hecho trasladarse a Madrid? Desde que se incorporó, Sergio había permanecido sedado, no parecía mejorar, y no había podido hablar ni una sola palabra con él. Esperaba el momento de hacerlo, no sin cierto reparo. No sabía lo que se podría encontrar. Pero más miedo le daba la posibilidad de no poderlo recuperar, que fuera una víctima más de este virus que estaba matando indiscriminadamente.

Cuando el busca empezó a sonar, apuraron el resto del café y salieron a la carrera. Otro enfermo, que había entrado casi al mismo tiempo que Sergio y presentaba un cuadro parecido, empeoraba. Al mismo tiempo había un nuevo ingreso, una mujer para la que no tenían respirador y parecía que le era imprescindible. Carlos corrió hacia el hombre que agonizaba y Nieves fue hacia la mujer, sin apenas haber tenido tiempo de ponerse protección. La examinó rápidamente y dio media vuelta para volver por el pasillo de la UCI buscando un respirador, aunque sabía que estaban todos ocupados. No era muy consciente de que estaba corriendo por el hospital, gritando con una voz chillona y aguda pidiendo el aparato. Un brazo la detuvo bruscamente. Era Mamen:

—Nieves, calma. Vas a asustar a todo el mundo —le recriminó—. Toma este, está recién desinfectado, la paciente no lo necesita ya.

—¿Quién? —preguntó angustiada. Se había centrado tanto en Sergio que, efectivamente, había descuidado al resto.

—Cama siete. Una lástima. Al menos, era muy mayor.

Nieves cogió el aparato y volvió hasta la cama de la recién ingresada. Con delicadeza, pero con movimientos experimentados y rápidos procedió a colocárselo. Estaba grave, lo sabía, y era una lotería adivinar su evolución. Carlos se acercó y, al mirarlo, vio unos ojos tristes y derrotados. Movía la cabeza con movimientos de negación. Nieves supo que su paciente había fallecido. Misma edad, mismo cuadro que Sergio.

—¿Y Sergio? —preguntó con un hilo de voz.

—Sergio es el paciente de la cama tres y parece que está estancado. Es un paciente más, Nieves. Ocúpate de salvarle la vida a esta que tienes delante.

Pasadas las siete de la tarde y cuatro horas después de su hora de salida, Nieves abandonó el hospital con la preocupación constante por todos los pacientes que tenían en la UCI y, sobre todo, por Sergio. A las dos de la mañana tendrían que darle de nuevo la vuelta y, aunque se había asegurado de decírselo a sus compañeros de guardia, le hubiera encantado estar presente para hacerlo. Ni ella misma se entendía, solo sentía que tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para salvarle la vida, para conseguir que viviera y no darle una segunda mala noticia a su hermana, a la que, a fuerza de hablar con ella por teléfono, había cogido cariño.

Tenía la intención de volverse a casa, dormir unas doce horas y recuperar tanto sueño perdido, pero le vinieron a la mente las caritas de sus hijas y cambió de rumbo en dirección a casa de su suegra. Quería volver a verlas, aunque fuera desde la distancia otra vez. Cuando consiguió aparcar el coche en la calle de Rosario, eran casi las ocho de la tarde. Mientras ella se colocaba en la fachada del edificio de enfrente, con el teléfono en mano para avisarlas, un aluvión de aplausos comenzó a sonar al unísono desde prácticamente todos los balcones. Sus hijas y Rosario, que también aplaudían entusiasmadas, pronto la descubrieron y comenzaron a gritar llamándola con alegría. Combinaban los aplausos con movimientos de brazos que a veces la saludaban y otras se abrazaban a sí mismas como dándole el abrazo que tanto necesitaba. La calle estaba sin un alma, solo a lo lejos distinguió a un hombre paseando a su perro, era la única que permanecía delante del edificio. Su suegra, siempre tan comedida y prudente, se saltó las reglas autoimpuestas y gritó a los vecinos de al lado y de abajo:

—¡Es mi nuera! ¡Es médico y viene del hospital! ¡¡Hay que aplaudirla a ella!!

Pronto todas las personas del bloque dirigieron sus aplausos hacia ella. Rosario y las niñas debieron de decirles su nombre porque desde los distintos balcones empezaron a gritar frases de ánimo. «¡Bravo, Nieves!», «¡Gracias, Nieves!», «¡Por todas las Nieves del hospital!». Unos chicos del primero comenzaron un baile improvisado cantando «¡esa Nieves, esa Nieves, eeeee, eeee!». Sus hijas le gritaron algo, pero no podía oírlas bien. Dio unos pasos para acercarse, no pasaba ningún coche y pudo quedarse en mitad de la calle. Ellas vitorearon con júbilo y Nieves comprendió que había hecho lo que querían: colocarse en medio para que también la vieran los del edificio de enfrente. Alzó la mirada y se encontró con miles de brazos que también la aplaudían desde allí. Los aplausos continuaban con intensidad y su nombre lo repetían desde varias zonas. Las lágrimas que había reprimido comenzaron a brotar de forma incontrolada. Sentía mucha vergüenza, sin embargo, aquello era tan bonito y emocionante que la hacía sentirse como una heroína, aunque fuera solo en aquel momento, aunque no fuera la realidad de la situación. Buscó en sus vaqueros un pañuelo y se secó las lágrimas entre hipidos, pero seguían saliendo a borbotones. Alzó ambos brazos al cielo y saludó a todos con intensidad, sin parar de llorar. Este gesto animó a la gente a gritar más y más. Lanzó besos a sus hijas y suegra y se abrazó para dedicarles un abrazo más. Corrió hacia su coche para dejar de ser la protagonista de aquel momento. Era demasiado y no podía seguir llorando de aquella forma ni quería que sus hijas la vieran así. A medida que se alejaba, seguía oyendo los aplausos. Alguien gritó un «¡adiós, Nieves, gracias!» que impidió que pudiera controlar su llanto. Al llegar a su casa, tan silenciosa y fría, aún seguía llorando. Aquello había sido muy especial y, a la vez, doloroso. Cogió el teléfono y escribió a Rosario un mensaje de WhatsApp:

«Gracias, Rosario, ha sido muy emocionante, pero demasiado. Me he emocionado mucho. ¡Ya no me verás a las ocho otro día!». Y añadió unos emoticonos con carita sonriente para que entendiera la broma. Su suegra no tardó en contestar:

«¡Ay, mi niña! ¡Perdona! Sé que te he hecho pasar un mal rato, pero no lo he podido evitar. Te queremos mucho y tenemos muchas ganas de abrazarte ya. En cuanto puedas, vente a casa con nosotras».

Y a Nieves le pareció una buena idea. Dormiría en el cuarto de servicio, cerca de la cocina y tomaría las precauciones pertinentes antes de abrazarse a sus hijas, duchándose nada más llegar a casa y poniendo una lavadora con la ropa que hubiera utilizado. No podía seguir estando así. Sin Marco y sin sus hijas, su casa era el mejor escenario para caer en una gran depresión y no estaba dispuesta a que eso ocurriera.

El teléfono comenzó a sonar. Lo miró y contestó enseguida. Era su amiga Begoña.

—¿Cómo estás? No paro de pensar en ti y en todo lo que se os ha caído encima.

—Pues no muy bien… Ahora mismo pensaba si irme a casa de mi suegra… Tomando todas las precauciones del mundo. La casa se me cae encima cuando llego, aunque no paso mucho tiempo aquí…

—Ya me imagino. La tensión que tendréis en el hospital y llegar a casa y estar sola… En serio, Nieves, llámame cuando te encuentres mal o sola. No te lo digo por decir…

—Ya lo sé. Y te lo agradezco. La verdad… Es todo tan raro… A veces me siento como si estuviéramos en la guerra, detrás de una barricada esperando a que no se cuele el virus e intentando salvar a los que estamos detrás. Y las calles vacías, y la gente con mascarillas…

—Esto nos va a cambiar, ya verás. Va a modificarnos nuestra cultura, ya no daremos tantos besos ni abrazos. Y nos hará ser más reservados y salir menos. De verdad que es raro… —Suspiró su amiga.

—Parece no tener final… Tanta gente sufriendo… es una pesadilla —dijo Nieves y luego pensó que quizás su amiga quería decirle algo más—. ¿Tú qué tal? ¿Estáis bien? ¿Me llamabas por algo…?

—Sí, sí, estamos bien. Y no. Solo te llamaba para ver qué tal estabas tú, para decirte que estoy aquí para lo que necesites, si quieres que te lleve comida… He hecho lentejas como para diez personas y te he reservado dos táperes grandes que te pensaba llevar mañana y dejárselos al portero…

Después de la emoción de los aplausos, el gesto de su amiga

removió aún más a Nieves, que no pudo evitar de nuevo las lágrimas.

—Muchas gracias, Bego, gracias de verdad. Me encantará probar tus lentejas. No tenías que haberte molestado…

—¡Por favor! No es molestia ninguna. Es mi forma de agradecerte el esfuerzo que estáis haciendo, de verdad. También he preparado carrilleras, que me salen buenísimas. Mañana te lo llevo todo.

Entre hipidos y «te quieros» varios, Nieves se despidió y se dio cuenta de que no le había contado nada de Sergio. Le hubiera gustado mucho hacerlo, desahogarse de alguna manera. Extrañamente feliz, se metió en la cama sin probar bocado. Ya podría disfrutar a partir de mañana de la cocina de Begoña. Sería una maravilla, ya que ella no tenía tiempo de cocinar y mucho menos de ir a comprar.

Después de cinco días, cesaron las maniobras con Sergio. La práctica ya no le proporcionaba mejoría. La oxigenación había mejorado, pero no lo suficiente como para quitarle el respirador. Seguía dependiendo completamente de la máquina. Fue una decisión difícil y consensuada en la reunión que una vez al día mantenía el equipo de intensivistas. El hospital había arriesgado su capital y había comprado un ECMO, un aparato que extraía la sangre del paciente, la oxigenaba fuera y la devolvía después. Lo iban a estrenar finalmente con él. Habían debatido durante varios minutos sobre con qué paciente empezar de los dos más graves que tenían y Nieves había tenido que controlar su ansiedad para no mostrar sin tapujos su intención de salvar a Sergio. La `competencia´ era dura: el otro enfermo era un hombre de setenta y seis años con muchos hijos y nietos que rogaban cada día que hicieran todo lo posible para salvarlo y movían sus hilos influyentes entre la dirección y otras personalidades públicas. La intervención calmada y argumentada de Carlos para que se decidieran por Sergio había convencido al resto, incluso a los que estaban más presionados por los familiares. Nieves supo que su amigo lo hacía, sobre todo, por el paciente, porque creía fervientemente que era el mejor candidato. También por ella, porque se había dado cuenta de lo importante que era que se salvara, por alguna oculta razón que no había conseguido sonsacarle. Nieves se lo agradecía profundamente. Conectarle a

este nuevo aparato era aún más invasivo de todo lo probado hasta ahora y tenía bastantes riesgos añadidos. Había que tenerlo en cuenta. Carlos y otro compañero ejecutarían todo el proceso y a ella le había parecido bien. Prefería no implicarse activamente ya que, entre otras cosas, no se veía capacitada. Estuvo presente en toda la operación, que resultó ser más aparatosa y complicada de lo que se imaginaba. Durante los siguientes días no dejó de estudiar detenidamente la evolución del paciente. A pesar de sus cuidados, una noche de guardia Sergio entró en parada. La máquina comenzó a emitir sonidos alarmantes y Nieves y el otro intensivista de guardia corrieron hacia su cama y comenzaron al unísono con las maniobras de reanimación. Por más que hacían, el paciente no respondía. En un momento, Nieves se subió a la cama, a horcajadas sobre él, haciendo toda la presión que pudo con sus manos sobre su corazón para intentar, desesperadamente, traerlo de nuevo a la vida. Cuando ya estaba a punto de rendirse, pues sus fuerzas no aguantaban, el monitor cambió la señal y empezaron a sonar los pitidos intermitentes que tanto ansiaban. Siguió un rato más encima, mirándolo intensamente, sin querer hacer nada que repercutiese negativamente en esa mejoría. Con movimientos lentos se bajó después.

—Lo hemos salvado. Esta vez sí, Nieves.

Respiró profundamente y soltó el aire poco a poco, amortiguado por sus mascarillas y la pantalla. Las gotas de sudor le bajaban por la frente y se le metían en los ojos. Nadie podría distinguir que también estaba llorando. Las lágrimas se le juntaron con el sudor y tuvo que irse rápidamente para tomar una ducha y desahogarse bajo el agua. Ahora, por fin, parecía que sí. En los días sucesivos, Sergio empezó a remontar y sus índices mejoraban. Había estado conectado al ECMO ocho días y era el momento de desconectarlo e intentar que se desprendiera del respirador más adelante. Eso sucedió casi un mes después. Nieves le quitó con miedo el ventilador y esperaron a que el efecto de la sedación desapareciera. Atendió a otros pacientes y, a cada rato, pasaba por su cama para comprobar si había despertado. En una de esas se lo encontró con los ojos abiertos. Le examinó ambas pupilas y lo auscultó. La miraba con extrañeza, pero manteniendo la mirada sin pestañear. Comenzó a hacerle preguntas para comprobar su lucidez. Él contestaba despacio, incluso para decir su fecha de nacimiento, titubeaba. Le costaba vocalizar y emitir sonidos. Hablaba tan bajo que Nieves se tenía que acercar para oírlo. Cuando le preguntó en qué año estaban, la expresión de sus ojos cambió, del desconcierto al entendimiento. Con movimientos

muy lentos movió el brazo hasta alcanzar la bata de la doctora y tiró ligeramente de ella. Esta se agachó para escucharle mejor.

—Doctora… Hace mucho que no nos vemos, no te pasas por el campamento nunca. ¿Puedo ir a tu casa esta noche? No sabes cómo me apetece.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Las palabras tenían el mismo sonido y la capacidad de persuasión que entonces, pero se recompuso rápidamente.

—Sergio, ¿en qué año estamos?

—¿Eh?… ¿año?… pues ahora…, no sé, 2003, 2004, no me acuerdo bien —contestó aturdido.

—¿Sabes lo que te ha pasado? —preguntó a su vez Isabel que se había acercado al ver que por fin el paciente despertaba.

—Sí, sí… Pero lo he dejado, ya nunca más. Cuando nació Einar lo dejé… ya nunca más.

Isabel miró a Nieves y se encogió de hombros. Debían dejarlo descansar para que, poco a poco, recuperara la consciencia y la realidad. Aunque le iba a costar asimilar haber estado dos meses sedado y que su vida hubiera pendido de un hilo. Comprobó más indicadores y los apuntó en su ficha. Cuando se dio la vuelta para seguir con los otros pacientes notó que Sergio le agarraba el brazo con más fuerza de la esperada.

—Doctora… Nieves… te pedí que no te fueras… No me dejes ahora, por favor, no me dejes…

Ella se volvió y se agachó ligeramente.

—No te dejaré, tranquilo. Ya estás bien. Solo piensa en recuperarte. Aquí estás bien cuidado.

Y volvió de nuevo para seguir con la ronda con sus pacientes. Bajo la mascarilla, Nieves sonreía. Habían conseguido salvarlo, estaba segura, y ese era el objetivo que se había marcado. También sentía una cosa más a la que aún no podía ponerle palabras. Sergio ya no ejercía sobre ella ningún poder. Ya era libre y sabía que no caería nunca más en sus redes. El animalillo que llevaba dentro había aprendido, sabía encontrar la salida y no se iba a dejar atrapar nunca más. No creía que

pudieran llegar a ser amigos, pero le interesaba saber de su vida. Ahora sentía como si las riendas de su vida las llevara solo ella. Sonrió de nuevo porque sabía que, si alguien la escuchara decir eso, pensaría que era una exageración, algo sacado de contexto. En apariencia, ya hacía tiempo que ella decidía sobre su propia vida, pero Nieves sabía lo que se decía. El resquemor había desaparecido. Ya no le tenía ningún miedo a Sergio. Solo había una cosa que le faltaba para lograr su bienestar y paz anhelada: Marco. Quería que volviese ya, que la acompañara y siguieran el resto del camino juntos. Se dio cuenta de que hacía varios días que no hablaban y miró la hora calculando la diferencia horaria. ¿Qué estaría haciendo Marco?

19

Marco

Marco abrió un ojo con mucha dificultad y lo volvió a cerrar rápidamente cuando se vio deslumbrado por el sol que se colaba por la ventana. Estuvo unos segundos con ambos ojos cerrados, hasta que fue consciente de que esa claridad tan potente significaba que ya era completamente de día. De un brinco se sentó en la cama y miró la hora. ¡Eran las diez de la mañana y aún seguía en el cuarto de Sanela! Esta se removió, gruñó un poco y siguió durmiendo. Aquel domingo no trabajaba, pero había quedado con Pedro media hora después porque su amigo quería presentarle a su hijo o, más bien, al 'caparazón' que lo envolvía. No le preocupaba el poco tiempo que tenía para ducharse y arreglarse; le preocupaba cómo salir de la habitación de Sanela sin ser visto. Era la primera vez que se quedaban dormidos y no se separaban de madrugada. Se atusó nervioso el pelo, se levantó completamente desnudo, descorrió las cortinas y echó un vistazo fuera. Laura y Rose hablaban animadas en la esquina del pabellón de enfrente, donde estaba su habitación. Jean-Paul salía de la suya, en dirección a las duchas. Cerró la cortina y se vistió a toda prisa maldiciéndose. Antes de salir, miró de nuevo a Sanela. Parecía una niña pequeña teniendo un bonito sueño. Sus rasgos estaban relajados y en sus labios se asomaba una incipiente sonrisa. Le enterneció verla así, le hacía pensar que algo muy gordo le habría pasado en su vida para que tuviera ese humor tan huraño. Tenía la sospecha de que muchas veces la coordinadora se mostraba antipática intencionadamente para mantenerse en su isla, alejada y protegida de los demás. Echó de nuevo un vistazo fuera y le fastidió comprobar que sus compañeras seguían ahí. Ambas parecían tener una conversación muy interesante. Seguramente estarían hablando de Patrick, ya que estaba convencido de que entre Laura y él había algo que, por la razón que fuera, no terminaba de cuajar. La concentración que las mujeres manifestaban podría facilitarle que no le vieran. El proceso más difícil sería salir por la puerta. Que estuviera rondando un pabellón que no fuera el suyo sería más fácil de justificar que verlo salir de la habitación de Sanela. Se paró un momento, como tomando carrerilla, abrió todo lo rápido que pudo sin hacer ruido, atravesó la puerta y la cerró inmediatamente, con cuidado, dando después una gran zancada

en dirección opuesta a donde estaban las chicas. Las miró de reojo, sin dejar de caminar, para alejarse cuanto antes de la habitación de Sanela y fingir que había salido de otra cualquiera. Volvió a echarles un vistazo, estaban tan absortas que parecía que no se habían dado cuenta del proceso. Siguió unos pasos más con la cabeza vuelta hacia ellas, sin darse cuenta de que en ese momento salía Didier del cuarto de Femi. El choque entre los dos fue inevitable.

—¡Eh! —gritó este en un tono lo suficientemente alto para que Laura y Rose volvieran la cabeza. Marco se dio cuenta de que habían llamado su atención y apoyó la mano en la pared como si estuviera manteniendo una distendida charla con Didier. Este le miró extrañado—: Ve con cuidado, hombre, casi me tiras.

Marco sonrió, simulando que la conversación era graciosa, y murmuró sin quitar la sonrisa:

—Perdona, he salido a correr y no te he visto.

Lo miró de arriba a abajo alzando una ceja. Los vaqueros, la camiseta y las chanclas no parecían el mejor atuendo para ir a correr. Iba a replicarle, pero Marco fue más rápido:

—¿Está Femi despierto? Quería verlo…

—¿Eh? No… —titubeó Didier—. Duerme y mejor será que no lo despiertes. Hemos tenido… una noche movida—sonrió sarcástico.

Marco volvió a echar un vistazo a sus compañeras comprobando que habían reanudado su interesante conversación.

—Mejor lo busco luego —aprovechó y, con un pequeño trote, se alejó del contable que se lo quedó mirando, rascándose la cabeza.

—Estos extranjeros… —le oyó murmurar cuando se alejaba.

Se había salvado por los pelos, pero, en cambio, se sentía muy ridículo. No podía volver a pasar. Una cosa era tener una relación sexual con Sanela, y otra hacerla pública, y que, de alguna forma, se hiciera ¿oficial? Le parecía la mayor traición para Nieves y no quería eso… Había seguido los consejos de Femi, y había asimilado lo que estaba haciendo. Había conseguido no sentirse tan culpable, pero… todo tenía su ‘pero’.

Si seguían juntos los siguientes meses hasta que dejara Haití, la parte de no enamorarse, o llamándolo de una forma menos profunda, la parte de no encariñarse de ella podría hacérsele más difícil de cumplir. Podría, incluso, llegar a acostumbrarse a su presencia, a sus noches juntos, a sus caricias y besos y sería difícil después separarse. A pesar de que lo que le dijo Femi aquella noche le había parecido muy buen consejo al igual que las herramientas para que aquello no tocara su fibra sensible, notaba que su plan tenía muchas aristas y cada día le resultaba más complicado mantenerse frío sin mezclar los sentimientos. ¿Podría enamorarse de dos personas a la vez? ¿Eso era posible? No. No lo era. Y aunque así fuera, sería incompatible con su cultura, con sus hijas, con Nieves. Tenía que dejarlo ya. No iba a flagelarse por el hecho de haberse acostado con Sanela, de haberle sido infiel a su mujer, pero ya no podía seguir así y no podía dejar que su relación con la jefa se formalizara. Se planteó si dejarla le costaría mucho esfuerzo, si renunciar a aquella intimidad tan placentera le produciría un vacío difícil de llenar, si lo pasaría mal, y se dio cuenta de que lo que más echaría de menos no sería el sexo, eso no. Lo peor sería renunciar a conocerla más, a no terminar de derribar el muro que la rodeaba y en el que creía haber hecho un boquete. Tendría que intentarlo. Las dos cosas: dejar de acostarse con ella y, lo más difícil, intentar ser su amigo. Pronto hablaría con Sanela, cuanto antes, mejor.

Diez minutos más tarde de lo previsto se reunió con Pedro, que estaba impaciente. Llevaba el pelo mojado y se había vestido a toda prisa con unos pantalones de campaña gris marengo, su camiseta del «Pájaro Loco», que era la que había más a mano, y unas zapatillas deportivas.

—¿Y esa camiseta? ¿No será aquella que te pusiste aquel finde que nos fuimos a una casa rural?

—¡La misma! —le contestó Marco triunfante.

—Increíble… y ridícula también, todo hay que decirlo— bromeó Pedro.

—La moda *vintage*… es la que se lleva.

Lug les había preparado el coche pequeño y ambos se subieron a él. Pedro se conocía perfectamente el camino. Probablemente lo tendría grabado en su memoria. La casa de la mujer estaba en el barrio de Martissant, a unos cinco kilómetros

del hospital de aquella zona.

—¿No le va a incomodar que la visites tanto? —preguntó preocupado Marco.

—Si le molesta, me da igual. Tengo un poco de miedo de que algo se estropee. No hemos firmado un contrato, no hay papeles de por medio, solo un apretón de manos. Esta mujer es consciente de que mi bebé no comparte nada genético con ella. Es mío y de la donante. Le di la mitad de lo acordado y la otra mitad se la daré cuando nazca mi hijo… ¡Mi hijo! ¡Qué bien suena! —sonrió satisfecho—. Hoy voy a decirle que le daré el doble cuando nazca. Así creo que me aseguraré de que no se eche para atrás. Además, lo que me pidió era muy por debajo de lo que se suele pagar y no quiero aprovecharme de ella.

Iban por una carretera rodeada por dos colinas cubiertas completamente por un enjambre de casas. Viendo el penoso estado de la mayoría de las construcciones, muchas derruidas, otras que se sostenían a duras penas, unas apoyadas en otras, Marco se sintió sobrecogido. Era un paisaje desolador que no mostraba ni un ápice de belleza. Tomaron un desvío y entraron en una calle ancha, sin asfaltar, y con miles de objetos tirados por el suelo: papeles, latas, bolsas… Parecía como si se hubieran dedicado a jugar al fútbol con las bolsas de basura y todo se hubiera derramado. En una esquina aún humeaba una hoguera apenas apagada. Se subía a las casas por unas precarias escaleras que se disponían en lo alto de la colina. Marco se fijó en que, en una de ellas, había un hueco que caía al vacío para acceder al siguiente tramo que, además, estaba más a la izquierda. Se preguntó cómo podrían bajar los ancianos y cuántos se habrían quebrado el pie o la pierna en un descuido.

—Te estás quedando impresionado, ¿no? —le preguntó Pedro mirándolo de reojo.

—Sí, es espantoso.

—Pues te sorprenderá una pequeña plazoleta que hay en el centro. Parece puesta ahí como si se tratase de un escenario. Hay una serie de edificios que bien podrían ser de Amsterdam, estrechos, altos, con muchas ventanas que terminan en un piñón triangular. En esa plaza el suelo es de adoquines. Me pregunto si la idea era que todo fuera así y luego se quedaron sin pasta… es una pena.

—¿Queda mucho? Esto cada vez es peor… y me da miedo que nos quedemos sin coche mientras hacemos la visita—dijo Marco recordando cuando le robaron el suyo.

—No, ya casi estamos. Es ese edificio de ahí.

El edificio en cuestión era más alto que el resto, tenía tres plantas y presentaba un color grisáceo. Parecía más bien un almacén o una vieja fábrica, no tenía balcones y las ventanas estaban cerradas con unas contraventanas con listones de madera. Pedro aparcó delante de la puerta y ambos salieron. Marco vio que su amigo se acercaba a unos niños que jugaban con la pelota y se dirigió a uno en concreto. Habló unos minutos con él y le dio las llaves del coche. El niño llamó a sus amigos y todos corrieron hacia el vehículo sentándose sobre él.

—¿Crees que es una buena idea?

—Es el hijo mayor de la mujer que tiene a mi hijo. Sabe quién soy. Lo cuidarán.

Marco se encogió de hombros y lo siguió. Varios perros dormitaban por las escaleras. Tuvieron que sortearlos al igual que a los múltiples muebles que se apilaban por todos lados. Se paró en una puerta del segundo piso y llamó con los nudillos. Al poco, abrió una mujer con un niño de algo más de un año en brazos que, al ver a Pedro, le sonrió con sus cálidos y grandes ojos. Su cara trasmitía una bondad que no podía ser fingida. Los recelos de Marco, por si pudieran estar timando a su amigo, se esfumaron rápidamente. La mujer les hizo pasar y les ofreció una bebida. Ambos negaron y agradecieron el ofrecimiento.

—¿Qué tal estás? —le preguntó Pedro sentándose en el sofá entre dos niñas de unos seis y ocho años y cogiendo a otro niño algo menor sobre sus rodillas.

—Muy bien —contestó ella sin perder la sonrisa—. Aunque deseando que pasen los meses y quitarme esta barriga y poderte dar a tu hijo. Casi no puedo ya coger al mío. Y me canso. ¡No soy tan joven!

—¿Qué edad tienes? —preguntó Marco.

—Para cuando nazca este ya habré cumplido los treinta y tres. ¡Demasiado mayor para ser madre! —exclamó ante el asombro del médico—. Espero que se me adelante como los otros

y nazca antes de empezar agosto.

—Así faltarían solo dos meses para conocerlo —dijo ilusionado Pedro—. ¿Necesitas algo? Dímelo y te lo traigo la próxima vez.

—No, no hace falta. Todavía tengo casi todo el dinero que me diste. He gastado menos de la mitad.

—De eso te quería hablar, Dulce. Cuando nazca el bebé, te daré el doble de lo acordado. Bastante estás haciendo por mí y más con tanto crío sin padre.

La aludida se llevó ambas manos a la boca con expresión de asombro y agradecimiento.

—¿De verdad? —quiso asegurarse.

—De verdad. Solo quiero que te cuides y cuides a mi bebé como si fuera tuyo.

—Eso está hecho. Muchas gracias—. De pronto, se quedó parada y se llevó la mano a la barriga—. Mira, él también se alegra. Está dando patadas ahora mismo. ¿Quieres tocarlo?

Pedro se levantó de un salto dejando al pequeño con cuidado en el suelo. Se acercó a la mujer, poniéndole la mano donde le indicaba.

—¡Es verdad! ¡¡Se mueve!! —. Miró a Marco con una sonrisa de oreja a oreja y repitió—: Mi hijo se mueve, me está saludando.

Marco sonrió a su vez y sintió que el móvil vibraba en su bolsillo. Cuando lo cogió, vio que era Sanela. Le extrañó. No lo llamaba nunca.

—Dime, Sanela —contestó alejándose hacia la puerta para no interrumpir el momento mágico de su amigo.

—Me han llamado del hospital de Martissant y me han dicho que ha llegado un hombre muy alterado que dice que hay una familia española que está en apuros con uno de sus hijos enfermo. Solo hablan español y nos pide que vayamos urgentemente. ¿Dónde estáis? —dijo directa y con su tono frío habitual.

—Pues perdidos en algún lado de Martissant, precisamente.

—Id para allá. Yo ya voy de camino. Nos vemos en el hospital, ¿ok?

Marco colgó el teléfono e informó a su amigo.

—Vamos para allá. Aquí ya hemos terminado —dijo.

Se despidieron de Dulce y bajaron al coche. Pedro le dio un puñado de monedas al hijo mayor de la mujer, que lo celebró con júbilo con sus amigos, y salieron disparados en dirección al hospital. En la puerta les esperaba Sanela junto con un hombre pequeño que se removía nervioso.

—Ya estáis aquí. Me ha traído George y le he dicho que se fuera. Me subo con vosotros. Hay que seguir a este hombre que irá en moto.

Efectivamente el hombre se subió a una moto cochambrosa y empezó a moverse mirando para atrás, asegurándose de que lo seguían.

—¿No es un poco extraño? —preguntó Marco—. ¿Qué hace aquí una familia española?

—Turistas, eso me han dicho —respondió Sanela—. Y sí, sí que parece un poco extraño.

—Turistas españoles perdidos en Martissant… —murmuró —. No, no suena bien… Aunque quizás… ¿podrían ser misioneros?

—Podrían serlo —opinó Pedro—. Hace un año conocí a una familia española que vinieron a trabajar en una misión, con un montón de hijos. Eran kikos y ella murió en el parto de su «no sé qué número» de hijo. Una desgracia. Él se volvió a España con todos los demás.

—Será eso —aventuró Marco más para convencerse a sí mismo. Aquello no le terminaba de gustar. Aunque no supieran francés, el lenguaje de los signos y mímica era universal, podrían haberse hecho entender, y, además, si el hombre de la moto había llegado al hospital, ¿por qué no habían traído al herido ellos también? No quiso compartir sus pensamientos, temía que se burlaran de él por tremendista. A medida que se adentraban en barrios menos poblados su inquietud aumentaba. No podría decirse que fuera un hombre valiente, más bien al contrario. Era

de naturaleza prudente, mucho más que su melliza que se aventuraba la primera a hacer las cosas más arriesgadas. Su madre siempre decía que el temor lo daba la inteligencia. «El que es listo sabe los riesgos que puede tener realizar cualquier acción poco controlable. Ya sea tirarse por un tobogán muy empinado o adentrarse en una calle oscura y solitaria», le había oído decirle a su padre cuando comentaban los miedos de su hijo. No sabía si sería eso o qué, pero cada vez estaba más preocupado.

Habían abandonado la zona de viviendas y ahora callejeaban entre naves vacías y algunas semiderruidas. ¿Qué podrían estar haciendo allí una familia española con hijos? El hombre giró por una calle y frenó la moto. Con la mano les indicó que entraran en una de las naves. Tenía una entrada tan grande que bien podría haber sido un hangar. Cuando vio que el coche de los sanitarios giraba, aceleró y se alejó de allí a una velocidad muy superior a la que había mantenido en el recorrido. Marco lo alcanzó a ver mientras Pedro conducía hacia el interior.

—Se va… —murmuró. Aquello no iba bien.

Al volver la cabeza para mirar dónde estaban, solo vio una furgoneta de grandes proporciones. No se veía a nadie por allí.

—¡¡Vámonos!! —gritó Sanela con una voz aguda—. ¡¡¡Da la vuelta, Pedro, Pedro!!! ¡Da la vuelta!

Aturdido, Pedro comenzó a maniobrar el coche, y en el mismo instante, unos hombres salieron de la furgoneta con metralletas en las manos en actitud amenazante. Aunque tuvo unos segundos de confusión, estaba girándolo cuando observaron que otros dos hombres estaban terminando de cerrar la puerta. Estaban atrapados.

—¿Qué hago? —gritó angustiado.

Marco miró a lo largo de la nave por si hubiera otra puerta o alguna entrada que no estuviera cerrada o fuera de algún otro material que el coche pudiera embestir. Al oír los disparos y sentir la sacudida en el cuerpo, se dio cuenta de que les acababan de reventar las ruedas.

—¡Salid despacio y con las manos en alto! —gritó uno de aquellos hombres. Los rostros tan oscuros, los pañuelos que les cubrían la nariz y boca y la oscuridad del pabellón evitaban saber quién había hablado. Eso ya daba igual.

—¿Qué hacemos? —volvió a preguntar Pedro presa del pánico—. ¿Qué hacemos? —repitió.

—Vamos a salir tal y como han dicho —contestó Sanela con fingida calma—. Por favor, no hagáis ninguna tontería. Moveos muy despacio.

Los tres abrieron sus puertas, se llevaron las manos a la cabeza y salieron del coche con movimientos lentos. Los hombres se quedaron unos minutos observando a sus presas. Después, uno de ellos hizo un gesto con la cabeza para que otros seis se dirigieran a los sanitarios. Perfectamente organizados, de dos en dos, se ocuparon de cada uno. Mientras un hombre les apuntaba directamente con el arma, otro dejaba la suya en el suelo para atarles las manos fuertemente por delante. Después les metieron un pañuelo por la boca. Marco no podía creer lo que les estaba pasando. Aunque sabían que había habido secuestros, generalmente era entre los lugareños. La situación le parecía como de película. En cualquier momento alguien gritaría «¡corten!». Oyó a Sanela que, mientras le ataban las manos, intentaba negociar.

—Os estáis equivocando. No vais a poder pedir rescate por nosotros, no pertenecemos a ninguna gran empresa, somos de una ONG donde no abunda el dinero.

El hombre, que parecía que dirigía la operación, se le acercó con paso rápido y dijo sarcástico:

—¿Qué gran empresa conoces en Puerto Príncipe? ¡Ninguna! No nos estamos equivocando.

Sanela se resistió a que le pusieran el trapo en la boca con un gesto rápido, e intentó explicarles que no iban a conseguir dinero por ellos. El jefe le dio un golpe rápido y comedido, con la culata de su arma, en la frente, que hizo que se tambaleara y empezara a sangrar. No emitió ni un grito. Solo sus ojos se llenaron de dolor. Marco admiró su entereza, también se compadeció de ella. El hombre que lo amordazaba no le dejó que se acercara. Los cachearon a los tres y se apropiaron de los teléfonos móviles, relojes y de sus tarjetas identificativas. Empujándolos con las armas, les hicieron subir a la furgoneta y cerraron las puertas dejándolos prácticamente a oscuras. El furgón tenía unas ventanas en ambos laterales que dejaban pasar algo de la poca luz que había en la nave. Los médicos se miraron

entre ellos, intentando decirse algo con la mirada, buscando la forma de escapar. El furgón no se comunicaba con el espacio del conductor, no parecía que hubiera ninguna posibilidad de salir.

No sabrían decir cuánto tiempo después los sacaron de la furgoneta, les pusieron una bolsa de tela negra en la cabeza y los obligaron a caminar empujados con las armas mientras les gritaban que no pararan. Marco se dio cuenta de que les estaban haciendo moverse en círculos, sin salir de la nave, para terminar, finalmente subiendo de nuevo a la furgoneta. Aquello era muy extraño y le desorientó totalmente. Era absolutamente frustrante no poder comunicarse con sus compañeros. Solo sabía que seguían a su lado porque habían tropezado unos con otros durante la marcha. Una vez que los subieron, los sentaron en el suelo, con las espaldas pegadas a los laterales. Él estaba junto a Sanela y Pedro enfrente. Lo sabían porque se tocaban los pies. Un rato después entraron dos hombres, les quitaron las bolsas de la cabeza y se sentaron a su lado. Alguien cerró las puertas, la furgoneta arrancó y comenzó a moverse. Ya se iban.

Marco solo pensaba en escaparse, pero no estaba dispuesto a correr riesgos. Ahora, más que nunca, no quería abandonar a Nieves y a sus hijas; sentía que debía ser prudente y no dar lugar a una situación terrible para su familia. Pensó en la paradoja del día que llevaba. Se había despertado en la cama de Sanela, había tenido que hacer malabares para que nadie lo viera y había tomado la decisión de no volverse a acostar con ella. Y ahora, los acontecimientos lo llevaban a una situación mucho más grave que mitigaba toda la importancia de las preocupaciones anteriores. Ahora tenía que intentar, como fuera, sobrevivir al secuestro que estaban viviendo. Al pensarlo, al ponerle palabras a aquello, al secuestro, un escalofrío le recorrió la espalda y sintió miedo, pavor, y le hubiera gustado creer para poder rezar y pedir que aquello saliese medianamente bien, que consiguieran liberarlos, que funcionasen las relaciones internacionales o que pagaran, si no había más remedio. Tenía que sobrevivir, tenía que volver a casa. Algo en su interior le decía que no debía pensar así. Se sentía despreciable, solo estaba pensando en salvarse él, buscando excusas que le hicieran más valioso. Iba contra su naturaleza, iba a convertirse en lo que siempre había odiado si pensaba solo en él. No podía ser egoísta, su vida no valía más que la de los otros por el simple hecho de tener familia. Apretó fuerte los ojos. Tendrían que ser astutos, más inteligentes que ellos, e intentar buscar la estrategia para salir con vida de allí. Miró a Sanela y se apiadó de la expresión de sus ojos. Intentó como pudo limpiarle la

sangre de la cara. Luego miró a Pedro. Este sollozaba, tampoco podía creer que aquello estuviera ocurriendo y no estuvieran en mitad de una pesadilla. Se lamentaba de su mala suerte, justo ahora que estaba cerca de nacer su bebé, justo cuando se iba a volver con su hijo a España y empezar allí una vida nueva. Tenía un mal presagio, no podía quitárselo de la cabeza, aquello no iba a salir bien, se iba a quedar a las puertas de conocer a su hijo. No era justo, era tremendamente injusto. Su amigo ya había vivido todo, había disfrutado de lo que era el amor y había tenido dos hijas. Se podría decir que ya había hecho de todo en la vida. A él le faltaba muy poco para completarse como Marco. Esta gente era imprevisible y cruel, no iban a dudar en acabar con ellos. Él se merecía vivir. Tenía que salir de allí como fuera y por encima de quien fuera. Y Sanela… a ella le daba todo igual. Su absurda vida no merecía la pena. Tenía que salir de allí… Cerró los ojos y los volvió a abrir para fijarse en sus contrincantes. Así tendría que verlos a partir de ahora.

20

Sanela

Cuando la furgoneta arrancó, Marco iba a mi lado. Enfrente, Pedro sollozaba en silencio. Sus lágrimas caían y chocaban con el trapo que le habían puesto en la boca. Estaba muerto de miedo, el pobre. Marco buscó mis manos, que tenía maniatadas entre mis piernas. Me cogió una, y me la apretó fuertemente con sus dos manos, sujetas también por una cuerda, supongo que para darme ánimos. Lo miré y vi terror en sus ojos y le apreté también. Yo no tenía ningún miedo, la verdad. Le dejé que me animara, aunque en realidad creo que era al revés. En mi cabeza sonaba sin parar la canción de Bliss, *Dunia*, parecía que hacía de banda sonora de la situación que estábamos viviendo, acompasando con su ritmo africano el movimiento constante y los vaivenes que los baches por los que pasaba el auto producían en nuestros cuerpos. Pedro miró nuestras manos entrelazadas y vi sorpresa en sus ojos. Nos miró a ambos a la cara y supongo que, si ninguno hubiéramos estado con el trapo en la boca, nos habría dicho algo. Imagino que se estaría preguntando si era un hecho puntual o si había algo entre nosotros, cosa que seguramente le extrañaría viniendo de su amigo, y también de mí, ahora que lo pienso. Luego bajó la mirada y volvió a llorar quedamente. Yo acaricié la mano de Marco con la otra mano, no quería que él también se pusiera a llorar. Le oía respirar fuerte, supongo que aún estaba muy excitado por el ataque. Poco a poco se fue calmando.

Me maldije por no haberlo previsto, por no haberme dado cuenta del engaño. Sabía que estaban recurriendo a esas prácticas y no era tan extraño que nos pasara a nosotros. Me preguntaba si Femi o Patrick serían capaces de resolver esta situación sin mi apoyo, aunque imaginaba que sí. Se pondrían inmediatamente en contacto con la central y entre todos esperarían a saber lo que pedían por nosotros. Si solo me hubieran cogido a mí, intentaría por todos los medios que no pagaran ni un duro por mi rescate, no merecía la pena. Habría llegado mi momento, el que, por otro lado, llevaba tiempo esperando. Tan fácil como quitarme la vida a la menor oportunidad y dejarles sin rescate. Muerta les fastidiaría. Es lo que haría, pero no quería que los españoles corrieran la misma suerte. Ni siquiera lo que tenía con Marco me haría

cambiar de opinión. Sabía perfectamente que no llegaría a nada, sabía el hilo tan fuerte que lo unía a su mujer y a sus hijas y que no me iba a cambiar por ellas. Como se suele decir, fue bonito mientras duró.

Me di cuenta de que esos dos me estorbaban, iban a convertirse en mi talón de Aquiles y volví a maldecirme por todo. Tenía que haber acudido yo sola, ¡joder!, no pedirles que vinieran. Los dos hombres que nos acompañaban no nos dejaban movernos, porque intenté levantarme para mirar por la ventanilla y me golpearon el gemelo con tanta fuerza que caí inmediatamente casi aplastando a Marco, que me ayudó a sentarme. Tenía que pensar en cómo proceder, cómo convencerles de su error, u ofrecerme como rehén y que liberaran a los otros dos. Tenía que convencerles de que por mí darían mucho más dinero que por ellos y que solo tendrían que vigilar a una. Sería todo ventajas. Si colaba. Claro.

Aunque no me dejaron levantarme, no paré de fijarme en las luces y sombras que entraban por las pequeñas ventanillas del furgón. Estaba casi segura de que nos movíamos hacia el oeste. El sol se pondría en poco tiempo y me di cuenta de que habíamos pasado en la nave mucho más tiempo del que yo creía. Después abandonamos la orientación y noté que la furgoneta rugía un poco más y supe que estábamos subiendo una cuesta y dejando a nuestras espaldas el sol. Estaba casi segura de que nos dirigíamos a un monte donde había una iglesia baptista, con la que me topé una vez que quise perderme. Apenas había casas alrededor, así que sería una buena opción para escondernos. ¡Lo que no me esperaba es que nos encerraran en la misma iglesia! Se llamaba Iglesia Baptista d'Angibeau y no es que me acordara del nombre, es que lo vi cuando nos bajaron a empujones. Al llegar, casi había oscurecido completamente. No se imaginaban que yo conocía el lugar, así que no tuvieron la precaución de taparnos las cabezas con las bolsas. Nos metieron directamente en una especie de sacristía que no era más grande que mi habitación. Tenía dos puertas: la de fuera, por donde habíamos entrado, y la que comunicaba con la iglesia en sí. Solo tenía un mueble grande con cajones y una silla en un rincón, probablemente la habían despejado para nosotros. Miramos el lugar donde viviríamos los siguientes días y no había ni una colchoneta ni nada parecido. Desde fuera, echaron el cerrojo y nos quedamos con la luz de una pobre bombilla que colgaba del techo.

Tras unos minutos de desconcierto, Marco se encogió de

hombros y me dio la vuelta para quitarme el trapo de la boca. Después me giré y empezó a quitarme la cuerda de las manos con las suyas aún atadas. Cuando me vi liberada, no sin dificultad, repetí la operación con él y, luego, entre los dos desatamos al pelirrojo.

—Esto puede tener truco —dijo Marco—. Es muy raro que nos dejen atados cuando saben que podemos desatarnos entre nosotros. Me da un poco de miedo… ¿Cómo estáis? Sanela, ¿te duele lo de la frente?

—Quizás están muy seguros de que no nos podemos escapar de aquí, por lo que no temen que nos desatemos… —Reflexionaba yo—. Lo de la frente no es nada, podría haberme dado más fuerte si hubiera querido.

—Déjame que te la vea.

Marco se tomó unos minutos para mirarme la herida y, empleando su saliva y el trapo, me quitó la sangre seca. Nos miramos un segundo con nuestras cabezas muy cerca, recordando otra escena parecida.

—Yo le pondría un punto, no mucho más, pero uno sí. Te va a quedar una cicatriz muy fea.

Oí que Pedro resoplaba. Marco se dirigió a él rápidamente:

—¿Cómo estás tú, Pedro?

El aludido volvió a resoplar y lo apartó bruscamente para encararse conmigo señalándome con el dedo.

—¡Tú!… ¡Tú tienes toda la culpa! —me gritó—. ¿Para qué coño nos llamas? ¿Es que te has encandilado del español y no puedes hacer nada tú sola?

—Pedro, por favor… —intervino Marco.

—No, déjalo. Di todo lo que quieras decir. Luego hablaré yo —le interrumpí para que no me defendiera.

—¡No hay nada más que decir! Por tu culpa nos han atrapado… Como jefa dejas mucho que desear. ¡Tenías que haber venido tú sola!

Y como parecía que ya no iba a decir nada más, me dispuse a darle una explicación, aunque he de decir que sus palabras me dolieron, no podía ser indiferente a eso. Nunca se había enfrentado a mí de esa forma y en sus ojos vi un odio que, aunque no me era desconocido, me sorprendió en él.

—Tienes razón. Tendría que haber ignorado que me pidieron expresamente que fueran españoles para hablar con los supuestos compatriotas vuestros en apuros. Pero sí, ha sido un fallo garrafal. Lo siento.

Sé que mis palabras lo dejaron desconcertado. Era la primera vez que pedía perdón a alguien, pero es que yo estaba maldiciéndome por dentro mucho más. Me di cuenta de que no era la única vez que tomaba decisiones totalmente erróneas y con unas consecuencias desastrosas. Aún no se me había ido de la mente Junior y el tiro que le pegaron delante de nosotros. Y por no hablar de cuando abrí la puerta y entraron mis vecinos a violarme. Me di cuenta de que mi vida era un cúmulo de errores y me maldije también por no haber acabado ya con ella. No podía decirle otra cosa.

—Ahora no hay que pensar en eso —volvió a intervenir Marco rompiendo el silencio incómodo que se había creado entre nosotros—. Ahora hay que pensar muy bien en lo que vamos a hacer, en convencerlos o en establecer una estrategia para escapar…

Pedro, con el ceño aún fruncido, se apartó y se dirigió a la puerta que daba a la iglesia. Tenía un gran ojo de cerradura y se inclinó para mirar a través. Nos quedamos expectantes esperando.

—¿Qué ves? —dijo Marco impaciente.

—Nada… Está muy oscuro, pero creo que hay un banco. Esto puede dar a la iglesia y parece que no hay nadie vigilando… quizás sea la forma de escapar.

En ese momento oímos que quitaban el cerrojo desde fuera y los tres nos juntamos en el centro de la habitación. El hombre que me había dado en la frente entró con el arma apuntándonos.

—¡Qué rápidos habéis sido desatándoos! —dijo irónicamente —. No esperaba otra cosa de vosotros. Poneos las manos en la nuca y salid muy despacio. No hagáis ninguna tontería.

Detrás de él, entraron otros hombres con colchonetas y varias herramientas y otro más se unió al jefe apuntándonos.

—¡He dicho que salgáis! —repitió.

Comenzamos a salir despacio y con las manos en la nuca, mientras los otros hombres empezaban a trastear en la sacristía. Fuera era ya completamente de noche y nos pusieron alineados mirando a los dos que nos apuntaban.

—Ahora tenéis que esperar. No os vamos a dejar ahí a vuestro aire —rio socarrón. Creí que era mi oportunidad de intentar entregarme como rehén.

—Mira, déjame decirte una cosa. Soy la jefa de estos dos, la pieza más valiosa. Por mí, la ONG pagará mucho más que por ellos, no lo dudes. Devuélvelos y manda un mensaje con ellos a la central—. Marco me dio con el pie, sé que no estaba de acuerdo con mi propuesta, pero me dio igual—. Tenernos a los tres es mucho más peligroso para vosotros, es más difícil de vigilarnos, de controlarnos, y tenéis que alimentarnos, no nos vais a dejar morir de hambre…

El hombre rio a través del pañuelo y se acercó despacio. No puedo negar que temí que volviera a darme con la culata de su arma. Lo tenía casi a un palmo de mí. Se agachó y me susurró en la oreja:

—¿Me dejarás también que te folle? Lo haré igualmente y no tendrías a estos dos de mirones. ¿Es lo que quieres, zorra? ¿Me quieres para ti solo?

Aunque un escalofrío me recorrió la espalda y se me erizaron todos los pelos del cuerpo, sentí que me venía una arcada desde lo más profundo de mi ser. Tragué saliva y pronuncié lo que nunca creí que pudiera decir.

—Me has leído el pensamiento. Estos dos serían un estorbo y mientras esperamos el dinero del rescate, podemos pasárnoslo muy bien tú y yo, grandullón.

—Probablemente crees que soy tonto y fácil de engatusar—hizo un gesto a su compañero para que se acercara, cosa que hizo. Tenía a los dos muy cerca, rodeándome, y a Marco y a Pedro, cada uno a un lado—. Mira lo que dice la puta, quiere acostarse conmigo y que, a cambio, dejemos a los otros dos libres. ¿Tú qué

dices?

El otro hombre era probablemente mayor que el jefe y vi lujuria en sus ojos.

—Me parece que no debes llevarte tú solo la recompensa. Creo que somos más en el grupo y dejar que se vayan sus dos amigos cuesta más que acostarse solo contigo.

A pesar de que mis ganas de vomitar iban en aumento y de que la situación me repugnaba, traté de minimizar lo que podría pasar si accedían. Pensaba que ya no tendría importancia nada, ya no era la niña de doce años que lloraba a sus padres, y ser violada por todos ellos compensaría si Marco y Pedro podrían volver a casa. Una vez conseguido eso, seguiría con mi plan inicial, pero me resultaba demasiado fácil que funcionase. Entonces pensé que, si seguía entreteniéndolos, mis compañeros tendrían la oportunidad de escapar. El resto del grupo estaba dentro de la sala, se oían golpes, risas y sonidos de algo metálico entrechocándose. Ni idea de qué podrían estar haciendo. Fuera solo estaban estos dos, con sus armas, eso sí, pero los tenía tan cerca que estaban dejando de atender a los españoles. Podrían tener una oportunidad, sin embargo, no me atrevía a hacerles una señal. No quería volver a tomar una decisión de la que arrepentirme después.

—¿Tú qué dices, rubio? —dijo de pronto acercándose a Marco y echando por tierra aquella pobre posibilidad—. ¿Nos quedamos con ella y os dejamos escapar?

—No, ella no se queda aquí sola y menos para que la violéis —respondió sin titubear—. Nuestra organización hará todo lo que pueda por sacarnos de aquí vivos a los tres. A pesar de no tener un gran capital, lucharán por nosotros y por que nos devolváis intactos.

—Vaya, vaya, vaya… Un voto en contra —y se dirigió a Pedro—. ¿Y tú, zanahoria? ¿Piensas igual que el rubio?

Pedro bajó la mirada, probablemente no quería encontrarse con nuestros ojos porque él tenía muy clara su respuesta.

—Yo creo que podíais pensarlo. Ella vale más. Si me dejas escapar a mí, diré solo lo que queráis, daré vuestro mensaje. A ella todo le da igual. Quedaos con la jefa —susurró sin levantar la cabeza. Estoy segura de que se quedó con las ganas de insinuar

que prefería que se quedaran también con Marco.

—Esto se pone interesante. Ahora un voto a favor. Tenemos empate. ¿Quién va a desempatar, jefa? ¿Tú?

Yo aproveché que se había vuelto a acercar a mí, lo tenía muy cerca, y al otro igual, para aproximar mi cabeza a la de él, casi podía rozarlo, tenía mi boca a solo un par de centímetros de la suya, aunque él tuviera el pañuelo tapándosela. Acerqué también el cuerpo, lo pegué al suyo y pude notar que estaba excitado. Finalmente respondí:

—El pelirrojo tiene razón, a mí todo me da igual y me gusta el sexo. Así que déjalos que se vayan y aprovechemos estos días nosotros—. Luego me separé de él y me acerqué al otro y le susurré muy cerca de la oreja—: Tengo para todos. Este despegó una mano del arma, que sujetaba con ambas, y la dirigió hacia mi pecho, que empezó a estrujar con ansiedad. Con las manos en la nuca, miré al jefe, que observaba la escena baboseando y le insinué con los ojos que hiciera lo mismo. Los achinó, y se acercó más, mientras murmuraba un «no» apenas audible. Su compañero dejó de manosearme unos segundos para meter la mano por dentro de mi blusa. Cuando alcanzó mi pecho, miró al otro y le dijo:

—¡No lleva sostén! Es guarra de verdad.

Supongo que la ética de Marco estaba por encima de la cordura porque retiró las manos de la nuca y le dio un fuerte manotazo.

—¡Dejadla en paz, asquerosos! ¡Tiene que volver intacta! Si no, no os darán un duro por ella.

El agraviado se repuso del impacto y le dio un fuerte golpe en el estómago con la culata que hizo que se doblara en dos de dolor. Entonces Pedro nos sorprendió a todos al empujar al jefe fuertemente en nuestra dirección, haciendo que el grandullón tropezara conmigo y con su compañero, que terminó cayéndose sobre Marco, aún en el suelo. Sin pararse a mirar el efecto que su acción había provocado, corrió desenfrenadamente hacia la arboleda para intentar perderse en ella sin mirar atrás. Desde el suelo, a donde yo también había caído al chocarme con el hombre, vi toda la escena y deseé a gritos sin abrir la boca que el pelirrojo lo consiguiera, a pesar de lo arriesgado que era. El jefe

se volvió hacia Pedro, apuntando firmemente su arma. Sin pensarlo, le di una fuerte patada en el gemelo que hizo que se le doblara la pierna y se tambaleara, y apretó el gatillo sabiendo que podría no atinar, pero no podía dejar escapar a su presa. Comenzó a disparar mientras recuperaba el equilibrio, probablemente intentaba apuntar a los pies. No dudó ni un segundo. Pedro, que no había corrido ni veinte metros, dobló las rodillas y cayó sobre ellas, despacio. Pensé que había parado asustado por los disparos, pero, como no podía ser de otra forma, un segundo después, pude ver que su camisa se cubría de sangre a la altura del cuello y se derramaba sobre los hombros y, luego, por la espalda. Se mantuvo arrodillado unos segundos más y después cayó del todo hacia delante. Oí el grito desgarrador de Marco, pero no pude volver a mirarlo porque en ese momento el hombre que había asesinado a nuestro compañero se volvió y me dio una patada en la cabeza. Creí que me la había roto. Y después, la oscuridad.

Tardé mucho en darme cuenta de que no había muerto. Fue un proceso lento. Al principio creí que estaba en mi habitación, en mitad de la noche y no recordaba nada de lo que había pasado, ni siquiera el secuestro. Luego sentí un intenso dolor de cabeza, como nunca había tenido, y me vinieron todas las escenas que acabábamos de vivir. Hice esfuerzos para saber si habían ocurrido de verdad o solo era una pesadilla. El dolor de cabeza era tan fuerte que sirvió como prueba de que todo había pasado en realidad. También pensé que, si me dolía, no estaba muerta, y puedo jurar que sentí tal desilusión que realmente me entraron ganas de llorar. Poco a poco fui siendo consciente del resto de mi cuerpo. A pesar del dolor, tenía la cabeza apoyada en algo blando y caliente, y el resto sobre algo más duro que no era el suelo. Sentí frío en el tobillo, lo moví un poco y oí el sonido de unas cadenas. Quería retrasar abrir los ojos, me daba hasta miedo lo que podía encontrarme si lo hacía, pero tenía que saber dónde estaba Marco. Abrirlos no sirvió de nada, todo estaba tan oscuro que era igual que tenerlos cerrados. Oí un sollozo y que mi «almohada» se movía acompasándolo. Comprendí que estaba apoyada en la pierna de Marco. Intenté incorporarme, pero me lo impidió suavemente tocándome en el hombro.

—Sanela —dijo con una voz nasal producto del llanto—. No te levantes. Te han dado un golpe muy fuerte. Has sangrado por el oído…

—Marco… ¿Pedro? —alcancé a decir—. Lo han matado, ¿verdad?

—Sí —sollozó y tardó en encontrar las fuerzas para seguir hablando—. Luego nos han metido aquí, y nos han puesto una argolla en el tobillo con una cadena atada a la pared. Eso es lo que hacían cuando estábamos fuera. Solo nos han dejado un poco de agua. Bebe.

Y me acercó una botella de plástico de la que bebí con ansia. Tenía los pantalones mojados, no sabía si era porque nos habían duchado o regado con algo.

—Estoy mojada —le dije—. ¿También nos han regado?

—No… —y noté que bajaba su mano, palpándome hasta encontrar mis pantalones. Después de un rato, retiró la mano—: menos mal, es solo pis. Te has debido de orinar encima. Han dejado un barreño, yo lo he hecho ahí, pero tú estabas inconsciente. Es lógico y es bueno también.

—¿Cuánto tiempo llevo así? —dije para cambiar de tema, incómoda.

—Mucho. Yo creo que no tardará en amanecer.

—¿Y tú? ¿El golpe?

—Uffff —resopló—. Ya estoy bien, aunque creía que me había perforado. Aún no me puedo creer lo de Pedro—. Y volvió a llorar, ya sin reprimirse, sin evitar hacer ruido para no despertarme. Me incorporé y tras encontrar su cuerpo y hacerme a la idea de su posición, le di un abrazo que él correspondió apretándome muy fuerte y sin parar de llorar. Estuvimos así un largo rato y poco a poco las sacudidas de su cuerpo se fueron espaciando. Me separé lentamente y busqué sus labios. Le di un beso con toda la pasión que pude y sentí el sabor salado de sus lágrimas, que habían llegado a nuestras bocas. Después le forcé a tumbarse y a apoyar la cabeza sobre mis piernas, y yo lo hice sobre las suyas. Pudimos dormir un rato. Nos despertaron al abrir la puerta. Un hombre nos tiró unas bolsas y unos *tetrabriks* de zumo. Después se marchó. No habíamos comido nada desde el desayuno del día anterior. Marco no quería, pero le insistí mucho y al final lo hizo desganado.

—Pobre Pedro —repetía una y otra vez cada cierto tiempo.

—Marco, tenemos que hacerlo bien ahora. Pensar en sobrevivir.

—¿Qué habrán hecho con él? ¿Seguirá ahí tirado? —dijo ignorándome.

—Si deciden violarme, por favor, no te hagas el héroe. En serio, me es indiferente. No me voy a resistir.

Me miró de hito en hito. Ya sí podíamos vernos las caras. Si su aspecto era mejor que el mío, no podía ni imaginar cómo estaría yo. Estaba totalmente demacrado.

—No pienso dejar que te violen —dijo rotundo.

—¿Y te vas a dejar matar como Pedro? No seas gilipollas. Tienes que salir vivo de esta.

—No podría…

—Ya me lo han hecho antes. Si superé aquello, mucho más superaré esta. Así que no hagas estupideces. Es una orden.

No sé si resulté muy convincente, pero no dijo más y estuvo callado un largo tiempo.

—¿Y qué pasará con su hijo? —se preguntó a sí mismo después de un buen rato.

—¿El hijo de quién? —pregunté a mi vez temiendo que estuviera alucinando.

—Su hijo va a nacer en dos meses. Ha contratado un vientre de alquiler. Hoy, bueno, ayer me llevó a conocer a la mujer.

Después me lo contó todo. Reconozco que fue de las primeras veces, si no la primera, que un asunto así se me había pasado por alto. Solía adivinar todas las historias de mi gente, las que no contaban, pero esta se me había escapado. Me quedé pensando largamente en aquel nonato y en su destino frustrado, pleno de comodidades y cariño. Me vino la imagen de Danilo cuando acudió a salvarme sin dudarlo. Algo se me removió por dentro y borré el pensamiento de un manotazo. No me gustan los niños, ya lo he dicho… Y, sin embargo… aquel niño abandonado lo dejarían tirado en un basurero o, si la madre era mejor persona, lo llevaría a una iglesia o a un hospital. Tenía claro que nunca se quedaría con el hijo de otros, aunque lo hubiera parido. Volví a alejar esos pensamientos de mí.

Pronto empezamos a habituarnos a la situación que nos impusieron. Una vez al día nos sacaban de uno en uno a hacer nuestras necesidades al monte. Pasábamos por encima de una mancha parduzca que quedaba donde habían matado a Pedro y que cada día se difuminaba más. Era doloroso ver lo que quedaba de él, aunque para Marco lo era aún más. Venía siempre hecho polvo de la salida. Para sacarnos, nos ataban los pies fuertemente, pero con holgura, para poder caminar, y nos ponían una cuerda al cuello como si fuéramos perros. Muchas veces no conseguía hacer nada dada la poca intimidad. Orinar lo hacíamos en el barreño, que colocábamos en la pared opuesta a donde dormíamos, lo suficientemente cerca para poder llegar a él con la longitud de la cadena. Teníamos que soportar el olor hasta que lo tiraban, una vez al día o cuando estaba muy lleno. La comida siempre era a base de bocadillos malos y con un pan chicloso e insípido. Permanecíamos atados por el pie todo el tiempo que estábamos en la sacristía. Para no pasar todo el día tumbados o sentados, nos impusimos una hora de ejercicios al día.

Marco me contaba su vida y yo me imaginaba a su familia, a su hermana, su madre, su padre y las calles donde vivía y los lugares que había visitado y yo no conocía. Muchas veces me pedía a mí que le hablase. Yo me resistía, pero le contentaba con pequeños episodios historias sueltas que él parecía rumiar y entrelazar. A veces le hablaba de mi experiencia en Afganistán o en Burundi y las tremendas vivencias que tuve allí. Hacíamos el amor casi todas las noches, a pesar de las dificultades que estar encadenados nos suponía. Era como nuestro pequeño regalo que nos hacíamos para dejar atrás la incertidumbre de nuestro futuro y los días tan planos. Yo no me saciaba nunca. Necesitaba ese contacto tan íntimo con él, necesitaba olerlo, besarlo. A esas alturas ya sabía que me había enamorado, una palabra totalmente inusual en mi vocabulario, pero que conocía por otros. Ya no me lo podía negar, aunque nunca le dije nada. Separarnos iba a ser mucho más duro de lo que creía. Nunca me habían prestado tantas atenciones, nunca habían tenido tanto interés en satisfacerme y yo disfrutaba de cada uno de los momentos.

Un día me propuso un juego: me haría lo que le pidiese, las veces que quisiera a cambio de una verdadera historia que hubiera marcado mi vida. Por supuesto, la Sanela más arisca y bestia salió como un resorte y le increpé, le golpeé y dejé de hablarle en varias horas. Por la noche me pegué a él, me acurruqué en sus brazos y empecé a frotarme como una perra en celo. Él me susurró al oído:

—Empieza por algo en concreto. Cuéntame cómo murieron tus padres—. Yo no se lo había contado, seguramente lo dedujo cuando le hablé de Danilo. Me rodeó con sus brazos por detrás, me besó la cabeza y me susurró al oído: —¿vale?

—¿Te crees que eres mi *gigoló*? Yo no pago a nadie para que se acueste conmigo.

—Para serlo, tendría que ser más joven que tú, ¿no?, y no es el caso. ¿Por qué no haces algo por mí y me contentas?

Y su voz y tono parecían tan sinceros que pensé que ya había recibido mucho de él y era hora de complacerle. Yo ya sabía que Marco había decidido hacía tiempo dejar de acostarse conmigo; sus ojos lo habían delatado las últimas noches que pasamos juntos en el hospital y, aunque tener sexo con alguien no es algo desdeñable, sabía que la mayoría de las veces lo hacía por mí, por darme calor y satisfacerme. Tenía muy claro que cuando saliéramos de allí, si lo conseguíamos, correría a encontrarse con su familia, abandonaría Haití y lo nuestro habría acabado para siempre. Estaba muy triste, recordaba todos los días a Pedro, y echaba mucho de menos a su mujer y sus hijas. La sonrisa espléndida que siempre le acompañaba hacía mucho que no se veía. Había dejado de hacer bromas, permanecía callado mucho tiempo y seguía llorando varias veces al día. Mi historia no era para reír, pero sin pensarlo más, empecé a relatar lo de mis padres, y después, sin poderlo evitar, todo lo demás. Fue como si me vaciara, como si dejara de llevar un saco en mis espaldas que doblara mi peso. Después me hizo el amor más intensamente que nunca, me besó por cada recoveco y me abrazó con tanta fuerza que parecía que iba a romperme. Luego me miró fijamente.

—Sanela… Sanela… Esto es amor, esto es lo que despiertas en mí y, si puedes hacerlo conmigo, también encontrarás a otro que lo haga. No es difícil amarte. Tú despiertas amor. Tú eres querida. Yo te quiero. No dejes de buscarlo. No dejes de hacerlo cuando yo no esté.

Me quedé callada mucho tiempo sin saber qué decir. Era la primera vez en mis casi cuarenta y un años que un hombre me decía que me quería. Incluso tuve que hacer un esfuerzo para comprender el significado de sus palabras. «Me quiere…», me decía, «me ha dicho que me quiere», me repetía incrédula. Yo sentía eso y más, mucho más, y me dolía. Aunque quería quedarme solo con la parte del cariño, también era consciente de que

con sus palabras ponía de manifiesto que no era mío ni lo iba a ser después. Volvería a su vida cuando saliésemos y quería que yo encontrara a alguien. Pero aquello era incompatible con el destino que había planificado para mí.

Ahora que pienso en lo que llevo descrito de nuestra estancia parece casi un nido de amor, días de vino y rosas, pero no eran ni lo uno ni lo otro. Bueno, lo del nido podría ser, pero los días no eran tan idílicos como se puede interpretar leyendo mis palabras. Eso es producto del amor, lo sé, pero no quiero detenerme en eso. Nos comía la intriga, el miedo a que nunca nos rescataran, a permanecer muchos más meses encerrados. Sabíamos que habían empezado las negociaciones porque, unos cinco días después de llegar, el jefe, al que no habíamos visto desde el asesinato de Pedro, entró para decirnos:

—Sabéis que os habéis hecho famosos, ¿no? Habéis salido en prácticamente todas las televisiones del mundo. Ya hemos contactado con vuestra empresa. Estamos negociando.

Y sin dejarnos hablar o preguntarle algo, dio media vuelta y se fue.

Llevábamos ya casi dos meses secuestrados cuando supe que nuestro encierro se estaba terminando. Esa mañana, cuando me sacó al campo un tipo de la banda, aún mayor que el que me había tocado las tetas, pasó algo que me hizo recuperar la esperanza. Estaba intentando que la salida fuera exitosa cuando oí un murmullo nuevo, un ronroneo metálico que no tuve duda de lo que era. Miré a mi verdugo y le vi que miraba distraído a otro lado para darme cierta intimidad mientras se fumaba un cigarro. Agradecí que no estuviese pendiente de mí y aproveché para mirar al cielo en busca del dron, pero las copas de los árboles me impedían visualizarlo. Tenía claro que estaba rondando la zona. Me levanté rápidamente, me subí los pantalones e hice un gesto de que había terminado. Probablemente sería mi única oportunidad de llamar la atención de nuestros salvadores. Cuando llegamos a la explanada que había a la entrada de la iglesia, hice que me tropezaba y caí al suelo. El hombre se giró cuando notó el tirón de la cuerda y el sonido que hice al caerme. Esperó unos segundos, y, al ver que no me levantaba, empezó a tirar de la cuerda gritándome que me pusiera de pie. Yo comencé a quejarme y me moví agitando las manos, como si estuviera nadando a braza.

—¡No puedo! —le decía—. ¡Me he hecho daño de verdad! —. Y de reojo busqué al dron, que no tardé en localizar. Chillé aún más fuerte, para que él no pudiera oírlo, aunque dudaba de que supiera lo que era.

Se acercó a mí, me cogió por los pelos y me intentó levantar tirando de ellos. Al mismo tiempo, acortó la cuerda del cuello tirando hacia arriba. Como veía que aun así no me movía, empezó a darme patadas en el costado, una tras otra, sin piedad y pensé que, si mi pantomima había dado resultado, ya era suficiente. Podía evitarme más dolor, así que me levanté sin fingida dificultad. Aquel hombre me metió a empujones en el cuarto. Me puso la argolla en el pie y nos dejó encerrados. Marco me miró preocupado.

—¿Qué ha pasado? He oído los gritos, vienes cubierta de polvo y mira tu cuello —y empezó a palparme—. Ese cabrón te ha hecho unas rozaduras muy profundas… —. Después se fijó en mi cara—: Y lo más extraño: ¿por qué sonríes?

Sonreí aún más al ver su cara desconcertada y me acerqué a él, le susurré en la oreja mi descubrimiento y mi teatro. Estaba segura de que no tendríamos escuchas en la habitación, pero no estaba dispuesta a arriesgarme y perder así la única oportunidad que se nos había presentado si alguien nos escuchaba. Al terminar, vi un brillo de esperanza en sus ojos, además de miedo. Me cogió con ambas manos la cabeza y me dio un suave y profundo beso. Después bajó a mi cuello y me besó la marca de la cuerda y sentí tantos escalofríos de placer que muy en mi fuero interno deseé que aquello no acabara nunca. Tenerlo allí encerrado me era suficiente, no me importaba pasar más días con sus noches allí, no me hacía falta nada más para vivir que tenerlo cerca. Estar en un cuchitril, atados, oliendo a rayos, y comiendo peor, me daba igual si así lo tenía. Pero eso era yo. Él necesitaba volver con su familia y yo iba a poner todo de mi parte para ayudarlo. Ya quedaba menos.

21

Nieves

Solo hacía una semana escasa que a Sergio lo habían subido a planta, a una habitación que, de no haber sido por su enfermedad, habría estado ocupada por otro paciente más. Nieves no lo había vuelto a ver, ya no pertenecía a la UCI, estaba al cargo de sus compañeros, pero diariamente se metía en el ordenador y leía su evolución. Estaba mucho mejor, aunque todavía le quedarían varios días en el hospital. Seguía teniendo mucha curiosidad por él y por su vida, tenía que reconocer que, para ella, que Sergio hubiera subido a planta era todo un alivio. También se sentía mejor en general. Se había ido a vivir a casa de su suegra, podía ver a las niñas cada día cuando llegaba y no tenía guardia, y eso era muy gratificante porque aliviaba la preocupación diaria de la presión hospitalaria que tenía. Ya no daban abasto, el número de fallecidos era creciente y las situaciones dramáticas se sucedían una tras otra; habían hecho una especie de UCI en toda la primera planta, generalmente destinada a pacientes con cortos ingresos, y los sanitarios caían infectados unos tras otros. Dos compañeros habían fallecido mermando los ánimos de todos. Apenas tenía tiempo de hablar con Marco y muchas veces eran las propias niñas las que le informaban de su vida, pues habían contactado con él a solas con la abuela. Procuraba no darles besos, solo las abrazaba tras llegar y ducharse, y no se quitaba la mascarilla hasta que se acostaba en el cuarto al lado de la cocina. Aun así, se sentía mucho mejor y había alejado la posible depresión que parecía acechar tras la esquina. Carlos había terminado infectándose del virus también y, aunque lo había pasado un poco peor que ella, ya había vuelto al campo de batalla. En todo este panorama, tenía una preocupación añadida: que la situación se prolongara en el tiempo y que Marco no pudiera volver, que cerraran las fronteras o que Haití, que iba algo retrasada con respecto a la evolución de España, empeorara y confinaran a la población tan rígidamente como habían estado los primeros meses. Se decía a sí misma que para octubre aún quedaban cinco meses y, para entonces, la situación podría mejorar. Además, estaba el tema de las vacunas, los laboratorios estaban trabajando sin descanso para sacarlas cuanto antes. No debía ser agorera y deseaba creer que Marco volvería en las fechas esperadas.

Terminó de hacer la ronda de sus pacientes y se acercó al puesto de enfermeras para dar los cambios para dos de los enfermos. Cuando ya se iba, Mamen la llamó:

—Nieves, que ya me olvidaba. Tu paciente, ese que conocías y que está en planta, les ha pedido a varias de las enfermeras que subas cuando puedas. Ha insistido mucho.

Miró el reloj y decidió ahorrarse el café que pensaba tomarse. En el fondo tenía ganas de verlo. Se metió el pelo detrás de las orejas, se aseguró de que el busca funcionara correctamente y tomó el ascensor en dirección a la planta. Dio dos golpes en la puerta y pasó. ¿Podría ya contarle algo? Estaba mucho mejor que cuando lo subieron, había engordado y lucía un aspecto más sano.

—Doctora —dijo al verla entrar—. Nieves… —rectificó rápidamente al recordar las últimas palabras en La Alpujarra—. Gracias por venir.

—Hola, Sergio. Parece que estás mejor. ¿Cómo te encuentras? Me han dicho que querías verme.

—Sí, llevo varios días pidiendo que te avisen… —respondió sin contestar a su pregunta.

—¿Varios días? Me lo acaban de decir y, como ves, no he tardado, pero no tengo mucho tiempo. ¿Qué querías?

—Sé que estáis hasta arriba, sé que no tendrás mucho tiempo, pero me preguntaba si podrás sacar algún rato para que charlemos tranquilamente. Antes no hemos podido…

—¿Charlar? No tengo tiempo de eso… —protestó Nieves, arrepintiéndose al momento.

—Por favor… no solo quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí aquí, quiero que hablemos un poco.

—Bueno, no tienes nada que agradecerme, he hecho contigo lo que hago con todos mis pacientes: intentar salvarles la vida y que sufran lo menos posible.

—No es eso lo que me han dicho…

—¿Cómo? ¿Te ha dicho quién el qué? —interrogó comenzando a enfadarse.

—Bueno…, no te enfades, por favor. No es eso lo que pretendía. Todo el mundo me ha hablado de todo lo que has hecho por mí, me han contado que me salvaste de mi parada, la máquina esa que me pusisteis… tengo mucho que agradecerte.

Nieves miró el reloj, se hacía tarde.

—Sergio, no hace falta que me agradezcas nada…— Calló durante unos segundos valorando si merecía la pena hablar con él, pero la curiosidad le podía—: Hoy salgo a las siete, quizás me pueda pasar entonces.

Con un movimiento rápido, Sergio le cogió la mano.

—Te lo suplico. Dame solo una hora, no más.

—No sé si dispondré de tanto tiempo —replicó—, pero lo intentaré. Si no puedo hoy, vendré el próximo día que no tenga guardia—. Se desprendió con delicadeza de su mano y se dio media vuelta para salir. A su espalda, Sergio volvió a suplicarle que subiera después. Ella se giró, dedicándole una sonrisa bajo la mascarilla que no pudo ver, y contestó un escueto «sí». No se merecía que fuera brusca, lo había pasado lo suficientemente mal como para dedicarle algo de mimos. Al fin y al cabo, es lo que hubiera hecho con cualquier otro paciente.

Pasadas las ocho por fin apareció por la habitación. Al entrar, Sergio le dedicó una sonrisa tan atractiva como las de antes. No le reprochó que llevara una hora esperándola, solo le dio las gracias por haber llegado.

—¿Cómo te encuentras? Esta mañana no me has respondido —preguntó Nieves para comenzar la conversación.

—Bueno… te podría decir que bien, pero te mentiría. Sé que he estado mucho peor, que habéis temido por mi vida, pero no puedo decir que estoy bien. No tengo fuerzas, me cuesta respirar, e ir al baño es como si hiciera un maratón, pero no me quejo. Me habéis salvado y, aunque sea por mi hermana y mi hijo, ya es suficiente —contestó entre toses entrecortadas y haciendo pausas para coger aire, pero con la misma forma de hablar que Nieves recordaba, con la misma voz profunda, pausada y sensual de antes—. Pero no quiero hablar de mí, sobre todo, quiero darte las gracias.

—Ya me las diste esta mañana. En serio, Sergio, no lo hagas

más. Es mi trabajo.

—Lo sé, lo sé…— Y se quedó callado un rato mirándose las manos.

—¿Cómo terminaste en Madrid? —interrumpió sus pensamientos—. ¿Y tu hijo? ¿Qué edad tiene?

Él sonrió y la miró a los ojos.

—Sí, si lo que quieres saber es si es el hijo de Miriam, lo es. Y aunque nunca nos hemos hecho pruebas, imagino que es también mío, nos parecemos mucho —dijo orgulloso—. Cuando nació, Miriam no se recuperó, tuvo un parto complicado y entró en coma. Lo registré como mi hijo, entre todos lo cuidamos, pero aquello cambió algo en mí. Aunque me gustaba nuestra vida, pensé que no era dueño del futuro de ese niño, que debería darle la oportunidad de elegir. Cuando Miriam murió, él tenía cinco meses y me vine a Madrid, a casa de mi hermana y mi cuñado y empecé a buscar un trabajo convencional. No me costó mucho, ¿sabes?, pronto empecé a trabajar en seguros y no me ha ido mal. Tengo poder de convicción.

—Eso no lo dudo —sonrió Nieves—. Doy fe de ello.

Él se la quedó mirando un buen rato, tanto que incomodó a la doctora. Esta apartó la vista algo nerviosa y continuó la conversación.

—¿Es eso lo que me querías decir?

—No —se apresuró él—. No es eso. Estoy contestando a tu pregunta—. Tomó aire como para coger fuerzas, pero eso le hizo toser de nuevo. Cuando se recompuso, continuó—: Desde que me devolvisteis a la vida, me ha dado tiempo de pensar en muchas cosas y, sobre todo, de que debería decírtelas—. Hizo una nueva pausa, parecía que ordenaba sus ideas. Nieves esperaba impaciente—. No me arrepiento de lo que viví en La Alpujarra, no, pero viéndolo ahora desde mi edad, sé que hice cosas muy inmaduras, jugaba con la gente y con fuego…, también jugábamos con fuego. No me arrepiento porque viviría amargado, y, porque si no hubiera elegido ese tipo de vida, quizás hubiera elegido otra peor y ahora estaría en la cárcel o muerto. El pasado no se puede cambiar… Me sentía el jefe de la manada, poderoso, podía hacer lo que quisiera con quien quisiera. Sabía convencer a todo el mundo y así conseguía alimentos y que nunca nos faltara

nada.

Volvió a hacer una pausa y Nieves, que había permanecido de pie todo el tiempo, acercó la silla, se ajustó la mascarilla y se sentó a cierta distancia de él. Parecía que iba para largo su monólogo. Volvió a pensar en lo egocéntrico que era. Había hablado solo de él desde que había empezado y no le había preguntado absolutamente nada a ella. Aunque parecía que iba a quitarse un peso de encima y a criticar su pasado, lo cierto es que no distaba mucho del de siempre, no notaba ningún cambio.

—Puede que te parezca un oportunista por lo que te voy a decir, puede que no me creas, pero te juro que es absolutamente verdad. Después del estrés del nacimiento de mi hijo y de la muerte de Miriam, en Madrid, solo había una persona que no se me quitaba de la mente y no era ninguno de la comunidad, ninguna de las mujeres del pueblo con las que me había acostado. Solo me acordaba de ti, Nieves. Solo de ti—. Y volvió a mirarla largo rato a los ojos, como buscando su reacción o quizás solo quería saber si estaba siendo lo suficientemente convincente para removerla. Ella se forzaba para parecer impasible, sin mostrar emociones, y no le estaba costando ningún trabajo. Sus palabras ya no le afectaban. Le creía, efectivamente, un oportunista o, intentando pensar bien de él, demasiado agradecido por haberle salvado la vida. Al ver que no decía nada, Sergio continuó—. Ya sé que eres libre de no creerme, pero es verdad. Llamé al centro de salud de Órgiva, convencí a la enfermera, con la que también había conectado en alguna ocasión, para que me dijera dónde estabas. Cuando supe que te habías ido a Oviedo, llamé a todas las academias que encontré en la guía de teléfonos. Ninguna quiso darme tu nombre, pero no lo dejé ahí. Estuve pendiente del examen y consulté las listas de las notas como si me hubiera presentado yo y ahí supe que habías aprobado.

—¿Cómo sabías mis apellidos?

—Los conseguí por la misma fuente. Pero aquel documento no decía dónde harías la residencia. Sé que había muchas posibilidades de que fuera en Madrid, pero tú eras andaluza, podría ser Sevilla, Granada, ¿qué sé yo? Bueno, resumiendo, no quiero aburrirte. Estuve mucho tiempo buscándote, pero luego me rendí.

Nieves volvió a meterse innecesariamente el pelo detrás de las orejas y luego juntó sus manos, las frotó fuertemente sin ser

consciente de ello.

—¿Qué querías, Sergio? ¿Para qué me buscabas? —consiguió preguntar finalmente.

—Mi vida había dado un cambio radical, había dejado de ser el chico tonto y despreocupado que solo pensaba en el sexo y en pasarlo bien. Y que tu imagen y los momentos que vivimos juntos no se me quitaran de la cabeza me decía algo. Me dio la señal de que teníamos que intentarlo. Que lo que tuve contigo fue especial, a pesar de que te llevé una y otra vez a mi terreno. Que fuiste la única que huyó de mí, que, tras intentar retenerte, no cayó en mis redes, sino que huyó. Y la idea de que podríamos intentarlo, de que mi nueva vida sería más plena contigo a mi lado, empezó a obsesionarme—. Tras unos breves segundos, cuando vio que la doctora iba a replicarle, continuó sin dejarla interve- nir—. Antes de seguir quiero decirte algo. Quiero pedirte perdón, desde lo más profundo de mi ser. Tú eras muy joven e inexperta, jugué contigo y de eso… de eso sí que me arrepiento—. Otra breve pausa—. Si hoy consigo, al menos, tu perdón, ya podré dormir tranquilo. Es, sobre todo, lo que te quería decir. ¿Serás capaz de perdonarme?

Nieves sonrió. Aunque él no pudo verlo por la mascarilla, soltó el aire que acompañaba a esa sonrisa.

—Hace mucho que lo hice, Sergio—. Y también hizo una breve pausa pensando en si sería correcto hacerle confesiones cuando en realidad era un completo extraño. Dieciséis años sin saber de él lo hacían alguien nuevo, un perfecto desconocido que no se merecía que ella hablara desde el corazón. Sin embargo, decidió continuar—. No te niego que al principio lo pasé mal, y todo aquello creó en mí una serie de inseguridades de las que aún arrastro algunos comportamientos, pero luego dejé de estar enfadada contigo. Y… también empecé a apreciar algunos momentos que pasamos juntos, no todos, pero sí algunos. Ya te perdoné. No tienes que pedirme perdón.

—Pero quería hacerlo y me tranquiliza lo que me dices. Me hace sentir menos mal, pero… hay algo más. Quiero que me creas, que te des cuenta de que estoy siendo sincero, que todo este tiempo he pensado que perdí una oportunidad de construir algo contigo…

—No, Sergio. Eso no es cierto —le interrumpió—. Eso no me lo puedo creer. ¿Por qué iba a ser yo distinta al resto? Era una

chica sosa, sin demasiado interés, ¿por qué iba a ser diferente a, por ejemplo, la profesora del instituto a la que besaste?

Sergio frunció el ceño. Realmente parecía que hacía esfuerzos por recordar.

—No lo sé. Yo también me lo he preguntado muchas veces, ¿por qué tú? Pero no he encontrado la respuesta. De esa que me hablas, no me he vuelto a acordar hasta ahora que me lo dices y eso que me acosté con ella muchas veces. La he olvidado y a ti no. Eso significa algo, ¿no?

Nieves dudó. Tenía una expresión un poco atormentada, parecía totalmente empeñado en que lo creyese. También le daba la impresión de que era sincero al no comenzar a alabarla para que supiera por qué con ella había sido distinto. Le había contestado un «no lo sé» que, de no haber sido verdad, podría haberla engatusado con muchos adornos para convencerla de que era única. En todo caso, fuera cierto o no, ya no tenía mucho más sentido seguir hablando de aquello. Si le daba el beneficio de la duda, y creía que realmente no la había olvidado en todo este tiempo, ¿de qué serviría? ¿Qué harían con esa información? No iban a ser amigos, probablemente pasarían otros muchos años hasta que se volvieran a ver. Pensó que la conversación ya había llegado a su fin.

—Vale, Sergio. Puedo obligarme a creer, aunque me resulte totalmente inverosímil, que hayas estado pensando en mí todo este tiempo, que te hayas hecho pajas mentales con la posibilidad de que podríamos tener algo y también puedo pensar que todo esto te está surgiendo por una engañosa necesidad de agradecimiento, pero vale —y cuando vio que él abría la boca para intervenir, lo cortó—. Espera, déjame hablar. Imaginemos que es cierto y que me lo has querido decir para reforzar tu intención de que te perdone. Ya te he dicho que no siento ya que haya nada que perdonar, pero me doy por enterada. ¿Y ahora qué? ¿Qué quieres que haga con esa información? Ya me lo has dicho, ya me he enterado, y ahora cada cual que siga con su vida. Tú procura recuperarte y cuando te den el alta vendré a despedirme.

—Es que… Nieves—. Y vio en sus dudas a un nuevo Sergio muy distinto al que conoció en aquella época que nunca hubiera dudado de decir lo que quería—. Nieves… —repitió mirándola con súplica en sus ojos y después muy bajo y sin dejar de mirarla

añadió—: Es que quizás aún estamos a tiempo. Por fin te he encontrado… cuando te reconocí con lo de mi cuñado, vine muchas veces al hospital, esperando verte salir, planificaba qué te diría, si me haría el encontradizo o te confesaría que te estaba esperando. Como un niño, inventaba las conversaciones, me imaginaba tus respuestas… Nieves, no puedo dejar pasar la oportunidad ahora que te he encontrado. ¿Podríamos intentarlo? ¿Querrías?

Nieves abrió mucho los ojos y el corazón le dio un vuelco. ¿Estaba oyendo bien? ¿El engreído Sergio de antaño le pedía una oportunidad? ¿Le pedía que comenzaran una relación, de esas de las que antes huía? De la sorpresa pasó rápido al enfado. ¿Cómo se atrevía? ¿Daba por supuesto que ella estaba sola, que no tenía a sus hijas, a Marco? A pesar de su súplica, seguía siendo un egoísta, un narcisista que solo se miraba a sí mismo.

—Sergio… —dijo finalmente—. Nunca te has interesado por mí, no sabes nada de mi vida. Tengo hijos, ¿sabes? Y un marido al que adoro. No soy la doctora de aquella época, no estoy sola. Me quieren y quiero. Nunca empezaría nada contigo, nunca. No te has preocupado por saber de mí…

—Claro que lo he hecho. Tienes dos hijas, de nueve o diez años, mellizas y tu marido… Marco, está fuera del país con una ONG, en algún lugar del Caribe, eso no he conseguido saberlo.

—¿Cómo…? —preguntó asombrada—. ¿Cómo sabes todo eso?

—Porque me he interesado y he preguntado. Utilizando mis dotes persuasivas, he sacado toda la información de las enfermeras de planta. No dudo de que los hospitales sean como pueblecitos donde todo el mundo se conoce y se cotillea, y este hospital, en concreto, no es muy grande. Lo sé todo.

—¿Y aun así tienes la… la… desfachatez de pedirme que me vaya contigo?

—Él no está… y yo no te abandonaría jamás. Y menos ahora, con todo lo que está pasando en el mundo. Me ha costado mucho encontrarte. Nunca te dejaría, nunca. Por eso me he atrevido. ¿Puedes… puedes solo pensarlo un poco? ¿Puedes contestarme mañana?

Nieves se quedó muda. Sus argumentos se habían deshecho,

ya no podía acusarlo de indiferencia hacia su vida cuando Sergio había investigado para saberlo todo sobre ella. También le asombraba que hubiera llegado tan lejos. Ella no era una persona demasiado abierta y estaba convencida de que lo de Marco solo lo sabían los de su unidad. Que dijera que su marido la había abandonado la removía profundamente, daba palabras a un sentimiento que crecía en su interior cada día. La hacía dudar, le hacía que su cabeza se llenara de pensamientos negros en los que Marco realmente había decidido irse para librarse de ella, para vivir otra vida lejos de ella. Y aquí estaba Sergio, del que sabía que podría atraerle tan fuerte como entonces, ofreciéndose para estar a su lado, para no dejarla sola, para apoyarla en todo. Él pareció leerle la mente y aprovechó para continuar.

—Hemos perdido muchos años, no nos conocemos lo suficiente, pero ahora que he estado a punto de morir, sé que no puedo dejarlo pasar, sé que el destino nos ha vuelto a unir de una forma caprichosa y cruda a la vez. Creo que debemos intentarlo. Nieves, pienso mucho en el esfuerzo que estáis haciendo y no me parece justo que nadie te cuide cuando llegas a casa. Yo ya no soy el de antes, no soy tan egoísta como crees. Si lo piensas, cambié todo por Einar, mi hijo, y no me arrepiento. Trabajo como uno más, cobro a fin de mes y no he vuelto a hacer el amor perdido en las montañas. Pero todo esto se puede acabar de un soplo si un maldito vi- rus lo decide así. No quiero desaprovechar el tiempo. Quiero que lo intentemos, Nieves. Por favor. Piénsalo.

Nieves bajó la cabeza, consultó el reloj y se puso de pie al comprobar que ya era poco más tarde de las nueve. Si seguía hablando con él, cuando llegase a casa de Rosario, las niñas estarían ya acostadas y quería verlas. Y también hablaría con Marco. Llevaba muchos días sin hacerlo, ella tampoco había sacado el tiempo para llamarlo. Sabía que sus palabras la estaban removiendo. Por unos segundos le vinieron imágenes de Sergio y ella juntos, paseando por la calle, conociéndose de nuevo, besándose y volviendo a hacer el amor, de aquella forma tan pausada y tántrica que solo él sabía hacer y los escalofríos le recorrieron el cuerpo. Él aprovechó su proximidad para cogerle la mano. La tenía fría y huesuda, pero era suave y cálida al mismo tiempo. Así lo sentía ella. Con la otra mano, se acercó a su mascarilla y se la bajó un poco.

—Déjame que te vea un segundo —le dijo y nada más bajársela se la volvió a subir—. No has cambiado nada, sigues igual. Esa es la cara que me imaginaba día tras día.

Él sí había cambiado, y mucho. Ya no era el mismo físicamente, pero su poder se mantenía intacto. Nieves cerró un segundo los ojos y la imagen de Marco y su amplia sonrisa se le aparecieron en la oscuridad. Quiso correr hacia él y abrazarlo y no dejar que se separase nunca más. Apretarlo tan fuerte, cogerlo de la mano y abrir la otra para recibir a sus niñas. Todo esto le vino a la mente en los pocos segundos que cerró los ojos. Y no tuvo dudas. No tendría que contestar nada al día siguiente. Sin soltar su mano, acariciándole con la otra y con un cariño que ni sabía que sentía, fue rotunda:

—Sergio, él no me ha abandonado. Él va a volver. Lo quiero como nunca he querido a nadie. Y aunque no volviera, no podría intentarlo contigo porque él me ha enseñado lo que es el amor y lo que es amar. Y sé que nunca podría ser igual contigo, nunca. No quiero herirte, no es mi intención. No es un tren que dejemos escapar, es que nunca ha pasado por delante ni se ha detenido en nuestra parada. Yo ya sé lo que quiero. Y no eres tú, lo siento.

Y fue sincera, no pretendía hacerle daño, no pretendía restregarle su amor por Marco. Simplemente dijo lo que sentía y de lo que estaba completamente segura. Sergio debió percibir todo aquello en su mirada. Ya no le hizo falta saber nada más. Comprendió que para él ya nunca habría la oportunidad que había estado tanto tiempo esperando. Volvió a toser para aclararse la voz.

—Quiero conocerlo. Quiero saber quién te ha robado de verdad el corazón. Quiero verlo, por favor, preséntamelo cuando vuelva. Y tú… tú te mereces sentir eso, te lo mereces. Gracias por ser sincera. Gracias por todo.

Nieves volvió a sonreír y le soltó la mano de forma delicada. Con un «cuídate» dio media vuelta. Al salir, oyó que Sergio le decía:

—Doctora, prométeme que seremos amigos. Al menos eso. No tenemos que vernos todos los días. Solo de vez en cuando. Me gustaría presentarte a Einar y que tú me presentes a tus niñas.

Ella sonrió y asintió.

—Y un último favor, doctora: ¿sería tan amable de encenderme la tele? Es absurdo que no tengan mando a distancia en las habitaciones.

Nieves volvió a sonreír. Sergio no podía imaginar la de mandos que desaparecían cuando los tenían. Encendió la televisión. Las noticias estaban casi llegando a su fin. La voz de la locutora llamó su atención.

—*…los tres pertenecientes a la misma organización y que ahora están en paradero desconocido. En las imágenes se puede ver cómo dos hombres y una mujer, cuya identidad reservamos por ahora, aunque sabemos que los hombres son españoles y la mujer serbia, son introducidos en un furgón con las cabezas tapadas con unas bolsas y las manos atadas. Serían los propios miembros de la banda que ha perpetuado el secuestro los que han difundido las imágenes grabadas desde un móvil. La ONG se ha puesto en contacto con la Embajada española en Puerto Príncipe y el embajador ha sido el que ha hecho unas declaraciones ante las cámaras. El gobierno español prepara…*

Pero Nieves dejó de escuchar. En la pantalla, el vídeo se repetía una y otra vez alimentando la noticia con los pocos segundos de grabación que habían obtenido. Efectivamente, dos hombres caminaban en fila y una mujer lo hacía entre ellos. No se distinguían muy bien, las imágenes eran de muy mala calidad, pero cuando subían a la furgoneta, el primer hombre tropezaba y quedaba de frente a la cámara durante unos pocos segundos y su camiseta… su camiseta tenía el ridículo dibujo del «Pájaro Loco» y no había muchas posibilidades de que ningún otro hombre en Haití, blanco y de complexión alta, la llevase. Se llevó horrorizada ambas manos a la boca y soltó un agudo chillido desgarrador y, sin saber ni lo que estaba diciendo, gritó:

—¡¡Es… es… es Marco!!

22

Marco

—¿Qué día es hoy? —preguntó Marco con la certeza de que Sanela le respondería al momento. Sin embargo, esta se levantó, se acercó al mueble donde, en la pared, había empezado a hacer las muescas y empezó a contar.

—Ummm… casi seguro que es ocho de agosto.

—Agosto ya… —reflexionó Marco y se angustió un poco—. Llevamos ya mucho tiempo, dos meses y pico. Lo que es imposible saber es qué día de la semana será, ¿no?

—No querrás que me ponga a hacer las cuentas, ¿verdad? Tendría que irme hasta el primer día —dijo bruscamente.

—No… solo es que oigo más ruido de lo habitual ahí fuera y no sé si es porque es domingo o qué —contestó ignorando el mal genio mañanero de su jefa. Sanela tenía un aspecto demacrado, el pelo sucio y las raíces negras ya casi le llegaban hasta las orejas, por lo que el bicolor no favorecía su imagen.

En todo este tiempo solo les habían duchado unas cuantas veces y con la ropa puesta lo que, por otro lado, también había servido para limpiarla. Lo habían hecho con una manguera en la explanada que rodeaba la capilla y solo habían conseguido mitigar el espeso olor a suciedad que les impregnaba. Después se desnudaban en la sacristía, colgaban la ropa en los clavos que habían dejado en la pared y que antes seguramente sostendrían cuadros e imágenes religiosas. Durante ese proceso, pasaban frío, ya que la humedad habitual de la región no favorecía el secado rápido y aquella estancia era muy fresca. Se daban calor abrazándose, mientras se contaban historias de su vida o permanecían callados, muy juntos, acariciándose despacio, cada uno sumergido en sus pensamientos. A veces, incluso, habían ido a la salida diaria al bosque solo en ropa interior porque la otra no se había secado aún. Afortunadamente no se habían acercado a Sanela ni la habían vuelto a tocar, aunque Marco notaba que la miraban de forma libidinosa. Probablemente se sentían incapaces de ponerle una mano encima por miedo a la reacción de sus propias mujeres, que, en la mayoría de los casos, sabían lo que

realmente estaba entreteniendo a sus esposos. Ambos habían observado que una vez a la semana, probablemente los domingos, se unían más miembros del grupo aprovechando el día libre en sus trabajos. Por eso el español había supuesto que sería festivo por el ruido que se oía fuera.

—¡Ayúdame! —dijo Sanela. Marco sabía a qué se refería. Ya lo habían hecho antes. Él juntaba sus manos y ella ponía el pie en ellas para mirar por la estrecha ventanilla que había sobre la puerta. No se veía demasiado, pero era suficiente para hacerse una idea. Efectivamente algo pasaba. Había tres vehículos cuando normalmente solo estaba la furgoneta en la que vinieron, y varios hombres armados seguían las instrucciones del que parecía el jefe. Este y los demás tenían la cara descubierta y Sanela no dudó de que era el mismo grandullón que mató a Pedro y la había golpeado a ella. Ya lo habían visto en otras ocasiones cuando los espiaban por el ventanuco. Era consciente de que esos hombres no podían saber que los reconocerían, ya que la regla de oro en cualquier secuestro era evitar que se conociese la identidad de los secuestradores. Eso podría hacer que el intercambio no llegase a buen término.

—Sí, algo pasa —dijo bajándose y sacudiéndose las manos con las que se había apoyado, cubiertas ahora de polvo.

Marco puso ambas manos en el alféizar de la ventana y a pulso y con bastante dificultad consiguió alzarse y mirar por ella. Allí estaba el asqueroso que había matado a Pedro y parecía que daba órdenes a los demás. Miró a la serbia y asintió, confirmándole sus sospechas. Sanela se había quedado callada mirándose la punta de los pies. Probablemente, intentando averiguar a qué se debía tanto movimiento.

Lo que tampoco sabían es que, en unas horas, a pocos kilómetros, Patrick y Femi les estarían esperando en un *Land Rover* de los servicios especiales internacionales. Menos aún se podía imaginar Marco que Ana estaría con ellos. Después sabría que el resto de sus compañeros tampoco lo habían pasado bien. Tardaron más de veinticuatro horas en saber que su desaparición era debida a causas imprevistas y, de no haber sido por Lug, que había ido hilando cabos, podían haber continuado mucho más tiempo.

El haitiano esperaba que volvieran como muy tarde a las seis, como le había dicho Pedro. A las ocho entró en el hospital y llamó a su compañero, que tenía exactamente su mismo rol, pero en Martissant. Este le contó lo que sabía: que los españoles habían recogido a su jefa en la puerta y habían seguido a un hombre en moto que les había pedido ayuda para una familia en apuros. Después no habían vuelto. Inmediatamente Lug hizo otras llamadas y envió a una serie de conocidos a que investigaran al lugar e hicieran preguntas discretamente. Como a la mañana siguiente no habían descubierto nada, él mismo se desplazó al hospital y pidió al compañero una descripción del hombre de la moto. Unas horas más tarde encontraron el coche en la nave y, como nadie se había preocupado de ocultarlo, llegó a la conclusión de que podría tratarse de un secuestro. Con estas noticias, volvió al hospital y fue a buscar a Didier, quien se lo trasmitió a los demás, empezando por su novio. A Femi la noticia le cayó como un jarro de agua congelada, no podía creer lo que estaba ocurriendo. Como Sanela había previsto, Femi y Patrick tomaron las riendas del asunto, llamando en primer lugar a la central, que se pusieron en contacto con el Ministerio de Asuntos Exteriores y este a su vez con el embajador español y el cónsul serbio en Puerto Príncipe.

Sin haber recibido aún ni una llamada, un equipo de inspectores del Grupo de Secuestros de la comisaría general de la Policía Judicial se desplazó a la capital haitiana, instalándose en la embajada para estar en contacto continuo con las autoridades nativas y sus homónimos serbios que, sin embargo, habían decidido no desplazarse y actuar desde su país. Y daba la casualidad de que el responsable de esta unidad policial española era Juan Hernández, hermano de Ana. Cuando supo que lo desplazaban y hacía escala en Miami, no dudó en llamar a su hermana y así poder verla, aunque fuera solo una noche.

—¿Que vienes a Miami? ¡Qué alegría! ¿Por placer o por trabajo? ¿Vienes con Carmen y los niños? —le preguntó Ana entusiasmada.

—Por trabajo —le respondió Juan —. Y no te hagas muchas ilusiones, solo estaré unas horas. ¡Qué más me hubiera gustado que quedarme unos días con vosotros! Pero mi destino no es Miami.

—¿No? ¿Y cuál es?

—Volamos a Puerto Príncipe al día siguiente, pero… ya sabes… De esto, ni una palabra.

—¿Puerto Príncipe? ¿Qué ha pasado? —y su voz reflejó la angustia que ya empezaba a sentir.

—Creemos que han secuestrado a dos españoles y a una mujer serbia. Aún no se han puesto en contacto con nosotros por lo que no ha salido en ningún medio. Así que…

—¿Quiénes son? —le interrumpió con un grito.

—¿Cómo que quiénes son? —dudó Juan, pero al pensar en la profesión de su hermana empezó a entender su angustia—. Son médicos del hospital de Tabarre… no me digas que tienes conocidos allí…

El silencio se hizo al otro lado de la línea. Juan miró su móvil para comprobar que la llamada seguía activa.

—¿Ana? ¿Sigues ahí?

—Sí…

—¿Entonces por qué no hablas?

—Tengo… tengo miedo de que me digas los nombres y saber quiénes son. En ese hospital conozco a dos médicos y grandes amigos: Pedro y Marco. Por favor, dime que no son ellos.

Entonces el turno de permanecer en silencio le correspondió a él. Estos hechos tan casuales eran parte de las sorpresas de la vida. Ahora le hubiera gustado que su hermana estuviera fuera de todo este asunto. Mientras Juan volaba de Madrid a Miami, Ana pudo encontrar a alguien con quien dejar a sus hijos para los próximos días, hacer la maleta y comprar un billete a Haití en el mismo vuelo que su hermano. Nadie se lo había pedido, pero sentía que tenía que estar allí. Su hermano no estaba en absoluto de acuerdo, pero sabía que, si se empeñaba en algo, era imposible disuadirla.

Los primeros días fueron frustrantes, sin noticias y con búsquedas infructuosas. Les hicieron replantearse si no se habían precipitado al desplazarse tan pronto a Puerto Príncipe. Juan y el resto de su equipo estaban en la embajada, donde el embajador, Horacio Lacunza, un señor completamente calvo, grueso y con la

cara más agradable de lo que se puede uno imaginar, les proporcionó todas las facilidades posibles y les puso en contacto con la policía nacional, que acudía diariamente para establecer las estrategias que debían seguir. Ana se había instalado en la habitación de Marco, pero iba a la embajada todos los días. A la semana, recibieron por una agencia de noticias el vídeo que simultáneamente se había enviado a todas las televisiones del mundo. Se veía a los tres sanitarios darse una vuelta con los rostros tapados y subir a una furgoneta en la nave donde apareció el coche y que ya habían examinado varias veces. Había más personas, se podían intuir algunas características físicas de los atracadores, pero habían distorsionado manualmente la imagen de sus cuerpos, así como la matrícula de la furgoneta, lo que hacía imposible, a simple vista, reconocerlos. Poco después, recibieron una llamada en el hospital en la que les confirmaban que tenían a los tres médicos, dijeron uno a uno sus nombres. No hablarían con nadie más que con algún familiar directo de los rehenes. Volverían a llamar en dos horas. Ana asumió el papel de familiar, pero tenía un problema: no sabía francés. Juan determinó que se hiciera pasar por su mujer y, con el altavoz, le irían traduciendo lo que le dijeran. Fue entonces cuando decidieron llamar a Nieves. Habían esperado a tener confirmación del secuestro para no asustarla sin razón, pero ella se adelantó. El teléfono de Ana comenzó a sonar.

—¡Ana! ¡Ana! Soy Nieves… Ana, perdona que te moleste, estoy muy asustada. ¿Te has enterado del secuestro? ¡Es Marco! ¡Es Marco! ¡Lo he visto! —gritaba atropelladamente y sin dejarla hablar—. He llamado mil veces al hospital, a su teléfono, no sé qué hacer. ¿Sabes a quién puedo llamar?¿Tienes el teléfono de Pedro? Ana estoy…

—¡Nieves, espera! —tuvo que gritar para poder hacerse un hueco—. Te íbamos a llamar justo ahora…

—¿Íbamos? ¿Quiénes?

A duras penas la ginecóloga pudo explicarle la situación. Hacía ya una semana que el Ministerio había mandado una unidad y ella se había unido a ellos. Le contó todos los pormenores. Le parecía justo que Nieves supiera toda la información y no omitió que esperaban una nueva llamada de los secuestradores y que ella se iba a hacer pasar por su mujer. Le prometió tenerla continuamente informada y le pidió que no tuviera ningún reparo en llamarla a cualquier hora del día. Era lo

mínimo que podía hacer por ella para tratar de aliviar su absoluto estado de desesperación.

En el despacho de Didier esperaban Ana, Juan, Horacio y dos de los tres miembros de la Policía Nacional que no se habían separado de ellos desde el primer momento. El resto del equipo español, con Femi y Patrick, estaba en la puerta. Uno de los agentes españoles trataba de corregir las imágenes del vídeo para eliminar la manipulación e intentar recabar más pistas sobre sus identidades. El inspector miraba el reloj cada cinco minutos y se movía por la sala como un oso enjaulado. Cuando por fin sonó el aparato, el policía haitiano descolgó y apretó el manos libres.

—Quiero hablar con un familiar de los médicos, solo con él —dijo una voz ronca al otro lado del hilo. Ana se acercó al altavoz y dijo en inglés:

—Aquí estoy.

—¿Quién eres?

—La… la mujer de Marco, *sa femme*. Se hizo un silencio al otro lado.

—No me mientas, no estoy para juegos. Llamaré en una hora.

Y colgó sin más.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Ana—. ¿Por qué ha colgado?

Todos se quedaron callados sin comprender lo que había fallado, sin empezar apenas la conversación. Era imposible que en tan poco tiempo se hubiera dado cuenta de que habían intentado engañarlo. Juan salió a la explanada y encendió un cigarro alejándose de los demás. Necesitaba pensar. El hecho de que no hubiera dudado en desmentir que Ana era la mujer de Marco solo se podía deber a una cosa: los conocían. O bien los espiaban o bien era una de las personas que los rodeaban, o de la embajada o del hospital. Echó un vistazo a los que estaban en esto. Descartó a sus compañeros, a Ana y al embajador y se detuvo a analizar a los dos policías haitianos, a Femi y Patrick. Estos dos últimos no podían tener ningún interés en raptar a sus colegas, así que solo le quedaban los policías. Se acercó y les preguntó por el compañero que faltaba.

—Su mujer está enferma y muchos días se tiene que quedar cuidándola—. Le contestaron.

Algo receloso, ideó otra propuesta. Cuando el teléfono volvió a sonar, tomó la palabra Horacio:

—Hola, soy el embajador de España en Haití. Hablo francés y será mejor la comunicación directa con vosotros. La mujer de antes no os ha mentido exactamente. Es la exmujer de uno de los médicos que tenéis, porque su actual esposa no puede salir de España por la pandemia. Antes de seguir, por favor, queremos saber cómo se encuentran, cuál es su estado.

Al otro lado de la línea, el hombre pareció reflexionar y sabiendo que no tenía alternativa, contestó:

—Sí, están bien. Vayamos al grano. Queremos un millón de dólares americanos por cada uno. Tres millones.

—Bueno… eso va a ser difícil de reunir —dijo siguiendo las instrucciones de Juan—. Necesitamos tiempo…

—Tres semanas. Ni una más.

—¡Pero necesitamos saber cómo están! Pruebas de que están sanos—. El pitido intermitente le avisó de que el hombre ya había colgado.

A partir de ese momento, las siguientes semanas fueron muy intensas y estuvieron llenas de incertidumbres, decepciones y sospechas. Representantes internacionales de la ONG se desplazaron a Puerto Príncipe, colaboraron con el equipo y consiguieron entre todos ir rebajando la desorbitante cantidad que pedían los secuestradores por su gente. Tanto Ana como el equipo español regresaron a sus países, pero Juan y sus compañeros volvieron poco después y prometió a su hermana que la avisaría con tiempo cuando estuvieran cerca del final. El inspector se sentía muy frustrado y la sospecha de que alguien de dentro estaba ayudando a los delincuentes iba en aumento. En todas las ocasiones que se habían comunicado con ellos, que no habían sido pocas y donde Horacio era el interlocutor, siempre faltaba el policía de la mujer enferma y la excusa que contaban sus compañeros era la misma.

Sus sospechas se confirmaron cuando el policía les proporcionó una información que decía haber obtenido por sus

contactos y que ubicaba a los médicos en una vieja nave del norte. Cuando se desplazaron hasta allí en una operación conjunta con los militares haitianos, solo encontraron el lugar vacío y restos de hogueras y periódicos donde se hablaba del secuestro. Parecía el escenario de una película. Aunque prácticamente no dudaba de la implicación del policía grandullón, decidió no compartir sus sospechas con los nativos y medir mucho todo lo que hablaban cuando este y sus compañeros estaban delante. Estaba convencido que sería más fácil localizar a los médicos con el traidor cerca de ellos. Sus sospechas las compartió con el embajador y con su equipo. Decidieron pedir ayuda a la Interpol, que desplazó a un grupo con los que se reunían a escondidas.

Juan sugirió que, como el policía haitiano los había llevado a una nave del norte, probablemente había intentado alejarlos lo máximo posible del escondite real, así que podrían sobrevolar con drones la zona sur. Una mujer del equipo internacional podría hacer un seguimiento intensivo del policía. Así fue cuando, casi dos meses después, tenían localizados a los sanitarios. Por otra parte, en las negociaciones el último precio ofrecido por cada cabeza había bajado a los cien mil dólares. Esperaban su aceptación definitiva. Los representantes internacionales de la ONG, ajenos a los planes de Juan y del resto del equipo, reunieron el dinero y lo dejaron dentro de la embajada, donde los haitianos pudieran presenciarlo. El inspector español sabía que podía confiar en los cooperantes, pero no tanto en sus dotes como actores, por lo que prefirió no contarles sus sospechas.

Cuando prácticamente tenían cerrada la operación de rescate, elaborada entre los españoles y la Interpol, los secuestradores llamaron para aceptar la cantidad rebajada de trescientos mil dólares y para establecer el intercambio. Esto hizo que tuvieran que cambiar de estrategia. Los habían citado a medianoche en algún lugar del sur del que habían mandado las coordenadas, a unos diez kilómetros de donde realmente tenían encerrados a los médicos. Al estudiar la zona, decidieron que les interferirían al dirigirse al punto de encuentro, ya que solo había una carretera posible para ir allí. Las instrucciones decían que solo podrían acudir el embajador y un conductor, que luego trasladaría a los tres rehenes. Juan intentó negociar con ellos y evitar poner en riesgo a Horacio, pero este se opuso tajantemente, alegando que él era el que tenía que acudir. El conductor, por supuesto, sería un miembro de la Interpol.

El policía haitiano grandullón se había ausentado toda la mañana, lo que no pasó desapercibido para el inspector. Se había reunido con ellos cuando prepararon el coche del embajador y procuraron que estuviera presente al abrir la bolsa con el dinero que llevaría Horacio, para que se asegurase de que todo era como se había acordado y no diera ninguna orden diferente a su gente. Después, en varios coches, se habían desplazado a un lugar donde esperarían hasta que todo terminase, a pocos kilómetros del punto del intercambio. Allí también estaban los dos colegas médicos y Ana, a la que había sido imposible mantener al margen. Juan era un manojo de nervios, no le gustaba estar en la retaguardia. Sin embargo, prefería tener cerca al haitiano y convencerle de que estaban haciendo estrictamente lo que los secuestradores habían indicado. Se notaba que el hombre también estaba nervioso, probablemente tendría los mismos pensamientos que Juan: le hubiera gustado estar con su gente y comprobar que todo salía como les había ordenado. Además, se le notaba receloso, dudaba de que el español no hubiera mandado a su gente al punto de encuentro del rescate. Le extrañaba que hubiera accedido a que ningún policía ni miembro de seguridad acudiera a la cita y, por más que comprobaba, estaban todos los que ya conocía desde el principio. Miraba insistentemente su móvil comprobando que no tenía cobertura, sin saber que era parte del plan del inspector español: poner inhibidores que impidieran la comunicación y, sobre todo, la de él con sus compinches. Esperaban ansiosos a que apareciera el coche para saber cómo había trascurrido todo.

Faltaba poco para que les abrieran la puerta y los llevaran a lo que ellos pensaban que sería su salvación. Solo hacía una media hora que un hombre había entrado y les había dicho socarrón:

—Poneos guapos. En una hora nos vamos y volveréis a casa.

Marco, con un rápido movimiento, detuvo a Sanela que se movía nerviosa por la habitación y, cogiendo su cabeza con ambas manos, le dio un apasionado beso. Ella se apretó a él y siguió respondiéndole con más besos. Después se retiró y lo miró fijamente.

—Este beso ha sabido a despedida…

Marco sonrió, le pasó la mano por el pelo y no contestó.

Sanela le devolvió la sonrisa. Él fue capaz de distinguir un cariño sincero en sus ojos y, aunque no quería ponerle palabras a su impresión, también vio un amor que era difícil de contener, que parecía que la desbordaba. De lo que era absolutamente incapaz era de saber qué pasaría por su cabeza en esos momentos. No pudo seguir pensando porque en ese momento la puerta se abrió. Un hombre les desencadenó, les ató las manos y los tobillos y les puso un trapo en la boca para que no pudieran hablar.

Los metieron en la misma furgoneta que les había traído, con dos de los sicarios junto a ellos y otros dos delante. Marco suspiró mirando a Sanela. Se dio cuenta de que las manos le temblaban. Era la forma de exteriorizar el miedo que sentía. Era muy difícil predecir si todo saldría bien. Además, estaba convencido de que sus secuestradores habrían contado en sus negociaciones con Pedro. No sabía lo que pasaría cuando los vieran aparecer a ellos dos solos. Podría ser motivo de conflicto y de retrasar el intercambio. No tenía ni idea de cuánto habrían pedido por ellos, pero poniéndose en el lugar de los suyos, no permitiría pagar por alguien que ya no estaba entre los rehenes.

No habrían recorrido ni tres o cuatro kilómetros cuando la furgoneta se detuvo y comenzó a pitar. Parecía, por los improperios de los de delante, que algo se había interpuesto en la carretera impidiéndoles avanzar. Los médicos se miraron y los dos que los acompañaban se pusieron inmediatamente de pie empuñando su arma. Fuera, lo que efectivamente había hecho parar al vehículo era un coche, un modelo ame- ricano descapotable que echaba humo por el motor. Una mujer blanca y con un vestido de alegres colores parecía desesperada. Los haitianos cayeron en la trampa. No dudaron de que sería una *hippie* lanzada a la aventura de recorrer sus tierras. Después de muchos improperios y pitidos, se dieron cuenta de que la mujer no iba a ser capaz ella sola de mover el vehículo atravesado en el angosto camino. El hombre que iba en el asiento del acompañante se bajó finalmente con el arma apuntando a la mujer. Esta, al verlo, subió los brazos con cara despavorida y se pegó al coche entre sollozos entrecortados.

—¡Quita el coche inmediatamente! —gritó el nativo.

—*I can't*!!!!! —gritó ella a su vez con expresión aterrorizada.

El conductor, el mismo que había tocado el pecho de Sanela, observaba la escena lamentándose de no haber tenido tiempo de

ocuparse de aquella mujer de habérsela encontrado a solas. El jefe les había dado instrucciones claras y no podían fallarle. Solo apartó la vista cuando sintió que su puerta se abría, pero antes de poder reaccionar, ya estaba tirado en el suelo muy lejos de su arma y con una bota aplastándole la cabeza en la gravilla del camino. La mujer, por su parte, había proiinado una fuerte patada en los testículos de su hombre y un compañero había salido rápido entre la maleza antes de que pudiera recibir la empuñadura del arma en su rostro. Todavía faltaban los de dentro. Esposaron a los dos hombres, los amordazaron y los dejaron delante de la furgoneta tirados bocabajo en el suelo. El grupo se dirigió sigiloso a la parte trasera del furgón y, con sus armas apuntándolo, esperaron unos segundos. Al rato, la puerta se abrió. Dos hombres amenazaban a cada rehén con un cuchillo en el cuello y les apuntaban con las carabinas.

—¡Apartaos! —gritó uno de ellos—. ¡Los mataremos! ¡Apartaos!

La mujer del coche y otro hombre, aprovechando que las puertas del furgón se habían abierto de par en par, se escondieron tras ellas por lo que los atracadores solo veían a los tres restantes. El que amenazaba a Marco era más joven, quizá por eso no calculó lo suficiente. Al descender del vehículo, le hizo un corte en el cuello por donde rápidamente comenzó a sangrar. El chico miró asustado a su presa que, prácticamente, no daba muestras de dolor. Después, a su compañero y, por último, a los tres agentes vestidos de negro que no habían dejado de apuntarles con las pistolas. Dudó. A pesar de que su padre era el policía que había organizado todo, y se imaginaba la mirada de desprecio que le dedicaría cuando le contaran su actuación, decidió rendirse. Aún tenía mucho que vivir con su novia, que le esperaba angustiada en casa. Tiró al unísono el puñal y el arma, liberando al instante a Marco, levantó las manos y se arrodilló con la cabeza gacha. El agente que estaba más cerca le puso las esposas retirando al médico detrás de él. El otro compinche, al verlo, chasqueó los dientes gritando:

—¡Hijo de puta! No mereces ser hijo de tu padre—. Y siguió amenazando a Sanela mientras daba pequeños pasos ideando lo mejor que podría hacer—. ¡No os acerquéis! A esta me la llevo.

Sin dejar de apuntarles y mirando a su alrededor, se dirigió hacia la puerta del conductor. El agente que estaba de ese lado, sin hacer ruido, fue rápidamente hacia la parte delantera, donde

la puerta se mantenía abierta y se metió de un salto en la cabina para esperarlos allí. El hombre estaba consiguiendo ganar terreno y acercarse a su única escapatoria. Rodeó más estrechamente a Sanela y se la puso delante sin dejar de apuntarla con el cuchillo. Con la carabina en el otro brazo, y teniendo a tiro a los agentes, desvío el objetivo de su arma y apuntó dentro del vehículo, dando varios disparos ciegos que alcanzaron al que se agazapaba allí. Volvió a dirigir el cañón hacia los otros, que se habían movido en socorro de su compañero. Volvió a disparar, hiriendo en la pierna a uno de ellos. Tirándola del cabello, subió a Sanela a la furgoneta y la echó al asiento contiguo sobre el agente moribundo. De reojo, pudo ver que la mujer del coche descapotable se asomaba por la ventanilla apuntándolo y se encogió para protegerse tras el cuerpo de la serbia. Solo necesitaba arrancar y salir corriendo de allí. El bulto que formaban el hombre herido y Sanela impedían completamente que la mujer pudiera disparar al secuestrador. Los demás agentes temían que si disparaban por la otra ventanilla podían dañar a los otros si erraban el tiro. Él aprovechó esta ventaja, arrancó de una vez y aceleró sin preocuparse de esquivar los cuerpos de sus compañeros que seguían tumbados en el suelo. Su idea era empotrar con toda la fuerza al descapotable para desplazarlo y escapar por el camino. Las ruedas pasaron por las piernas de uno de ellos y por el cráneo del otro, pero los agentes no se detuvieron y acribillaron los neumáticos que no se resistieron a las balas. Ante la mirada estupefacta de Marco y el hijo del jefe, la furgoneta apenas llegó a rozar el coche atravesado. En ese momento, aprovechando que el vehículo estaba prácticamente parado, el agente más cercano apuntó al conductor y le disparó por la nuca.

Entre todos, apartaron del camino el furgón con las ruedas destrozadas y fueron a por el suyo, oculto entre la vegetación y con los faros tapados con la maleza. Era de dimensiones parecidas al de los secuestradores. Metieron en la parte de atrás a los tres fallecidos, al malherido y al hijo del jefe, ambos esposados.

Después, la furgoneta y el descapotable arrancaron rumbo a donde les esperaban el embajador y los demás. Sanela y Marco iban delante en la furgoneta, muy apretados a pesar de que Sanela tenía en la ropa muchos de los restos orgánicos de los dos hombres fallecidos. A Marco esto no parecía importarle y no dejaba de abrazarla. El jefe de la unidad conducía y el resto del equipo iba en el coche, donde el agente herido en la pierna apretaba los dientes aguantando el dolor. Se había hecho un

torniquete que posiblemente aguantaría hasta el final del servicio. Esperaban que las otras dos operaciones hubieran salido perfectas.

Les había comunicado que en la iglesia todo había ido bien. El plan era que, nada más salir la furgoneta, otro equipo de la Interpol retuviera a los rebeldes que habían quedado allí esperando. La tercera parte era en la zona donde esperaba el embajador. Allí habría otro grupo de los secuestradores rondando el punto de encuentro y ellos también habían desplazado una unidad, que, escondida entre la maleza, esperaba la orden para atacar. Los habían localizado fácilmente. Los internacionales eran equipos expertos y los nativos solo unos aficionados que habían confiado ciegamente en las dotes operísticas de su jefe. El agente que conducía la furgoneta les informó con códigos de que la operación había salido bien y fue la señal para que reaccionaran y atraparan a los que estaban esperando el intercambio. No hubo bajas por ninguno de los dos bandos. Uno de los secuestradores pudo huir escapándose a través de la espesa vegetación. No merecía la pena ir en su búsqueda. Ya solo quedaba reunirse con Juan y los demás, con el que no podían comunicarse aún. Esperaban terminar la operación atrapando al cabecilla de la banda, el policía corrupto que había organizado todo.

Marco rodeaba fuertemente por la cintura a Sanela que estaba sentada sobre él en el asiento del acompañante. No daba crédito a que todo hubiera salido bien. Parecía que la pesadilla, por fin, había terminado. Podría volver a casa y abrazar a los suyos. Ya se había acabado su periodo de cooperación, no quería saber nada más sobre Haití ni alejarse de nuevo de su familia. Solo quería volver a casa. Ya quedaba menos. Todo había salido bien. O eso creía.

23

Sanela

Sentada sobre Marco, con sus manos fuertemente entrelazadas a mi cintura, me di cuenta de que no me sentía feliz a pesar de que todo había terminado. Nada de lo que habíamos vivido me había servido de mucho. Ahora más que nunca, me hubiera gustado que aquella historia terminase conmigo. ¿Qué me esperaba ahora? Nada. Marco se marcharía a su país y yo tendría que buscar sentido a mi vida. No tenía ni ganas ni fuerzas de pensar en mi futuro.

Yo sé que mis deseos eran absolutamente absurdos y que no los iba a poder compartir nunca con nadie, no sería comprendida, pero si me hubieran dado a elegir, hubiera preferido, sin lugar a duda, quedarme una buena temporada más encerrada con el español en aquella sacristía. La pereza que me invadía al afrontar mi porvenir era desmedida ahora que todo parecía haber acabado. Sin manifestarlo de ninguna manera, maldecía a todos aquellos agentes que nos habían rescatado, maldecía al embajador español y el abrazo que me había dado, la felicidad que emanaba de Marco por cada uno de sus poros. Tenía la cabeza apoyada en mi hombro, que besaba cada cierto rato. A pesar de mi cabreo, cuando sentía sus labios en mi cuello, unos escalofríos me recorrían el cuerpo y juntaba mi cabeza con la suya. Nada de esto pasó desapercibido por el agente que conducía. No dijo nada.

Poco después llegamos a otra explanada donde nos esperaban varios coches. Según nos había dicho el agente, nos dejarían allí y ellos llevarían rápidamente a los heridos al hospital y a los muertos al depósito. No estaba muy contento por el éxito de la operación. Habían perdido a uno de los suyos y eso era una herida difícil de curar. El coche paró y Marco abrió la puerta, separó las manos para dejarme bajar a mí. Yo me resistí. Solo fueron milésimas de segundo, pero suficientes para que se diera cuenta de que me costaba separarme de él. Bajó la cabeza, apoyó su frente en mi espalda, quizá no quería que yo percibiese que se estaba dando cuenta de todo y me cogió de la cintura, presionándome suavemente para que me levantara y bajara del vehículo. Ya no podía prolongarlo mucho más. Descendí, le oí bajar detrás de mí y miré a los que nos esperaban en la oscuridad.

No podía distinguirlos muy bien, por los focos de los coches que me deslumbraban, pero una de aquellas figuras, una menuda y con el pelo muy corto, corrió y saltó en los brazos de Marco, que la recibieron con sorpresa y entusiasmo simultáneamente. Por el abrazo tan intenso y la cercanía de sus frases no tuve duda de que era su mujer. Juro que sentí una oleada de celos como nunca había sentido. El abrazo de oso de Femi me distrajo de mis emociones y de seguir mirando a Marco. Entonces oí a Patrick.

—¿Dónde está Pedro?

La noticia del asesinato del español ya se la habíamos contado a la unidad internacional y al embajador, pero los inhibidores seguían funcionando y no podían comunicársela al grupo que nos esperaba. Marco, que después del largo abrazo con la mujer menuda había abrazado a nuestros compañeros y mantenía apretada por los hombros a la que yo creía que era su mujer, contestó:

—A Pedro lo asesinaron el mismo día que nos cogieron. Intentó huir y le dispararon por la espalda sin piedad —se derrumbó y comenzó a llorar de forma convulsiva, derramando también toda la tensión de las últimas horas vividas. La barba la llevaba casi hasta la altura del pecho y más que nunca parecía sacado de una película de Robinson Crusoe.

Nuestros compañeros recibieron el mazazo en silencio y Femi se llevó las manos a la cara para ocultar su dolor. Patrick se abrazó a Marco, intentando calmar su ataque de llanto. La rubia también lloraba y lo cogía por la cintura. Me hubiera encantado apartarlos a los dos y abrazarlo yo también, pero sentía que ya no era mío, ya no me pertenecían ni su dolor ni sus abrazos.

El resto del grupo se había acercado lentamente respetando los momentos de intimidad entre nosotros. La furgoneta arrancó tras intercambiar unas palabras con otro compañero y junto con el descapotable se fueron al hospital. Entonces lo vi. Entre los que quedaban y perfectamente vestido con el uniforme de policía estaba aquel grandullón que con tanta frialdad había matado a Pedro. No sé si mi expresión reflejó la sorpresa y el asco que sentí, pero procuré que no se notara. No era el momento. Ya encontraría el adecuado para delatarlo después. Identifiqué al que sería el responsable del grupo que, en ese instante, se estaba acercando a Marco. Quería que se cruzaran nuestras miradas, pero la mujer me lo impidió interrumpiendo para presentarlo:

—Mira, Marco, es Juan, mi hermano —pude entender en mi pobre conocimiento del castellano.

Dudé de que fuera realmente la esposa del español. ¿No conocería él ya a su cuñado?

Marco, pasándose las manos por el rostro, intentando borrar sus lágrimas, alzó la mirada, pero se quedó paralizado. Acababa de reconocer a nuestro opresor, pero no estaba dispuesto a reprimirse como yo. Levantó el brazo con el dedo apuntando al tipo, ignorando por completo al hermano de la rubia, con los ojos muy abiertos y un odio nuevo en su mirada.

—Es… es él. —murmuró.

El policía no se lo pensó dos veces. A la espalda del inspector español, desenfundó su pistola y apuntó directamente a Marco con un rápido movimiento. Supongo que no estaba dispuesto a que lo descubriera delante de todos. Yo no lo dudé tampoco. Me abalancé sobre Marco y me puse delante de él empujando con mi acción a la mujer que cayó al suelo. Tuve tiempo de ver la expresión de extrañeza del inspector español y, como si fuera a cámara lenta, se volvió a mirar detrás de él, pero el grandullón ya había apretado el gatillo. La bala entró por mi costado izquierdo, un poco más abajo de mi pecho, y el dolor que sentí fue inexplicable, una explosión eléctrica en cada uno de mis poros. Caí sobre Marco que, a su vez, cayó también, pero incluso cayendo, me sujetaba para que no me golpeara en el suelo. A lo lejos vi que el inspector y otros más de su grupo reducían al policía, pero eso ya me daba igual. La sangre pronto empapó mi ropa. Me costaba mucho respirar. Femi presionó mi herida. Oía los gritos de Marco diciendo mi nombre, alternándolo con unos desgarradores noes. Tenía mi cabeza apoyada en él y me abrazaba, me acariciaba el pelo, me gritaba que siguiera con él y me hubiera gustado responderle, me hubiera gustado decirle que ahora sí era feliz, que en todas las versiones en las que había ideado mi muerte, en todas sin excepción, siempre estaba sola y segura de que nadie sentiría mi ida de aquella forma. Ver su terror y su cariño era mucho mejor de como lo había ideado, era, sin lugar a duda, el final más extraordinario que nunca hubiera imaginado. Eso y muchas más cosas hubiera deseado decirle, pero cuando intentaba hablar solo salía sangre de mi boca que impedía no ya decírselo, sino también respirar. Si pudiera quejarme de algo de aquel momento era solo de eso, que sentía que ya iba a terminar todo y no podía agradecérselo, no podía decirle que

había hecho por mí más que nadie en este mundo, que mi felicidad era tanta que me faltaba compartirla con él. Creo que sonreí, o al menos lo intenté, sin reprimirme como siempre había hecho. No sé de dónde saqué las fuerzas, pero cogí su mano, extendí su palma y comencé a dibujar las letras. Primero puse la te, después la hache, y tuve que detenerme porque mi garganta estaba casi llena de líquido. Escupí y volví a dibujar la a seguida de la ene, pero ya no pude seguir. Los ojos se me nublaban y quería volver a disfrutar de su rostro. Lo miré y volví a sentir su amor y de nuevo una oleada de felicidad me invadió. Ya no necesitaba nada más. Ya lo tenía todo. Había conseguido lo que quería y de la forma más dulce. Y después ya nada más. Vino la oscuridad y me perdí en ella. Paz. Por fin paz.

24

Nieves

—Pero, dime, ¿cómo lo viste? ¿Qué te dijo? ¿Cuándo vuelve? —Begoña preguntaba sin parar a una aturdida Nieves que no podía contestarle a ninguna de sus preguntas con algo más que no fueran entrecortados monosílabos.

Desde que fue consciente del secuestro, su amiga no se había separado de ella. Nieves había vuelto a su casa para evitar que sus hijas la vieran sufrir. No les había contado nada, pero a Rosario tuvo que hacerlo. La mantenía informada y, aunque la mujer no podía disimular su angustia, tenía que hacer de tripas corazón por las niñas. Cuando terminaron el extraño curso, Rosario se había ido con las mellizas a la casa de la playa, muy presionada por Nieves, que creía que era lo mejor para ellas. Begoña también la llamaba a diario. Incluso se había quedado a dormir varias noches. Hablaba todos los días con Ana, que siempre contestaba a sus llamadas y la mantenía informada, pero habían sido dos meses muy muy duros. El día de la operación de rescate las dos amigas habían pasado la noche en vela pendientes del teléfono, pero no fue hasta cerca de las once de la mañana del día siguiente cuando Ana la llamó para informarle de que Marco estaba a salvo. Fue tanta la alegría que sintió que se olvidó por completo de preguntar nada más, ni de cómo había sido el rescate ni de cómo estaban los otros dos. Se abrazaron, lloraron y rieron juntas. Ya hablarían más detenidamente cuando hubiera descansado. Se la oía agotada. Con Marco esperaba hablar lo antes posible. Y eso había sido hacía un rato, a los dos días de la liberación.

En esos dos largos días, Ana la llamaba y le decía que no lo veía preparado para hablar, que estaba en *shock* y que los psicólogos opinaban que era un proceso natural y que había que darle tiempo. Le contó lo de los otros dos. Sanela se había interpuesto en la bala que el traidor disparó para Marco y también le contó lo de Pedro. La angustia de Nieves fue aún mayor tras oír sus palabras. Necesitaba hablar con él, decirle que ella estaba ahí esperándolo, que volviera a casa. Hoy, por fin, había recibido su mensaje de WhatsApp. Solo dos palabras: «Te quiero».

Lo llamó enseguida y cuando la imagen apareció en pantalla

pudo comprobar que tenía un aspecto desaliñado, con una barba muy larga y el pelo a la altura de los hombros. Parecía que acabaran de liberarlo. Ahora comprendía todo lo que le había ido contando Ana y no sabía cómo manejar la situación. Marco estaba sentado en su escritorio. Le costaba mirar a la cámara. No paraba de tocarse una mano, como si le doliera y, sin embargo, no tenía gesto de dolor. No sabía cómo abordarle ni qué palabras usar.

—Marco, yo… yo también te quiero, no sabes cuánto. Temía perderte para siempre—. Y se reprimía de preguntarle qué tal estaba porque no hacía falta. Ya podía saberlo solo con mirarlo.

—Yo también te quiero… —alcanzó a decir con voz ronca y alzó un segundo la mirada, pero rápidamente la volvió a bajar sin dejar de masajearse la mano.

Nieves sentía que tenía que ir con pies de plomo. No lo reconocía, nunca lo había visto tan cabizbajo, tan deprimido, tan lejano a ella, y no quería decir nada que pudiera herirle, comprometerlo o entrar en terrenos más pantanosos.

—¿Estás herido? ¿Te duele la mano?

Él volvió a subir la mirada, parecía sorprendido. Se detuvo más tiempo mirándola, dando la impresión de que mil pensamientos pasaban por su mente.

—¿La mano? —dijo finalmente.

—Sí, parece que te duele por cómo te la tocas. ¿Estás herido? —volvió a preguntar.

—No… no. Solo es… —y bajó la mirada contemplando la palma de la mano.

Al interrumpirse, sintió que se alejaba otra vez y caía en las profundidades a las que su angustia le arrastraba. En el breve momento que había estado mirándola, a pesar de su expresión de sorpresa, había sentido que empezaba a verla de verdad, era como si la identificase, la reconociera, pero solo había durado un segundo. Al volver a preguntarle sobre su mano, se había alejado de nuevo. Nieves no sabía seguir; estaba siendo mucho más difícil de lo que se había imaginado. Se mordió los labios y decidió esperar. El silencio ayudó a que él continuase.

—Es que Sanela… Sabes lo que ha pasado, ¿no? Sanela me

escribió algo antes de morir… Ella… ella no se dio cuenta, pero lo escribió con su propia sangre…

—¿Qué… qué te escribió? ¿Lo tienes aún?

—Sí… he sido incapaz de borrarlo, de limpiarlo, es lo que me queda de ella.

Nieves tragó saliva. Estaba sintiendo su dolor, pero también algo más. Su mente especulaba diversos escenarios a la velocidad de la luz, pero también se dio cuenta de que no era el momento de hablar de eso, y que quizá nunca lo fuera. De nuevo se sintió perdida para seguir con la conversación.

—Sonrió de verdad antes de morir. ¿Te puedes creer? Nunca… nunca la había visto sonreír así—. Murmuró más para sí mismo que para su mujer.

—¿Por qué no me lo enseñas, Marco? Me gustaría ver lo que te escribió.

Él volvió a mirarla y de nuevo la veía de verdad. Movía lentamente las pupilas como recorriendo el rostro de Nieves.

—¿Quieres verlo?

—Sí. Sí quiero. Entiendo que es muy importante para ti. Ha debido ser todo un horror.

—Un horror… —repitió él y parecía que asimilaba el término, como si no estuviera muy seguro de calificarlo así. Después volvió a mirarse la mano, pasó un dedo por ella y la volteó hacia la cámara para mostrársela a Nieves.

Los restos de sangre estaban muy oscuros y partes de las letras se habían borrado o nunca habían llegado a dibujarse. Nieves pudo entender perfectamente lo que ponía, aunque estuviera la palabra incompleta.

—Te dio las gracias —murmuró ella también—. Y también sonreía… —Y cogiendo aire, continuó—: Marco, sé que es duro y que yo no me puedo hacer a la idea, pero las dos cosas que me dices que hizo Sanela antes de morir significan que se fue en paz y agradecida. Eso… eso quizás pueda aliviarte—. Siguió diciendo, pensando en cada una de las palabras que salían de su boca.

—No sé…

Nieves también reflexionaba. Intentaba imaginar que a quien tenía delante era a un amigo, alguien que acude a ella para encontrar consuelo.

—Y no has sido capaz de lavarte la mano, ¿no?

—No…, no he podido.

—¿Crees que ella te pediría que lo dejases ahí? —preguntó con una débil voz con miedo de errar con su pregunta.

—¡Qué va! —sonrió tristemente—. Era muy terca, ya te lo dije. No le iban los sentimentalismos.

—¿Sabes lo que puedes hacer? Haz una foto de tu mano, de lo que te escribió y la guardas. Te la mandas incluso por *mail* para no perderla y luego podrás lavártela.

Volvió a mirarla con sorpresa y, por primera vez en la conversación, sus ojos reflejaron cariño, una mirada que Nieves conocía bien. Se la quedó mirando un buen rato y después sonrió levemente, sin apartar la vista.

—Tienes razón. Es buena idea. No lo había pensado. Es que… es que no quería perder esto… —dijo con una gran carga de disculpa.

—Yo tampoco querría perderlo. Y más si fue lo último que hizo Sanela. Hazlo así. Haz una buena foto y, después, date la ducha que parece que estás necesitando y te cortas el pelo y la barba. ¿Qué van a decir tus hijas y tu madre si vienes como Tom Hanks en *Náufrago*? —intentó bromear asustada de no acertar. Pero fue efectivo.

—¡Las niñas! ¿Dónde están? Quiero verlas. Pero estás en casa, ¿no? En nuestra habitación... ¿Te has ido de casa de mi madre? —preguntó él cada vez más cercano.

—No, no están. Se han ido a la playa con tu madre. Si quieres, las llamamos ahora... Tienes que hablar con tu madre para que deje de llamarme cada cinco minutos. Yo la quiero mucho, pero es que ¡no me deja ni ir al baño! —y sonrió forzadamente, esperando que no se le notase. Intentaba meterlo en la dinámica de sus conversaciones y alejarlo de la vivencia

traumática. No estaba segura de conseguirlo.

—Tienes razón, Nieves. Voy a afeitarme y podré llamarlas. Tengo… tengo muchas ganas de veros. De abrazaros. Ha sido todo tan… tan desagradable que ahora estoy dándome cuenta de las ganas que tengo de estar allí.

Nieves sonrió y, a la vez, una lágrima comenzó a caer pausada por su rostro. Se la quitó rápidamente, pero fue en vano, porque otra siguió a la primera. Marco se dio cuenta y llevó su mano a la pantalla del móvil como intentándosela quitar.

—No llores —alcanzó a decir con una sonrisa.

—Vente, Marco. Vente lo antes que puedas. Vente ya. Yo te cuidaré.

—Sí… ya es hora de ponerme en marcha… Te quiero, Nieves. Mucho, muchísimo. Gracias por ser así. Gracias por ser tú. No me había dado cuenta de la suerte que tengo de tenerte.

—Y yo de tenerte a ti, Marco.

—Solo… solo hay algo que tengo que hacer… algo que me puede llevar un tiempo, pero no mucho. Déjame que lo arregle por favor y vuelvo. Ya te lo contaré todo, te lo prometo. Y haré esa foto. La haré. Vuelvo a casa, cariño. Te quiero infinito.

Nieves salió de su habitación y se dirigió al salón donde la esperaba Begoña que había querido dejarlos a solas. Tenía sentimientos enfrentados. Por una parte, creía que lo había sacado del pozo donde estaba al principio de la conversación, pero por otra, sabía que había algo más en lo que quizás no debería de profundizar. Y ese asunto pendiente que lo iba a retener unos días más también la intrigaba. Quizás quería ir a esparcir las cenizas de la coordinadora en algún lugar con significado para ambos, o despedirse de algunas personas. Si fuera lo primero, ¿era normal que tuvieran algún lugar especial? Trataba de entenderlo, intentaba imaginarse una situación similar a la que Marco había vivido y pensaba en Carlos muriendo en sus brazos y recreaba lo que podría sentir en ese momento. Sería desgarrador, desde luego. Eran amigos y compañeros desde hacía años, y sentiría su pérdida más que la de un hermano, pero… no era consciente de que la amistad entre Marco y Sanela fuera tan

fuerte como la de Carlos y ella. ¿No le había dicho siempre que era odiosa? El hecho de haber pasado dos meses encerrados y bajo unas condiciones límites podría haber acelerado el proceso y haberles unido. Su amiga le hacía preguntas y ella apenas alcanzaba a contestarle porque su cabeza iba a mil, analizando todo lo que había sentido y percibido de la conversación con Marco. Le había costado mucho trabajo contenerse y no preguntarle todos los detalles que le urgía conocer. Para colmo, aquello había terminado con dos nuevos enigmas que la iban a volver loca si no se aclaraban.

—Bueno, realmente parece que está un poco… trastornado, como en *shock* —dijo sin poder eludir más las preguntas de su amiga—. Ha debido ser terrible, pero también me parece que… hay algo más, una historia ahí escondida.

—Ya… —contestó Begoña. También a ella le hubiera gustado preguntarle muchos más detalles a su amiga, pero decidió respetarla y esperar a que quisiera compartirlos—. ¿Y te ha dicho algo de cuándo vuelve?

—Me ha dicho que tiene que resolver un asunto y que vuelve… No lo entiendo mucho…

—Y claro, no te ha dicho el qué… —suspiró comprensiva—. Tendrás que armarte de paciencia y esperar a que lo tengas delante. Será más fácil para ti saber cuáles son los límites, cuando puedes presionar y cuando parar.

—Sí, quizás sea lo mejor—. Y tras una breve pausa con la mirada perdida, añadió—: Mañana vuelvo al trabajo entonces.

—¿Sí? Pero si aún no te has cogido las vacaciones. ¿No sería mejor que te fueras a la playa?

—No… creo que no. Necesito tener la mente ocupada y, si me voy, me sentiré muy lejos, como si no estuviese pendiente de él… Prefiero trabajar hasta cuando vuelva y entonces… Entonces sí nos podremos ir a relajarnos a la playa.

Por la mañana, mientras caminaba en dirección al hospital desde donde había aparcado el coche, recibió un mensaje de Marco. Era la foto de su mano, con la palabra incompleta de «than», con trazos borrosos y oscuros. Miró su reloj y comprobó

que en Puerto Príncipe sería poco antes de las dos de la mañana. El mensaje a esas horas intempestivas le decían que Marco había tardado en hacer lo que habían acordado y que le estaba costando dormir. En la foto, se vislumbraban también un par de uñas que estaban largas y ennegrecidas. Parecía que todavía no se había duchado. Esperaba que después de hacerse la fotografía, aquello, todo, la suciedad y las letras, hubieran desaparecido. Siguió observando la foto, agrandándola y reduciéndola, mientras caminaba hacia la entrada. Iba tan absorta que se sobresaltó al oír una voz a su lado:

—Hola, Nieves. Por fin te localizo.

Alzó la vista sorprendida y el móvil resbaló de sus manos. Sergio fue rápido y lo cogió al vuelo, devolviéndoselo inmediatamente, sin poder evitar echar un vistazo a la foto, curioso.

—Hola, Sergio—. Aún no se había acostumbrado a que la llamara por su nombre y no por su cansino «doctora»—. No te había visto, me he asustado. ¿Qué haces en la calle?

—Me dieron por fin el alta hace tres días… —dijo con su atractiva sonrisa.

—¿Y no tienes nada mejor que hacer que volver aquí? ¿O es que tienes revisión?

—No, no. Claro que no quiero volver por aquí, pero no me podía ir sin despedirme de ti, sin que me des tu número. Te lo dije… no quiero desconectarme de ti, pero tampoco te voy a agobiar. Ya me he enterado del rescate de Marco. Estarás emocionada. Menos mal que ha salido todo bien.

—Sí… bien —dijo con la mirada algo perdida—. Estaba viendo la foto que me ha mandado. El último mensaje que le escribió su compañera en la mano antes de morir—. Y sin pararse a pensar, le pasó el móvil. Sergio se puso las gafas que tenía colgadas en el cuello y examinó la pantalla del móvil unos segundos.

—Vaya…

—«Vaya», ¿qué? —preguntó mirándolo directamente a los ojos.

Sergio le correspondió con la mirada y se la mantuvo fija intentando averiguar si quería la confirmación de sus sospechas o de verdad era tan inocente como la chica que conoció en La Alpujarra. Nieves se sobrecogió un poco. Estaban muy cerca y podía hasta olerlo. Recordó las sensaciones que le producía entonces y dio un paso para atrás, cogiéndole el móvil y apagándolo.

—¿Por qué dices «vaya»? —repitió.

—¿No es evidente? ¿No lo ves? Es una despedida, claro, de alguien que es importante, con el que se tiene algo más que una amistad… Vamos, que han estado juntos seguro—. Y como ella se quedó callada mirándolo veladamente, continuó—. No sé… Para mí no hay duda y perdona si soy muy directo. Tu marido ha estado con esa mujer, no sé si ya lo sabías, si es algo que aceptáis entre vosotros. No sé cómo funcionáis.

Nieves parpadeó dos veces y bajó la mirada. Es verdad que ya lo sabía, pero no se había detenido a analizar. O, más bien, no había querido hacerlo. Había pasado algo entre Marco y Sanela. Sin embargo, él le había dicho que la quería, que era muy importante para su vida y que volvería. Era obvio que lo que hubiera habido entre ellos ya era imposible y volvería con ella. ¿Qué más daba todo entonces?

—Tengo que irme a trabajar. Me alegro mucho de que te hayan dado el alta y de que recuperes tu vida. ¡Adiós! —. Dio media vuelta para entrar en el hospital, pero Sergio la cogió por el brazo y la presionó para que se volviera.

—¿Me das tu teléfono? No te voy a molestar, te lo prometí, pero me gustaría poder hablar contigo de vez en cuando… A no ser que…

—A no ser ¿qué? Sergio, yo…

—No quieres dármelo y lo entiendo. No confías en mí y también lo entiendo, pero como te dije, he cambiado. Ya no me siento Dios, ya no juego con las personas.

—¿Y cómo puedes estar tan seguro? ¿Cómo sé yo que no volverás a irrumpir en mi vida, a esperarme aquí o buscar dónde está mi casa?

—Supongo que… supongo que debes confiar en mí — dijo

soltando un suspiro.

—Y si lo hiciera, ¿para qué? Dime, ¿qué quieres exactamente de mí?

—Lo que quiero ya te lo dije el día que hablamos cuando descubriste lo del secuestro. Y también sé que me dijiste que tú querías a Marco y lo acepté. Solo quiero que estemos en contacto, que conozcas a mi hijo, que nos veamos de vez en cuando a no ser que… que esto —señaló su móvil —sea el principio del final y me des a mí una oportunidad.

—¡No sabes lo que dices! —dijo enfadada alzando la voz, retirando bruscamente la mano de Sergio de su brazo—. Va a volver. Eso y más cosas me ha dicho.

—No te enfades, por favor. Aunque no lo creas, estoy intentando ser tu amigo. Claro que va a volver… el problema eres tú. Nunca te gustó compartir…—. Y cuando vio que ella iba a replicarle más enfadada aún continuó sin dejarla intervenir—. No te lo digo mal, te lo digo porque mientras viene Marco, tienes que pensar en eso. Si decides aceptarlo, hazlo con todas las consecuencias. No intentes averiguar qué pasó y qué no pasó. Simplemente acéptalo y olvida lo que pudo haber entre ellos. Cuentas con la «ventaja», entre comillas, de que ella no volverá para interponerse. Eres tú la que tiene que decidir si lo aceptas. Y si no lo haces, ya sabes, siempre puedes llamarme. No te voy a insistir más. Por favor, coge mi número al menos. Quiero que lo tengas.

Nieves abrió más los ojos masticando sus palabras. Sabía que Sergio era inteligente y ahora lo estaba demostrando una vez más. Lo que le había dicho era la realidad y algo que efectivamente tendría que pensar con más calma y tiempo. Tenía que controlar su ansia por volver a estar con Marco, para saber antes si estaba realmente preparada para olvidar que le había sido infiel, para pasar página sobre ese asunto, enterrarlo y recibirlo plenamente convencida de que quería estar con él y solo con él. Sabía que Sergio estaba esperando una respuesta y al mirarlo de nuevo a los ojos sintió algo tan sumamente extraño que solo después pudo analizar. Sintió que le hubiera gustado abrazarlo, acurrucarse en su cuerpo y besarlo, besarlo mucho y arrastrarlo a algún lugar cercano para hacer el amor como lo hacían cuando se iban de excursión por los montes de La Alpujarra. Si Marco lo había hecho, era su forma de estar en las mismas condiciones, de tener

algo que ocultarle y así, poderle perdonar. En aquel momento era como si no fuera ella misma, le parecía que era la mejor solución para no caer en los reproches, para no saber nada si él no quería que supiera. Inconscientemente dio un paso hacia delante acercándose más, sin apartar la vista de sus ojos. Suspiró, un suspiro profundo, como el que toma aliento para emprender una carrera, como para hacer algo que cuesta, pero que es inevitable. Sergio pareció que le leía la mente. Él también dio un paso, pero esta vez para atrás, alejándose de ella.

—Solo escribe mi número en tu teléfono, por favor. Ya me voy…

Aquello le fastidió porque comprendía que se había dado cuenta de sus sentimientos enfrentados, que había podido ver que había estado a punto de lanzarse hacia él y, lo más extraño, que la rechazaba delicadamente. Eso nunca lo había vivido con él. Un Sergio que rechazara el contacto sexual era algo inaudito. Debía de ser verdad que había cambiado. El Sergio de hace años nunca lo hubiera hecho. Volvió a suspirar y encendió el móvil y copió los números que le dictaba. Dudó unos segundos y marcó el teléfono recién agregado.

—Ahí tienes el mío. Espero que de verdad no hagas nada que me haga bloquearte —y sonrió levemente por primera vez de forma sincera—. Ahora tengo que irme. Ya llego tarde.

—Sí, perdona que te haya entretenido. Gracias por darme tu número. Llámame cuando quieras. Llámame como amigo si necesitas eso. No haré nada, te lo aseguro, hasta que no me digas lo contrario—. Acercó su codo y le rozó con él el brazo—. Esto cuenta como un par de besos que antes del virus nos dábamos los amigos. Pasa buen día—. Y sin esperar respuesta dio media vuelta y se fue andando lento y con una ligera cojera.

Nieves se lo quedó mirando. Lamentó los daños poscovid que padecía el cuerpo de Sergio y de los que no sabía si alguna vez se recuperaría. Pensó, también, que era la primera vez que admiraba lo que hacía, la primera vez que se había portado como un amigo, sin segundas intenciones y sin engaños. Siguió con la mirada puesta en su figura durante unos segundos viendo cómo se alejaba. Se obligó a darse la vuelta e irse de una vez por todas al hospital.

Cuando entró en la sala reservada para el personal, se

encontró a Mamen e Isabel tan enfrascadas en una profunda conversación que apenas notaron su presencia. Mamen tenía un pañuelo en las manos y se secaba los ojos de vez en cuando.

—¿Qué pasa? —les preguntó. Al fin y al cabo, eran más amigas que compañeras.

—Pasa que ha descubierto que su marido le está siendo infiel —explicó Isabel mirando a Mamen para saber si tenía su permiso para continuar—: Tenía sus sospechas desde hace tiempo, pero el otro día, lo típico, vio su móvil que se lo había dejado en un mueble, y leyó la notificación. Y lo peor, es que la conoce.

Nieves se acercó a Mamen y le puso una mano en el hombro que apretó levemente.

—Estás hecha polvo, ¿no?

—Bueno… —le contestó esta—. Estoy en los primeros momentos, haciéndome a la idea, pero en realidad era algo que sospechaba desde hace tiempo. Me siento traicionada, humillada, pero por otra parte…

Las dos se quedaron mirándola fijamente esperando que continuase. Ella alzó los ojos, aún vidriosos y sonrió ante la expectación que reflejaba los rostros de sus amigas.

—Aliviada. Me siento aliviada. Yo sé que las cosas no iban bien entre nosotros y ya me ha dado la excusa perfecta para echarlo de casa. Así que, desde anoche, he llorado, me han entrado ganas de pegarle de rabia, pero también he sonreído. Creo que necesito un futuro sin él.

Las otras dos se quedaron sorprendidas y se miraron para volver a mirar de nuevo a Mamen. Isabel soltó una pequeña carcajada.

—Pues me parece perfecta tu actitud. Quizás, incluso, es el empujón que necesitabas para dar el paso que de otra forma no te veías capaz.

—Exacto —dijo Mamen volviendo a sonreír en un claro contraste con sus ojos llenos de lágrimas—. Lo peor son los niños, pero no son tan pequeños… Ahora estoy libre… Soy libre para…

—¿Para qué? —preguntó Nieves que continuaba sorprendida —. No me digas que tienes a alguien en la retaguardia. Mamen la agarró del brazo y volviéndole a sonreír, le contestó confidencialmente bajando la voz.

—Tú eres su amiga. ¿Crees que Carlos podría fijarse en mí?

El asombro de Nieves iba en aumento, lo que hizo que se quedara sin palabras. Algo le decía que la actitud de su compañera podría considerarse moralmente inaceptable. Además, había pasado del llanto a la risa en demasiado poco tiempo. La enfermera consideró que debía justificarse.

—Supongo que estarás pensando que soy superficial y sin sentimientos, pero desde anoche no he parado de pensar en todo; me he dado cuenta de que lo nuestro hacía ya tiempo que estaba muerto, que no sentía nada… ni siquiera nos acostábamos. Llevo con él desde que tenía dieciocho años. Y aún soy joven y quiero vivir. ¡Y siempre me ha gustado Carlos! ¿Crees que tengo alguna posibilidad? —repitió.

Nieves no pudo evitar soltar una carcajada.

—¡Claro que tienes posibilidades! Tú y media plantilla. Ya sabes cómo es Carlos. ¿Te vas a meter en este lío ahora?

—Pues claro que no. No quiero nada serio. Lo último que me apetecería es empezar una relación. Solo quiero un «follamigo», es lo único que quiero. ¡Y Carlos esta buenísimo!

Después de bromear un rato más y viendo que a Mamen se le habían pasado todas sus penas, se dirigió a la puerta dejándolas en una alegre conversación. Antes de salir, Isabel le dijo:

—¡Ah, Nieves! Aunque ya te lo dijimos por teléfono, estamos emocionadas por la liberación de Marco. Por fin lo vas a tener pronto en casa, ¿no? ¿Cuándo vuelve?

—Ehhh… Aún no sé la fecha exacta, pero sí, deseando que vuelva. Ayer me dijo que tenía que arreglar unas cuestiones y que volvería en breve.

—¡Qué suerte! Bueno, si mi casi exmarido fuera como Marco, otro gallo cantaría ahora. Por él sí que derramaría lágrimas de sangre si lo perdiera…

Isabel le dio un codazo:

—Me parece a mí que te vas a volver una vieja verde… No todo es el físico.

Nieves salió deprisa esperando no oír ninguna frase más que la removiera por dentro. Ya había escuchado bastante. Las coincidencias otra vez… No le había dado tiempo de asimilar que Marco había estado con otra cuando se encontraba a una amiga en la misma situación. «¿La misma?», se preguntó interiormente. Se paró en seco buscando donde refugiarse. Necesitaba pensar a solas, aunque fueran solo cinco minutos. Entró en un baño próximo, cerró la tapadera del retrete y se quedó sentada sobre ella un tiempo indefinido mirando el blanco de la puerta. No. La situación de Mamen no era la misma que la suya. No tenía nada que ver. El marido de su amiga había estado meses traicionándola, conviviendo con ella, sin atreverse a cortar con la situación por comodidad o por las razones que fueran. Y lo de Marco… podría haber sido debido a la desesperación de estar encerrados, la incertidumbre de no saber si saldrían alguna vez, el miedo a que todo acabase. No tenía nada que ver. Estaba justificado, era algo que ella también podría haber hecho, algo que debía de olvidar. Se acordó de las palabras de Sergio. Tenía razón cuando decía que debía estar dispuesta a enterrar aquel asunto antes de que volviera, para que su relación continuase en el punto donde la habían dejado. Pensaba que no le sería demasiado difícil, bastaba con ponerse en la situación de Marco para calmarse, para olvidar lo que hubiera podido hacer con aquella mujer, para recibirlo sin pensar en nada más. Encendió el móvil y abrió la foto de la mano pintada, la estuvo observando durante varios minutos y después de pensarlo un rato más, la borró y escribió: «Consérvala». Luego, buscó el número de Sergio y le escribió después de dudarlo: «Gracias por tus palabras. Me has ayudado». Apagó el móvil y se quedó un rato más mirando la oscura pantalla. Lo silenció y lo metió en su bolsillo. Se levantó para acudir a la UCI de una vez. «Lo seré. Sí seré capaz», se decía. Podría borrar de su mente lo que hubiera hecho Marco en Haití tan fácilmente como había borrado la foto. O, al menos, lo intentaría con todas sus ganas. Solo esperaba que no tardara en volver.

25

Marco

Ana bajó del coche y se unió a Marco que negociaba con unos chicos. Miró a su alrededor y se sintió insegura, aunque fueran las doce de la mañana. No le gustaba el barrio. En realidad, no le gustaba nada Puerto Príncipe, no se sentía a salvo en la ciudad y estaba deseando salir de allí, pero Marco le había pedido que lo acompañara a lo último que quería hacer en Haití. No había podido negarse. Además, lo notaba ilusionado por primera vez desde que fue liberado y se podía decir que estaba hasta contento y con cierta ansia de terminar aquello y volverse a España.

—¿Qué les has pedido a los chicos? —le interrogó cuando vio que habían terminado.

—¡Ah! Que me cuiden el coche mientras subimos. Es lo que hacía Pedro.

Se lo quedó mirando un rato. Había recuperado su aspecto normal, tenía el pelo corto, se había afeitado y, recién duchado como estaba, parecía el Marco de siempre. Ya no tenía la mirada atormentada de los primeros días, parecía que lo peor ya había pasado. Volvía a hablar más animado.

—Ya no hay vuelta atrás, ¿verdad? Estás superseguro, ¿no?

—Ya te lo dije, Ana. No ha sido algo impulsivo. Días después de que mataran a Pedro lo tuve claro. No le dije nada a Sanela, pensaba que, si lo hacía, la haría sentirse mal porque quizás era algo que debería hacer ella más que yo, que ya tengo a mis niñas. Así que sí. Estoy superseguro y creo que es lo que debo hacer.

—Vale… —contestó dudosa—. Lo que no me parece bien es que no se lo digas a Nieves. Creo que deberíais decidirlo entre los dos.

—Y yo creo que, conociéndola, estará encantada. Quiero seguir con la sorpresa.

—Como maniobra de distracción —murmuró entre dientes.

—No empecemos… —reprochó Marco que la había oído a pesar del bajo tono de Ana.

—Has cogido el sobre, ¿no? —preguntó cambiando de tema.

—Sí, aquí lo llevo —respondió palpándose el bolsillo de la camisa.

Cuando recogieron las cosas de la habitación de Pedro para enviárselas a su familia, su padre aquejado de Alzheimer y una prima muy unida a ellos dos, encontraron un sobre que tenía escrito «Dulce» con su letra y que contenía todo el dinero que le había prometido a la madre de alquiler. Entre todos decidieron que, como Marco ya les había comunicado su intención de quedarse con el bebé de Pedro, utilizara ese dinero para lo que estaba previsto.

Subieron las escaleras y llamaron a la puerta. Abrió una de las niñas que rápidamente llamó a su madre. Dulce se acercó con su hijo en brazos. Su cara mostró sorpresa.

—Eres el amigo de Pedro, ¿no? Viniste con él la última vez que lo vi.

—Sí, el mismo día que nos secuestraron. ¿Te enteraste?

—Sí, me enteré y solo hace unos días que Dodó se pasó por casa y me contó que Pedro está muerto… Es horrible, lo siento mucho —dijo con las lágrimas asomando por los ojos.

—Has… ¿Qué tal todo? Le pregunté a Dodó y me dijo que el parto había ido bien.

—Sí, ya tiene casi un mes. No sé… No sé qué hacer con él —bajó la cabeza avergonzada y tras unos segundos, preguntó—: ¿Queréis verlo? Imagino que ella es tu mujer, ¿no? Marco miró a Ana y se disculpó por no haberla presentado.

—No, ella es una amiga. Ana. Y sí, nos gustaría ver al niño. Dulce dejó a su hijo en el suelo y les guio hasta una habitación donde había una cama grande, varios colchones por el suelo y una cesta rectangular en el suelo con una bolsa al lado. Marco y Ana se asomaron y pudieron ver al pequeño que dormía relajado. Tenía la piel oscura, no tanto como la de Dulce y sus hijos, de un color similar al café con leche. Unos hilitos rojizos bordeaban su cabeza. Era una mezcla muy curiosa. Marco suspiró largamente

intentando contener las lágrimas. Se imaginó a su amigo conociendo al pequeño y sintió profundamente que no hubiera podido estar ahí, que no disfrutara de aquel bebé tan ansiado. Se acuclilló y acarició su carita. El niño se removió un poco estirando sus bracitos con los puños muy cerrados.

—Es muy bueno, apenas llora, pero no quiero seguir dándole el pecho… no puedo quedármelo, no puedo… Esperaba que cumpliera el mes para llevarlo a la parroquia. No puedo quedármelo —volvió a suspirar apesadumbrada—. He preparado sus cosas en esa bolsa. Es poco, ropa de mis hijos y algo más…

Marco se puso de pie y la miró de frente.

—No quiero que lo lleves a la parroquia. He venido a por él. Quiero quedármelo si te parece bien.

Dulce abrió mucho los ojos y lo miró fijamente. Parecía que lo escudriñaba para intentar averiguar sus intenciones. Aunque sabía que no era su hijo, no se sentía bien dándoselo al primero que lo reclamase.

—¿Qué quieres hacer con él? —preguntó finalmente.

—¿Cómo que qué quiero hacer con él? Quiero adoptarlo, me lo llevaré a España y será mi tercer hijo. Eso quiero hacer. Se lo debo a Pedro—. Se llevó la mano al pecho y sacó el sobre con su nombre escrito—. Esto es lo que te prometió Pedro. Aquí está lo acordado. Espero que estés de acuerdo.

El pequeño comenzó a hacer ruiditos, los gruñidos de los recién nacidos, mientras abría a duras penas los ojos. Ana se agachó y lo acarició también.

—Hola, pequeño —le susurró con una voz cariñosa—. Buenos días. ¿Puedo cogerlo? —preguntó con gestos dirigiéndose a la mujer.

—Claro que puedes… Le daré por última vez el pecho, es su hora de comer—. Y después, mirando a Marco, añadió—: ¿Cómo no voy a querer? Si te lo llevas, le esperará una vida mucho mejor que la nuestra. Sé que no es nada mío, pero cuesta desprenderse de él.

—Entonces toma esto —dijo Marco dejando el sobre encima de la cama—. Espero que os ayude a ti y a tu familia. Es también

lo que quería hacer Pedro.

Ana sostenía al bebé en sus brazos y daba pequeños botes para que no rompiera a llorar. El pequeño hacía pucheros, mirándola.

—Mira, Marco. Tiene los ojos verdes como Pedro. Quizá sea solo porque está mamando.

Dulce los miró extrañada. No entendía las palabras de Ana así que Marco se las tradujo.

—Ninguno de mis hijos los tuvo así —replicó Dulce—. Yo creo que los tendrá de ese color de mayor.

—Será un curioso contraste —dijo Marco—. ¿Cómo se llama?

—¡No le puse nombre! No puedo, no es mi hijo. No está registrado, no he hecho nada con él salvo amamantarlo. Ni siquiera quiero que mis hijos se acerquen mucho, no quiero que se encariñen.

Ana pudo medio entender lo que la mujer había dicho.

—¿Cómo lo llamarás?

—No se me ocurre mejor nombre que Pedro, eso lo tengo claro.

Después de que Dulce lo amamantara por última vez, cogieron al bebé, su bolsa y se despidieron de la madre. Esta no quiso besarlo ni mirarlo demasiado. Prefería despedirse fríamente del pequeño y que se fueran cuanto antes para no volver a pensar en él. Los médicos también querían salir de allí y comenzar los papeles para poder sacar al niño del país y volver a España.

Días después ambos reposaban la cena en el jardín de la casa de Ana. Marco se recreaba con la tranquilidad del momento, del buen clima y del sonido susurrante del agua chocando con la lancha de su amiga. Sostenía en los brazos al pequeño Pedro, que dormía satisfecho después de darle el biberón y emitía soniditos que le recordaban a sus hijas cuando nacieron. Lo miraba embelesado, sentía que ya formaba parte de su vida y se

imaginaba la cara de sus niñas cuando lo vieran. Y la de Nieves, de la que estaba seguro de que aceptaría encantada. Habían pasado tres semanas desde que lo liberaron y después de hacerse cargo del pequeño había tenido que completar una serie de papeleos tan complejos que, si no hubiera sido por la ayuda inestimable de Horacio, aún podría seguir enredado con esa historia. Ana se había vuelto a Miami, pues no podía dejar más tiempo a sus hijos en casa de amigos. Él acudía diariamente a diferentes organismos para legalizar toda la situación. Dodó le había regalado un pañuelo enorme y le había enseñado cómo atárselo al cuerpo para llevar al pequeño, pegado a su pecho, de forma que ya nunca se le podía ver sin el bebé, se habían convertido los dos en una sola unidad. Lo peor habían sido las despedidas. Siempre lo eran. Recordaba las palabras del bonachón de Horacio cuando lo visitó para agradecerle que agilizara todo el proceso de adopción.

—Vuelve a tu vida, joven —le había dicho ignorando la edad de Marco al que no se le podría considerar así—. No va a ser fácil olvidar todo lo que has vivido aquí. Puerto Príncipe, Haití, no es fácil. Estamos en una situación desesperada y el mundo entero se olvida de nosotros. Y no solo ahora, que con la pandemia se lo hemos puesto más fácil. Esto viene de antes, de siempre. Somos un país pobre y, si tuviéramos gas o petróleo, seguro que ya nos prestarían más atención. Ya has probado lo que es esto, has estado en el fango, en las barricadas; ya no te queda más que hacer aquí. Vas a salvar a este niño y le vas a dar un futuro. Ya no te digo que sea mejor, lo que es obvio. Le vas a dar un futuro simplemente. Aquí no lo tendría. Cuídalo, cuida a tu familia y cuídate tú.

Y acompañando a sus palabras le dio un abrazo con cuidado de no aplastar al bebé.

Hizo, también, la ronda en el hospital, despidiéndose de todos los que habían sido sus compañeros y se sentía, en cierta medida, culpable de dejarlos en el campo de batalla cuando el coronavirus estaba creciendo en la ciudad.

—Siento que huyo —le confesó a Femi—. No me gusta dejaros así. Creo que lo peor está por llegar.

—¿Peor que tu secuestro? No lo creo. Has pasado por una situación horrible. Has perdido a Pedro y… a Sanela—. Hizo una larga pausa como meditando lo que quería decir—. Si te sirve de

algo, ella estaba deseando dejar de luchar, estaba deseando morir y su cara… su cara fue de felicidad al irse. Yo lo vi y sé que tú también. Le hiciste el proceso más fácil. Y ya está. Intenta no darle más vueltas. Te recuerdo que nunca pensaste en dejar a tu familia. Era solo un… un acuerdo.

Marco miró a su amigo y agradeció sus palabras.

—Pero dejaros ahora… No sabes cómo ha sido en España, en Italia… en el mundo. Aquí desconocemos muchos datos, pero vendrá más fuerte. Y yo soy un cobarde huyendo.

—No lo digas más. Me harás sentir peor porque… — Femi tomó aire, parecía que a él también le costaba continuar—. Yo también me voy. Ya se lo he dicho a Didier y, si no quiere venir conmigo, mala suerte. Yo también vuelvo a Londres. Tenía que haberme ido hace ya mucho tiempo y este tonto haitiano me ha retenido… Ya no lo necesito, quiero volver y luchar en mi ciudad contra el coronavirus. Esto se ha acabado… No estaremos tan lejos, nos podremos ver de vez en cuando, ¿no? Además, me dijiste que tienes una hermana viviendo en Londres.

—Sí, Marta. Allí está y no sé por cuánto tiempo. Creo que sí, le llevaré a Pedro para que lo conozca lo antes posible y entonces, si ya has vuelto, nos veremos. Me alegro de que vuelvas. Aunque sea una postura egoísta, me alivia no dejarte aquí.

Patrick le dio un sentido abrazo, sus ojos brillaron cuando le dijo que lo echaría de menos. Los demás también sentían que se fuera, había pasado a ser uno de ellos desde el primer día. A pesar de la tristeza de las despedidas y el remordimiento por dejarlos solos, no sentía irse de allí, no le daba pena alejarse de una ciudad donde no había logrado sentirse integrado. Tampoco creía que hubiera ayudado nada en esos meses de cooperante. A medida que pasaban los días, más ganas tenía de volver. El vuelo hacía escala en Miami y había decidido quedarse un día más para que el bebé pudiera descansar entre un vuelo y otro. También le apetecía pasar más tiempo con Ana en un lugar agradable, no sabía cuándo volvería a verla. Apartó la mirada del bebé y la dirigió a su amiga que lo miraba algo absorta.

—¿Qué pasa? —le preguntó—. Me estás atravesando con la mirada…

—¡Ah! Perdona —contestó algo apurada saliendo de su

ensimismamiento—. No pasa nada, solo te miraba.

—Sí, y parece que me quieres decir algo… ¿Qué te guardas?

—¿Yo? No, no, no estaba pensando en decirte nada. Solo… te veo con el peque y no sabía que quisieras tener más hijos, se te ve encantado.

—No se trata de querer tener más hijos —contestó rápidamente—. No me lo había planteado, pero como te he dicho mil veces, no lo dudé cuando pasó lo de Pedro y estoy cada día más encantado. Aunque mis hijas son lo más, ya sabes que los hombres nos pirramos por tener un hijo varón, somos así de simples. Así que Pedrito, ¡prepárate! Vas a tener un padre pesado que querrá compartir todos sus *hobbies* contigo.

—¿Sí? ¿Siempre habías querido tener un niño? Yo creía que estabas contento con tus niñas —preguntó Ana con la mirada perdida. Subió una pierna a la silla y apoyó la cabeza en su rodilla—. Si lo llego a saber… —murmuró entre dientes.

—¿Cómo? —intentó averiguar Marco.

En ese momento, como un torbellino, entró el hijo de Ana al jardín.

—¡¡Mamá!! ¡¡Mamá!! —gritaba atropelladamente.

—¡Antonio! ¡Baja el tono! Vas a despertar al bebé.

El niño se llevó la mano a la boca y se disculpó con exagerados ademanes con Marco.

—¡Kevin lo ha conseguido! —continuó en un tono más calmado—. Su padre ha comprado cuatro entradas para el partido. Van ellos dos y me ha dicho si quieres venir tú. Les he dicho que por supuesto.

—Muy bien, gracias por preguntarme —dijo irónica su madre—. ¿Cuándo es?

—Este sábado, por favor, mamá, yo quiero que vengas… —suplicó subiéndose encima de ella y haciéndole carantoñas.

—Vale, vale, vale. ¡Iré! —concedió Ana revolviendo el pelo castaño de su hijo.

—¡Gracias! ¡Gracias! —gritó él dándole un gran abrazo y varios besos. Se fue tan rápido como había venido para contárselo a Kevin cuanto antes.

Marco había contemplado toda la escena. Después se quedó un largo rato mirando a su amiga, como antes había hecho Ana con él.

—¿Dónde está el padre de Antonio? ¿Era aquel con el que salías cuando viniste a Madrid con Lisa?

Ana carraspeó y desviando la mirada simplemente contestó:

—Su padre nunca se ha ocupado de él. Y para Antonio tampoco ha sido un problema, aparentemente. ¿Ves? Quiere que vaya al partido porque su amigo va con su padre. No parece que eche de menos una figura masculina para ir. Es más, creo que quiere emparentarme con ese tipo. No es la primera vez que me propone un plan con Kevin y su padre.

—¿De verdad? ¿Y cómo es él?

—No está mal, la verdad. Aunque… no estoy muy segura de que sea una buena idea…

—Es extraño…

—¿El qué? —preguntó Ana mirándolo directamente.

—Pues que no me contaras esto. Hemos hablado muchas veces estos años y nunca me has hablado de su padre. Y yo soy muy torpe por no haberme fijado en ese detalle antes. Hablabas del padre de Lisa, pero de esto no…

—¿Qué más da? Además, no sé qué hacemos hablando de esto. Más me interesa saber cómo lo vas a hacer a tu regreso, cómo le darás la sorpresa a Nieves y cómo estás. De eso sí que me apetece hablar.

Marco bajó la cabeza para mirar una vez más al bebé. Le acarició el rostro y le dio un beso en la mejilla. Aspiró su olor y sintió de nuevo un cariño infinito. También estaba pensando, se preguntaba si debía resolver una duda que empezaba a crecer en su interior. Necesitaba hacer cuentas, comprobar las fechas que no recordaba y, sobre todo, si era el momento de abordar el tema. Había pasado mucho tiempo ya, no sabía cuándo había ocurrido

exactamente. Aquella vez que Ana estuvo en España y ellos se habían dejado llevar por los recuerdos, sus pasiones y la conexión que habían tenido en otra época. ¿Podría ser…?

—¿Por qué lo llamaste Marco Antonio, Ana? ¿Por qué no solo Antonio como lo sueles llamar? —se oyó preguntar sin haberse parado a pensar lo suficiente.

Ana, que bebía su cerveza, lo miró de hito en hito y soltó una forzada carcajada.

—¿A qué viene eso? ¿No lo puedo llamar como me dé la gana? Tu nombre siempre me ha gustado y sabes que te quiero. Somos muy amigos a pesar de todo lo que pasó entre nosotros. No te hagas pajas mentales, por favor.

—¿Seguro?

—¿Seguro qué? —dijo ella levantándose y comenzando a recoger los platos con el resto de la cena—. En serio, no sé a dónde quieres llegar.

—Sabes a dónde quiero llegar, no te hagas la tonta… —contestó algo cabreado. En ese momento el bebé gruñó y, como un resorte, comenzó a llorar desesperadamente—. Ehhh, ¿qué te pasa pequeño? ¿Qué te duele? —le susurró con un tono cariñoso.

—Seguramente le duele la tripa. Haz que le salgan los aires. Parece un llanto de dolor.

Marco se puso a Pedro en el pecho, dándole palmaditas en la espalda. El niño seguía llorando.

—Dale también un masaje en la tripa. Eso les alivia bastante. Muévele las piernas arriba y abajo. Parece un cólico.

Ana se volvió hacia su casa con varios platos y vasos en las manos, cerrando los ojos mientras emitía un largo suspiro. Se había salvado por muy poco. Ese bebé había sido muy oportuno, ella también lo quería ya. ¡El pequeño le caía muy bien! Había evitado una conversación que no estaba dispuesta a mantener. Dejó las cosas en la cocina lentamente, necesitaba que pasara más tiempo para que Marco olvidara el tema, pero Pedro seguía llorando. Marco se había levantado y daba vueltas por el jardín con ansia de que se calmara. Volvió a salir y le pidió que se lo dejara. Cogió un aceite del baño, se dirigió a la habitación de

Marco, que la seguía sin saber qué hacer. Puso al niño en la cama, lo desnudó y comenzó a restregarle el aceite por el cuerpo, mientras le daba un masaje. También le cogió los pies y le dobló las rodillas, llevándoselas hacia el pecho. Le cantó una canción dulce sin importarle los alaridos del bebé que poco a poco fueron bajando de intensidad.

—Tienes buena mano —le dijo Marco cuando el niño ya solo daba entrecortados suspiros y parecía más relajado.

—Es lo que hacía con mis hijos. Aún no se me ha olvidado. A ver si sirve de algo y pasáis buena noche. Yo ya me voy a acostar y tú deberías hacer lo mismo. Mañana te espera un largo viaje. Buenas noches.

Y diciendo esto se dio media vuelta, pero Marco la cogió por el brazo obligándola a detenerse.

—Pero, Ana… no hemos terminado de hablar…

Esta volvió a suspirar y se enfrentó a su mirada.

—Sí, Marco. De «eso» hemos terminado de hablar. Te lo he dicho. No te hagas pajas mentales. No me cabrees. Ahora en lo que tienes que pensar es en volver con tu familia, saber manejar la situación con Nieves y borrar las dudas que pueda tener de lo que haya pasado entre tú y Sanela. No lo dudes. Ella no es tonta y se imaginará muchas cosas. Que puedas volver como si nada hubiera pasado está pendiente de su decisión y encima, «le regalas» un hijo nuevo y no le has dejado ni opinar sobre ello. Céntrate en eso y en hacerlo bien. Es solo lo que tienes que pensar ahora. En nada más—. Dijo con determinación y añadió—: Buenas noches.

Y de forma delicada se deshizo de su brazo y se fue a paso ligero hacia su habitación en el piso de arriba. Marco no estaba seguro de que su amiga le dijera la verdad y tampoco creía que fuera un tema que pudiera pasar por alto, pero ella no le había dejado opción. Había zanjado el tema rotundamente y también le había dicho algo que, hasta ese momento, no había tenido en cuenta. Nieves podía imaginarse que algo había pasado con Sanela, podía saber que le había sido infiel, que la había traicionado. Desde la liberación e incluso antes, desde que los secuestraron, había dado por supuesto que su mujer estaría deseando que volviera, que estaría encantada de recibirlo a él y al

niño. No se había parado a pensar que tendría sospechas de lo que había habido entre Sanela y él. Había sido, una vez más, un egoísta y no había pensado en los sentimientos de su mujer. Si, como decía Ana, ella sospechaba de él, tenía que convencerla de que aquello no había significado nada, o, mejor dicho, que lo vivido con Sanela no cambiaba en absoluto lo que sentía por ella. Y todo esto tendría que decírselo sin palabras, sin explicar nada. Tenía razón Ana, una vez más, tenía razón. Tenía que centrarse en eso. En hacerlo bien y en recuperar la confianza de su mujer. Miró a Pedro que había cerrado sus ojitos. Lo colocó en el centro de la cama, puso una almohada al lado contrario para que no se cayera y se acostó a su lado sin dejar de mirarlo. Le acarició la cabecita, su escaso pelo cobrizo y lo besó una vez más.

—Me tienes que ayudar, Pedro. Tenemos que encandilar a Claudia y a Marta, tus hermanas, y, sobre todo, tenemos que conquistar a mamá. Ayúdame a hacerlo, pequeño. Eso es lo que más quiero ahora. Quiero volver a casa. Y necesito de ti para que todo salga bien.

Miró la hora y aunque en España estaban a altas horas de la madrugada decidió escribirle un WhatsApp a Nieves para que lo leyera en cuanto se levantara. Escribía, borraba y volvía a escribir. Quería ser convincente sin dejar de expresar lo que realmente sentía. Después de casi veinte minutos escribiendo y sin estar muy convencido de expresarse como quería, mandó el mensaje:

«Ya solo quedan unas horas para vernos y no puedo con la impaciencia. Tengo muchas ganas de abrazaros, de estar con vosotras, pero sobre todo tengo ganas de ti, de tenerte cerca, de no volvernos a separar. Te quiero mucho, Nieves, lo eres todo para mí. Solo espero que aceptes la sorpresa que te llevo que será mi único recuerdo de mi experiencia en Haití. Vuelvo a casa, vuelvo a ti, para siempre».

Epílogo

Las veo esperar nerviosas a las cuatro. Las niñas, de vez en cuando, se distraen, juegan y pelean entre ellas, pero de pronto se acuerdan y vuelven a mirar por la puerta, que a veces se abre, y miran a ver si llega ya. Dan saltitos, miran a su madre y a su abuela. Estas se agarran de la mano, se la aprietan y achinan los ojos y supongo que se sonríen. No lo veo bien con las mascarillas que llevan. Parece que la mayor intenta animar a Nieves. Es verdad. Parece triste. No lo entiendo, debería estar encantada de que por fin va a ver a Marco. Quizás está preocupada por la sorpresa que le trae, con el hecho de que tenga que aceptarla. Supongo que se preguntará qué será. Marco es tonto, se lo tenía que haber contado, es absurda la idea de que quiera sorprenderla con eso, como si se tratara de un diamante, un regalo, ¿qué sé yo? No me parece bien, Ana también se lo reprochó, pero él es un cabezón y se mantuvo firme hasta el final. Quizás sepa que es mejor así, quizás es verdad que es la mejor maniobra de distracción. Habrá que darle el beneficio de la duda, habrá que confiar en que sabe manejar la situación.

No saben que todavía les queda bastante hasta que lo vean aparecer. No ha sido fácil pasar la inspección de la policía. Lo miraban a él, miraban al bebé y veían unas diferencias que no encajaban. Le hicieron quitarse el pañuelo que servía de mochila para portar al bebé, lo registraron de arriba abajo mientras un policía mecía al niño para que no rompiera a llorar y estudiaron atentamente todos los papeles y pasaportes de ambos. Marco, impaciente, les había dicho:

—Si tienen alguna duda más, pueden llamar al embajador de España en Haití, Horacio Lacunza. Llamen a la embajada.

Y los policías lo habían hecho y habían conseguido hablar directamente con él, que confirmó la legalidad de todos los papeles que llevaba el español. Fue entonces cuando lo dejaron pasar y recoger sus cosas de la cinta de equipajes. Solo su mochila daba vueltas en solitario. La cogió y se la colocó con dificultad. Era curioso cómo iba: con el bebé delante envuelto en el pañuelo, la mochila a su espalda, la otra pequeña con el portátil en un hombro y una bolsa donde llevaba las cosas del pequeño en el brazo. Parecía que podría desplomarse por el peso en cualquier momento. Le vi tomar aire y soltarlo lentamente. También estaría

nervioso por el encuentro ya eminente. Avanzaba por el pasillo con paso firme, donde pocos pasajeros quedaban ya. Cuando el grupo que iba delante de él hizo que se abriera la puerta, vio cómo sus hijas la atravesaban y corrían hacia él, a pesar de los gritos de su madre. La puerta se volvió a cerrar con las dos niñas dentro que no dejaron de correr. Se había agachado con dificultad, había dejado los dos bultos de las manos en el suelo y las recibió con un brazo abierto. Con el otro protegía al bebé para que las niñas no le hicieran daño al abrazarlo. Una de ellas se colgó del brazo abierto, pero la otra, la morena, se paró en seco al mirar la pequeña cabeza que asomaba entre el pañuelo de colores.

—¡¡Es un bebé!! —gritó—. ¡Mira, Claudia, papá nos trae un bebé! —. Sonrió de oreja a oreja.

La rubia separó los brazos que rodeaban el cuello de Marco y se volvió a ver la reacción de su hermana. Apartó un poco la tela para ver la cara del pequeño y comenzó a dar saltos de alegría.

—¡Es verdad! ¡Es un bebé! ¡Qué pequeño es!

—¿Nos lo podemos quedar, papá? ¡Di que sí!

—Marta, antes dame un beso, que no me lo has dado. Y ¡claro!, nos lo quedaremos, pero mamá tiene que querer también…

La rubia comenzó a llorar y se abrazó a la pierna de su padre, que ya se había puesto de pie tras recoger las cosas.

—¿Qué te pasa, Claudia? ¿Por qué lloras, cariño? —preguntó Marco en un tono tan dulce que enternecía.

—Papá… papá —contestó entre hipidos—. Yo ya quería que volvieras. Te he echado «muuuucho» de menos.

—Y yo también —dijo la morena. Supongo que no querría ser menos que su hermana.

—Y yo a vosotras. Ya no me voy a ir más. Además, me tenéis que ayudar a cuidar a Pedro.

—¡Se llama Pedro! ¡Me gusta el nombre!

Al otro lado de la puerta, Nieves se frotaba las manos,

nerviosa. Había intentado evitar que las niñas se metieran dentro, pero le habían hecho caso omiso. Había podido verlo al final del pasillo, solo un momento y demasiado lejos. Y algo le había extrañado mucho. Se volvió hacia su suegra.

—¿Lo has podido ver?

—Sí, un poco, solo un segundo —contestó esta.

—¿Y de qué va disfrazado? ¿De haitiano? Nunca se ha puesto tantos colores juntos… qué raro…

—Parece un pañuelo —dijo la señora mayor, pensativa.

—¿Un pañuelo? —dijo Nieves abriendo mucho los ojos. Imagino que nunca le habrá visto con algo así y se habrá quedado extrañada del nuevo atuendo. No se puede ni imaginar lo que contiene. En cambio, me parece que su madre lo ha adivinado. No sé, no me puedo meter en su mente—. ¿Qué lleva ahí? ¿Lo sabes? ¿Mi sorpresa? —, volvió a preguntar mirando inquisidora a su suegra.

En ese momento, las puertas se volvieron a abrir y las niñas corrieron como torbellinos hacia su madre y abuela gritando, quitándose la palabra y dando saltos, entusiasmadas.

—¡¡Papá trae un bebé!!

—¡¡Ha traído a Pedrito!!

Nieves las miraba tratando de comprender y luego alzó la vista y lo vio a él. Marco se había quedado parado a un metro de ella. La miraba con una dulzura inusual. Esperaba su reacción. Nieves miró a las niñas. Apenas era consciente de que la agarraban, le preguntaban si podrían quedárselo y la cogían del brazo y de la blusa. Luego miró a su suegra y vio que sonreía a su hijo y se contenía de correr a abrazarlo, esperando su turno. Volvió a mirarlo unos segundos, apartó delicadamente a las niñas y avanzó hacia Marco, sin quitarle la mirada de los ojos. Cuando estuvo cerca, bajó la vista despacio y apartó el pañuelo para ver al pequeño, como había hecho su hija. Luego la volvió a alzar, mirando a Marco.

—¿Es la sorpresa que tenía que aceptar?

—Sí. Esta es —contestó con voz ronca—. Es el hijo de

Pedro… No lo podía dejar allí.

Nieves se bajó la mascarilla muy despacio, y se quedó otro rato más mirándolo. No decía nada. Hasta las niñas se habían callado. Parecía que ellas sentían que el momento era importante. La rubia cogió de la mano a su abuela, la miró y se calmó al ver que le acariciaba la cabeza. Marco levantó la mano y la dirigió al rostro de ella. Con delicadeza, le quitó una lágrima. Luego, despacio, la cogió del cuello y la acercó con cuidado hacia él; agachó la cabeza y aproximó sus labios a los de ella y, de forma imperceptible, esperó un segundo para ver si era bien recibido. Ella dio el paso juntando sus labios con los de él. Luego lo rodeó con sus brazos respetando un hueco para el bebé y se dieron un beso que parecía de película. Las niñas empezaron a dar saltitos de alegría, la morena los abrazó a ambos. La madre de Marco sonrió viendo la escena, con una mirada dulce. Nieves seguía llorando con los ojos cerrados. Él no la soltaba del cuello, quitando las lágrimas sin dejar de besarla. Reconozco que me dieron mucha envidia, pero estaba bien. Todo estaba bien.

—Bienvenidos. Bienvenidos a los dos —dijo Nieves separándose al rato, pero con el rostro muy pegado a él.

—Gracias, amor. Te quiero tanto. Infinito, siempre infinito —le contestó. Casi me dieron ganas de vomitar de lo cursi que me estaba pareciendo todo. Pero estaba bien, repito, seguía estando bien.

Por fin se separaron y Marco se acercó a su madre y le dio un fuerte abrazo.

—¡Cómo te pareces a tu padre! Eres igual. Gracias a Dios que ya estás aquí con nosotros. Déjame conocer a mi nuevo nieto.

Marco comenzó a desabrocharse con destreza el pañuelo y sacó al niño, que se había despertado, y observaba con mucho interés las luces del techo. Era tan pequeño que lo podía sostener con un solo brazo. Se lo acercó a su madre. Esta lo cogió y acunó con cariño.

—Es precioso. Hola, Pedro, soy tu abuela—. Se agachó para que sus nietas lo vieran mejor. Luego miró a Nieves y le hizo un gesto, invitándola a cogerlo. No titubeó. Lo cogió con delicadeza y le acarició la carita. Luego volvió a buscar la mirada de Marco que no le quitaba ojo y le sonrió. Él se acercó, le devolvió la

sonrisa y la cogió por el hombro apretándola hacia sí mismo.

—¿Qué te parece?

—¡Es precioso! —dijo sonriente—. Precioso.

El bebé le cogió un dedo con su manita, ella sonrió aún más y le besó la frente, luego miró a Marco y lo besó también.

—Vámonos a casa ya —añadió—. Vámonos.

Y los vi alejarse, todos juntos y entrelazados, sonrientes. Yo decidí irme también con los míos, ya no tenía nada que hacer allí, ya todo estaba bien. Por fin, estaba bien.

Madrid 20 de marzo de 2022

Nota de la autora

En este es libro he querido entremezclar dos asuntos a los que he dedicado muchos de mis pensamientos. Por un lado, todo lo que hemos vivido con la pandemia y el coronavirus. No será ni el primero ni el último libro que narre esta época tan extraña que nos tocó vivir, las situaciones tan nuevas y ese confinamiento en el que muchos nos dedicamos a reflexionar sobre nuestra vida e intentamos hacer más llevadera la convivencia con los nuestros, mientras otros se partían la espalda trabajando en los hospitales. Obviamente he querido rendir mi humilde homenaje a los sanitarios, contando situaciones en las que se han visto involucrados e intentando retratar los difíciles momentos de desconcierto y tensión que vivieron.

Para poderlo contar sin meter demasiado la pata en temas médicos, que no es mi campo, me he servido de varias fuentes de ayuda. En principio me leí y releí el cercano libro de **Gabriel Heras La Calle**, *«En primera línea. Un testimonio desde la UCI de la crisis del coronavirus»*, que me lo recomendó una amiga, médico, a la que también estuve sonsacándole todos los relatos que recordase de esos meses. Suya es alguna de las escenas que le pasa a Nieves en el hospital. El libro de Gabriel me ayudó muchísimo a saber más sobre los procesos, el nombre de los aparatos que utilizaban y las técnicas para poner a los enfermos. También me ayudó a saber cómo se sentían. Es un libro muy ameno y que te hace conocer lo que han vivido en los hospitales. Mi cuñada, Dori, médico también, me revisó algunas escenas y me corrigió detalles que, en mi ignorancia, había supuesto de manera errónea. A los tres debo darles las gracias por haberme acercado a la realidad y, si, aun así, he patinado en algún procedimiento, la culpa será solo mía. Otras informaciones las he buscado en internet: fechas, titulares de periódicos, y algún que otro caso que me llamó la atención especialmente cuando me lo contaron, o lo leí y que yo he adaptado para que cupiese en la historia.

La parte de los cooperantes y de Haití me la inspiró una noticia acontecida hace unos meses: Una cooperante fue asesinada en algún país africano y los periódicos y telediarios estuvieron un par de días hablando de aquello para caer después en el olvido. Yo nunca supe cuáles habían sido las circunstancias de aquella muerte ni sé si se llegaron a descubrir las razones. Al investigar en la página de *Médicos Sin Fronteras* me topé con los

informes que regularmente publican sus cooperantes de la realidad de Haití. Partiendo de estos relatos, contados a mi manera, he descrito algunas situaciones como las barricadas, las bandas y la escasez de agua y luz que en ocasiones han sufrido y sufren, por poner algún ejemplo. Es desgarrador lo que se está viviendo en Haití y no se le da espacio en las televisiones, debido a que es uno de los países más pobres del mundo y a que no tienen ningún producto valioso que nos haga mirar en su dirección. He investigado los barrios, los centros sanitarios y he visto muchas, muchísimas fotos para poder describir los lugares donde transcurre la novela. Aunque no creo que sea muy necesario decirlo, todo lo que narro es producto de mi imaginación y, como se suele decir, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. También he utilizado las ofertas de empleo que asiduamente publica la Cruz Roja para conseguir delegados en ese país y para las que no debe ser fácil encontrar candidatos. También he querido hacer un humilde homenaje a su labor, desconocida por la mayoría y muy poco agradecida.

En La Alpujarra trabajé durante tres meses al principio de mi carrera profesional. Sabía que había varias comunidades *hippies*, pero nunca las visité ni me relacioné con ninguno de ellos, por lo que tampoco esta parte está basada, en absoluto, en hechos reales. No sé si aún siguen allí. Solo sé que es una zona tan especial y cautivadora que merece mucho la pena visitar y perderse por sus caminos.

Por último, he robado el físico y el nombre de algunos amigos, espero que no se ofendan, pero sus profesiones, su vida y personalidad también han sido producto de mi imaginación. De esta forma he conseguido traer a la vida a mi queridísimo amigo Horacio porque su pérdida, en marzo del 2020 aún me cuesta asumir y sigo sintiendo el vacío de no recibir sus mensajes de WhatsApp, de no disfrutar de su bondad y de su eterna sonrisa.

No dejes de comentarme qué te ha parecido la novela. La interacción con el lector es lo que me da fuerzas para seguir contando historias. No sé si pronto o tarde, pero estoy casi segura de que encontraré el hueco para contestarte.

Escríbeme a hola@almabcross.com si quieres decirme cuál es tu opinión sobre lo que has leído.

Y gracias. Gracias por llegar hasta aquí. Es la satisfacción más grande que me da esta aventura de escribir.

About The Author

Alma B. Cross



Alma B. Cross es el seudónimo de una escritora granadina afincada en Madrid. Publicó su primera novela, "La decisión" en 2022 con una gran acogida entre los lectores por su poder adictivo.

"A más de siete mil kilómetros", publicada en 2023 quedó entre los nueve finalistas del Premio Planeta 2022 para su enorme sorpresa.

Su prosa amable y ágil, pero también explícita y dura; sus bien construidos diálogos y sus descripciones de los espacios y personajes atrapan al lector consiguiendo que empatice con la situación y las vivencias de los protagonistas.